

LA APTITUD

DE PSICOANALISTA

OSVALDO DELGADO



Peudeba



psicología

LA APTITUD DE PSICOANALISTA

Oswaldo L. Delgado

 *eudeba*

Osvaldo Delgado

La aptitud del psicoanalista. - 1a ed. - Buenos Aires : Eudeba, 2012.
272 p. ; 23x16 cm. - (Psicología)

ISBN 978-950-23-1949-0

1. Psicoanálisis.

CDD 150.195



Eudeba

Universidad de Buenos Aires

Primera edición: abril de 2012

© 2012

Editorial Universitaria de Buenos Aires

Sociedad de Economía Mixta

Av. Rivadavia 1571/73 (1033)

Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202

www.eudeba.com.ar

Diseño de tapa: Lorenzo Shakespear Diseño - Caputo Consultores & Asociados

Corrección y composición general: Caputo Consultores & Asociados

Impreso en Argentina.

Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Con inmenso amor a Sophia y Matías.

ÍNDICE

Introducción general.....	13
---------------------------	----

PARTE I

EXPLORACIÓN ANALÍTICA, PENSAMIENTO CIENTÍFICO Y LA CUESTIÓN DEL OBSTÁCULO

Introducción	23
Capítulo 1: <i>La escisión y la abducción</i>	25
1. La causa y la verdad	25
2. El ángulo psicológico.....	27
3. La ciencia normal y los paradigmas	29
4. El valor de la sorpresa	31
5. Pragmatismo y deconstrucción	33
6. Represión e investigación	35
7. La bruja adivinante	38
Capítulo 2: <i>Sobre la investigación y el obstáculo</i>	43
1. El objeto epistémico freudiano	43
2. Obstáculo y satisfacción.....	50
3. Transferencia y pulsión	55
4. El analista y el obstáculo.....	57

PARTE II

LA EXPERIENCIA ÉTICA Y LA PULSIÓN DE MUERTE

Introducción	65
Capítulo 1: <i>La tarea del analista y la fijación</i>	67
1. Los tres momentos de la dirección de la cura y sus pertinencias conceptuales en la obra de Freud	67
2. Las conceptualizaciones del lugar del psicoanalista.....	70
3. La fijación y el acto analítico	71

4. El acontecimiento analítico	73
5. La experiencia ética	79
Capítulo 2: <i>Regla de abstinencia y el deseo del analista</i>	83
1. La reelaboración	83
2. Abstinencia a la sugestión	86
3. La denominada “presencia del analista”	91
4. El deseo del analista en la elaboración de Lacan	98
Capítulo 3: <i>Pulsión de muerte, angustia y síntoma</i>	105
1. Los antecedentes	105
2. Lectura orientada del texto “Inhibición, síntoma y angustia”	109
3. Lo extraño interno	117
4. El desamparo y el trauma	123

PARTE III

EL YO Y LAS RESISTENCIAS ESTRUCTURALES

Introducción	143
Capítulo 1: <i>La alteración del yo</i>	145
1. El yo es un verdadero payaso	145
2. La compulsión a la síntesis	146
3. El yo y la escisión	149
4. La ilusión de la síntesis	156
5. El problema de cancelar la ajenidad	157
6. Un acercamiento a la psicología del yo	162
7. Perspectiva lacaniana del yo	165
8. El triple estatuto de la alteración	167
Capítulo 2: <i>El ello y los mecanismos de defensa</i>	173
1. Sobre un encuentro	173
2. La saga de Anna Freud	174
3. Un defender compulsivo	178
4. Con Nietzsche	184
5. El cuerpo	188

Capítulo 3: <i>El superyó y la reacción terapéutica negativa</i>	191
1. La necesidad de castigo	191
2. La satisfacción paradójica	196
3. Contrapunto sobre la reacción terapéutica negativa	202
4. Lo ligado y lo no ligado	208

PARTE IV
LA APTITUD EN FREUD

Introducción	215
Capítulo 1: <i>Aptitud y pulsión</i>	217
1. ¿Dos tiempos?	217
2. Sobre el término <i>aptitud</i>	219
Capítulo 2: <i>Un testimonio de Freud</i>	225
1. En la Acrópolis.....	225

PARTE V
CONCLUSIONES FINALES

Capítulo 1: <i>La adquisición de la aptitud de analista</i>	231
1. Formación del analista	231
2. Interrogación del texto “Análisis terminable e interminable”	232
3. La curación como peligro	243
4. <i>Eignung</i> y <i>tauglich</i>	247
Bibliografía general.....	257

INTRODUCCIÓN GENERAL

Este texto es producto de mi Tesis de Doctorado en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires del año 2010, cuya denominación es: “La aptitud de analista en la Segunda Tópica Freudiana: su relación con los mecanismos de defensa como obstáculo”.

La obra de Freud resulta una enseñanza inagotable, con continuos “descubrimientos”. Siempre se presenta una nueva luz, una distinta perspectiva, un hallazgo.

El capítulo siete de “Análisis terminable e interminable” (Freud, 1989) constituye un nudo crucial para dar cuenta de la relación entre el final de análisis y el advenimiento de un nuevo analista.

En esta perspectiva, el estudio de los mecanismos de defensa revela los efectos clínicos de los *impasses* del análisis del analista. A su vez, estos mecanismos son el soporte conceptual de la regla de abstinencia, tal como será desarrollado.

Teniendo en cuenta la rigurosidad de Freud en el acto de escritura, haber hallado dos términos alemanes distintos en relación con la *aptitud de analista* (*Eignung* y *tauglich*), en una temática tan central como ésta, causó decididamente el trabajo.

La trayectoria que he venido desarrollando como docente y como investigador, mi formación teórica y clínica, mi práctica como analista, hacen a esta continua interrogación en la perspectiva de la ética psicoanalítica.

El advenimiento de nuevos analistas fue una preocupación que estuvo presente muy tempranamente en Freud, y fue correlativa a la construcción

doctrinaria que realizaba; a su vez, en el denominado posfreudismo, dio lugar a vastas investigaciones, debates, controversias y rupturas.

En esta perspectiva he recortado una problemática específica, que no anula ni subsume a otras, y que le son pertinentes. El recorte queda enmarcado, como he dicho, con relación al obstáculo que los mecanismos de defensa representan para adquirir la *aptitud de analista*.

Dejo aquí explicitado que la lectura que realizo es a partir del trabajo de Jacques Lacan sobre la obra de Freud. Esta perspectiva no excluye otros abordajes de lectura a los cuales respeto y considero, sólo que la perspectiva de lectura está orientada por mi formación en las obras de Freud y de Lacan, especialmente. Considero que en psicoanálisis no hay lectura, ni modo de interrogación, por fuera de la transferencia.

La investigación que he abordado es la relación intrínseca entre lo que Freud denomina *aptitud de analista*, la fijación y los mecanismos de defensa.

En su texto de 1920, “Más allá del principio de placer”, Freud sitúa taxativamente dos tareas del psicoanalista en la finalidad de la cura y anticipa una tercera, de acuerdo con el momento doctrinario. Esos momentos son:

- A. El arte de la interpretación.
- B. El levantamiento de las resistencias.
- C. La operación analítica respecto de la resistencia al levantamiento de las resistencias.

Estos tres momentos están basados en diferentes conceptualizaciones del aparato psíquico, de sus principios y de sus objetivos de cura, y específicamente refieren a las tareas fundamentales del psicoanalista en cada etapa del desarrollo de la doctrina. Entonces la “tarea” del analista, tal como es pensada por Freud, da cuenta de tres diversas conceptualizaciones de lo que se denomina “psicoanalista” e implica, como se desarrollará más adelante, diferentes modos de construcción conceptual.

Estas tres construcciones principales son la base y el fundamento de los variados nombres y adjetivaciones con que se designa al psicoanalista, de los cuales –y a efectos de dejar planteada la cuestión– se realizará una somera enumeración en las próximas páginas.

El concepto de fijación articulado a la tarea del analítico, en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (Freud, 1912) –un texto correspondiente a la etapa media de la elaboración doctrinaria de Freud–, se

presenta al final de su obra como el problema mayor para el advenimiento de nuevos analistas, para la conducción de las curas, y para la investigación y el desarrollo epistémico, bajo la modalidad de los “saldos lamentables” de ciertos análisis debido a que no han sido conmovidas las respuestas estereotipadas, por fijación en los denominados mecanismos de defensa.

Freud da evidencia reiteradamente de cómo debe superar sus propias represiones (como aquello que se rehúsa a ser pensado) para poder hacer de cada obstáculo un giro, un desplazamiento, un corte fecundo. Esta operación de superación de las propias represiones involucra a la fijación y la modalidad de satisfacción concomitante.

Se deja constancia de que se estudiará especialmente la última etapa de la obra freudiana, a partir de 1920, teniendo presente que sostenidas en los tres estatutos del inconsciente: descriptivo, dinámico y económico, hay tres construcciones conceptuales de lo que él entiende por psicoanalista.

Radicalmente, la pregunta respecto a cuál es el principio que regula el aparato psíquico establece un corte fundamental en qué es lo que se entiende por “psicoanalista” y cuál es su quehacer específico. Este corte en su dimensión ética conlleva a su vez una operación respecto a los ideales de la modernidad.

El ser humano no busca su bienestar; la necesidad de castigo es el núcleo del síntoma, como lo revela la reacción terapéutica negativa. Ante esta cuestión, por ejemplo, la tarea del analista no tiene sólo una dimensión técnica, sino fundamentalmente ética.

Como se ha mencionado anteriormente, en el capítulo 3 de “Más allá del principio de placer” de 1920, Freud realiza una lectura retrospectiva sobre cuál ha sido la tarea del analista.

El primer tiempo es llamado “el arte de la interpretación” y se refiere al abordaje interpretativo tanto del inconsciente descriptivo como del inconsciente dinámico. Se trata de la época de “La interpretación de los sueños” (1900) y también de la anterior a ese texto.

El segundo momento –nombrado como aquel donde el objetivo central estaba situado en el levantamiento de las resistencias– toma como referencia fundamental los “Escritos técnicos” (1912-1914) (Freud, 1989) e implica la conceptualización de la regla de abstinencia.

Con “Más allá del principio de placer” –donde se introduce el concepto de pulsión de muerte– queda planteada la tercera tarea. A partir de las resistencias estructurales formalizadas en “Inhibición, síntoma y angustia” (1925),

“El problema económico del masoquismo” (1924) y en “El yo y el ello” (1923), se despliega en “Análisis terminable e interminable” (1937) esta tercera tarea:

“Así pues, existe realmente una resistencia a la puesta en descubierto de las resistencias, y los mecanismos de defensa merecen realmente el nombre con que se los designó al comienzo, antes de ser investigados con precisión; son resistencias no sólo contra el hacer conscientes los contenidos del ello, sino también contra el análisis en general y, por ende, contra la curación” (Freud, 1989: 241).

Estas resistencias, en la medida en que los mecanismos de defensa toman la cura misma como un peligro, suponen por lo tanto otra tarea del analista: ya no se restringe al desarrollo de una cura, sino operar con el obstáculo a su conclusión. La pregunta por la tarea del analista se encuentra en el fundamento mismo de la construcción de la doctrina freudiana, de sus rupturas y obstáculos. El abordaje clínico del padecimiento subjetivo implicó, al mismo tiempo, la producción conceptual, y la consecuente redefinición de la finalidad y los medios de la cura. A su vez, cada obstáculo permitió una nueva conceptualización del inconsciente, de la pulsión, del síntoma, de la transferencia. La conceptualización respecto al analista tiene una relación intrínseca con el principio que gobierna el aparato psíquico y el ordenamiento de sus instancias.

El psicoanalista es referido innumerables veces a su instrumento: la interpretación; otras veces, al soporte libidinal: la neurosis artificial. En otros momentos lo hallamos descripto en sus diferencias, por ejemplo, con el pedagogo, el médico, el sacerdote.

La interrogación freudiana –como muy bien lo desarrolla Serge Cottet (1991)– sostiene la dimensión ética e instala la polémica respecto al benefactor, el moralista, el político.

Al final de su obra, Freud expresa una cierta preocupación referida a la supervivencia de su creación y al advenimiento de nuevos psicoanalistas. Por otra parte, si inconsciente y pulsión son los conceptos que definen el campo propio del Psicoanálisis, y su articulación y disyunción son el núcleo de la elaboración, las dos reglas que Freud formula como condición de una cura (asociación libre y abstinencia) refieren absolutamente a ese entrecruzamiento. Ambas reglas nombran lo que se ha dado en llamar el lugar propio del psicoanalista.

La regla de abstinencia es una respuesta a los efectos de la transferencia analítica desencadenada a partir del acto de la comunicación de la regla de la Asociación Libre.

Pero a lo largo de la construcción de la doctrina existen no sólo diversas conceptualizaciones de la tarea del psicoanalista, sino diferentes modos de producir esas conceptualizaciones.

El “qué” y el “cómo” de cada una de esas conceptualizaciones en algunos momentos son contemporáneos a otras producciones de la doctrina; en cambio, en otros momentos hallamos ciertos “retrasos”, *impasses*, como también anticipaciones.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta que la consideración de ciertos autores posfreudianos basados en algunos de los diferentes momentos de la elaboración doctrinaria de Freud, ha originado lecturas no sólo distintas, sino hasta opuestas, y ha servido para supuestas autorizaciones en la letra freudiana. Para citar aquí sólo un ejemplo, basta con mencionar la figura del analista como nuevo superyó tomando como referencia el texto “Esquema del psicoanálisis” (1938). Las formulaciones freudianas en la segunda tópica con relación a esa instancia, y las consideraciones de “Análisis terminable e interminable” (1937) –un texto muy cercano temporalmente al ya citado– abren un abanico de consideraciones disímiles respecto a la afirmación “nuevo superyó”.

También encontramos formulado por Freud al “analista involucrado en el conflicto psíquico”, el “sustituto paterno” de “Análisis terminable e interminable” (1937), el que define su lugar por una mediación simbólica (el contrato). También se presenta al analista incluido en el conflicto y constituyendo una nueva instancia. Con un valor fundamental en la elaboración doctrinaria, el estatuto de la neutralidad del psicoanalista es definido tanto desde el Ideal como desde el soporte pulsional, soporte de la “rudeza” del dispositivo. Por lo tanto, la tarea del analista no es una práctica caritativa que sutura la hiancia del conflicto inconsciente.

Las conceptualizaciones mayores de *neutralidad* y *abstinencia* ison sólo dos términos para nombrar lo mismo, siendo que la fórmula *in absentia in effigie* nombra el cruce de la dimensión ética con la finalidad de la cura?

Todos éstos, y otros más, son nombres que intentan cercar la tarea del psicoanalista en momentos diferentes de la elaboración doctrinaria.

Tal como lo he mencionado, el campo de trabajo que he delimitado se enmarca en la última parte de la elaboración de la doctrina. Ciertamente, en algunos

pasajes, se ubican conceptos anteriores a ese momento, marcado por la introducción del concepto de pulsión. Se trata de conceptos que podríamos denominar “anticipaciones en estado práctico”. Pero aquí es fundamental dejar planteado que en cada caso se da cuenta del contexto conceptual en el que se produjeron, para no realizar un forzamiento que desvirtúe el ordenamiento freudiano.

Por lo tanto, el objetivo de este texto es:

- Delimitar el núcleo de problemas conceptuales que implica la formulación del obstáculo de los mecanismos de defensa en el advenimiento de nuevos analistas, en el marco de la segunda tópica freudiana. Entre la finalización de la cura y la adquisición de la *aptitud (tauglich) de analista* hay un plus temporal —como posanalítico—, en donde se deciden las condiciones para tal fin. Se tratará de ceñir las razones metapsicológicas de esos dos tiempos, el cambio de aptitud como *Eignung* (idoneidad profesional) y la aptitud como *tauglich* (saber hacer) que sólo se obtiene en ese período posterior, conceptualizando dicha aptitud por su fundamento pulsional.

Los objetivos propuestos son:

- Investigar la cuestión de la producción de saber en psicoanálisis en su diferencia con el campo científico, consignando en un lugar central la cuestión del obstáculo, y considerando que los mecanismos de defensa sostienen supuestas elaboraciones teóricas, que en verdad rechazan la escisión estructural del sujeto.
- Rastrear anticipaciones de la *aptitud de analista* en la primera tópica, y sus consecuencias en la conceptualización del quehacer del analista.
- Cernir el quehacer del analista a partir del valor nuclear de “Inhibición, síntoma y angustia” (1926).
- Formalizar los límites y obstáculos en la adquisición de la *aptitud de analista*.
- Indagar la incidencia de los mecanismos de defensa y de la fijación pulsional en dicha adquisición.

- ¿Cuál es la relación entre la “aptitud” y el “estado original” que puede crear el análisis en un psicoanalizado? Estatuto pulsional de la “aptitud”.
- Dar cuenta del orden de razones de la utilización de dos términos distintos como *Eignung* y *tauglich* en un mismo párrafo argumental, párrafo central en la argumentación que realiza Freud.

El ordenamiento central del trabajo es:

- Adquirir la *aptitud de analista* implica una operación respecto a los mecanismos de defensa y los puntos de fijación, fundamento también del denominado “estado original”. El advenimiento de un analista se produce necesariamente en dos tiempos, debido al estatuto de los mecanismos de defensa, y su relación con la angustia de castración y la resistencia estructural del ello.

En esta perspectiva fundamentaré que:

- La fijación pulsional es un obstáculo para la obtención de la *aptitud de analista*.
- La firme convicción en la existencia del inconsciente otorga la *aptitud de analista* como condición necesaria, pero no suficiente.
- Los mecanismos de defensa permiten situar el límite en la obtención de la *aptitud de analista*.
- La *aptitud de analista* es efecto del propio análisis y del período posterior a éste. En este período posterior, se produce la condición suficiente.
- Los mecanismos de defensa insuficientemente analizados pueden ser el soporte de una práctica sugestiva, que es nombrada como empeño terapéutico. Este empeño terapéutico tiene consecuencias clínicas importantes, como es el caso de la reacción terapéutica negativa.
- Existe una diferencia entre los restos sintomáticos propios de cada final de análisis y los “saldos lamentables” sostenidos en los mecanismos de defensa en aquellos que participan del acto analítico.

PARTE I

EXPLORACIÓN ANALÍTICA, PENSAMIENTO
CIENTÍFICO Y LA CUESTIÓN DEL OBSTÁCULO

INTRODUCCIÓN

“Hostilidad por un lado, partidismo por el otro, crean una atmósfera que no es favorable a la exploración objetiva” (Freud, 1989: 250).

Éste es el modo en que Freud plantea uno de los dos efectos que producen los “saldos lamentables” del análisis del analista.

El otro efecto (cuestión a desarrollar específicamente en la última parte de esta tesis) es el ejercicio de poder, como expresión de las curas dirigidas desde los propios mecanismos de defensa.

El ángulo de abordaje de esta problemática implicará un contrapunto entre las condiciones de producción de saber en psicoanálisis y en el pensamiento científico.

Si bien el psicoanálisis no hubiera sido posible sin el desarrollo científico de la modernidad, este desarrollo tiene por condición la exclusión del sujeto. De este excluido es del que se ocupa el psicoanálisis, del sujeto escindido como tal.

El último texto producido por Freud, “La escisión del yo en el proceso defensivo” (1938 [1940]), nombra el valor estructural de esa desgarradura imposible de suturar y sus consecuencias.

Los “saldos lamentables”, nombrados al inicio, implican, por lo contrario, una modalidad de rechazo de esa escisión “que no es favorable a la exploración objetiva” (Freud, 1989: 250).

Es a partir de este desarrollo que se aborda la problemática de la cuestión del obstáculo (concepto que remite al título mismo de esta tesis). Se trata aquí de avanzar sobre el valor fecundo del obstáculo.

En la famosa Carta 69 a Fliess, Freud realiza dos observaciones, entre otras fundamentales:

“Y enseguida quiero confiarte el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en las últimas semanas. Ya no creo más en mi ‘neurótica’. [...] Después, la sorpresa de que en todos los casos el padre hubiera de ser inculcado como perverso, sin excluir a mi propio padre” (Freud, 1989: 301).

La creencia en la “neurótica”, víctima gozada por el padre (o un sustituto de éste), expone la propia posición de Freud respecto al padre gozador.

Ya no creer en su neurótica implica el atravesamiento de esa significación en su propia persona.

Freud retomará esta cuestión, dando cuenta de su valor fundamental en la estructura neurótica, cuando formalice el fantasma “Pegan a un niño”.

Es un ejemplo, verdadera perla, para dar cuenta de las condiciones de producción de saber en psicoanálisis a diferencia de la ciencia. También ejemplo del estatuto del obstáculo y de cómo abordarlo.

CAPÍTULO 1

LA ESCISIÓN Y LA ABDUCCIÓN

1. La causa y la verdad

Toda la historia del psicoanálisis da cuenta de que la producción conceptual no está "disyunta" de la dimensión singular de cada tratamiento. A la vez hay que considerar que el trabajo conceptual y riguroso en el seno del psicoanálisis no excluye la cuestión de que no es una disciplina cerrada y de que sus conceptos no están formados de una vez y para siempre.

El psicoanálisis surge en el contexto cultural y científico de fines del siglo XIX, en la Europa Central de habla germana. Fue una de las tres respuestas al malestar en la cultura surgidas en un mismo ámbito geográfico y social: las otras dos fueron el fascismo y el marxismo.

Pero es a partir de la falla en la cultura occidental y el surgimiento de la ciencia moderna en el siglo XVII, en el desgarramiento entre cultura humanista y cultura científica, donde el psicoanálisis va a realizar su operación de elevar lo singular al paradigma y la ocasión a la estructura.

Como lo formula Freud, en la sexta de sus Conferencias de las “Lecciones de introducción al psicoanálisis” (1915-1916), “con el supuesto de que existen procesos anímicos inconscientes se ha iniciado una reorientación decisiva en el mundo y en la ciencia” (Freud, 1989: 19).

Tal es la justeza de esta afirmación, que para los psicoanalistas el saber inconsciente marca el límite de toda posibilidad de lectura, ya que ésta sólo es posible a partir del propio análisis.

La Carta 69 a Fliess del 21 de septiembre de 1897 nos brinda una de las más valiosas enseñanzas respecto a la producción de saber en psicoanálisis: nos revela el paso capital de la primera teoría del trauma, a la concepción de la fantasía, bajo la fórmula “ya no creo más en mi ‘neurótica’” (Freud, 1989: 301). Pero, para ello, ha habido en Freud un cambio fundamental en su posición respecto al padre. En la carta citada dice: “Después, la sorpresa de que en todos los casos el padre hubiera de ser inculcado como perverso sin excluir a mi propio padre” (Freud, 1989: 301). De la posición de víctima a la responsabilidad, este cambio da cuenta de la dimensión ética del psicoanálisis: Freud no sólo se enorgullece de ser capaz de tal autocrítica, sino que además formula: “¿Y si estas dudas no fuesen sino un episodio en el progreso hacia un conocimiento ulterior?” (Freud, 1989: 302) .

Por su parte, Jacques Lacan en “La ciencia y la verdad” (1978), va a dar cuenta de la relación singular que tiene lo que denomina “división del sujeto” y la “vocación” científica del psicoanálisis. Dice Lacan:

“Recordemos dónde lo desanuda Freud: en esa falta de pene de la madre donde se revela la naturaleza del falo. El sujeto se divide aquí, nos dice Freud, para con la realidad, viendo a la vez abrirse en ella el abismo contra el cual se amurallará con una fobia, y por otra parte recubriéndolo con esa superficie donde erigirá el fetiche, es decir la existencia del pene como mantenida, aunque desplazada.

”Por un lado extraigamos el (paso-de) (*pas-de*) del (paso-del-pene) (*pas-de-penis*), que debe ponerse entre paréntesis, para transferirlo al paso-del-saber (*pas-de-savoir*), que es el paso vacilante (*pas-hésitation*) de la neurosis” (Lacan, 1978: 361).

(El traductor aclara los dos sentidos de la palabra *pas* en francés: como adverbio de negación y como “paso”; por lo tanto nombra “un paso en fal... ta” [Lacan, 1978].)

En este texto Lacan realiza un ordenamiento de los textos de Freud en la misma perspectiva del trabajo que realizamos: centra primero la cuestión en “La escisión del yo en el proceso defensivo” escrito en 1938, toma el texto “El fetichismo” de 1927, luego “La pérdida de la realidad en las neurosis y en las psicosis” de 1924, y a partir de ahí aborda el ordenamiento de la segunda tópica. Lacan va a situar el nacimiento de la ciencia moderna a partir de la física, pero sienta las condiciones de posibilidad del psicoanálisis en el *cogito* cartesiano. “[...] es impensable que el psicoanálisis como práctica, que el Inconsciente, el de Freud, como descubrimiento, hubiesen tenido lugar antes del nacimiento, en el siglo que ha sido llamado el siglo del genio, el XVII, de la ciencia...” (Lacan, 1978: 342).

Lacan da cuenta en “La ciencia y la verdad” de cómo Freud no se desprendió nunca de los ideales del cientificismo. Ciertamente Freud parte de la búsqueda de la causa, ya que se basa en las ciencias de la naturaleza, pero como lo formula J. A. Miller en su texto *Introducción a la clínica lacaniana* (2007) en psicoanálisis la causa es doble. Más precisamente, entre la causa y el efecto hallamos la defensa.

Freud parte de ubicar un “hecho” como traumatismo, luego un dicho que *da* un sentido, finalmente el síntoma que *es* un sentido. Es este ordenamiento del que nos habla Lacan cuando enuncia que lo propio del sujeto psicoanalítico, aquel que es excluido por la ciencia, es la división entre verdad y saber, división que Freud expresa en su fórmula *Wo es war, soll Ich werden*. Fórmula que ubica la verdad como causa.

2. El ángulo psicológico

Karl R. Popper, en *Lógica de la investigación científica* (2004), se propone analizar la lógica de la investigación científica y realiza un cuestionamiento riguroso del método inductivo, ya que éste lleva a incoherencias e incompatibilidades lógicas, también a regresiones infinitas con mero carácter de inferencias probables. Va a afirmar que el método inductivo se sostiene en una doctrina del apriorismo, y que confunde los problemas psicológicos con los epistemológicos. Popper contrasta este método con el deductivo, pero afirma que no existe ningún método lógico para poder tener ideas nuevas,

ya que todo descubrimiento contiene un “elemento irracional”, también llamado “intuición creadora”. Esta “intuición” sólo puede alcanzarse por una introyección (*Einfühlung*) de los objetos de la experiencia.

En el texto citado propone cuatro procedimientos para la "contrastación" de una teoría:

- A) Comparación lógica entre las diversas conclusiones.
- B) Cuál es la forma lógica de la teoría (empírica, tautológica, etc.).
- C) Comparación con otras teorías.
- D) "Contrastación" por la aplicación empírica.

Estos procedimientos valen temporalmente, ya que la nueva idea puede quedar corroborada o desacreditada. Popper formula también que en toda investigación científica nos encontramos con el “problema de demarcación” entre las ciencias empíricas y los sistemas metafísicos. Pero ¿cómo se establece el criterio de demarcación que propone?

En la página 37 del texto citado, Popper dirá que se trata de una decisión que va más allá de toda argumentación teórica:

“Y si miramos el asunto desde un ángulo psicológico, me siento inclinado a pensar que la investigación científica es imposible sin fe en algunas ideas de una índole puramente especulativa (y a veces sumamente brumosas): fe desprovista enteramente de garantías desde el punto de vista de la ciencia y que en esta misma medida, es metafísica” (Popper, 2004: 38).

Pero inmediatamente pasa a postular algo que alcanza en Freud, como lo veremos en el punto 5 de este capítulo, un extremado rigor. Se trata de la “verificabilidad” y la “falsabilidad” de las construcciones teóricas: cada enunciado científico debe ser susceptible de "contrastación" para que tenga valor científico y no sea una mera hipótesis psicológica.

Popper va a proponer una diferenciación que tiene un gran valor para nuestro campo de interrogación: los enunciados universales y los existenciales. A los enunciados que presentan en exclusividad nombres universales los llamará “estrictos o puros”; y a los que nombran un “hay”, una existencia, “existenciales”. Estos dos enunciados tienen una implicación mutua ya que la negación de un enunciado estrictamente universal equivale siempre a un enunciado estrictamente existencial y viceversa (Popper, 2004: 89-90).

3. La ciencia normal y los paradigmas

El problema que recorta esta tesis se encuentra situado específicamente en el llamado giro de 1920 en la elaboración freudiana. La introducción del concepto de pulsión de muerte implicó un cambio radical y de redefiniciones fundamentales de todo lo construido hasta ese momento. Se lo puede pensar como un verdadero cambio de paradigma, interno a su elaboración. Las consecuencias teóricas y clínicas se expresaron en grandes debates en la época de Freud, y las hallamos en el posfreudismo como fundamento de diversas orientaciones.

En el contrapunto que realizamos en este capítulo, entre la investigación en psicoanálisis y la producción del conocimiento científico, ha sido menester incluir el aporte de Kuhn respecto al concepto de paradigma.

La primera ruptura de Kuhn se produjo en 1947 al descubrir las discontinuidades en el desarrollo de la ciencia. Para lograr una continuidad es necesario que los logros pasados se reescriban en los nuevos sistemas (Kuhn, 2006). Su teoría de los paradigmas le permite salir de una visión positivista de las ciencias: no se trata de una acumulación lineal de los hechos, experimentos, generalizaciones empíricas y teóricas.

De acuerdo con lo postulado por Kuhn, la ciencia normal se asienta en el supuesto de que la comunidad científica sabe cómo es el mundo. Así, por ejemplo, es frecuente que la ciencia normal suprima novedades fundamentales porque necesariamente son subversivas en lo que respecta a los compromisos básicos. Así la ciencia normal se extravía una y otra vez, y cuando ello ocurre y ya no pueden obviarse por más tiempo las anomalías, comienzan las investigaciones extraordinarias que llevan a la ciencia a un nuevo conjunto de compromisos, una nueva base sobre la cual practicar la ciencia. Los episodios extraordinarios en los que se producen cambios de compromisos son para Kuhn las revoluciones científicas.

Las nuevas teorías entrañan cambios en las reglas que rigen la práctica. Nunca se trata de un añadido a lo que ya se conocía: su asimilación exige la reconstrucción de la teoría previa y la reevaluación de los hechos anteriores, un proceso revolucionario que rara vez lleva a cabo una sola persona, de un día para el otro.

Kuhn en su libro *La estructura de las revoluciones científicas* (2006) da cuenta de la función que desempeña en la investigación científica lo que dio en llamar “paradigma”.

Un paradigma es un modelo que debe tener la particularidad de poder articularse y especificarse en condiciones nuevas o más rigurosas. No se trata de un modelo o patrón en la mera repetición. La característica esencial de los paradigmas es que inducen diferentes taxonomías. La pretensión de una taxonomía científica es establecer una partición del campo en clases naturales que sean proyectables; esto es, con cuya ayuda se puedan formular leyes, siendo capaz asimismo de soportar inducciones. Por consiguiente, un sistema taxonómico es una propuesta ontológica que aspira a dividir las entidades en categorías con muchas características comunes —unas conocidas y otras por averiguar— dado que es inducida mediante la presentación de ejemplos paradigmáticos y no de definiciones. Por lo tanto, es una cuestión empírica y abierta que tal propuesta segmente el campo en conglomerados de entidades con espacios vacíos entre ellos.

La aceptación de los mismos paradigmas induce no sólo un modo común de seleccionar y afrontar los problemas, sino también el uso común de un léxico y una taxonomía ontológica cuyas relaciones internas constituyen verdaderos conocimientos sintéticos *a priori* que debe satisfacer el mundo para que tal sistema pueda funcionar.

Un paradigma es lo que comparten los miembros de una comunidad científica, y a la inversa, una comunidad científica está constituida por personas que comparten un paradigma.

Cuando para los científicos el paradigma deja de funcionar de manera efectiva, también cambia la naturaleza de los problemas que investigan. Sin embargo, durante el período en que el paradigma tiene éxito, la profesión resuelve problemas que sus miembros difícilmente se habrían imaginado, y que nunca se hubieran planteado sin el compromiso con el paradigma. Y al final, una parte de los logros resulta siempre permanente. El trabajo no se puede llevar a cabo de otra manera más que siguiendo un paradigma, y a la vez abandonar un paradigma es dejar de practicar la ciencia que define: tales deserciones son los goznes sobre los que giran las revoluciones científicas.

La ciencia normal no pretende encontrar novedades de hechos o teorías y cuando tiene éxito no las encuentra. Sin embargo, la investigación científica descubre fenómenos nuevos e inesperados y a partir de allí surgen nuevas teorías.

4. El valor de la sorpresa

Freud, a pesar de no referirse explícitamente a la abducción, la emplea asiduamente llamándola *phantasieren* que según nuestro criterio tiene el valor de lo que Popper formula como el “elemento irracional” en toda intuición creadora y, en palabras de Popper, se trata de una “fe desprovista de toda garantía”.

Es Charles Sanders Peirce quien desarrolla los fundamentos del método abductivo. En *Lecciones sobre pragmatismo* (Peirce, 1978) afirma que mientras que la deducción prueba que algo tiene que ser, la inducción muestra lo efectivamente operatorio que algo puede ser; por su parte, la abducción sugiere que algo puede ser.

Se trata de una intuición (*insight*) que sobreviene como un relámpago (*flash*) y se orienta en relación con un saber conjetural. Para Peirce, es la única operación lógica que puede introducir una idea nueva, e implica investigar científicamente en el plano de la acción sobre el mundo exterior.

En *El hombre, un signo* (Peirce, 1988) afirma que este discernimiento (el abductivo) refiere a las operaciones a las que pertenecen los juicios perceptivos, y supera en medida los poderes de la razón, pareciéndose así a los instintos de los animales. Esta misma consideración es la que desarrolla en el punto 4 del capítulo llamado “Instinto y abducción”, de las *Lecciones sobre pragmatismo*. Pero en el punto 3 del llamado “Pragmatismo: lógica de la abducción” (Peirce, 1978) afirma que sólo en la medida en que sea verificable de forma experimental, cualquier hipótesis puede ser admisible, si es que no hay razones especiales para lo contrario.

Jaime Nubiola en su artículo publicado en *Investigar la subjetividad* (2007) trabaja sobre las relaciones entre Ludwig Wittgenstein y Charles S. Peirce, y ubica la abducción como la contribución más significativa de este último. La abducción, que implica generar hipótesis para hechos que nos sorprenden, la empleamos no sólo en la actividad científica sino en todas las actividades humanas. Para este autor la deducción es analítica o explicativa, la inducción sintética o ampliativa; pero lo que caracteriza a la abducción como tipo de inferencia es su probabilidad. Alcanza siempre una conclusión conjetural.

Para Nubiola, la cuestión que impresiona a Peirce es el fenómeno de la creatividad científica en la que se articulan abducción, deducción e inducción.

La primera introduce ideas nuevas, la segunda extrae las consecuencias necesarias y verificables, y la tercera confirma experimentalmente las hipótesis. La abducción trata la cuestión de la creatividad.

Lo que se expresa en el texto citado es que en la comprensión de la creatividad se encierra una de las claves para poder ir más allá del materialismo cientista todavía dominante en nuestra cultura, que relega al ámbito de lo a-científico aquellas dimensiones de la actividad humana no reducibles a un lenguaje fisicalista o a un algoritmo matemático.

En esta perspectiva que estamos comentando, el fenómeno de la sorpresa es un punto filosóficamente muy importante ya que produce cierta irritación, a la vez que demanda una hipótesis; demanda una abducción que haga normal, razonable, aquel fenómeno sorprendente. Formulación que está en sintonía con lo planteado por Peirce en la séptima de sus *Lecciones sobre pragmatismo*.

Juan Samaja va a radicalizar esta cuestión, ya que para él no se trata sólo de lo que sorprende, sino de lo que deja perplejo (Samaja, Nubiola, Pulice, Zelis, 2007). Se diferencia de Nubiola, sin embargo, al afirmar que en la abducción la regla siempre figura como un elemento fundamental.

Siguiendo la perspectiva de Hegel en el segundo tomo de la “Ciencia de la lógica” que más adelante comentaremos, Samaja destaca otro método, ya no la abducción, como tampoco la deducción o la inducción, sino la analogía, que habla de un caso concreto y no de universales: “caso concreto que tiene simplemente la virtud de haber sido traído por la mente por una resonancia, por la semejanza que resuena en el elemento que le presentan los rasgos que nos dejan perplejos” (Samaja, Nubiola, Pulice, Zelis, 2007: 213). En todo proceso creativo contaríamos entonces con dos unidades de análisis argumentales: la analogía y la abducción. El proceso sería el siguiente: “en el comienzo [...], está la analogía, tras ella la abducción [...] nos hace posible una predicción hipotética, y la inducción permitiría una ratificación, o una corrección, eventualmente” (Samaja, Nubiola, Pulice, Zelis, 2007: 215). Lo que Nubiola afirma siguiendo a Peirce, Samaja lo abre como pregunta: ¿Podemos destacar que “en el proceso inferencial, el salto creativo se produce esencialmente en el momento de la abducción?” (Samaja, Nubiola, Pulice, Zelis, 2007: 220).

5. Pragmatismo y deconstrucción

En el prólogo a las *Lecciones sobre pragmatismo*, Peirce (1978) afirma que, en cuanto actitud filosófica, el método del pragmatismo es la lógica de la abducción –o lógica de la conjetura– que dirige la acción intelectual. La abducción se trata de un proceso para formar hipótesis explicativas y es la única operación lógica que introduce una idea nueva. Estas consideraciones las va a desplegar especialmente en el punto 3 de la Lección VII, llamado “Pragmatismo: lógica de la abducción”.

Para Peirce, la máxima del pragmatismo abarca la lógica entera del proceso abductivo. Radicalmente, el pragmatismo es la cuestión de la abducción. El pragmatismo puede permitir toda clase de vuelo de la imaginación, siempre y cuando ésta descienda sobre un efecto práctico posible. Pero, a su vez, el pragmatismo como tal implica la radicalidad del “efecto práctico”.

En el capítulo VII del texto *El concepto de filosofía en Wittgenstein*, K. T. Fann (1992) va a plantear que no se trata de preguntar por el significado sino por el uso que hacemos de él. Destaca que, para el primer Wittgenstein, la función que tenía el lenguaje era representar hechos: de este modo, las palabras tienen referencias y las oraciones poseen sentido. Pero, para el último Wittgenstein, el significado de una palabra es su uso en el lenguaje: “Comprender una oración es estar preparado para uno de sus usos. Si no podemos pensar ningún uso para ella, entonces no la entendemos en absoluto” (Fann, 1992: 91). Se trata ciertamente de una concepción instrumentalista (o pragmática) del lenguaje. “El lenguaje es un instrumento. Sus conceptos son instrumentos” (Fann, 1992: 92). Pero aquí debemos destacar que para el Wittgenstein del *Tractatus* el problema cardinal de la filosofía es lo que no puede decirse sino sólo mostrarse. Para Fann, “todo el sentido del *Tractatus* es precisamente *mostrar* lo inexpresable exhibiendo claramente lo expresable” (Fann, 1992: 46). Lo inexpresable, lo que sólo puede mostrarse, es la metafísica, la ética, la religión y el arte.

Por su parte, Richard Rorty en su artículo de *Deconstrucción y pragmatismo* (1998) va a afirmar que el pragmatismo comienza a partir del naturalismo darwiniano, ya que los seres humanos son sólo seres fortuitos de la evolución. En este punto comparten las sospechas nietzscheanas sobre la mundanidad platónica y “[...] la convicción nietzscheana de que distinciones tales como cuerpo *vs.* mente, y objetivo *vs.* subjetivo deben reformularse para limpiarlas

de las presuposiciones platónicas y darles un sustento naturalista” (Rorty, 1998: 40).

En otro texto del mismo libro, Simon Crichtley (1998) se pregunta si es deconstructivo el pragmatismo y si es pragmática la deconstrucción. Se va a responder que el pragmático deconstruye la concepción epistemológica de la verdad, y la reemplaza por el planteo que dice que la verdad es lo que es bueno creer. A su vez, la deconstrucción es pragmática en dos sentidos: primero, la deconstrucción de textos para detectar lo que Derrida llama “la metafísica de la presencia”; segundo, en relación con la reducción wittgensteiniana del significado al uso.

En este punto se hace necesario plantear las diferencias entre Wittgenstein y Freud en primer lugar, y luego entre el primero y Austin. Según lo planteado por Paul-Laurent Assoun en *Freud y Wittgenstein* (1992), ambos tomaron lo que constituye el síntoma en relación con el saber: Freud por la vía del inconsciente, mientras que Wittgenstein se ocupó del lenguaje. Los dos rechazaron las tendencias a la síntesis y reivindicaron el análisis incluso hasta ubicarse en analogía con la química.

Recordemos en este punto muy brevemente lo que nos dice Hegel respecto al conocer analítico y el sintético en su “Ciencia de la lógica”:

“El conocer analítico es la primera premisa de todo el silogismo, es la referencia *inmediata* del concepto al objeto: por consiguiente la *identidad* es la determinación que él reconoce como suya, y él es sólo el acto de *recoger* lo que *existe*.

”El conocer sintético procede hacia la *comprensión* de lo que *existe*, es decir, procede a captar la multiplicidad de las determinaciones en su unidad. Por consiguiente es la segunda premisa del silogismo, donde lo *diferente* como tal se halla relacionado. Por lo tanto, su meta es la *necesidad* en general” (Hegel, 1993: 520-521).

Para Freud, la cuestión de la síntesis atenta contra una clínica que es del detalle no generalizable. Por eso, según Paul-Laurent Assoun, el psicoanálisis reivindica la descomposición (*Zerlegung*) y la desagregación (*Zersetzung*) y Wittgenstein representa:

“[...] un magnífico desafío a la racionalidad psicoanalítica, dirigida tanto a Freud, como al psicoanálisis, no por un filósofo como

cualquier otro, sino por un contemporáneo que él mismo se había entregado a una crítica del lenguaje al abordar la filosofía como síntoma” (Assoun, 1992).

Pero le reconoce a Freud una particularidad precisa que está en el hueso mismo de la praxis psicoanalítica; precisamente que el tipo de saber que produce el psicoanálisis es un saber con efectos.

Por otra parte, tal como lo hemos dicho, Wittgenstein se ocupa del lenguaje pero con una perspectiva diversa a como lo hace Austin. Mientras Wittgenstein opera sobre el lenguaje como un medio para alcanzar su objetivo, que –sintéticamente– es demostrar que los “problemas filosóficos nacen de confusiones e incomprensiones en el uso del mismo [el lenguaje]”, Austin (2003) estudia el lenguaje ordinario en sí mismo, con la perspectiva de que ese estudio puede tener como consecuencia no buscada deliberadamente, colaborar en la resolución de problemas filosóficos.

Probablemente lo más original que aportó Austin es lo que llamó “expresiones realizativas” (*performative utterances*). “Realizativo” es un neologismo que deriva de “realizar”, así como en la lengua inglesa *performative* proviene del verbo *to perform*. Estas expresiones no describen, no registran, no son ni verdaderas ni falsas, sino que indican precisamente que la emisión de una expresión realiza una acción.

El ejemplo paradigmático de esto en psicoanálisis es la comunicación de la regla fundamental, ya que ésta es un dicho que implica un acto, que funda una escena, y que conlleva la suposición del inconsciente como dimensión ética.

6. Represión e investigación

En *Cómo se hace una tesis...*, Umberto Eco (1999) dice que la investigación no necesariamente tiene que ser en torno a las ciencias naturales y sobre bases cuantificativas exclusivamente, y plantea cuatro requisitos para una investigación con vocación científica:

1. “La investigación versa sobre un objeto reconocible y definido de tal modo que también sea reconocible por los demás” (Eco, 1999: 48).

2. “La investigación tiene que decir sobre este objeto *cosas que todavía no han sido dichas* o bien revisar con óptica diferente las cosas que ya han sido dichas” (Eco, 1999: 49).

3. “La investigación *tiene que ser útil a los demás*” (Eco, 1999: 50).

4. “La investigación *debe suministrar elementos para la verificación de las hipótesis que presenta*, y por tanto tiene que suministrar los elementos necesarios para su seguimiento público” (Eco, 1999: 51).

Hallamos en Freud la presencia de estos cuatro requisitos que plantea Eco con la más absoluta rigurosidad. La peculiaridad de Freud es que se orienta siempre en relación con lo que Jacques Derrida llamará “un secreto coextensivo con la experiencia de la singularidad” (Derrida, 1998: 157), aquello que permanece inaccesible y heterogéneo a todo totalitarismo.

La precisión en la investigación y en la práctica clínica de Freud es solidaria con su referencia a los detalles. Práctica clínica que no es una experiencia en bruto, sino efecto de un acto que produce un sitio (en el sentido de Alain Badiou) apto para que se precipite el acontecimiento de la experiencia del inconsciente.

Freud observa y ordena con precisión los problemas clínicos, formula los problemas con total rigurosidad y los va reformulando a partir de la mencionada praxis del detalle.

Su construcción toma posición en el límite mismo del saber neurológico-psiquiátrico, toma de posición que llama su “osada intromisión” en la famosa carta a Romain Rolland conocida como “Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis” (Freud, 1989). Pero siendo intrínseca la investigación a la operación analítica, Freud llega a afirmar en su “Presentación autobiográfica”: “La investigación científica volvió a convertirse en el interés principal de mi vida” (Freud, 1989: 18).

En los inicios de su práctica y de la construcción doctrinaria lo hallamos queriendo explicar la naturaleza de los síntomas con una orientación causalista. Éste es el camino que le va a permitir explicar la etiología y producir una nueva nosología, según Adriana Rubinstein en “Freud y la investigación”. Aunque Freud parte del hecho clínico, no es un empirista: “Partiendo de ideas todavía imprecisas ‘nos concentramos sobre su significación por medio de repetidas referencias al material del que parecen derivadas, pero que en realidad les es subordinado’” (Rubinstein, 1997: 19).

Esto lo lleva a producir conceptos que, a partir del real clínico, va modificando, ampliando o sustituyendo. No se trata de un proceso lineal sino que

su camino es que: “arriesga hipótesis y edifica construcciones auxiliares que retira si no se confirman” (Rubinstein, 1997: 20).

Al mismo tiempo, Freud siempre da cuenta de las reglas que se deducen tanto de la experiencia como de la investigación: incursiona tanto en diversos problemas clínicos como en otros campos del saber, establece nexos y análisis comparativos, sitúa las coincidencias y es exhaustivo en las diferencias. Freud induce, deduce, utiliza asiduamente tanto la analogía como la abducción (que se presenta claramente en los quiebres, saltos y especulaciones), y se ocupa de legitimar la utilización de cada referencia conceptual que no provenga de los datos clínicos, antes de avanzar en una nueva elucubración. Esto lo orienta permanentemente en una interlocución con la cultura y la ciencia de su época. Ante ellas, a veces inventando un interlocutor imaginario, da prueba de sus hipótesis, responde a las objeciones y valida sus argumentos. Construye un método y da cuenta de todas sus fuentes y medios.

En “Fragmentos de análisis de un caso de histeria” dice:

“En vista del carácter incompleto de mis resultados analíticos, no me queda otra opción que seguir el ejemplo de aquellos exploradores que, tras largas excavaciones, tienen la dicha de sacar a luz los inapreciables aunque mutilados restos de la antigüedad. He completado lo incompleto de acuerdo con los mejores modelos que me eran familiares por otros análisis, pero, tal como lo haría un arqueólogo concienzudo, en ningún caso he omitido señalar dónde mi construcción se yuxtapone a lo auténtico” (Freud, 1989: 11).

En la misma perspectiva, en “La interpretación de los sueños” va a referirse a la cuestión de las necesarias investigaciones parciales, investigaciones de detalles. En la segunda de las “Conferencias de introducción al psicoanálisis” nos dice:

“En el trabajo científico es más promisorio el abordaje de lo que se tiene directamente frente a sí y ofrece un camino para su investigación. Si se lo hace bien en profundidad, sin supuestos ni expectativas previos, y si se tiene suerte, es posible, a consecuencia de la concatenación que une todo con todo [...] que incluso un trabajo tan falto de pretensiones dé acceso al estudio de los grandes problemas” (Freud, 1975: 24-25).

Pero esto no lo exime, sino todo lo contrario, de la permanente tensión entre el detalle de la singularidad y su elevación a la dimensión de la estructura, como tampoco de la particularidad del psicoanálisis donde el paciente mismo toma parte en la investigación, como lo formula en “La etiología de la histeria” (Freud, 1989). Con extrema cautela Freud nos advierte que cuando nos alejamos del material básico podemos emborracharnos con nuestras propias opiniones, cuestión que está en el núcleo de esta tesis, ya que tal “borrachera” es una manifestación del saldo lamentable de ciertos análisis de los analistas. Por eso en la XVI de las citadas “Conferencias” nos dice: “[...] ni por un instante deben creer que esto que les presento [...] sea un sistema especulativo. Es más bien experiencia: expresión directa de la observación o resultado de su procesamiento” (Freud, 1989: 224). Su vía es pragmática.

Hasta cierto punto existe coincidencia entre investigación y tratamiento, pero los dos también se diferencian, ya que no es lo mismo dirigir una cura que el momento de la elaboración de un caso clínico.

Ciertamente el discurso del psicoanálisis no es el de la ciencia, pero participa absolutamente de la esencia misma de lo científico, con una especificidad radical. Retomemos una frase de Freud citada con anterioridad, aquella en que dice que con la aceptación de lo inconsciente “se ha iniciado una reorientación decisiva en el mundo y en la ciencia” (Freud, 1989: 19).

En contrapunto con esta referencia freudiana, recordamos la afirmación de Lacan en *Radiofonía y televisión*, respecto a la cuestión de si la noción de inconsciente subvierte el campo del conocimiento. Su respuesta es que no, por el simple hecho de que le es ajeno (Lacan, 1977: 54).

7. La bruja adivinante

En “Cinco variaciones sobre el tema de la elaboración provocada”, Miller toma como objeto de interrogación el cartel y lo refiere al problema de la “transferencia de trabajo”. Dice:

“La función del que se presta al más-uno [...], es hacer de tal modo que cada miembro del cartel tenga su propio rasgo. [...] Es la condición para tener un trabajo que produzca saber. [...]

”Dar entonces su justo lugar al objeto en el cartel exige que el más uno no se apropie el efecto de atracción sino que lo refiera a otra parte –entre nosotros– a Freud y a Lacan” (Miller, 1991: 15).

Miller pone en correlación la abducción y el deseo de saber desarrollado en el seminario “Introducción al post-analítico” (Miller, 1999) y citando a Peirce lo llama “*the powering of guessing right*, la capacidad de adivinar” (Miller, 1999: 16).

Existen entonces cuatro modos de producción de conocimientos: la deducción, la inducción, la analogía y la abducción. Los tres primeros son reconocidos como tales por el positivismo, a diferencia del cuarto que lo desestabiliza. En nuestros términos, los tres primeros tienen la garantía del Otro, mientras que el cuarto refiere al significante del Otro barrado y lo consideramos solidario con la caída del *horror al saber*.

A su vez, la abducción es lo que sostiene la conversación. Y “quizá la conversación es lo que instalamos nosotros en el lugar del Nombre del Padre” (Miller, 1999: 22) a diferencia de la ciencia, en la época del Otro que no existe, según Laurent.

La abducción como capacidad de adivinar funciona en el límite de lo sabido, que es hábito, fuente de la inducción en Peirce. Salto, a su vez, de la deducción, que es una forma aclaratoria. Por eso, según Ruiz-Werner –traductor y autor del prólogo de la versión castellana del libro de Peirce, *Deducción, inducción e hipótesis*– la abducción es la fuente de donde proceden todas las premisas que posibilitan el avance de la ciencia (Ruiz-Werner, 1970). Esta “capacidad de adivinar” la podemos rastrear claramente en Freud, quien el 25 de mayo de 1895 dice que todas las noches mientras escribe no hace más que imaginar, transponer y adivinar, y sólo se detiene frente a alguna absurdidad, o cuando del cansancio no puede más.

A la altura de “El malestar en la cultura”, refiriéndose a la introducción del concepto de pulsión de muerte, afirma: “Al comienzo yo había sustentado sólo de manera tentativa las concepciones aquí desarrolladas, pero en el curso del tiempo han adquirido tal poder sobre mí que ya no puedo pensar de otro modo” (Freud, 1989: 115). Solamente en 1920, Freud dudó, retrocedió, vaciló respecto a su “bruja adivinante” que lo visitaba por las noches, vacilación que se produjo sólo con la introducción de la pulsión de muerte.

Esto no es evidente en Peirce: más bien pareciera que el proceso abductivo implica en sí la causa en tanto oculta. Peirce reconoce tanto regularidades de

la naturaleza, como ley o determinación, como una causalidad sostenida en el azar o como un principio esencial en el fondo del universo.

La abducción se orienta hacia la contingencia causal. Miller en “Cómo se inventan nuevos conceptos en psicoanálisis” (Miller, 2007) se refiere al concepto de causa en el psicoanálisis: la causa que funciona como tal en tanto ésta permanece oculta. El desarrollo que Miller hace en ese texto es una apretadísima síntesis de su curso “Causa y consentimiento”.

Siguiendo a Miller, podemos decir que, en psicoanálisis, hay una relación discontinua entre causa y efecto: entre una y el otro está la represión. La fijación no alcanza como antecedente causal, y la represión nombra la elección de neurosis, que en el curso citado está puesto en relación con “la elección forzada” y “la insondable decisión del ser” de Lacan. Se trata del objeto y del sentido, en tanto éste es privativo del consentir del sujeto.

Decíamos que la abducción es una de las cuatro modalidades de producción del conocimiento científico y fue descrita por primera vez por Aristóteles en los *Primeros Analíticos* (Aristóteles, 2006).

Sin embargo debemos destacar el gran aporte del profesor Juan Samaja, en lo que hace a la relación entre la analogía y la abducción. Precisamente porque en el gran salto de Freud en 1920 la dimensión abductiva no es sin la referencia analógica permanente.

“Siendo el caso análogo un objeto familiar, su regla está entrañada en su significado, y ella hace posible el tránsito a la abducción, en la medida en que sobre esa regla (la mayor parte de las veces implícita, debido a que procede del trasfondo experiencial y perceptual) se comienza a diseñar *conceptualmente* la nueva Regla hipotética. Es decir, la regla (3) implícita en el caso análogo (al que conocemos muy bien, precisamente, porque se trata de *un caso familiar*), opera como embrión o protohipótesis de la futura abducción explicativa (Paso 2). Esta regla (3) del caso análogo nos acota el campo de búsqueda de la regla que buscamos (R) y que tienen la mayor probabilidad de ser una buena hipótesis (Rh) (Paso 3).

”En esta interpretación, la abducción que pone la explicación al alcance de nuestra mente ha sido posible gracias a *que la analogía ha reducido drásticamente el campo de búsqueda* y le confiere la probabilidad que aporta *la eficacia de la propia praxis humana*” (Samaja, 2003: 25).

El ejemplo que nos brinda Samaja es el siguiente:

Paso 1: Rasgo + caso análogo (familiar) → caso presunto.

Paso 2: Rasgo + regla del caso análogo → caso presunto.

Proto – hipótesis



Paso 3: Rasgo regla hipotética → caso identificado = abducción.

CAPÍTULO 2

SOBRE LA INVESTIGACIÓN Y EL OBSTÁCULO

1. El objeto epistémico freudiano

Freud en el capítulo VII del texto “Análisis terminable e interminable” (Freud, 1989) sitúa en un mismo lugar un obstáculo en la práctica clínica y en la formación del analista.

No es la única vez que se presenta de este modo la cuestión, pero el obstáculo en la conclusión de la cura y el advenimiento de un nuevo analista en este texto alcanza una dimensión especial, ya que da cuenta del punto culminante de su elaboración doctrinaria al respecto.

Lo que alcanza el estatuto de obstáculo son los mecanismos de defensa. Pero ¿qué es un obstáculo?

El texto clásico en epistemología respecto a la cuestión del obstáculo es *La formación del espíritu científico* de Gaston Bachelard (1948).

Para Bachelard, el obstáculo es obstáculo epistemológico, por lo tanto no se puede plantear el problema del conocimiento científico, si no es en términos de obstáculo. Éste se manifiesta como impedimento y como inercia. Si toda nueva producción de conocimiento se realiza “contra” conocimientos anteriores, la inercia dará cuenta de un uso abusivo de esos productos

anteriores. La tesis filosófica que despliega Bachelard es: “El espíritu científico debe formarse en contra de la naturaleza, en contra de lo que es, dentro y fuera de nosotros, impulso y enseñanza de la naturaleza, en contra del hecho coloreado y vario” (Bachelard, 1948: 27).

Bachelard diferencia tajantemente la posición del educador de la del investigador. El educador manda, se cree un maestro; el investigador es el que se enfrenta al obstáculo. Los educadores están gobernados por una voluntad de poder, a diferencia de los investigadores que se orientan por una voluntad de razón. “Los profesores reemplazan los descubrimientos por lecciones. [...] Hay que defenderse, pues, del desgaste a las verdades racionales que siempre tienden a perder su apodicticidad y a caer al nivel de los hábitos intelectuales” (Bachelard, 1948: 291).

A los fines de nuestra tarea, es importante destacar lo que denomina “masoquismo intelectual”. Padecen de tal masoquismo aquellos científicos que no pueden “gozar tranquilamente” con un conocimiento bien cerrado en sí mismo y siempre atestiguan que hay algo que se les escapa.

Friederich Nietzsche, en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873), afirma que no hay ninguna posibilidad de un conocimiento bien encerrado en sí mismo.

Se pregunta, por el contrario, si hay alguna concordancia entre las cosas y las designaciones. Es más, el creer que se posee una verdad, es al precio de un olvido, de olvidar de que sólo tiene estatuto de verdad lo que posee “consecuencias agradables para la vida”, ya que la “cosa en sí” es absolutamente inalcanzable. De un modo luminoso afirma que los conceptos sólo se forman eliminando los rasgos singulares y asemejados por equiparación.

Entonces, en la omisión de lo real y lo individual, el concepto se funda.

Por su parte el psicoanálisis da cuenta de que el Universal no reabsorbe el Particular sino, por el contrario, revela la originalidad del caso por caso.

Para el filósofo alemán, no hay verdad alcanzable, atrapable, sino meras ilusiones que se olvida que son tales. Son sólo metáforas consolidadas, a las que se trata como a las cosas mismas.

La radicalidad del pensamiento de Nietzsche lo lleva a afirmar que ni las matemáticas ni las representaciones del espacio y el tiempo son meras imitaciones sobre la base de metáforas. Por lo tanto, si no hay verdades, los hombres mienten de acuerdo con un estilo vinculante para todos.

¿Cuál es el estatuto de esta mentira, cuál es su necesidad que podríamos formular?

De acuerdo con lo postulado por Nietzsche, la construcción conceptual es una protección para el hombre respecto a las “fuerzas terribles que constantemente lo amenazan”. Por lo tanto, no hay ninguna posibilidad de “percepción correcta”, ni de adecuación sujeto-objeto, ya que son “dos esferas absolutamente distintas”.

¿Entonces? Lo que hay a lo sumo, como dice Nietzsche, es un traducir a un lenguaje completamente extraño, un extrapolar alusivo, esto es, una conducta estética. Son necesarias una esfera intermedia y una fuerza mediadora libres para poetizar e inventar.

Para François Dagognet en *Bachelard y la epistemología francesa* (2006), la idea de ruptura caracteriza toda la epistemología bachelardiana, en la medida en que no hay nada inmutable ni inmóvil. La contemporaneidad, como cuarta época de la historia, marca una ruptura de la razón y de la técnica. A su vez, este pensador destaca que para Bachelard la posibilidad de “curarse” del obstáculo se logra renunciando a la cultura solitaria, el pensar con otro abre una dimensión nueva en la posibilidad de traducción.

Para Dagognet, la ciencia contemporánea no se distingue de la técnica. Este anclaje produce como consecuencia que “la riqueza y la fecundidad de la ciencia contemporánea” (Dagognet, 2006: 21) se produzca “felizmente regionalizada” (*idem*).

Por otra parte, la axiomática que se presenta como causa primera, sin embargo es una mera repetición: lo que ya se conoce es axiomatizado (*idem*).

En otro artículo Bernard Barsotti plantea que: “Es el desconocimiento del papel de las matemáticas en el pensamiento científico lo que impide a la filosofía pensar las ciencias como proceso histórico de producción de conocimientos” (Barsotti, 2006: 137). Es justamente a partir de la categoría matemática que Bachelard tendrá un pie en la filosofía crítica y otro en la física matemática. Al mismo tiempo formula tanto la ruptura absoluta como una “profunda discontinuidad”.

Pero lo fundamental que va a destacar Barsotti, a mi criterio, es el estatuto del sujeto racionalista, aquel que toma las matemáticas como nuevas formas de juicio. Dice:

“La división de la razón no se debe al solo impulso de la regionalización fenomenológica de la experiencia [como formula Dagognet],

sino también al esfuerzo de ‘división de sí’ del sujeto, que no tiene solamente ‘conciencia de su división inevitable’, sino además ‘la voluntad de dividirse al dividir’, en tanto sujeto de los valores epistemológicos” (Barsotti, 2006: 157).

La orientación freudiana es otra al respecto, basta citar el último párrafo de “Duelo y melancolía”: “Sabemos ya que la íntima trabazón en que se encuentran los intrincados problemas del alma nos fuerza a interrumpir, inconclusa, cada investigación; hasta que los resultados de otra puedan venir en su ayuda” (Freud, 1989: 255).

Pero debemos destacar que para Bachelard el descubrimiento es tal sólo cuando produce una “modificación espiritual”, que en nuestros términos estaría del lado de una rectificación subjetiva.

Paul-Laurent Assoun afirma en *Introducción a la epistemología freudiana* que: “si es verdad que todo saber científico tiene su régimen, debe haber una reflexión sobre las condiciones de posibilidad de tal saber, no forzosamente externa, sino actuando al mismo tiempo que ese saber, en ese saber” (Assoun, 1985: 10).

Por eso Assoun nombra el modo en que Freud teoriza su práctica como *sui generis*, cuestión que lo lleva a producir el neologismo “metapsicología”. Se va a denominar, entonces, epistemología freudiana a aquella investigación que da cuenta de las condiciones de ese saber psicoanalítico.

Freud tanto subvierte el lenguaje de su época como manifiesta fidelidad a los dichos de los que reconoce como maestros. El objeto epistémico freudiano, en su originalidad, es llamado entonces “metapsicología”, y según el mismo Assoun (2002) en la medida en que el “inconsciente” es un “objeto” que rebasa a la psicología, “metapsicología” es otro nombre para el psicoanálisis, a la vez que su núcleo teórico.

La metapsicología también es el operador y el testimonio de la elevación de la práctica clínica a la altura de un saber. El neologismo “metapsicología” expresa una ruptura con la literatura, la filosofía, la psicología, la neurología, dando cuenta de los procesos que conducen más allá de lo consciente, siendo así una reforma de la razón.

En verdad el adjetivo “metapsicológico” se presenta por vez primera, según Assoun, en Léon Daudet en *L'Hérédito* (1916) (Assoun, 2002: 10).

La metapsicología no se ocupa sólo de la “hipótesis del inconsciente”, sino también de todas las consecuencias de esa hipótesis, para una nueva

concepción de la psique. Entonces, para Paul-Laurent Assoun, el psicoanálisis es no sólo un método de investigación de los procesos inconscientes y un modo de tratamiento de las perturbaciones neuróticas, sino también una serie de concepciones psicológicas, a las cuales se les puede otorgar la categoría de ciencia.

Para el psicoanálisis, la formación del analista comporta una mutación subjetiva. Sin que esto tenga exactamente el mismo estatuto que la “modificación espiritual” bachelardiana, sin embargo, no deja de hacer eco en ella.

Desde la enseñanza de Lacan, se puede afirmar que la práctica clínica comporta un real desprendido de lo racional, y que por lo tanto no posee ni regularidad ni ley. Lo real es una categoría que se invalida a sí misma y que a su vez invalida las demás construcciones teóricas. Pero es un real que da lugar a la defensa y por lo tanto a la posibilidad de la interpretación: cuestión de ocasión, de coyuntura azarosa, y de lo inesperado que la diferencia de una deducción o una explicación. Dice Michel Foucault en *Nietzsche, Freud, Marx*:

“De la misma manera Freud no interpreta signos sino interpretaciones. En efecto, bajo los síntomas, ¿qué es lo que descubre Freud? Él no descubre, como se dice, ‘traumatismos’; él pone al descubierto *fantasmas*, con su carga de angustia, es decir, un núcleo que es ya en su ser mismo una interpretación” (Foucault, 2006: 44).

Es esta formulación lo que lo llevará a plantear que en Freud encontramos una interpretación de una interpretación. Aunque podemos considerar que esto es válido para la cadena de representantes psíquicos inconscientes, ese saber es de otra especie que el de la conciencia, debemos señalar que Freud formuló muy tempranamente el ombligo de los sueños y el factor compulsivo del síntoma, como límite a la interpretación.

Lacan por su parte recomendaba anular el saber en el espacio de la experiencia como condición para que pueda surgir la sorpresa, para hacer lugar a lo real en tanto es imposible de prever y de saber con anterioridad.

Según J. A. Miller, en su curso de los años 2001 y 2002, llamado “El desencanto del psicoanálisis”:

“[...] lo que la experiencia de un siglo de psicoanálisis enseña, a saber, que esta experiencia se demostró animada por una dinámica que no

permitió en definitiva a ninguna teoría del psicoanálisis estabilizarse de un modo durable en un estado de ortodoxia” (Miller, inédito: 3).

Aun estando en primer lugar la herejía y siendo la ortodoxia una reacción frente a ella, esta última no es más que la colectivización de una opinión verdadera (tal como lo explica Friederich Nietzsche). La herejía nombra la ruptura, y la ortodoxia, la continuidad, ya que trata de suturar la distancia entre teoría y práctica. Para Michel Foucault, en *El orden del discurso*: “La herejía y la ortodoxia no responden a una exageración fanática de los mecanismos doctrinales; les incumben fundamentalmente” (Foucault, 2005: 44).

A su vez, los individuos quedan vinculados a ciertas enunciaciones y con la prohibición de otras, de acuerdo con la doctrina. Por este motivo, los sujetos quedan sometidos a los discursos, y estos discursos al grupo mismo. Ésta es la doble sumisión que opera la doctrina.

La elaboración de Freud ilustra en la dimensión de la ruptura cómo en cada nueva producción teórica se requiere de una operación contra la represión, contra la defensa y contra el sentido asegurado.

J. A. Miller, en el curso citado anteriormente, va a decir:

“El psicoanálisis, según el último decir de Lacan, tenía que ser reinventado por cada uno, apelando [...] al desplazamiento de discurso, algo por lo demás a lo que asistimos con Lacan: una dinámica propia del significante que escapa a todo control autorizado” (Miller, inédito: 35).

Por su parte, Paul Bercherie en *Génesis de los conceptos freudianos* (1988) aborda la cuestión de la teorización de Freud, formulando en principio que no es posible lograr una síntesis que pueda cubrir el conjunto de tan vasta obra.

Justamente este autor da cuenta de cómo Freud arma una construcción teórica y en la etapa siguiente la cuestiona totalmente. Según el autor, podemos encontrar en la elaboración freudiana dos polos de construcción teórica: un polo clínico donde se ubicarían los complejos de Edipo y castración, el estadio sádico-anal, etcétera, y un polo especulativo: las tópicas, las teorías de las pulsiones, etcétera.

Pero Bercherie muestra cómo en verdad los conceptos más generales, las construcciones especulativas, siempre se orientan a interrogar lo real del

psicoanálisis. Podríamos agregar que, justamente, el concepto de pulsión de muerte es paradigmático de esa reflexión.

En *Génesis de los conceptos freudianos* afirma:

“El nacimiento de la ciencia en el inicio de la época clásica fue en efecto acompañado por una partición del campo de lo real. A la razón científica, a la investigación del mundo material a través del juego de fuerzas y de las cosas que lo constituyen, se opuso el mundo oscuro de aquello que por cierto después de Freud nos resulta fácil señalar como el mundo de la realidad psíquica, con todo el cortejo barroco que en él despliegan sus figuras [...]” (Bercherie, 1988: 447).

Para Bercherie, así como para Assoun, lo que constituye el núcleo de la teoría psicoanalítica es la metapsicología, y es a partir de ella que “la teoría analítica se imbrica en las grandes corrientes de la psicología” (Bercherie, 1988: 448).

Pero es Lacan quien a la altura de *El Seminario, Libro 10, La angustia*, va a formular que: “Debemos encontrar en la elaboración de los conceptos el mismo obstáculo reconocido como constitutivo de los límites de la experiencia analítica, o sea, la angustia de castración” (Lacan, 1987: 278).

Debemos recordar aquí lo que dice Lacan en el capítulo 1, *El Seminario, Libro 11*:

“Quisiera, desde ahora, evitar un malentendido. Se me dirá: de todas, maneras el psicoanálisis es una investigación. Pues bien, permítaseme enunciar, incluso para los poderes públicos, para quienes este término de investigación, desde hace algún tiempo, parece servir de *schibboleth*, de pretexto para unas cuantas cosas, que no me fío de dicho término. En lo que a mí respecta, nunca me he considerado un investigador. Como dijo una vez Picasso, para gran escándalo de quienes lo rodeaban: *no busco, encuentro*. [...] Asimismo, hay sin duda alguna afinidad entre la investigación que busca y el registro religioso. Se suele decir: *No me buscarías si no me hubieras encontrado ya*. El *encontrado ya* está siempre detrás, pero marcado por algo que es del orden del olvido. ¿No se abre entonces aquí una investigación complaciente, indefinida?” (Lacan, 1987: 15).

Esta formulación lo va a llevar a Lacan a concluir este punto con lo que ubicará como “el punto central que pongo en tela de juicio, a saber *¿cuál es el deseo del analista?*” (Lacan, 1987: 17). Y hace referencia a la alquimia, en tanto que no es una ciencia debido a que “la pureza de alma del operador era como tal, y explícitamente, un elemento esencial del asunto” (Lacan, 1987: 17).

¿Quién mejor que Freud marcó las pertinencias de esta cuestión cuando en su famosa Carta a Fliess hace lugar a la posibilidad del engaño de las histéricas a partir de darse a sí mismo la posición de víctima de un padre perverso?

Es la caída de ese argumento, la satisfacción que portaba y el *no querer saber* que expresaba, lo que le abre las puertas para la construcción de los conceptos fundamentales de la realidad psíquica, de la fantasía y de satisfacción autoerótica.

2. Obstáculo y satisfacción

Diferentes lecturas de la obra de Freud ubican la problemática de la satisfacción en relación con la segunda tópica (yo - ello - superyó).

La dimensión económica que nombra tanto un inconsciente libidinal como el síntoma referido ya no a un *querer decir* sino a la satisfacción que implica, van a marcar los obstáculos mayores para las conclusiones de los análisis. El incremento del padecimiento cuando se está por ceder un modo paradójico de satisfacción, cuyo paradigma es la reacción terapéutica negativa, expresa esto contundentemente.

Los síntomas como práctica sexual de los neuróticos *¿cómo se presentaban en los inicios del psicoanálisis?* ¿Qué anticipaciones encontramos de la cuestión de la satisfacción, incluso antes de la formulación del inconsciente dinámico?

Tomemos con estas preguntas esa casuística inicial del capítulo II de *Estudios sobre la histeria: Ana O., Emmy von N., Lucy, Katharina, Elisabeth von R.*

Comencemos con el caso de *Ana O.*, trabajado por Freud junto con Breuer.

Lo primero que hallamos es que un rasgo de carácter, la bondad compasiva de Ana, era una vía para satisfacer una intensa pulsión. Aquí ya hay un nudo que preocuparía a Freud en los tramos finales de su obra. Luego hallamos una

descripción de las perturbaciones corporales de la paciente, simultáneamente con la llamada “doble conciencia”: escisión psíquica y cuerpo recortado por malestares. Si la hipnosis permitía “recuperar” el suceso traumático y con ello disolver el síntoma, el texto encarnado revela un cuerpo distinto del organismo, y la palabra es fuente de excitación, dolor, parálisis, etc. El llamado “estado segundo”, lo no-consciente, que es comparado con el sueño y las alucinaciones, orienta la satisfacción y revela su paradoja en la operación terapéutica misma.

El párrafo central de este caso, ejemplar para revelar la conexión amor de transferencia-resistencia, es el que dice:

“También aquí se observaba de manera regular que ‘apalabrado’ el síntoma, *emergía con renovada intensidad mientras* se lo relataba. Así, en el análisis del no-oír, la enferma se volvió tan sorda que a veces debí entenderme con ella por escrito” (Freud, 1989: 61).

Recordemos que el síntoma de no-oír se relaciona directamente con el padre y con el espiar. Este no-oír revela una zona histerógena y su paradójica presentación durante la cura. Incremento del padecimiento sintomático (sordera) cuando se está a punto de desembarazarse de él.

Tengamos presente que se trata de la *talking cure*, la cura por la palabra. Dejaba de oír la voz de quien conducía la cura.

Sólo tengamos presente aquí la primera teoría pulsional, y el conflicto pulsiones del yo-pulsiones sexuales, para dar cuenta del recorte de ese agujero de borde pulsional llamado oído.

¿Cuándo se produjo en Ana el síntoma de la tos? Cuando le sobrevino el conflicto entre cuidar al enfermo y estar en el baile. Conflicto que se produjo cuando escuchó “los sones de una músicaailable”.

Pasemos ahora a *Emmy von N.*, el primer caso en donde es Freud quien aplica el método hipnótico. También es el caso inaugural de lo que posteriormente se va a llamar “asociación libre”. Vemos con toda la frescura de esos momentos primeros que es la paciente misma quien la produce: “me dice, con expresión de descontento, que no debo estarle preguntando siempre de dónde viene esto y esto otro, sino dejarla contar lo que tiene para decirme” (Freud, 1989: 84).

Vemos presentarse el concepto de “falso enlace”, antecedente del desplazamiento y la transferencia motor; como también el concepto de “compulsión

a asociar", que va a remitir tanto al "analista como obstáculo externo" en "Estudios sobre la histeria. Sobre la psicoterapia de la histeria" (Breuer y Freud, 1893-1895), como a la transferencia como obstáculo, posteriormente.

Una de las primeras cuestiones que Freud destaca en este caso es el asco. Cuestión que va a ocupar un lugar prevalente en la sintomatología histérica. En *Emmy von N.*, el asco va a referir a lo oral y a estar en conexión con sus dos hermanos. Lo patológico va a estar en relación con la cantidad y su destino conversivo, con una salvedad muy importante (también por el destino que tendrá en elaboraciones posteriores), que explicitamos a continuación.

No toda la "suma de excitación" se transpone en conversión en el cuerpo, una parte permanece como talante (angustia, depresión melancólica, fobias, abulias, inhibiciones de la voluntad), por lo tanto, fracaso de la defensa y no realización absoluta de la *bella indiferencia* histérica.

Si el asco revela el conflicto pulsional y la relación particular de la histeria con la satisfacción, el fracaso de la defensa (aquí igual a represión) va a dar cuenta de un concepto más abarcativo (siendo la represión sólo uno de los métodos de la defensa), que permitirá establecer el más allá del síntoma, como carácter.

Este último expresa claramente un modo de satisfacción pulsional sostenido en una zona erógena.

En *Miss Lucy R.*, encontramos un detalle ordenado y resumido de las modificaciones técnicas del proceso terapéutico dispensado por Freud.¹

También es el caso clínico en donde la teoría del conflicto da un paso más, bajo la fórmula: "Puedo aseverar que ese olvido es a menudo deliberado, deseado" (Freud, 1989: 129).

Aquí, el síntoma conversivo es la pérdida de la percepción olfativa. La cuestión del olfato va a ser retomada por Freud mucho más tarde, en el "El malestar en la cultura", cuando hable de una represión orgánica que produce como efecto en la constitución subjetiva una importante pérdida del sentido olfatorio. *Miss Lucy R.*, además de esa pérdida, sufría de unas sensaciones olfatorias que la perseguían. Por lo tanto, respecto al olfato, *un menos y un más de sensaciones*.

Freud se pregunta respecto a los sucesos traumáticos: ¿por qué fue elegido "como símbolo justamente un olor?" (Freud, 1989: 132). El olor es un

1. N. del A.: En la nota a pie de página de "Estudios sobre la histeria" (Breuer y Freud), expresa la historia de esas modificaciones.

resto que liga las escenas traumáticas, pero lo que se resalta especialmente es la vividez plástica de los recuerdos de esta paciente denominada “visual”.

Sus asociaciones son, en principio, imágenes a ser miradas. Esas imágenes portan la resonancia de los términos *Auffahren* (sobresaltar) y *Anfahren* (atropellar), núcleo de la dimensión traumática.

Es en *Katharina* donde más avanza en la dimensión de la satisfacción articulada a la resonancia fónica. Esta muchacha presentaba como síntoma conversivo la falta de aire y el sentimiento culpable respecto a la separación de sus tíos.

Aufkommen: Destapo.

Kommen: Llego.

Heraufkommen: Ascendido allá.

Herauskommen: Enseguida salieron.

Hinaufkommen: Él subió.

Las declinaciones del *Kommen* van articulando el conjunto de la trama, donde podemos verificar un sentido, más allá de los efectos de las significaciones de las escenas de la trama.

Vamos a entrar ahora en el último caso, el ejemplar y paradigmático de *Elisabeth von R.*

Esta joven que padecía dolores en la pierna y caminaba mal, nos aporta las anticipaciones teóricas más importantes para esta pequeña investigación.

Muy tempranamente a Freud se le hizo necesario diferenciar dolores orgánicos, neurastenia e histeria de conversión. Sabemos que son “tres cuerpos”: el orgánico, el afectado por ausencia de falso enlace, el que padece de un falso enlace reprimido.

En el desarrollo de la cura que emprende con *Elisabeth von R.*, Freud localiza una zona histerógena sensible a “voluptuosas cosquillas”. El cuidado del padre enfermo y los deseos respecto al cuñado van enhebrando la trama. La pierna derecha dolorida articulaba los recuerdos respecto al padre y al compañero de juventud; y la izquierda, a los dos cuñados.

Comienzan a ser recortados por Freud los representantes psíquicos encadenados en la trama de la dialéctica subjetiva.

Stehen: Estar en pie.

Gehen: Caminar.

Aufstehen: Se levantó.

Hinaufgehen: Dirigió sus pasos.

Alleinstehen: Soledad, que remite a su desvalimiento, la sensación de no avanzar un paso.

Stillstehen: Se quedó parada.

El caso revela cómo “mediante una simbolización [*Symbolisierung*] así pueden generarse síntomas somáticos de la histeria” (Freud, 1989: 167).

Tenemos el efecto de significación, la trama de sentido y un término destacado que anuda el conjunto de todos los otros: *Alleinstehen*.

Recordemos aquí tanto el dolor de las piernas como la expresión de placer, que la llevaba a proferir unos chillidos cuando se la pellizcaba.

La soledad, el desvalimiento como “no avanzar un paso” en su metaforización conversiva, sitúa tanto una trama deseante como un modo de satisfacción en su articulación misma. Se satisface, con una satisfacción paradójica (porta también dolor) en las modalidades repetitivas de la partícula *Stehen*, que es lo invariante.

Tengamos presente que, en este caso, aparecerá por primera vez el concepto de resistencia. Se trata de la introducción anticipada del inconsciente dinámico y del efecto retroactivo (*Nachträglich*). A su vez se presenta el fundamento de la irrupción en la conciencia de un deseo en contradicción con el “ser moral”, deseo que “debe” ser reprimido.

Pero observamos la paradoja de ese “ser moral”, que se presenta en el incremento cruel de los dolores cuando se le es comunicado el deseo respecto a su cuñado.

Antecedente de la reacción terapéutica negativa: Freud establece el núcleo del cuadro clínico: “ella reprimió [desalojó] la representación erótica de su conciencia y trasmudó su magnitud de afecto a una sensación de dolor somático” (Freud, 1989: 178).

¿Pero aquí se agota todo?

¿Por qué justamente los dolores en las piernas tomarían sobre sí la subrogación del dolor anímico?

¿A qué viene esa insistencia en Freud al final del desarrollo del caso, cuando ya justificó suficientemente el poder de la simbolización en la conversión histérica?

La modalización del *stehen* da cuenta de toda la trama: habla de una base orgánica, “este dolor originariamente reumático pasó a ser en la enferma el símbolo mnémico de sus excitaciones psíquicas dolientes” (Freud, 1989: 187).

Pero más allá de lo que llama orgánico, y del poder de la palabra que también ilustra con *Cäcilie* y con *Rosalie H.*, nos habla de que “una de sus piernas doloridas [base orgánica] entraba en contacto con la pierna hinchada del padre a raíz del cambio de vendaje” (Freud, 1989: 188), acontecimiento que creó “una zona histerógena artificial”, sobre la que se montó la trama de la representación erótica reprimida. Vemos destacarse el lugar prevalente del padre impotente en la histeria, a quien ella se consagra con el sacrificio de su vida: su deseo para sostenerlo y sus condiciones de satisfacción articuladas a la privación.

Pero esa trama, que incluyó y anudó el efecto de ese acontecimiento, fue un “tratamiento” de esa satisfacción contingente, satisfacción opaca más allá del símbolo. Satisfacción opaca, que se revela en el dolor cruel ante la comunicación del deseo reprimido, en la medida en que cae esa significación. No todo es símbolo en la satisfacción. Un símbolo se repite, un símbolo comanda una red que procura satisfacción, pero algo excede el símbolo en la posibilidad de dar cuenta de lo que no anda (parafraseando a Elisabeth), o mejor dicho, de lo que sólo anda de ese modo. Ya que no hay “enlace verdadero”, hay fijación y falso enlace.

3. Transferencia y pulsión

El primer modo en que aparece la cuestión del obstáculo en la obra de Freud es bajo las especies de una incompatibilidad entre un pensamiento y el yo. Una contradicción, un conflicto.

¿Ahora bien, por qué esa incompatibilidad?

Por cobardía moral el paciente no quiere saber.

Está el método de defensa y una elección del sujeto.

Son métodos de defensa del yo, pero éste se halla infiltrado por el trauma. Nuevo obstáculo en los inicios mismos. El traumatismo es esa incompatibilidad misma.

Si la escisión de la conciencia, explícitamente, parece referir a una intencionalidad como acto volitivo, en verdad la noción de resistencia, lo compulsivo del síntoma, la fuente independiente de *displacer*, y el incremento del padecimiento en la cura, desbordan ese argumento.

¿Qué es lo que Freud, en esos momentos iniciales, va a llamar directamente “obstáculo”, más precisamente “obstáculo externo”?

A la persona del médico: punto de detención de la emergencia de los recuerdos, vía la rememoración y los comentarios sobre el analítico.

Precisamente, el caso inaugural *Ana O.* da cuenta de ese obstáculo, que posteriormente va a hallar su estatuto conceptual en la articulación transferencia-resistencia.

En este punto, debemos destacar que la transferencia negativa revela un obstáculo fecundo mayor.

Si nos guiamos por esta perspectiva, el psicoanálisis es una teoría del obstáculo.

¿Pero son sólo *lo incompatible* y la *transferencia negativa* los nombres del obstáculo? No. Otro nombre del obstáculo es el carácter. Podríamos decir que el carácter es aquello del síntoma integrado a la personalidad, que se expresa como conducta.

Aunque el desarrollo mayor de Freud al respecto va a ser en relación con la neurosis obsesiva, muy tempranamente, cuando postula que no toda la idea incompatible inerva el cuerpo en la histeria sino que se expresa como “talante personal”, da cuenta de la misma cuestión.

La conversión se expresa, quiere decir, se presenta, como disfunción; el talante se satisface en sí mismo. Es el equilibrio neurótico mismo como obstáculo. Perturbar ese equilibrio, sintomatizar el carácter, volver egodistónico lo que es egosintónico, hace emerger necesariamente la transferencia negativa. La desidentificación de los síntomas integrados a la personalidad los vuelve cuerpos extraños que interrogan al sujeto.

Pero este equilibrio, ¿a qué responde? ¿Disolviendo los síntomas se concluye la tarea analítica? En los albores, sí. Pero ya en la etapa media de su elaboración, Freud se va a responder que de ese modo resta la capacidad para formar nuevos síntomas.

A partir de aquí el obstáculo ya asume los nombres de masoquismo primario, necesidad de castigo, reacción terapéutica negativa.

Por lo tanto, Freud primero habla de trauma como acontecimiento. Pero, al darle el estatuto del “para todos” en la neurosis, se pierde como acontecimiento. Luego ubica que en la fantasía no se trata de lo acontecido, sino de la realidad psíquica no histórica (de todos modos el fantasear nos revela la práctica masturbatoria). A pesar del estatuto de la fantasía como causante del síntoma, el fantasear encubre un goce solitario, autístico y éste es el problema del psicoanálisis. Y es el problema en todo análisis, porque lo

que está en juego es cómo hacer para que la modalidad de satisfacción del sujeto que es autística entre en el campo de la transferencia; cuál es la maniobra, el acto del analista que lo hace pasar del síntoma vulgar al analista como objeto, inscribiendo al analista en la serie de los objetos de la fantasía, para que se instale la neurosis de transferencia. De este modo el analista pasa a ser el objeto de esa neocreación. La transferencia analítica implica ya un tratamiento de la modalidad de satisfacción pulsional, es la fórmula misma del amor en tanto implica la pérdida de satisfacción autística y el intento del sujeto de ir a buscar ese objeto de la pulsión parcial vía la transferencia.

Pero aquí hay un obstáculo más, ya que no toda la libido pasa a los objetos.

En el marco de la segunda tónica, en “El yo y el ello”, Freud articula reacción terapéutica negativa-necesidad de castigo-superyó. Finalmente, el sentimiento inconsciente de culpa está articulado con un resto de ligadura erótica, en la misma línea que “Tótem y tabú”.

Recordemos que “la necesidad de castigo, es una exteriorización pulsional del yo que ha devenido masoquista bajo el influjo del superyó sádico [...], en una ligazón erótica con el superyó” (Freud, 1989: 132).

Pero este obstáculo habla de lo ligado. El otro obstáculo como resistencia del ello es el de los mecanismos de defensa. De la relación de estos obstáculos se ocupa esta tesis. Abriendo la perspectiva de que más allá de estos dos, que dan cuenta de la fijación y la ligadura pulsional, algo resta. Freud lo llama “fragmento de agresión libre”.

¿Qué hacer con esa cantidad irreductible?

La resonancia interpretativa, la construcción que realiza el analizante, el encuentro con la castración estructural, el saber sobre el modo singular de satisfacción alrededor de un objeto de la pulsión parcial, dejan un resto.

Resto siempre desviado de todo ideal. Resto que presentándose como disfuncionamiento, nombra lo original de cada sujeto. En verdad, este disfuncionamiento es un funcionamiento.

4. El analista y el obstáculo

Nuestra propuesta es interrogar aquí cómo se presenta el lugar del analista en la obra de Freud y en la de Lacan en relación con el obstáculo,

ubicando la dimensión ética del acto analítico. Tomaremos para ello el texto de Jacques-Alain Miller, *El hueso de un análisis* (1998), debido a que puede ser leído estableciendo un doble vector:

lugar del obstáculo en la dirección de la cura,	la dimensión del obstáculo en la elaboración de Freud y Lacan.
---	--

Hay un entrecruzamiento (en este texto) entre la dimensión del obstáculo en la dirección de la cura y las distintas elaboraciones que Freud y Lacan hacen en relación con la pregunta y el lugar del obstáculo, que ha sido para ambos un lugar fecundo, un lugar de interrogación principal. Al obstáculo no se lo desecha, sino que se lo hace comparecer, se lo cita (con todo lo que ello implica); incluso –como dice Freud– aunque ese obstáculo pueda hacer caer el conjunto de la teoría elaborada hasta ese momento. Esa hiancia permanente, imposible de suturar, que hay en psicoanálisis entre teoría y práctica, y que aparece bajo la forma del obstáculo, también se presenta en la dirección de la cura; y del mismo modo se procede allí, ya que en el curso de un análisis el obstáculo también es el lugar fecundo y marca las diferentes conceptualizaciones de la dirección de la cura en Freud y Lacan.

En el capítulo 3 de “Más allá del principio del placer”, Freud sitúa los tres grandes movimientos desarrollados en el transcurso de su teorización en lo que hace a la dirección de la cura: 1) el arte de la interpretación, 2) el trabajo sobre las resistencias, 3) el levantamiento de las resistencias estructurales. Y éstos coinciden con un ordenamiento y una producción teórica.

Podemos ubicar en la primera época: “La interpretación de los sueños”, “Psicopatología de la vida cotidiana”, “El chiste y su relación con lo inconsciente”, los grandes textos de la apertura del inconsciente. La segunda época coincide con los llamados “escritos técnicos” y las dificultades que se presentan articuladas a la transferencia: “Sobre la dinámica de la transferencia”, “Puntualizaciones sobre el amor transferencia”, etcétera. Textos en los que se revela la posición del analista como lugar del levantamiento de las resistencias, y se ubica el cierre del inconsciente y las vicisitudes de la acción del analista respecto a la pregunta ética sobre ese cierre. Finalmente, el trabajo con las resistencias estructurales que se articula con el cambio del modelo pulsional freudiano, y con la nueva teorización de la regulación del aparato psíquico donde aparecen las resistencias mayores del ello y el superyó.

En Lacan hay un camino dividido en tres momentos:

1. En principio, inflación similar del campo de lo simbólico al recentrar el descubrimiento freudiano. Sitúa lo abierto por Freud a partir de su debate con los posfreudianos. En los grandes textos del desarrollo del campo de lo simbólico, la dirección de la cura se enmarcaba en el atravesamiento del plano imaginario y en el lugar de la producción de la verdad, articulada a la dimensión de lo simbólico. Sólo se arribaba al encuentro de la verdad inconsciente dándole un estatuto jerarquizado al registro simbólico. La dimensión pulsional, por otro lado, aparece en este momento como un verdadero obstáculo. Lacan, en cierto modo, tiene que hacer el mismo camino realizado por Freud. La revisión de conceptos centrales de su teoría es contemporáneo al debate en aquel momento en el seno del psicoanálisis mundial, donde se había producido un efecto de cierre del descubrimiento freudiano del inconsciente psicoanalítico. La dimensión pulsional aparece como inercia, lo que obstaculiza en el registro $a - a'$ la relación del sujeto con la palabra verdadera.

Al comienzo, hallamos un despliegue de Lacan de la dimensión de lo simbólico; y la dimensión de lo imaginario tiene un verdadero lugar de obstáculo. Lo pulsional queda referido —en el grafo de “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”— a una dimensión significativa como demanda. Un primer Lacan corre el eje de lo imaginario y deja fuera el cuerpo con la prevalencia del campo del significante, y el significante queda situado en su carácter de aquello que viene al lugar de mortificar la Cosa, aquello que produce y deja al sujeto muerto: el significante tiene un carácter mortificante.

2. Recién en *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* —con el antecedente de *El Seminario, Libro 10, La angustia*— es donde produce la formulación del campo del objeto que estaba anticipado en el *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*. Pero aún se confunden allí el objeto de la pulsión, el objeto del deseo y el objeto de la demanda. En *El Seminario, Libro 10* —seminario eminentemente clínico— hay deslizamientos, ya que llama objeto oral a tres cuestiones diferentes: una es el objeto a como una nada recortada —en cierta equivalencia con el objeto perdido freudiano—; otra es el objeto *petit* (a), como una sustancia episódica de goce que coincide con el objeto de la pulsión parcial freudiana; y otra diferente, el objeto como el pecho en tanto representación imaginaria i (a).

En *El Seminario, Libro 11*, Lacan produce el objeto a en continuidad con *El Seminario, Libro 10*. Pero además destaca la crucial importancia de “Más

allá del principio de placer”. En el capítulo “Tyche y automaton” rescata la insistencia significativa como *automaton* y ubica la *tyche* como lo que causa el eterno retorno de lo igual. En este punto se despliega y formaliza el estatuto del objeto, y la dimensión pulsional cobra el lugar que Lacan denomina “la dimensión de lo real articulada al objeto”.

Esto se modificará posteriormente. Pero todo este movimiento lo lleva a la producción de diferentes concepciones de la dirección y el final de la cura, del mismo modo en que en Freud había diferencias entre interpretación, resistencias, resistencias al levantamiento de las resistencias, etcétera. Entonces en *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan formaliza el objeto *a* –dándole estatuto de real– y sitúa la dirección de la cura como atravesamiento del fantasma. Queda, de todos modos, una pregunta abierta que retomará al final de su obra: una vez atravesado el fantasma fundamental, ¿cómo vivirá el sujeto la pulsión? Y esto es absolutamente freudiano ya que en “Análisis terminable e interminable” Freud habla de la roca de base de la castración, y al final del tratamiento se encuentra con un fragmento de agresión libre, no ligada, un *quantum* pulsional no ligado fantasmáticamente que retomaré en el final de esta tesis.

3. Finalmente, la otra gran ruptura en la enseñanza de Lacan se ubica en *El Seminario, Libro 20, Aún*. Allí pone en juego dos cuestiones: por un lado, el objeto *a* deja de ser real para ser semblante. El lugar que le había dado como orientador fundamental para su trabajo se desvanece en su misma teorización, deviniendo semblante articulado entre lo simbólico e imaginario. De este modo, se corre el lugar donde anclar el síntoma y el final de una cura. Y, por otro lado, el significativo ya no es mortificador sino vivificador; el significativo queda situado produciendo goce, será causa de goce. Por eso, Lacan se tiene que preguntar cómo resuelve el *impasse* en el que había quedado su concepto de sujeto barrado –en tanto sujeto dividido por el significativo– ya que el sujeto es un efecto conceptual producto de concebir el significativo en su dimensión mortificante.

En este punto, Lacan tiene que construir otro concepto que va a ocupar el lugar de la fórmula del fantasma. Ya no se trata de que el análisis implique la asunción hegeliana del *ser para la muerte*, no se trata de que lo único en juego sea la palabra plena en relación con la dimensión de la verdad, ni del estatuto de la verdad en tanto permanece como ficción. Todo esto se desvanece. ¿Cómo resuelve Lacan lo que había construido con la fórmula del fantasma, un sujeto dividido por el significativo más la dimensión de goce articulada

al objeto *a*? ¿Cómo hacer entrar al cuerpo? Elabora el concepto de *parlêtre*, *hablanteser*, decae al final de su obra la categoría de sujeto, el significante es vivificador, el objeto *a* es un semblante y surge la pulsión. Nuevamente ubica la dimensión freudiana y –en su última enseñanza– coloca en el lugar mismo de la pulsión al síntoma: el síntoma viene a ocupar el mismo lugar lógico que la pulsión en Freud.

Del mismo modo, como ya hemos dicho, Freud primero habla de trauma como acontecimiento vivido. Al darle el estatuto del “para todos” en la neurosis, se pierde como acontecimiento. Ahora bien, el problema en todo análisis es cómo hacer para que la modalidad de satisfacción del sujeto que es autística –que no necesita del Otro, que implica el goce del Uno– entre en el campo de la transferencia, cuál es la maniobra, el acto del analista que lo hace pasar por el Otro. Porque ésa es la operación analítica, hacer pasar el goce autoerótico por el campo del Otro. La transferencia analítica implica ya un tratamiento de la modalidad de satisfacción pulsional, es la fórmula misma del amor en tanto implica la pérdida de goce autístico y el intento del sujeto de ir a buscar ese objeto de goce en el campo del Otro.

La gran pregunta de Lacan en la última parte de su enseñanza es qué hacer con lo que insiste eternamente para un sujeto, aquello que va más allá de la articulación significante y que no remite a la interpretación. ¿Qué hacer con ese resto pulsional, ese resto de goce que insiste más allá de que hayan caído las identificaciones, más allá de que hayan caído los significantes amos que tienen la dimensión de significación para un sujeto? Una vez que se opera sobre el Ideal del yo y su envés, el superyó, ¿qué hacer con ese resto pulsional, con la dimensión del síntoma que ya no es articulación significante?

La respuesta de Lacan es la identificación al síntoma, de ahí la fórmula “yo soy como gozo” –como sostiene Miller– en la que el sujeto se identifica con su modalidad de goce. Esto implica un cambio profundo en la conceptualización de lo que es el síntoma.

La cuestión del obstáculo se va a presentar de un modo particular en Jacques Lacan en *El Seminario, Libro 20, Aún*, cima de su segundo clasicismo –tal como lo formula Jean-Claude Milner en *La obra clara* (1996)– respecto al obstáculo lógico que Aristóteles refiere en *Tópicos* y en *Retórica*. Lacan, en el capítulo VI de dicho Seminario, se va a referir al texto *El título de la letra* de Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe (1973), específicamente a la nota al pie número 3 de la página 27.

Estos dos autores realizan una pormenorizada lectura del escrito “La instancia de la letra o la razón desde Freud” y formulan que: “La instancia de la letra sería pues también, en este sentido, su insistencia, algo así como la suspensión del sentido. Todo lo cual no deja de complicar, por cierto, la interpretación del subtítulo de la primera parte” (Nancy, Lacouve-Labarthe, 1973: 27).

Es en este punto donde los autores mencionados ubican la nota “3”, refiriéndose a que en esos dos textos de Aristóteles (*Tópicos* y *Retórica*), el Estagirita da cuenta de que la “instancia” “designa en la teoría de la refutación al *obstáculo* que consiste en particular en que la excepción se oponga a una predicación universal” (Nancy, Lacouve-Labarthe, 1973: 27).

El ejemplo que da Aristóteles en *Tópicos* (1996) se refiere a lo adecuado que es sacrificar al padre en ciertos lugares, como ser en la vida tribal, lo que no quiere decir, en absoluto, que esto sea un bien.

Estas objeciones o refutaciones pueden suscitarse de cuatro maneras según la *Retórica* (Aristóteles, 1998):

1. A partir del mismo entimema (razonamiento retórico que trabaja sobre premisas probables) que ha propuesto un oponente,
2. que ha propuesto un semejante,
3. que ha propuesto un contrario,
4. o bien, de decisiones previamente tomadas.

Dejaremos para un trabajo futuro en relación con este tema la cuestión de esta “reintegración” y el estatuto del obstáculo, en la perspectiva que señala Milner en el texto citado donde dice que *El Seminario, Libro 20* constituye la cima y a su vez desencadena el mecanismo de su deconstrucción (Milner, 1996).

PARTE II

LA EXPERIENCIA ÉTICA
Y LA PULSIÓN DE MUERTE

INTRODUCCIÓN

En esta segunda parte vamos a abordar tanto las anticipaciones en la obra de Freud de la problemática central que nos ocupa como los fundamentos metapsicológicos que la gobiernan.

Por lo tanto se dará cuenta de la presentación en estado práctico de lo que Freud llamará “mecanismos de defensa”, y de la articulación conceptual necesaria para ubicar la importancia de éstos.

En el primero de los capítulos de esta parte investigaremos el concepto de fijación como obstáculo en relación con la tarea del analista. La conclusión de la primera parte orienta, a partir de la cuestión del obstáculo, estos desarrollos.

Los momentos que formula Freud de la tarea del analista en “Más allá del principio de placer” (1920) y las conceptualizaciones del lugar del analista nos permitirán no sólo precisar la construcción conceptual y sus correlaciones con el conjunto de la teoría, sino, a su vez, precisar los diversos modos de construcción conceptual.

El acontecimiento analítico como experiencia ética es la referencia para abordar el contrapunto y la solidaridad epistémica entre la regla de abstinencia freudiana y el deseo del analista según Lacan.

Respecto al deseo del analista precisamente, haremos un recorrido sobre los diferentes momentos y modos de conceptualización en Lacan.

El capítulo “Pulsión de muerte, angustia y síntoma” es la bisagra fundamental entre las partes I y II de la presente tesis y las dos últimas.

Si en la parte primera abordamos la cuestión de lo que atenta contra la exploración analítica y la cuestión del obstáculo, el desarrollo de esta segunda parte da cuenta de las anticipaciones en estado práctico de la conexión fijación-dirección de la cura desde los propios fantasmas, como lo va a decir Lacan en *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*.

El cambio de paradigma que implica la producción del concepto de pulsión de muerte es correlativo al cambio de pregunta que se realiza Freud. Ya no se trata de cómo se produce una cura, sino de los obstáculos que se oponen a su conclusión.

CAPÍTULO 1

LA TAREA DEL ANALISTA Y LA FIJACIÓN

1. Los tres momentos de la dirección de la cura y sus pertinencias conceptuales en la obra de Freud

Considero que la referencia de Freud en “Más allá del principio de placer” (1920), respecto de los tres momentos de “la técnica psicoanalítica”, anuda un criterio de investigación. Esos tres momentos como dijimos son:

1. El arte de la interpretación.
2. El levantamiento de las resistencias.
3. Las resistencias estructurales.

El texto mencionado puede ser un faro orientador para abarcar tan vasta obra porque enmarca el último y fundamental giro de la producción freudiana. Ese ordenamiento permite leer anticipaciones en estado práctico, mostrando al mismo tiempo que ciertos términos tienen un valor específico de acuerdo con el estado de la doctrina en cada momento. Cada uno de los tres momentos define:

- a) Un ordenamiento del aparato psíquico.
- b) Una conceptualización del padecimiento.

- c) Un criterio sobre la finalidad de la cura.
- d) Una formulación específica del lugar del psicoanalista.

A su vez, el primer momento tiene un clivaje fundamental, porque abarca la consideración del inconsciente descriptivo y del dinámico. Es posible ordenarlo a partir de la formulación de la regla de la asociación libre. El segundo alcanza el obstáculo del amor de transferencia y la regla de abstinencia. El tercero reordena esa problemática incluyendo la pulsión de muerte en relación con la cuestión del fin de análisis.

Tal como lo expresa Freud en la conferencia “De guerra y muerte” (Freud, 1989) la actividad psíquica del ser humano se ordena a partir de la noción de conflicto:

“No fue el enigma intelectual ni cualquier caso de muerte, sino el conflicto afectivo a raíz de la muerte de personas amadas, pero al mismo tiempo también ajenas y odiadas, lo que puso en marcha la investigación de los seres humanos. De este conflicto de sentimientos nació ante todo la psicología” (Freud, 1989: 295).

En cada uno de los momentos mencionados el conflicto se ubica de un modo singular, y a cada uno de ellos le corresponde una modalidad de respuesta. Cada momento sitúa de un modo diferencial la construcción del aparato psíquico en términos de instancias articuladas y separadas, un ordenamiento diferente de la dimensión metapsicológica y una formulación distinta del principio que gobierna el aparato psíquico.

El primer momento marca la ruptura principio de constancia-principio de placer (vía la experiencia de satisfacción), produciendo la tensión irreductible del deseo y la subversión temporal cronológica, en un inicial ordenamiento metapsicológico. Defensa y trauma, producción del inconsciente, proceso primario y trabajo psíquico son conceptos que Freud elabora y despliega en ese primer momento, y entonces también traza la distinción entre inconsciente descriptivo y dinámico que da lugar al sujeto propio del psicoanálisis.

Esta articulación se centra en el despliegue del inconsciente, sus leyes y dinamismo, y el trabajo de interpretación por parte del analista, y la vez nombra el factor cuantitativo en la compulsión del síntoma.

La introducción del concepto fundamental de “pulsión” redefine la causalidad de las neurosis, posibilitando el pasaje del trauma a la fantasía y ordenando las coordenadas de la transferencia analítica.

La concepción dinámica del inconsciente permite situar el fundamento de las neurosis de transferencia al conectar inconsciente y represión. A su vez, la conexión entre pulsión y represión posibilita un nuevo ordenamiento metapsicológico.

Por su parte, las articulaciones entre inconsciente y narcisismo permiten ubicar las peculiaridades del amor de transferencia y su valor resistencial en la cura. El amor de transferencia en su conexión con la resistencia es la propiedad del segundo momento en lo que hace al quehacer del analista, tal como Freud lo formula en “Más allá del principio de placer” (1920).

En la época de elaboración de la doctrina, el segundo modelo pulsional permite formular la erogeneización del yo y la distinción de las dos series del objeto, anticipándose el núcleo inconsciente del yo (ello) con la libido no reversible.

La segunda ruptura (principio de placer-más allá del principio de placer) redefine la dirección de la cura en la última etapa, permite resolver conceptualmente el obstáculo del amor de transferencia y plantea una nueva consideración del estatuto de la angustia.

La tarea del analista que Freud define en último término (la operación en relación con la resistencia al levantamiento de las resistencias) se sostiene en el tercer modelo pulsional y en el último ordenamiento metapsicológico.

La articulación de la sexualidad infantil con el nudo del ordenamiento edípico, la consideración del problema económico del masoquismo y la ubicación del complejo de castración como núcleo de la neurosis y referente del síntoma, sitúan las coordenadas de los obstáculos a la curación en las resistencias del ello y el superyó.

Si en el primer momento situábamos el estatuto inaugural de la regla fundamental y, en el segundo, la importancia de la respuesta ética llamada regla de abstinencia, el tercer momento marca una declinación de la interpretación y la producción del concepto de construcción, en relación con lo que no retorna jamás como recuerdo, ya que nunca fue olvidado.

Las preguntas: *qué es un padre* y *qué quiere una mujer*, se sitúan al final de la obra de Freud como interrogantes mayores, en concordancia con la producción del analista como tal.

2. Las conceptualizaciones del lugar del psicoanalista

La construcción de la doctrina freudiana muestra continuas rupturas y obstáculos.

El enfoque clínico del padecimiento subjetivo implicó, a un mismo tiempo, la producción conceptual y la consecuente redefinición de la finalidad y los medios de la cura.

Cada obstáculo exigió una nueva conceptualización del inconsciente, de la pulsión, del síntoma y de la transferencia. Es decir, exigió que se avanzara desde el principio que gobierna el aparato psíquico al ordenamiento de las instancias. De las respuestas sobre cómo se produce una cura, a los obstáculos para su conclusión.

Tal como nos enseña S. Cottet, el lugar del psicoanalista se vincula innumerables veces en la obra freudiana con el instrumento, la interpretación; otras veces, con el soporte libidinal, la neurosis artificial. En otros momentos, Freud señala las diferencias del psicoanalista con, por ejemplo, el pedagogo, el médico, el sacerdote. También propone diferencias en cuanto a la dimensión ética respecto del benefactor, el moralista y el político.

Al final de su obra, le inquieta la supervivencia de su creación y el advenimiento de nuevos psicoanalistas. Por otra parte, si inconsciente y pulsión son los conceptos que definen absolutamente el campo propio del psicoanálisis, y la articulación y la disyunción entre ambos es el núcleo de la elaboración, las dos reglas que Freud formula como condición de un psicoanálisis (asociación libre y abstinencia) remiten absolutamente a ese entrecruzamiento. Ambas reglas nombran el lugar propio del psicoanalista. Lo nombran, en un momento de su elaboración teórica, a partir de conceptos producidos respecto de la constitución del aparato psíquico, del síntoma y de la finalidad de la cura.

Durante la construcción de la doctrina existen no sólo diversas conceptualizaciones del lugar del psicoanalista, sino diferentes modalidades de producirlas.

3. La fijación y el acto analítico

En la obra de Freud existen diversas conceptualizaciones del lugar del analista que ordenan el conjunto de la elaboración de la doctrina, exponiendo a su vez varias lógicas de la cura.

En “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (Freud, 1989) la sorpresa –como acontecimiento imprevisto– como condición para el tratamiento se anuda con el “no fijarse” por parte del analista. Este “no fijarse” refiere al soporte pulsional, y es recuperado al final de su obra al hablar de los escollos para el advenimiento de nuevos analistas.

La escucha “de inconsciente a inconsciente”, que desorientó a muchos posfreudianos, debe ser entendida considerando que el lugar del analista y la fijación se excluyen mutuamente.

Para Freud, la fijación asociada al lugar del analista lleva no sólo a conducir los tratamientos desde los mecanismos de defensa propios, sino que ésta también se constituye en el soporte de la hostilidad y el partidismo en el seno de la comunidad analítica.

En el texto citado anteriormente, el “no fijarse” plantea la “atención parejamente flotante” –como suspensión de lo que provisoriamente podríamos llamar representaciones meta-conscientes del lado del analista– como el “correspondiente necesario”, de la regla fundamental. De este modo, una primera lectura que hace Freud de la cuestión de la fijación en “Consejos al médico...” refiere a la dimensión yoica. Pero Freud va un paso más allá y postula que el “fijarse” del analista implicaría ligar “un fragmento de su propia actividad espiritual” a un punto tal que:

“El éxito corre peligro en los casos que uno de antemano destina al empleo científico y trata según las necesidades de éste; por el contrario, se asegura mejor cuando uno procede como al azar, se deja sorprender por sus virajes, abordándolos cada vez con ingenuidad y sin premisas” (Freud, 1989: 114).

Para Freud, en el mismo texto, el “no fijarse” es posible únicamente a partir del análisis del analista y que éste “[haya] tomado noticia de sus propios complejos que pudieran perturbarlo para aprehender lo que el analizado le ofrece” (Freud, 1989: 115). El “fijarse” sostenido en los “propios complejos”

puede a veces hasta ser revestido como interés científico: “Con facilidad caerá en la tentación de proyectar sobre la ciencia, como teoría de validez universal, lo que en una sorda percepción de sí mismo discierna sobre las propiedades de su persona propia” (Freud, 1989: 116).

En el texto que da el marco y el fundamento metapsicológico para el conjunto de los llamados “Escritos técnicos”, esto es, “Recordar, repetir y reelaborar” (1914) (Freud, 1989), los “complejos” quedan referidos a una doble fuente: los representantes psíquicos inconscientes y las vivencias tempranas que quedan fuera del circuito represión-retorno de lo reprimido. Estas últimas son el soporte de las respuestas estereotipadas llamadas mecanismos de defensa que, según lo planteado posteriormente en “Análisis terminable e interminable” (1937) (Freud, 1989) son la causa –como dice Freud– del “saldo lamentable” de ciertos análisis. Esas tempranas vivencias que siempre fueron displacenteras anticipan la resistencia del ello.

Por lo tanto, si la fijación por parte del analista excluye la posibilidad de hacerle lugar a lo sorpresivo, lo imprevisto, esta indicación freudiana tiene en su texto dos dimensiones: uno técnico-operatorio y otro estructurante de la experiencia misma.

Por otra parte, dice Freud en “Consejos al médico...”: “[El analista] debe volver hacia el inconsciente emisor del enfermo su propio inconsciente como órgano receptor, acomodarse al analizado como el auricular del teléfono se acomoda al micrófono” (Freud, 1989: 115).

La escucha “de inconsciente a inconsciente” fue un suplemento fundamental para la dimensión errática que adquirió la dirección de la cura orientada desde la contratransferencia.

Estructuralmente, la fijación no sólo gobierna las formaciones sino al inconsciente mismo, por lo tanto, la indicación de Freud de que la fijación debería estar excluida del lugar del analista es porque de este modo el analista tendría la máxima “docilidad” como intérprete de la producción de la asociación libre. Esto se sostiene en el concepto de que la neurosis indica la represión como un modo de decirse una verdad. A la altura de “Consejos al médico...”, la traducción cura. La “docilidad” encuentra su obstáculo en la resistencia, como resto libidinal “indócil” a la interpretación.

En la elaboración freudiana, el nuevo acto psíquico que implica la institución del yo se soporta en la instancia Ideal del yo. Esta articulación se conecta con la reversibilidad de la libido y la caracterización de los objetos en la fantasía, vía regia de la posibilidad de la transferencia.

La regla de abstinencia no tiene un valor moral. A partir de la enseñanza de Lacan se explicita su fundamento ético (la mayor distancia del objeto y el Ideal). Pero el foco de esta problemática en general estuvo ubicado respecto de lo que es reversible de la libido. Sin embargo, lo que me interesa destacar es que lo “no reversible”, lo que no pasa por el Otro, otorga un alcance mayor a la regla de abstinencia en los textos freudianos mismos.

Lacan, en el *Seminario 24, L'insu que sait de l' une-bevue s'aile à mourre*, ilumina esta cuestión cuando afirma: “En resumen, hay que levantar la pregunta de saber si el psicoanálisis no es un autismo de a dos [...] Hay una cosa que permite forzar este autismo, esto es que la lengua es un asunto común” (Lacan, 1988: 63).

Esta cuestión de la lengua como asunto común –fundamental respecto de las conclusiones finales de esta tesis– es una posibilidad sostenida en “otra resonancia que se trata de fundar sobre el chiste” (Lacan, 1988: 63). Este punto, tratado por S. Cottet en su texto *Freud y el deseo del psicoanalista*, marca –en relación con el “momento de concluir de Freud”– que “el exceso de potencia del factor cuantitativo” (Cottet, 1991: 163) muestra una fijación imposible de remover.

Éste es el nudo mismo de la finalización de la cura y la producción de nuevos analistas.

4. El acontecimiento analítico

Retornando ahora al primer punto, diremos que hay relación entre las varias conceptualizaciones del “invento psicoanalista” y la operación que se realiza en cada análisis respecto de quién sostiene ese lugar.

El límite freudiano, es decir la cuestión del padre, se expresa tanto en la confesión que el mismo Freud le hace a Kardiner (Kardiner, 1979) como en la modalidad de organización del lazo entre analistas.

Por otra parte, Alain Badiou en *El ser y el acontecimiento* –específicamente en la “Meditación 17” de dicho texto–, al ubicar el matema del acontecimiento, plantea el sitio como condición del ser del acontecimiento.

“Al afirmarse la pertenencia del acontecimiento a la situación, ella impide la irrupción del vacío. Pero sólo es para forzar a la situación a confesar

su vacío y hacer así surgir, del ser inconsistente y de la cuenta interrumpida, el estallido –que no es– de una existencia” (Badiou, 1999: 206).

El ordenamiento que realiza Badiou permite ubicar el “no fijarse” como el sitio del acontecimiento analítico. A su vez, en la “Meditación 37” el autor critica a Lacan (y, por ende, al psicoanálisis mismo) y sostiene que la causa del sufrimiento neurótico no es una verdad sino un acontecimiento.

La lectura que J. A. Miller hace de la última parte de la obra de Lacan en “El aparato de psicoanalizar” permite despejar la crítica de Badiou:

“Lacan habla [...] de una verdad variable a nivel del desciframiento del síntoma, pero hay sin embargo un nudo del síntoma que es una simple letra que se repite en lo real [...] hay ciertos encuentros que han inscrito algo para un sujeto. Se puede incluso decir que, para todo sujeto, hay encuentros, que han inscrito un elemento perfectamente contingente, y que ha sido determinante para lo que ha venido después, en el sentido en que esto ha condicionado una repetición” (Miller, 1998: 30-31).

¿Y cuál es entonces la relación entre ese encuentro contingente y el acontecimiento analítico imprevisto? Eric Laurent toma como referencia lo dicho por Lacan en cuanto a que el análisis debe hacerse en “futuro anterior” (nuestro futuro perfecto con su matiz de probabilidad o suposición) para retomar lo planteado por Miller con respecto al valor de la teoría de las secuencias para el psicoanálisis. En *Posiciones femeninas del ser*, Laurent señala que: “[...] la diferencia de una secuencia es que introduce un agujero y que nunca se está seguro de tener un todo. [...] El sujeto que habla se instaló en una modalidad que se quiere perpetua” (Laurent, 1999: 137-138).

El sujeto intentará establecer una homologación del pasado y del futuro.² En ese punto, poner en tensión el curso del tiempo y la dimensión del instante introduce la contingencia futura, haciendo caer la homologación pretendida.

“Y, a propósito de nuestro sujeto, conviene indicarle no sólo que su enunciado no tiene nada de necesario, sino que puede ser contingente, es decir, que un día pueda ocurrir que ‘no *p*’: así es como, en

2. N. del A.: Laurent toma como referencia el texto *Lógica del tiempo* de Jean Louis Gardies, específicamente, según mi opinión, la conclusión de ese texto.

un futuro posible, se puede establecer la contingencia” (Laurent, 1999: 139).

En el capítulo IX del mismo texto, Laurent aborda la cuestión de la lógica del tiempo en psicoanálisis. Introduce primeramente una referencia de Miller respecto a la oposición entre la *serie* (0, 1, 2), que aspira al todo; y la *secuencia* (0, 1, 0 1), que introduce un agujero. Articulará la teoría de la secuencia a la lógica del tiempo, tomando el texto homónimo de Jean Louis Gardies. Si el pasado es lineal, la suposición del sujeto implicará “[...] encarar el futuro sobre el modelo de la linealidad del pasado. [...] Es una suposición lógica que admite que el eje del pasado y del futuro son homólogos, en espejo, como dicen los mismos lógicos” (Laurent, 1999: 139).

Es una suposición que no admite que una contingencia haga posible algo distinto de lo que se impone como necesario. Es desde aquí que se desprende la fórmula de que todo análisis debe hacerse en futuro anterior, ya que la modalización que implica permite que la clínica psicoanalítica se despliegue secuencialmente.

El Futuro Anterior francés tiene su equivalente en castellano en el Futuro Perfecto, tiempo verbal que enuncia una acción venidera anterior a otra que también se cumplirá en el futuro. Su rasgo fundamental es que, además, incluye el valor modal de probabilidad, y que en ese uso puede funcionar con un valor temporal equivalente al del Pretérito Perfecto Compuesto ya que el acontecimiento, anterior a otro acontecimiento futuro, puede ocurrir en el futuro, estar ocurriendo en el presente o haber ocurrido ya (García Negroni, 2006: 240).

Según Gardies, Aristóteles ya estaba preocupado por este problema al pensar el principio del tercero excluido, tal como es formulado en el capítulo nueve de “Sobre la Interpretación” en su *Organon*. Este principio dice que dada una proposición y su negación, una al menos es necesariamente verdadera; y esto vale para todos los acontecimientos futuros como un determinismo absoluto. Si esto fuera así, dice Aristóteles, ya no habría nada que deliberar ni de qué inquietarse.

“La preocupación por conservar en su lugar la capacidad de decisión humana obligaría así al Estagirita a limitar la validez del *tercero excluido* a los acontecimientos pasados o presentes, así como a los acontecimientos futuros únicamente en el caso de que fuesen efecto de un determinismo conocido” (Gardies, 1979: 18).

Esta decisión es posible en lógica tomista, en tanto pasaje de la potencia al acto, ya que se presupone el acto en el agente que causa este acto.

El acto analítico tiene su *chance* en lo posible de la caída de lo necesario, que se inscribió contingentemente como una respuesta a lo imposible. Lo necesario aspira a la serie, rechaza la secuencia, adora el determinismo, reprime el consentimiento.

El Futuro Anterior (nuestro Futuro Perfecto) introduce en la serie gramatical de los tiempos verbales el agujero del valor modal de probabilidad, situando un futuro que puede valer como Pretérito Compuesto.

Martin Heidegger en *Ser y tiempo*, en el párrafo 68 llamado “La temporalidad del estado de abierto en general”, va a abordar la temporalidad del habla: “Únicamente partiendo de la temporalidad del habla, es decir, del ser ahí en general, puede aclararse el origen de la significación y hacerse ontológicamente comprensible la posibilidad de la formación de conceptos” (Heidegger, 1951: 378).

Esta temporalidad del habla se va a presentar en el párrafo 79, bajo la modalidad del curarse del tiempo.

Si el *entonces* marca el *ya no*, el *luego* indica el *aún no*, se comprende estos dos (*entonces y luego*) mirando simultáneamente a un *ahora*. El *presentar* tiene un peso peculiar, porque este *presente-presentar* retiene el pasado y está a la expectativa del futuro, interpretándose a sí mismo: “lo interpretado que se expresa en el *ahora* es lo que llamamos *tiempo*” (Heidegger, 1951: 440).

Aquí Heidegger caracteriza dos posiciones llamadas: “estado de no resuelto” y “estado de resuelto”. El primero, que es de una existencia impropia, pierde el tiempo. El segundo siempre tiene tiempo, no teniendo la dirección sino que es “tenido en el advenir que va siendo sido”, no tiene noción del tiempo que hace suyo, sino que “curándose” utiliza el tiempo que hay, con que cuenta uno.

A este texto de 1927, Heidegger responderá en 1962 con la Conferencia *Tiempo y ser*.

Tiempo y ser tienen una determinación recíproca, pero de tal modo que el *ser* no puede ser apelado como temporal, ni el *tiempo* como un ente, implican el desocultar, el *traer a lo abierto* en el *dejar-estar presente*. ¿Por qué es esto? Porque *ser* sólo quiere decir estar presente *dejar-estar presente*. Pero *presente* y *ahora* no son sinónimos sino, por el contrario, remotamente distintos, y más aún: el *presente* no es determinado por el *ahora*. El *presente* atañe sólo a los humanos: *gegenwart* (aguardarnos, a nosotros, los humanos), *Gegenwart* (presente).

Por lo tanto, no todo *estar presente* es el “tiempo presente”. “Advenir como todavía no presente, extiende y aporta simultáneamente lo ya no presente, el

pasado y a la inversa éste, el pasado, se extiende hasta alcanzar el futuro. La relación de cambio de ambos extiende y aporta simultáneamente al presente” (Heidegger, 2000: 33).

Pero esto va a implicar una no tridimensionalidad (pasado - presente - futuro) del tiempo, sino el carácter tetradimensional del tiempo auténtico. Esta cuarta dimensión es en Heidegger, la primera, ya que determina todo, aporta el *estar presente* que le es propio al pasado, al presente y al futuro.

Esta cuarta dimensión, a la vez que los mantiene separados de forma esclarecedora, los mantiene juntos en la cercanía.

El tiempo auténtico –tetradimensión– es la cercanía de la triple unidad del don de “se da el tiempo”. Es lo cuádruple de lo abierto, donde se revela la recíproca copertenencia del tiempo y el ser. Copertenencia que se llama acaecimiento (*das Ereignis*).

“En la medida en que tiempo y ser sólo se dan en el apropiar, a este último pertenece lo peculiar que trae al hombre a lo que el tiene de propio como aquel que se percata del ser, mientras persiste en el interior del tiempo auténtico. Así apropiado pertenece el hombre al acaecimiento apropiador” (Heidegger, 1951: 42).

“Digamos primero: el acto –a secas– ha lugar de un decir, cuyo sujeto cambia. Es acto porque anda, pero no sólo por decir ‘eso anda’ y ni siquiera ‘andemos’, sino haciendo que ‘a ese llegué yo’ se verifique en él” (Lacan, 1988: 47).

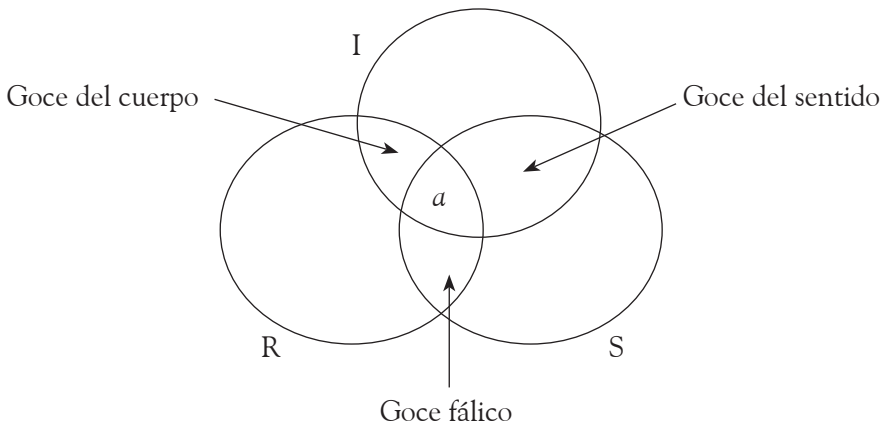
Este acto que “ha lugar de un decir” es sólo posible a partir de que el analista se haga producir de objeto *a*, tal como es formulado por Lacan en la misma reseña sobre *El Seminario, Libro 15, El acto psicoanalítico*.

Este *a* es el que da espesor al presente, espesor que proviene de la libido, produciendo una consistencia. Miller, parafraseando a San Agustín, dice en *La erótica del tiempo*:

“El presente del futuro es la espera y el presente del pasado, el recuerdo. ¿En qué lugar se desarrolla el presente? En el alma. [...] Misteriosa extensión del alma, que hace presente lo que le falta al futuro, en la espera; y lo que le falta al pasado en el recuerdo” (Miller, 2001: 50-51).

Es por este sesgo por donde entramos al modo en que Jorge Alemán aborda el *a* y la tetradimensionalidad.

En su elaboración, el *a* no será la cuarta dimensión sino lo que marca lo que falta a las otras tres dimensiones. El *a* localizado en el centro del nudo “da” tiempo. Este “da” se refiere en su argumentación a la relación del “se da tiempo” con la donación heideggeriana, que permite la regalía esclarecedora. De este modo ese “hacerse presente”, dejar estar presente, nombra los modos de semblar que tiene el *a* como lo real que ex - siste al sentido, lo imaginario que ex - siste al goce fálico y lo simbólico que ex - siste al goce del cuerpo.



Por su parte, el tiempo auténtico como tetradimensionalidad anuda los tres tiempos, gracias a la operación de la llamada regalía esclarecedora-ocultadora.

Esta tetradimensión dice de un presente que no es un ahora, es tanto presencia como ausencia, es “el cuarto término que reúne a las tres dimensiones del tiempo en una estructura cuaternaria” (Alemán, 2001: 213).

Efectivamente, es al modo del Futuro Anterior o Perfecto, en donde la acción futura anterior puede estar tanto en el pasado, como en el presente, como en el futuro, y con su carácter de probabilidad abrir a una contingencia que no se creía posible desde lo necesario.

“Al llevar al analizante al discurso analítico, el psicoanalista hace que el *objeto* (*a*) ocupe el lugar del semblante. Al semblar, el *objeto* (*a*) da tiempo al ser” (Alemán, 2001: 216).

A su vez, la tetradimensión heideggeriana da cuenta de un tiempo no lineal, continuo, sino agujereado. No como serie, sino como secuencia. Secuencia que objeta el determinismo ya que no hay otro ser que el del decir –según el filósofo alemán– y en ese decir hay consentimiento.

“Lo que se realiza en mi historia no es el pretérito definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que habré sido para lo que estoy llegando a ser” (Lacan, 1978: 117).

Esta acción venidera que anticipa otra acción venidera es la temporalidad que corresponde al sujeto psicoanalítico, en clara resonancia con la fórmula heideggeriana del adviniendo sido presentado.

Este semblar el objeto *a* implica, como nos enseña Laurent, ocupar el lugar de lo traumático mismo, respecto a la última enseñanza de Lacan sobre el síntoma.

Para hacer posible el inconsciente, la operación del analista debe traumatizar lo que se presenta como el sentido del discurso común. Éste es el verdadero estatuto de la regla de abstinencia, en tanto ésta implica no satisfacer los subrogados. Operación contra el sentido, para “dejar subsistir unas fuerzas pulsionantes” (Freud, 1989: 168). Operación de “abstinencia” que marca el “Más allá del principio de placer”, el más allá de la neutralidad.

A pesar de que, a la altura de los llamados “Escritos técnicos”, Freud no cuenta aún con el concepto de pulsión de muerte, su concepto de fijación sin embargo anticipa lo que podríamos llamar “abstinencia de satisfacción” que estructura el campo de la sesión analítica, construyendo así en acto el sitio como condición del acontecimiento, en su dimensión secuencial. Por lo tanto, se plantea la problemática de la satisfacción de sentido como caída de la regla de abstinencia.

5. La experiencia ética

El psicoanálisis es una experiencia ética. Todo la obra de Freud, desde el comienzo hasta sus últimos textos, desarrolla conceptualmente qué quiere decir

el lugar del analista, qué es un analista. Todo el ordenamiento conceptual de Freud, tanto a nivel del movimiento que va del inconsciente descriptivo al dinámico y al económico, como también los tres grandes modelos pulsionales, del mismo modo que las teorías de la angustia, el giro crucial en 1920 con la introducción del concepto de pulsión de muerte y, por lo tanto, los objetivos de la cura en cada momento de su obra, van nombrando de modos distintos el lugar del analista. Podríamos decir, en términos freudianos, que la pregunta sobre ese *invento* como dice Lacan, la pregunta –en forma latente la mayoría de las veces, en forma explícita, manifiesta, otras veces– implica la elaboración de qué “es un analista” y, a su vez, es un modo de respuesta a los *impasses* del malestar en la cultura de su época. En un mismo territorio geográfico y cultural (el imperio austrohúngaro) surgen tres respuestas diversas al malestar: el marxismo, el fascismo y el psicoanálisis. El conjunto de la elaboración de Freud implica la formulación del lugar del analista, en relación con la clínica, como un vaciamiento de goce respecto a ese lugar; por lo tanto, no hay una sola concepción del lugar del analista en la obra de Freud, sino que hay varias. Por ejemplo, formulado sólo el inconsciente descriptivo, el analista es un intérprete de ese inconsciente descriptivo, como en sus primeros textos. Esta concepción del lugar del analista es distinta de aquella que se formula cuando es posible construir el inconsciente dinámico, y más todavía cuando se introduce la dimensión económica. La conexión clínica-ética, el nudo donde se formula explícitamente, está en los “Trabajos sobre técnica psicoanalítica” de Freud (1911-1915 [1914]), que habría que llamar “Trabajos éticos”.

El nombre que Freud da a la articulación clínica-ética es “la regla de abstinencia”, dando cuenta a su vez del funcionamiento pulsional de ésta. Esta regla, que implica abstenerse de los subrogados, no tiene una dimensión moral sino ética y se refiere a la dimensión pulsional y al estatuto de la verdad. La formulación fundamental de esta “regla” no implica lo que de la libido pasa a sus objetos y mediante la regresión inviste a los objetos en la fantasía (soporte central en Freud de la transferencia analítica), sino a que más allá de la verdad de la realidad psíquica, da lugar a la pulsión.

Para Javier Aramburu en su texto *El deseo del analista*, la ética tradicional, la de los antiguos –Aristóteles, Epicuro– es estar bien en el bien. La ética de Kant y la de Sade es conformarse con estar bien en el mal. Entonces distinguimos la ética antigua, que es estar bien en el bien, de la ética tanto en Sade como en Kant de estar bien en el mal.

“Por su parte, la ética psicoanalítica implica que el sujeto, en su síntoma, en la particularidad de su goce, no se pudo ordenar en ningún universal del bien; es decir, en el ordenamiento del servicio de los bienes, el síntoma en tanto es singular, es el rechazo a toda dimensión de universalidad del bien.

”Pero aquí debemos preguntarnos cuál es la diferencia entre la ética analítica y la ética histérica. La histérica denuncia el supuesto bien del Amo y le lleva a éste el malestar. La ética analítica y la ética histérica sostienen la ética del malestar. La posición del analista de ubicarse en tanto objeto, produciendo el efecto división de sujeto tiene relación con la ética misma del malestar. La cuestión es qué hacer con ese malestar, qué hacer con ese resto irreductible para no taponarlo bajo ningún ideal, bajo ningún universal. En ese sentido, ambos portan la dimensión del malestar; la diferencia es que la histérica cree que el Amo puede reducir el malestar. El síntoma sufriente sacrificial de la histérica todavía implica una creencia en el Otro que la podría curar de ese estar mal en el bien; la ética del psicoanálisis más bien se sostiene en el *saber hacer* ahí con el síntoma, lo que implica un duelo por el Otro. Ésta es la diferencia fundamental: la histérica porta la dimensión del malestar, sin embargo, sigue creyendo en que el Amo podría reducir el malestar. La ética analítica implica un duelo por el Otro en tanto el *saber hacer* ahí: “El deseo del analista es efectivamente aquel deseo que se sostiene en producir este biendecir que es este trabajo [el del análisis], que produce este gasto de goce masoquista, este vaciamiento del goce del fantasma, este vaciamiento del goce del superyó” (Aramburu, 2000: 83).

CAPÍTULO 2

REGLA DE ABSTINENCIA Y EL DESEO DEL ANALISTA

1. La reelaboración

“En la práctica, esta reelaboración de las resistencias puede convertirse en una ardua tarea para el analizado y en una prueba de paciencia para el médico. No obstante, es la pieza del trabajo que produce el máximo efecto alterador sobre el paciente y que distingue al tratamiento analítico de todo influjo sugestivo. En teoría se la puede equiparar a la ‘abreacción’ de los montos de afecto estrangulados por la represión, abreacción sin la cual el tratamiento hipnótico permanece infructuoso” (Freud, 1989: 157).

Este párrafo es el último del texto de 1914. En la edición de Amorrotu está acompañada por la nota número 12, donde Strachey articula la “reelaboración” con la “inercia psíquica” y menciona tres textos: “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, “Inhibición, síntoma y angustia” y “Análisis terminable e interminable”.

En un estudio minucioso de cada uno de los textos mencionados por Strachey podemos ubicar cómo lo pulsional se presenta bajo el modo de una alucinación auditiva (Freud, 1989), también en las resistencias estructurales (Freud, 1975), y en la viscosidad de la libido como problemática del final de la cura articulada a las respuestas estereotipadas llamadas mecanismos de defensa (Freud, 1989).

Antes de abordar estos tres textos, vamos a contextualizar “Recordar, repetir y reelaborar”. Este texto da el fundamento metapsicológico del conjunto de los llamados “Escritos técnicos”.

Se trata, a esta altura de la obra de Freud, de la caída del psicoanálisis como teoría del recuerdo, y del fracaso (en verdad, revelación del *impasse*) del llenado de las lagunas mnémicas. Con la repetición como concepto, se anuda el estatuto del inconsciente dinámico, que tiene su verdadero origen en “La interpretación de los sueños” (1900).

A su vez, se introduce el *agieren*, posibilitando el ordenamiento de lo que causa la repetición, revelando, además, de este modo, las dos caras de la transferencia: como motor y como obstáculo. Las vivencias tempranas que no pasan por el circuito represión-retorno de lo reprimido denuncian lo que excede la dimensión dinámica en tanto destino pulsional. Esta consideración revela toda su importancia en la nota 2 del texto, que indica tanto una anticipación de la “construcción”, como el lugar capital que va a tomar el episodio alucinatorio del historial del *Hombre de los Lobos*. Este “olvidado” (con comillas en el texto de Freud) se diferencia tanto del olvido estructural –nombre de la represión primaria– como de los olvidos, efecto de la represión secundaria. Es en verdad un “olvidado” que se va a articular tanto con la gramática del ello como, fundamentalmente, con la construcción del fantasma. Se refiere específicamente a lo que Freud va a situar como el crucial segundo momento de “Pegan a un niño”. Justamente, de un modo riguroso, desde esta lógica anticipa la reacción terapéutica negativa como empeoramiento durante la cura, aunque aún no disponga del concepto crucial de pulsión de muerte.

Podemos decir que este texto es a lo máximo que se puede llegar sin ese concepto y, al mismo tiempo, marca las coordenadas de la necesidad epistémica de su producción. Por tal motivo, al capítulo III de “Más allá del principio de placer” (1920) se lo podría llamar verdaderamente la segunda parte de “Recordar, repetir y reelaborar” (1914). Por lo tanto, este último texto marca la articulación final de la dimensión dinámica y la necesaria aparición de la económica.

La conexión *transferencia-resistencia* de los textos “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912) y “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”

(1914) anticipa la articulación *resistencia del ello-pulsión de muerte*. Marca a su vez un giro en la dirección de la cura: tanto un cambio de objetivo de ésta como la producción de una nueva concepción del lugar del analista.

Este texto se ubica precisamente en el pasaje del segundo al tercer momento de la dirección de la cura que establece Freud en “Más allá del principio de placer” (1920) y en “Los nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis” (1914), entra claramente en serie con “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), donde, en sus primeras páginas, se establece una articulación central –pocas veces destacada– entre la fijación, el lugar del analista y el acontecimiento imprevisto como hemos visto.

Vamos ahora al párrafo citado al comienzo de este capítulo. Es el párrafo final de “Recordar, repetir, reelaborar” y marca tanto su punto conclusivo, como se constituye en el faro desde donde iluminar el conjunto.

- a. La reelaboración produce el máximo efecto alterador. ¿De qué? De la dimensión pulsional.
- b. Es, notablemente, lo que marca la diferencia del psicoanálisis de todo influjo sugestivo. Por lo tanto, la diferencia no se sostiene en la operación sobre la insistencia repetitiva del retorno de lo reprimido.
- c. Su articulación con la abreacción y los montos de afecto recupera de sus primeros textos tanto el fracaso de la defensa como el estatuto compulsivo del síntoma.
- d. Toma el mismo sesgo de “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1919 [1918]), respecto a que “[...] no podemos renunciar a esta fuerza pulsional; su reducción sería peligrosa para nuestro propósito terapéutico” (Freud, 1989: 158).

Debemos recordar en este punto a Michel Silvestre, cuando dice:

“[...] derribar el discurso del Amo para volver a poner en pie al discurso del Analista no se logra con sólo acostar a alguien sobre un diván, invitándolo a obedecer la regla fundamental. Solamente se desencadena la repetición significativa y sus efectos [...] Reducir la transferencia a la repetición hace de la práctica del análisis una práctica de sugestión” (Silvestre, 1998: 43).

Reelaboración es el antecedente del concepto de construcción, concepto que marca el límite de la eficacia de la interpretación. Es el nombre, en

determinado momento de la obra freudiana, del intento máximo de tratar de responder a cómo es posible afectar la pulsión desde lo simbólico, y es precisamente en este punto donde se juega la verdadera partida del psicoanálisis y su diferencia con toda psicoterapia, según Freud.

2. Abstinencia a la sugestión

Según Mario Goldenberg en *La transferencia en la clínica psicoanalítica* (Goldenberg, Delgado y cols., 1994), la Quinta Sinfonía de Beethoven fue innovadora en su época, pues comienza sin introducción, sin preámbulos. Cuando le preguntaron al genial músico por qué comenzaba así, respondió: “Así golpea el destino nuestras puertas, sin preámbulos”.

Nuestra práctica da cuenta de que no es el destino sino lo real lo que irrumpe.

Justamente, a propósito de aquello que golpea nuestras puertas, Lacan, en *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, relata que fue despertado de un sueño corto por algo que golpeaba la puerta antes de despertar.

“Porque con esos golpes apurados ya había formado un sueño, un sueño que manifestaba otra cosa que esos golpes. Y cuando despierto, esos golpes –esa percepción–, si tomo conciencia de ellos, es en la medida en que en torno a ellos reconstituyo yo toda mi representación [...] qué soy en este momento –en ese instante, tan inmediatamente anterior y tan separado, en que empecé a soñar bajo ese golpe que, según parece, es lo que me despierta” (Lacan, 1986: 64).

Acertada intuición de la indeterminación del sujeto, de la falta en ser del *parlêtre*. ¿Qué es lo que despierta en el sueño? ¿Qué es lo que golpea nuestras puertas? ¿Qué soy?

En el comienzo está la transferencia, antes de la demanda de análisis. La transferencia se constituye como una demanda de restitución de la realidad. El encuentro de un sujeto con algo que despierta, que conmociona su realidad, plantea la interrogación de lo que anda mal, el síntoma. Una

interrogación que instaura una demanda de saber, quizás una representación en torno de la cual reconstituir la realidad fantasmática. Esto abre la vía a una variedad de prácticas que se ofrecen en el mercado y que podríamos englobar con el término sugestión. En *El Seminario, Libro 15, El acto analítico*, Lacan dice: “*Terapia*, cualquiera sabe la diversidad de modos y resonancias que esto evoca. El centro está dado por el término *sugestión*” [...] (Lacan, inédito).

¿En qué se diferencia el psicoanálisis de la sugestión? Sorprende que el presidente de la International Psychoanalytical Association (IPA), el doctor Horacio Etchegoyen, en su libro *Los fundamentos de la técnica analítica*, refiriéndose al texto “Sobre la dinámica de la transferencia”, plantee:

“Freud acepta que el psicoanálisis opera en última instancia por sugestión, si por sugestión se entiende la influencia de un ser humano sobre otro por medio de la transferencia” (Etchegoyen, 1998: 107).

Esta coincidencia entre transferencia y sugestión reconduce al psicoanálisis al campo de las terapias. Freud en el mismo texto plantea lo contrario. Dice: “Velamos por la autonomía última del enfermo aprovechando la sugestión para hacerle cumplir un trabajo psíquico [...]” (Freud, 1989: 103). Vemos cómo, aprovechando la demanda sugestiva, haciendo cumplir al sujeto un trabajo psíquico por medio de la asociación libre, se abre la posibilidad de la experiencia del inconsciente.

En su artículo de 1926 “¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?”, Freud aclara:

“[El] particular influjo personal del analista es por cierto digno de tenerse en cuenta. Ese influjo existe y desempeña un gran papel en el análisis. Pero no el mismo que el hipnotismo. Con toda seguridad podría probarle que las situaciones son enteramente diversas allá y aquí; acaso baste con señalar que no empleamos ese influjo personal —*el factor sugestivo*— para suprimir los síntomas patológicos, como acontece en la sugestión hipnótica. Además, que sería erróneo creer que ese factor es el exclusivo soporte y promotor del tratamiento. Al comienzo, vaya y pase; pero luego contraría nuestros propósitos analíticos” (Freud, 1989: 177-178).

A modo de ejemplo,

“Si nuestro paciente sufre de un sentimiento de culpa como si hubiera cometido un grave crimen, no le aconsejamos hacer caso omiso de esa tortura de la conciencia moral, insistiendo en su indudable inocencia, [...] le advertimos que una sensación tan intensa y sostenida no puede menos que fundarse en algo efectivamente real” (Freud, 1989: 178).

En el diccionario de Lalande (1953), se define la sugestión como: “una idea o proyecto de acción que no nace espontáneamente en el espíritu sino que se propone a él desde afuera”. Bernheim (de quien Freud fue discípulo y tradujo algunos artículos) plantea respecto del hipnotismo y la sugestión que hallándose anudados, también los hallamos en la pasión y en la embriaguez. Por lo tanto, se puede afirmar que el sujeto está a merced de la sugestión, o más bien, la sugestión da cuenta de algo constitutivo. Podríamos llamar sugestión a la relación del sujeto con el significante, en la medida en que el inconsciente es la suma de los efectos de la palabra sobre un sujeto, en el nivel en que el sujeto se constituye por los efectos del significante. La práctica analítica no sitúa al sujeto respecto a la realidad, como suponiendo que nos constituye, sino con respecto al significante. La realidad es fantasmática, atravesar la realidad implica el encuentro con la indeterminación del sujeto y la pulsión. Lo real que la realidad vela, recubre, es el carácter mudo de la pulsión, la manera de gozar.

La puesta en acto de la realidad fantasmática del inconsciente sostiene el sueño neurótico: aquello que despierta en el sueño traumático, en las irrupciones de goce, indica la emergencia de la pulsión.

El acto analítico implica objetar el sueño neurótico de la puesta en acto de la realidad sexual; esto es justamente evitar que el análisis devenga una satisfacción sustitutiva. Justamente lo inverso a la sugestión o a la hipnosis. El análisis sería una hipnosis a la inversa. La posición del analista invierte aquello que es llamado a encarnar por el sujeto, el Ideal. Si el analista responde a la demanda, se instala la sugestión, el sueño se mantiene.

En la Conferencia Nº 28 de las “Conferencias de introducción al psicoanálisis” Freud dice:

“La sugestión directa es una sugestión dirigida contra la exteriorización de los síntomas, una lucha entre la autoridad de ustedes y los motivos de la enfermedad. Al practicarla, ustedes no hacen caso de

estos motivos; sólo exigen al enfermo que sofoque la exteriorización en síntomas” (Freud, 1975: 408).

Si en lugar de encarnar la representación del Ideal, el análisis evoca el punto de falta de representación, se constituye en causa del decir, pone a trabajar al sujeto aprovechando la sugestión para producir un trabajo psíquico, y permite la experiencia de esa hiancia que divide al sujeto, en tanto que un saber singular se acumula en el análisis. Saber de la castración, de la pulsión. En otras palabras, saber de la imposibilidad del Otro, saber de la singularidad del goce.

No responder a la demanda, o sea abstinencia a la sugestión, permite reconducir la demanda a la pulsión. Por eso, lo que opera en última instancia en un análisis es el deseo del analista, en la medida en que éste no encarne al hipnotizador, al Ideal que el analista es llamado a encarnar, sino encarna al hipnotizado. Hipnotizado que no es sugestionado; es el modo en que Lacan muestra que el psicoanálisis es el reverso del discurso del Amo en *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Esto implica la mayor distancia posible del Ideal; por lo tanto, el analista sólo sugiere, es decir, evoca algo del orden de lo indecible, el objeto *a*.

En el punto en que la transferencia aparta la demanda de la pulsión se sostiene la consistencia fantasmática como artificio de ser golpeado por los significantes. El deseo del analista, como abstinencia a la sugestión, reconduce la demanda a la pulsión y permite el encuentro con la falta de significante en el nivel de lo que se eclipsa de saber en el momento de la destitución subjetiva. El principio soberano de la regla de abstinencia implica el rechazo de la demanda sugestiva del neurótico, que no quiere saber de la estructura de ficción del Otro, para lo cual se empeña en realizar, en la transferencia, al Sujeto supuesto Saber.

Precisamente Freud concluye “Recordar, repetir y reelaborar”, texto que marca el viraje de la dirección de la cura anticipando “Más allá del principio de placer”, ubicando el lugar preciso en que se separa el tratamiento analítico de todo influjo sugestivo. La reelaboración respecto de la resistencia estructural nombrada como inercia psíquica revela el punto de caída del predominio de lo simbólico y de diferencia entre transferencia y repetición.

En la misma línea, en “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (1914), la conexión transferencia-resistencia se presenta como resto indócil. Se revela a un mismo tiempo que el reverso del Ideal es la pulsión, en tanto

que la presencia del analista equivale a la consistencia lógica del objeto *a*. La dimensión ética de la regla de abstinencia se sostiene en la no-respuesta a los subrogados del enamoramiento, a partir del imperativo de dejar subsistir las fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración. Por otra parte, en “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1919-1918), la caída de la regla de abstinencia se corresponde con el valor de satisfacción sustitutiva que puede alcanzar el tratamiento analítico.

La “crueldad” que implica ir en contra del bienestar en el dispositivo preserva la fuerza pulsional del análisis. Y, al contrario, si el analista no incluye el factor pulsional en la cura, esta práctica lleva a una satisfacción sustitutiva en la cura misma sostenida en una caída de la regla de abstinencia. Satisfacción por compensación total como proceso curativo asintótico a través de una duración indefinida del tratamiento. El mérito de Freud, dice Lacan en *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, donde formula los cuatro discursos, es que está a la altura de un discurso que se mantiene lo más cerca posible de lo que se relaciona con el goce.

Pero, para Etchegoyen, el giro de 1920 no implica poner la teoría de la transferencia bajo la égida del instinto de muerte: “Si aceptamos realmente la hipótesis de que la transferencia está adscripta al instinto de muerte, entonces toda la teoría del tratamiento analítico requiere una profunda revisión” (Etchegoyen, 1998: 116).

Precisamente, por no articular la transferencia con la pulsión de muerte, necesariamente tiene que arribar tanto a una consideración sugestiva como a una dimensión moral de la regla de abstinencia. Para Etchegoyen, el resto reacio del amor de transferencia es una transferencia psicótica por su capacidad destructiva.

Para Lacan, sin embargo, ya en “La dirección de la cura y los principios de su poder” esta diferencia está trazada en Freud:

“Porque él [Freud] reconoció enseguida que ése era el principio de su poder, en lo cual no se distinguía de la sugestión, pero también que ese poder no le daba la salida del problema sino a condición de no utilizarlo, pues era entonces cuando tomaba todo su desarrollo de transferencia” (Lacan, 1978: 229).

Si el discurso del analista se ubica en el punto opuesto a toda voluntad de dominio, la regla de abstinencia tiene una dimensión ética y es el nombre

que le da Freud al reverso del discurso del Amo. Y es justamente porque Lacan adscribe la transferencia a la pulsión de muerte, que puede ubicar al objeto como lo que resiste a la sugestión, tal como se revela en el punto preciso del viraje subjetivo de analizante a analista.

“[...] esos analistas, que sólo lo son por ser objeto –objeto del analizante–, ocurre que me dirijo a ellos, no que les hable, sino que hablo de ellos: aunque no fuera más que para turbarlos. ¿Quién sabe? Ello puede tener efectos de sugestión. [...] Hay un caso en que la sugestión no puede nada: aquel en que el analista recibe su falla del otro, de quien lo condujo hasta ‘el pase’ como digo yo, el de ponerse en analista” (Lacan, 1977: 84-85).

3. La denominada “presencia del analista”

“En consecuencia podemos decir que detrás del amor llamado de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente” (Lacan, 1986: 262).

Esta cita nos permite la operación de desmontaje conceptual de dos textos de Freud: “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (1914) y “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912). Comencemos con el primero de estos textos:

1. “Él tendió el señuelo a ese enamoramiento al introducir el tratamiento analítico para curar la neurosis; es para él, el resultado inevitable de una situación médica” (Freud, 1989: 172).
2. “La enferma ya no entiende nada, parece absorta en su enamoramiento, y semejante mudanza sobreviene con toda regularidad en un punto en que fue preciso alentarla a admitir o recordar un fragmento muy penoso y fuertemente reprimido de su biografía” (Freud, 1989: 166).
3. “Lo que yo quiero es postular este principio: hay que dejar subsistir en el enfermo necesidad y añoranza como unas fuerzas pulsionantes

del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados” (Freud, 1989: 168).

De estos tres párrafos se pueden extraer las siguientes cuestiones, produciendo dos cortes. Un corte sería:

- a. Introducir el tratamiento.
- b. Alentarla a admitir o recordar.
- c. Dejar subsistir, etcétera.

El otro corte sería:

- a. Resultado inevitable.
- b. Sobreviene con toda regularidad, etcétera.
- c. Apaciguamiento mediante subrogados.

Muy sencillamente podríamos decir que el primer corte refiere al acto del analista, y el segundo, a una concepción de la neurosis. Estos dos cortes permiten hacer evidente la dependencia de la técnica freudiana de una ética, y cómo ésta se articula con una concepción del síntoma.

El nombre de este entrecruzamiento: regla de abstinencia. Esta regla, que es para el analista, tiene un valor operatorio instrumental técnico y da cuenta de la ética freudiana en correlación con su teoría del aparato psíquico.

Tomemos ahora tres párrafos de “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912).

1. “[...] la resistencia se hace valer con tanta nitidez que la ocurrencia siguiente no puede menos que dar razón de ella y aparecer como un compromiso entre sus requerimientos y los del trabajo de investigación” (Freud, 1989: 101).
2. “[...] la libido [...] se ha internado por el camino de la regresión [...] Hasta allí la sigue la cura analítica” (Freud, 1989: 100).
3. “[...] pues en definitiva nadie puede ser ajusticiado *in absentia* o *in effigie*” (Freud, 1989: 105).

De estas coordenadas decimos lo siguiente:

- a. La presencia es un compromiso, efecto de la resistencia en el acto analítico.
- b. En correspondencia con el segundo tipo de contracción de neurosis, el intento de desasimiento libidinal de los lugares de fijación puede producir un efecto: el estancamiento libidinal.
- c. El analista paga con su persona el *in absentia* o el *in effigie*.

d. La presencia del analista de esta época corresponde al segundo momento del ordenamiento que realiza Freud en “Más allá del principio del placer” (1920): el levantamiento de las resistencias.

La presentación, en “Estudios sobre la histeria”, del analista como obstáculo externo corresponde al arte de la interpretación y, por consiguiente, son otras las coordenadas y el valor del concepto. A su vez, el analista como el extraño que dirige duras palabras es solidario de la segunda tópica. A cada uno de estos momentos le corresponde una determinada concepción del síntoma y una lógica propia de la noción de presencia. Los tres momentos del ordenamiento de la doctrina freudiana son tres modos de respuesta a lo que se presenta como problemático, lo cual no es lo mismo que pensar estos momentos sólo como un descubrimiento progresivo: se trata también de la producción de conceptos que intentan dar cuenta de las modificaciones que se producen como efecto de los operadores mismos.

Según Marisa Morao, en *La transferencia en la clínica psicoanalítica* (1994), en la primera época de la elaboración freudiana, la abstinencia respecto a no ceder a los encantos de las histéricas no está formulada como tal; sin embargo, la anticipación con la que nos encontramos se articula con la noción de síntoma.

Si la transferencia surge como resultado inevitable y regular en un punto temporal preciso a causa de la introducción del tratamiento mismo, es como compromiso entre la resistencia y la acción investigadora. La apuesta freudiana es no apaciguar mediante subrogados, sino dejar subsistir necesidad y añoranza como “fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración” (Freud, 1989: 168).

Lo que era un obstáculo en la primera época, a partir del *in absentia* o el *in effigie* pasa en el segundo momento a ocupar un lugar central y revela un cambio en la concepción del aparato psíquico. El hecho mismo, en su descripción técnico-operatoria, de que la no satisfacción amorosa puede dejar como efecto unas fuerzas pulsionantes, implica una concepción del amor y de la pulsión.

La misma ubicación del *in effigie*, en esta línea correlacionada con la transferencia como resistencia, sitúa anticipadamente la presencia como cierre del inconsciente, sostenida en un determinado valor conceptual del aparato psíquico.

La formulación del *in effigie* excede la dimensión del amor en la serie de la sustitución y se corresponde con la cara no simbólica de la castración.

Si no toda la libido pasa a los objetos, el segundo modelo pulsional le permite a Freud ubicar el narcisismo como conector: de la resistencia de la censura a la resistencia de la transferencia. En tanto que el establecimiento de la nueva concepción del yo se articula con el movimiento de sustitución de la neurosis ordinaria por la neurosis de transferencia.

La pulsión sexual no ama a su objeto. El amor como síntesis ideal deja un resto como etapa previa del amar que se sostiene en el incorporar o devorar el objeto. Es una modalidad del amor compatible con la conceptualización de la existencia del objeto (parcial) como algo separado y que por tanto puede denominarse ambivalente, dice Freud.

Si el amor de transferencia es genuino hasta en su mismo carácter compulsivo, es sin embargo un subrogado, ya que mientras no hayan sido levantadas sus represiones sería incapaz de lograr una efectiva satisfacción. Esta efectiva satisfacción apunta al circuito pulsional mismo.

No es que este amor no sea genuino, sino que el amor mismo va a ser situado en coordenadas junto con la represión, los subrogados, el síntoma. El rasgo particular de este amor es que es provocado por la situación analítica y sobrevendrá en un punto temporal preciso. La correlación entre resultado de la acción analítica y surgimiento inevitable es el nudo en donde se abrochan deseo del analista, transferencia y presencia, con la teoría del síntoma y de la estructura psíquica.

Y, aunque Freud parecería ligar el amor a la serie de la reedición de los amores infantiles, la consideración del fragmento muy penoso y del mero subrogado, con la pregunta por lo paradójico de la satisfacción pulsional —que lo lleva a afirmar que la fijación no es enfermedad sino que ésta puede sobrevenir justamente ante la posibilidad de abandonar esa fijación— la presencia del analista revela su solidaridad lógica con lo que no puede ser dicho en tanto circuito pulsional. La acción del analista persigue esta fijación en su camino regresivo.

Lacan, en “Posición del inconsciente” dice:

“Pues a la escansión del discurso del paciente en cuanto que el analista interviene en él es a la que se verá acomodarse la pulsación del borde por donde debe surgir el ser que reside más acá. [...] La espera del advenimiento de ese ser en su relación con lo que designamos como el deseo del analista en lo que tiene de inadvertido, por lo menos hasta la fecha, por su propia posición, tal es el resorte verdadero y último de lo que constituye la transferencia” (Lacan, 1971: 380).

En los escritos llamados técnicos no encontramos una mención directa de que en el síntoma se va a tratar también de la satisfacción del impulso represor, ni surge la pregunta por la reacción terapéutica negativa (modo de presentación clínica del sentimiento inconsciente de culpa). Sin embargo, a esta altura, Freud ya había producido “Tótem y Tabú”, y el sentimiento inconsciente de culpa ocupaba ya un lugar en el padecimiento neurótico. En ese momento de su elaboración, Freud ya contaba con su “mitología” de las pulsiones como también con la referencia paternal en la estructura psíquica. La regla de abstinencia no es una ataraxia, como impasibilidad, frialdad, quietud del alma, ni una cualidad de los dioses, sino que está sostenida en una concepción sobre estas dos “mitologías”, en la medida en que la no satisfacción se coordina con la ley paterna y con lo paradójico de ésta. La represión primaria consiste en la fijación, precursora y condición de cada represión, y el fracaso de la represión indica que la irrupción en el síntoma se produce desde ese lugar de fijación.

Si la presencia del analista provoca en la transferencia lo que excede al significante, la causa real del deseo deja abierta en ese momento la pregunta por el origen de ese fenómeno de resistencia. La regla de abstinencia se anticipa a conceptualizaciones posteriores, en tanto supone mantener una privación justificada por la necesidad de conservar en el tratamiento la fuerza pulsional que viene del sufrimiento del paciente.

Freud plantea que las satisfacciones sustitutivas ocasionadas por la transferencia son un obstáculo para el análisis de los síntomas, pero, precisamente por ello, los beneficios de la enfermedad no han de hacer titubear al analítico en su deber de decir la verdad.

“Esta vez me encuentro en la feliz situación de sustituir la imposición moral por unos miramientos de la técnica analítica, sin alterar el resultado” (Freud, 1989: 167).

Si el equivalente en síntoma de los andamiajes de emergencia son las satisfacciones sustitutivas y el beneficio de la enfermedad, el interdicto que pesa sobre la añagaza (artificio para atraer con engaño) se desprende de la noción de satisfacción.

Las satisfacciones de los neuróticos son sustitutivas y engañosas. A partir de ahí, la regla de la abstinencia que le niega al sujeto las satisfacciones significa la interdicción de construir ese artificio, verdadero lugar de un andamiaje de

emergencia dentro de la cura misma. Freud opone a ello el artefacto del dispositivo, sosteniendo las fuerzas pulsionantes para el trabajo y la alteración que se orientan hacia el encuentro de la verdad del sujeto. A la construcción de un andamiaje de emergencia se le oponen las construcciones en psicoanálisis.

Si el tiempo del amor es esencial a la cuestión de la pulsión, la emergencia en un punto temporal preciso articula el amor con lo real del goce, en tanto que la introducción del tratamiento no produce esa emergencia ni para corresponderla ni para desilusionarla, sino que *—in effigie, in absentia—* se articula como cierre del inconsciente con la demanda que no habla.

Entonces, en la época de los llamados “Escritos técnicos”, Freud articula el concepto de presencia con el cierre del inconsciente. Surge así la transferencia como resistencia: el cese de asociaciones, la aparición del amor indócil —que dejará el resto reactivo a la interpretación—, el analista en calidad de objeto situado en el centro mismo de la transferencia, indican que la transferencia excede a la repetición significativa.

Lacan incluye el concepto de presencia del analista en el capítulo 10 denominado “Transferencia-pulsión” de *El Seminario, Libro 11*. Dicha secuencia: transferencia-pulsión, dará cuenta de un amor de transferencia que está en relación con la pulsión. Y respecto de este punto, la presencia nos lleva a hacer ciertas consideraciones en la dirección de la cura.

Michel Silvestre, en su libro *Mañana el psicoanálisis*, alude a que Lacan al situar el cierre del inconsciente que implica una falta significativa, indica la sustitución del analista como objeto de amor. Por lo tanto, al ser interrogado como sujeto supuesto saber se devela lo que éste encubre, que es el estatuto del objeto. Entonces el cierre del inconsciente da cuenta del registro del fantasma, de la pulsión. La interpretación, en esta perspectiva llama a colmar el silencio por un significativo. Allí donde eso era, el sujeto debe advenir, según la particular lectura de Silvestre.

Nadie puede ser ajusticiado *in absentia* o *in effigie*, ya que respecto de este amor el analista es presencia, y como tal es llamado a ocupar el lugar del objeto del fantasma de su analizante, dado “que detrás del amor [...] de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente” (Lacan, 1986: 262).

Si el deseo del analista es el que en último término opera en el psicoanálisis, es necesario no forcluir este deseo en la dirección de la cura: es decir, incluirlo bajo transferencia, en el concepto mismo de transferencia: “Este concepto [el de la transferencia] está determinado por la función que tiene

en una praxis. Este concepto rige la manera de tratarlos a los pacientes. A la inversa, la manera de tratarlos rige al concepto” (Lacan, 1986: 130).

Entonces, en esta línea, ¿qué implica operar con el deseo del analista en la experiencia analítica? Lacan se pregunta de qué deseo se trata:

“[...] si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla al objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del I [Ideal], que el analista es llamado por el sujeto a encarnar” (Lacan, 1986: 281).

Por lo tanto, el deseo del analista es un operador que permite abordar en la experiencia la secuencia transferencia-pulsión. Al intentar el sujeto inducir al Otro, al analista, a una relación especular, en ese plano el amor de transferencia quedaría atrapado en el narcisismo en tanto imagen especular. En este sentido, el deseo del analista permite despejar el amor de transferencia del plano de la identificación narcisista para situarlo en relación con la pulsión.

En coincidencia con Freud, se distinguen dos campos: el campo pulsional de un lado y del otro lado el campo narcisista del amor, en tanto reciprocidad entre amar y ser amado. En el campo pulsional se trata de una pura actividad para el sujeto: “Te amo, pero porque inexplicablemente amo en ti algo más que tú, el objeto *a* minúscula, te mutilo” (Lacan, 1986: 276).

El deseo del analista al llevar la demanda al campo pulsional quiebra la reciprocidad del amor y coloca al analista en calidad de objeto en el centro mismo de la transferencia. En esta línea, la presencia se liga al deseo del analista, deseo de ser tomado como objeto por su analizante, deseo de encarnar el objeto *a*. Ligar el deseo al objeto implica lo que el analista quiere que su paciente haga de él.

Si sólo se interpreta la repetición es importante destacar que:

“[...] este fin que designo como la captura del propio analista en la oquedad del *a* constituye precisamente lo ininterpretable. Para decirlo todo, lo ininterpretable en el análisis es la presencia del analista” (Lacan, 2008: 317).

Entonces se trata de la presencia ligada al lugar del analista en tanto objeto *a*. Pero este *a* es evacuado por el analista. Esto es lo que permite la diferencia

entre el acto analítico y la práctica masoquista. En la práctica masoquista hay una conjunción del sujeto perverso con el objeto *a*. El masoquista es el verdadero amo del juego. Señala Lacan:

“Evidentemente no pensamos un solo instante en imputar tal suceso al psicoanalista, ya que esto sería confiar en él para la búsqueda de su goce, algo que estamos lejos de concederle. [...]”

“Sería instructivo, seguramente no para confundirlos, confrontar el acto psicoanalítico con la práctica masoquista. Esto ya está señalado, y de alguna manera abierto, por lo que indicamos de la conjunción del sujeto perverso con el objeto *a*, que se despliega, literalmente, en la práctica masoquista.

“Digamos que, de cierta manera, tan lejos como él lo quiere, el masoquista es el verdadero amo. Es el amo del verdadero juego” (Lacan, 2008: 319).

Podemos decir entonces que encarnar el *a*, encarnar el color, desear ser tomado por objeto, es lo que aparta al analista de poseer alguna consistencia óptica: la función del objeto *a* aparece radicalmente opuesta a ser el objeto. Implica que el analista paga con su ser, paga con su persona. Dice Lacan:

“El psicoanalista, pues, induce al sujeto, [...] al encuentro de un sujeto supuesto saber, en la medida en que esta incitación al saber debe conducirlo a la verdad. Al término de la operación hay evacuación del objeto *a*, por cuanto éste representa el hiato de esta verdad rechazada, y es este objeto evacuado lo que el analista mismo representará por su en-sí [...]. En otras palabras, al volverse él mismo la ficción rechazada, el analista cae” (Lacan, 2008: 315).

4. El deseo del analista en la elaboración de Lacan

En “La dirección de la cura y los principios de su poder” (1958), Lacan nombra por vez primera su concepción del deseo del analista. Lo fundamental a destacar es que, en esta primera vez que se refiere a él, lo

presenta en contraposición con el término “contratransferencia”. Guiarse por la contratransferencia es guiarse por los propios mecanismos de defensa, ubicando al analizante como objeto de la propia economía libidinal (Lacan, 1978).

Lacan va a formular de diferentes modos lo atinente al “deseo del analista” de acuerdo con el momento de su producción doctrinaria y con los cortes y reordenamientos que ésta va implicando. En la Clase 27 de *El Seminario 6* (1/7/1959) (versión inédita), Lacan lo ubicará en relación con el deseo del Otro. “Este deseo del deseo del Otro ¿es al fin de cuentas aquel deseo que va a afrontarse en análisis, deseo del analista?”

A esta altura Lacan inscribe la libido en el significante y el goce es martirizado por el inconsciente.

A la altura de los años 1959 y 1960, en la Clase 22 de *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Lacan plantea un contrapunto respecto a concepciones que postulan la función del analista como un “acercarse” al paciente, posición que en “[...] el centro de la dialéctica analítica, sólo refleja un deseo del analista, cuya verdadera naturaleza éste desconoce debido a una elaboración insuficiente de su posición –el de acercarse, hasta confundirse, con aquel a quien tiene a su cargo” (Lacan, 1988: 359). Esta posición de “acercarse” implica, en términos freudianos, una caída de la regla de abstinencia y una “dirección de la cura” conducida desde los propios mecanismos de defensa o desde los propios complejos, como muy tempranamente situó Freud.

Esto es lo que J. A. Miller luego va a nombrar como el paradigma 3 llamado “El goce imposible” (Miller, 2000: 23), paradigma en el cual formula “que hay una barrera simbólica y hay una barrera imaginaria, pero ambas están condicionadas por esta evaluación de la cosa fuera de lo simbolizado” (Miller, 2000: 24).

En *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, Lacan produce precisiones fundamentales en cuanto a la producción del “deseo del analista” y, muy cercano a los pasos iniciados por Freud (Lacan, 2003), en la Clase 7 del 11/1/64 lo va a nombrar como algo “intrapersonal”; y especifica que el analista no debe ser un Sócrates, ni un santo ni un puro. Al mismo tiempo, el deseo del analista va a quedar referido al duelo.

En la Clase del 8/3/61, Lacan realiza una crítica a la contratransferencia y a lo que específicamente sería una contraindicación, y se refiere a las consecuencias de que el analista coloque su propio objeto parcial en el paciente, que es lo mismo que dirigir la cura desde el propio fantasma.

En este seminario va a formular el deseo del analista como “[...] un deseo más fuerte [...] en tanto que en él se ha producido una mutación en la economía de su deseo” (Lacan, 2003: 215). Esta mutación, de acuerdo con lo que aquí estamos elaborando, implica la “adquisición de la *aptitud de analista*”.

En *El Seminario, Libro 10, La angustia* (1962-1963) (Lacan, 2006), va a colocar el deseo del analista en relación con la interpretación por el estatuto que ésta tiene de enigmática. Cuestión central, ya que el *acting out* va a quedar ubicado en correspondencia con la caída de esa dimensión interpretativa. Es en la Clase 11 del 27/2/63 donde Lacan formula una cuestión de extrema importancia para el trabajo que estamos realizando:

“Él cuestiona, me interroga en la raíz misma de mi propio deseo como *a*, como causa de dicho deseo, y no como objeto. Y como es a eso a lo que apunta, en una relación temporal de antecendencia, no puedo hacer nada para romper esa captura, salvo comprometerme en ella. Esta dimensión temporal es la angustia, esta dimensión temporal es la del análisis. Si quedo capturado en la eficacia del análisis, es porque el deseo del analista suscita en mí la dimensión de la espera” (Lacan, 2006: 167).

En la Clase 25 de ese mismo seminario, va a ubicar aquella cuestión sobre la que venimos trabajando, esto es: las condiciones necesarias y suficientes para lo que en términos de Freud llamamos la “adquisición de la *aptitud de analista*”.

“Conviene, sin duda, que el analista sea alguien que, por poco que sea, por algún lado, algún borde, haya hecho volver a entrar su deseo en este *a* irreductible, lo suficiente como para ofrecer a la cuestión del concepto de la angustia una garantía real” (Lacan, 2006: 365).

El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis es aquel donde el desarrollo de la cuestión del deseo del analista se encuentra ampliamente planteado.

De acuerdo con el ordenamiento realizado por J. A. Miller mencionado anteriormente, este seminario quedaría situado en lo que él ha denominado como el paradigma 4, llamado “El goce normal” (también “el goce fragmentado”, fragmentado en objetos *a*). Paradigma donde la libido es el objeto *a*.

Este paradigma extrae *a* como elemento de goce, es decir, que procede a una “elementalización” de la Cosa. Hace de la Cosa, elemento, y elemento múltiple. “El objeto *a* tiene desde el principio un carácter ambiguo, porque de un lado encarna, reproduce la Cosa, es su figura elemental, pero del otro, se relaciona al Otro. Hace de mediación entre la Cosa y el Otro” (Miller, 2000: 31).

“En cierta forma, el objeto *a* traduce una significación del goce, respetando sin duda que no se trata allí del significante” (Miller, 2000: 31).

En *El Seminario, Libro 11* se articulan decididamente el deseo del analista con la formación del analista. En la Clase 12 del 29/4/64, el deseo que permite el empalme del campo de la demanda con lo que Lacan va a llamar “[...] los síncope del inconsciente, con la realidad sexual” (Lacan, 1983: 166), no es otro que el deseo del analista. En este seminario el deseo del analista va a ser ubicado en contrapunto con la pregunta: “¿cuál será el deseo que yace tras la ciencia moderna?”. Pregunta y contrapunto que anticipan la producción de los objetos científico-tecnológicos contemporáneos y la posición del analista frente a la compulsión de los modos solitarios de goce.

Si en la página 165 del texto antes mencionado (Lacan, 1983) este deseo va a ocupar el lugar de la disyunción y la conjunción, de la unión y las fronteras, en la página 239 se presenta como algo que debe serle transmitido, en su propia experiencia de análisis.

En la Clase 19 del 17/6/64 es donde Lacan va a articular con total precisión su producción conceptual, enlazada a las formulaciones de Freud. La referencia central es el *in absentia, in effigie*, referencia que hemos tomado para diferenciar transferencia de repetición.

En la Clase 20 del 24/6/64, el deseo del analista es el operador que permite el atravesamiento del plano de la identificación, gracias al valor “x” de la posición del analista.

En la página 281, este deseo es el que permite ubicar la mayor distancia entre *a* y el Ideal. Operación sólo posible a partir del rechazo de la demanda amorosa y su orientación en relación con el objeto. Se trata de un deseo que no es puro y que se dirige a obtener la diferencia absoluta a partir de ser confrontado con el significante primordial, donde puede presentificarse la realidad del inconsciente, la pulsión.

En la Clase 5 de *El Seminario, Libro 12, Problemas cruciales para el psicoanálisis* (Lacan, versión inédita) formulando que el deseo del analista es el amo del análisis, lo va a situar como un operador respecto a la identificación. En

la Clase 16 de ese seminario Lacan aborda de un modo particular la cuestión del deseo del analista, afirmando que no se trata de enseñar nada al paciente, más bien es aprender de él, ya que tanto el encuentro con el objeto *a*, como la división del sujeto, es lo que muy bien sabe hacer el analizante. Por eso es posible realizar una operación de llevarlo a su fantasma original.

En *El Seminario, Libro 25, El momento de concluir* (Lacan, versión inédita), está situado en relación con lo que J. A. Miller denomina paradigma 6.

Este paradigma, llamado “la no relación”, situado a partir de *El Seminario, Libro 20, Aún*, es aquel donde se ubica el primado de la pragmática y donde todos aquellos términos que daban cuenta de la conjunción pasan a tener el estatuto de simples conectores. Implica la “caída” de un tipo de estructura, aquella referida a las condiciones de articulación. Este seminario abre la perspectiva de otro tipo de relación que limita el imperio de la estructura, un tipo de relación que merece generalizarse (Miller, 2000: 44). Se trata de un paradigma fundado en la disyunción.

En la primera clase de *El Seminario, Libro 25, El momento de concluir*, Lacan se va a preguntar respecto a qué es lo que es necesario que un analista sepa. Debe saber operar para llevar al analizante al encuentro de lo que ignora. Este saber sólo es pensable a partir de la formulación del deseo del analista.

En los *Escritos*, hallamos también importantes referencias. Situamos sólo algunas para destacar los deslizamientos y los diferentes modos en que Lacan colocó en un lugar central el deseo del analista. En “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (Lacan, 1978) al referirse a la vacilación calculada de la “neutralidad” del analista, la va a referir no a un conjunto técnico, sino a una manifestación del deseo del analista. En “Posición del inconsciente” (1960) (Lacan, 1978) lo va a nombrar como el último y verdadero resorte de lo que constituye la transferencia. De un modo muy cercano a este último, en “Del *Trieb* de Freud y del deseo del analista” (Lacan, 1978), lo va a considerar como lo que en último término opera en un análisis.

En la “Proposición del 9 de octubre de 1967...” dice:

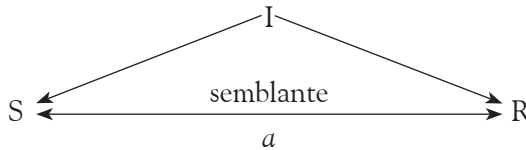
“El deseo del psicoanalista, es su enunciación, la que sólo podría operar ocupando allí la posición de la *x*: de esa *x* misma, cuya solución entrega el analizante su ser y cuyo valor se anota ($-\phi$) la hiancia que se designa como la función del falo al aislarlo en el complejo de castración, o *a* para lo que obtura con el objeto que se reconoce bajo la función aproximativa de la relación pregenital” (Lacan, 1987: 16).

En la llamada “Nota Italiana” formula que puede haber existido análisis pero “No hay analista a no ser que ese deseo le surja, es decir que ya por ahí sea el desecho de la susodicha (humanidad)” (Lacan, 1991: 17).

Lo formulado en esta “Nota Italiana” será retomado en las conclusiones finales para pensar la diferencia entre final de análisis y producción de nuevos analistas. Finalmente, en este recorrido dejamos para el final el discurso pronunciado por Jacques Lacan el 6 de diciembre de 1967 en la Escuela Francesa de Psicoanálisis (EFP).

“Así el deseo del psicoanalista es ese lugar del que se está afuera sin pensarlo, pero donde reencontrarse es haber salido de él realmente, o sea, esa salida haberla tomado sólo como entrada, además no cualquiera, ya que es el camino del psicoanalizante” (Lacan, inédito).

A partir de *El Seminario, Libro 20, Aún*, de Lacan, tomamos el esquema de conjunción-disyunción de lo simbólico y lo real, y observamos el lugar en que es colocado el semblante.



En este punto, el objeto *a* no es un nombre adecuado para lo real. Lo simbólico, al dirigirse hacia lo real, nos muestra la verdadera naturaleza del objeto *a*, su naturaleza de semblante de ser.

El lugar adecuado del objeto *a* es el semblante, no es más que un semblante de ser: “[...] el goce sólo se interpela, se evoca, se acosa o elabora a partir de un semblante” (Lacan, 1991: 112).

Nos alejamos así de concebir al objeto *a* como dándonos la clave del ser del sujeto (concepción que Lacan sostuvo en un momento de su obra). De aquella manera el objeto *a* como plus de gozar era lo que había que liberar de la vestidura del fantasma para acceder al *Dasein* propio del S barrado (*ser ahí*). Lacan plantea en *Aún* que ni siquiera somos semblante, sino que somos en ocasiones lo que puede ocupar su lugar para poder hacer reinar en ese punto el objeto *a*.

Poner el objeto *a* en el lugar de semblante es la posición del analista más conveniente para interrogar como saber lo tocante a la verdad. Vemos entonces una articulación entre la presencia del analista, analista en calidad de objeto, deseo del analista, analista en el lugar del a-semblante en ocasión.

CAPÍTULO 3

PULSIÓN DE MUERTE, ANGUSTIA Y SÍNTOMA

1. Los antecedentes

Sören Kierkegaard en *El concepto de la angustia* dice:

“En el pudor hay una angustia, porque, a la altura de la diferencia de la síntesis, hállase el espíritu determinado de tal suerte que no está determinado meramente como cuerpo, sino como cuerpo con la diferencia sexual. Ahora bien, el pudor es ciertamente un saber de esta diferencia, pero no un saber que signifique una relación con ella; es decir, no existe el impulso como tal. La verdadera significación del pudor, es que el espíritu no puede declararse, por decirlo así, a la altura de la síntesis. Por eso es tan enormemente ambigua la angustia del pudor” (Kierkegaard, 1946: 73-74).

En 1920 Freud va a formular que el aparato psíquico no está gobernado por el principio de placer, que era lo que había sostenido hasta ese momento.

Los sujetos no buscan el bien, sino todo lo contrario; hay una satisfacción en el dolor, en producirse dolor y en producir dolor a otros. Esta formulación agujerea absolutamente los ideales de progreso de la Modernidad. Los seres humanos en forma individual, y también en forma colectiva, atentan contra sí mismos, si no no podría explicarse de qué modo las personas –y las sociedades– soportan, durante mucho tiempo, modos de organización social totalmente injustos.

Además de observar los problemas en el campo social, Freud se encuentra en la clínica con la satisfacción en el dolor. Esto no sólo modifica todo lo que él había desarrollado, sino que la clínica le exige un ordenamiento conceptual diferente.

Freud encontró en los sueños punitivos una cuestión, un hecho relevante. Él había postulado que los sueños son una realización de deseos a partir de pensar el aparato psíquico gobernado por el principio de placer. El trabajo del sueño como desfiguración, con el desplazamiento y la condensación como operadores de la censura onírica, estaban al servicio de expresar deseos inconscientes, que entraban en contradicción con los ideales del sujeto. Pero eran realización de deseos al servicio del principio de placer: de este modo, los sueños punitivos quedaban excluidos de este principio ya que revelaban que algo se hallaba más allá de él. Por ese motivo le dedicó una conferencia al tema en la “Revisión de la doctrina de los sueños”. Allí expresa:

“Si ustedes quieren dar razón de las últimas objeciones, dirán que, de todos modos, el sueño es el *intento* de un cumplimiento de deseo [...] Bajo determinadas circunstancias, el sueño sólo puede imponer su propósito de manera muy incompleta o debe resignarlo del todo” (Freud, 1989: 27-28).

Para realizar esa revisión, vuelve sobre el famoso sueño que abre el capítulo 7 de la “Interpretación de los sueños” (que había planteado como el paradigma mayor de la realización del deseo y del principio de placer, y ahora revela en estado práctico la caída de la teoría de realización de deseo). El capítulo metapsicológicamente fundamental del libro de los sueños expone la gran paradoja a través del sueño “Padre, no ves que estoy ardiendo”, sueño donde el hijo muerto increpa al padre con esa frase, y produce el despertar: si la función del sueño es conservar el dormir, aquí hay un fracaso: el sujeto

despierta, falla la función del sueño; desplazamiento y condensación fracasan. Despierta para poder seguir viviendo dormido ante esa otra realidad. Más allá de la realidad psíquica misma, se halla la dimensión traumática.

Freud se encuentra con sujetos que sueñan una y otra vez con lo que él llama *instante traumático*: sueños traumáticos donde el soñante una y otra vez, repetitivamente, vuelve a la escena del trauma.

Freud postula que se trata de un intento de elaboración de lo traumático, de volver una y otra vez allí para elaborar aquello que perturbó al sujeto. Pero a la vez no descansa en sus indagaciones, y comienza a preguntarse por una enigmática tendencia masoquista en el yo, más allá del intento de elaboración de lo traumático. En la clínica se encuentra con la repetición –“Recordar, repetir, reelaborar”– así como con la transferencia, en su carácter de motor, al servicio del despliegue del inconsciente. Si la transferencia analítica es la palestra, el escenario donde la repetición de los representantes psíquicos que marcaron la historia de un sujeto se producen como *lapsus*, fallidos, sueños, etcétera, Freud va a denominar *agieren* al actuar en transferencia, que es otra modalidad de la repetición: ya no son los representantes psíquicos que se repiten en la producción de las formaciones del inconsciente como el *lapsus*, sino ese eterno retorno de lo igual donde el sujeto, en vez de recordar, repite en acto. Postula entonces, ya no la transferencia positiva, sino la transferencia negativa, los modos de la transferencia negativa gobernados por las dimensiones eróticas o las dimensiones hostiles, a nivel de las pasiones de un sujeto. Se encuentra con que el sujeto repite en transferencia, y en relación con la persona del analista, fragmentos de su vida infantil que siempre fueron penosos. Freud afirma que el paciente busca hacerse tratar mal, fríamente, promoviendo al analista a dar respuestas en la línea de maltrato. También hay detención de la asociación e interrupción del trabajo analítico en la presentificación erótica. Pero, por otros medios, el análisis puede continuar, vía el *agieren*, vía ese repetir –actuar– en la transferencia.

Lo curioso, algo central en la cura de la neurosis, es que eso que se repite como actuación en transferencia –enlazando, como indica Freud, a la persona del médico– son fragmentos de la vida que siempre fueron penosos. No hay un conflicto entre lo que es penoso para una instancia y placentero para otra. En todos los casos siempre fueron penosos. Además, estos fragmentos no entran en el circuito de la represión-retorno de lo reprimido; son contenidos que no son reprimidos, que permanecían conscientes: son fragmentos de vida real.

Freud produce entonces un cambio en el modelo pulsional a partir de los avances en sus investigaciones, la observación del campo social y el trabajo en la clínica.

Como desarrollaremos más adelante, comienza ordenando las pulsiones como pulsiones del yo o de autoconservación, y pulsiones sexuales. En “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” (1910) establece el conflicto postulando un órgano al servicio de esos dos amos (de la autoconservación y de la pulsión sexual), produciendo ceguera histérica.

Luego, las críticas de Jung y su experiencia en el campo de las psicosis lo llevaron a producir una modificación: reunió las pulsiones en relación con el concepto de libido y ubicó la libido del yo y la libido de objeto. La investidura primera del yo, como narcisismo primario, investía a los objetos: en la neurosis –en tanto los objetos eran prohibidos– había regresión a los objetos en la fantasía; en la psicosis paranoica, regresión de la libido al yo; en la esquizofrenia, regresión de la libido al autoerotismo. Pero, aunque se libidinizó todo el aparato, quedaba un resto, ese resto libidinal que no había pasado jamás a los objetos. Aquí surge otro problema, que ya muy tempranamente él había hallado en “Proyecto de una psicología para neurólogos” escrito en 1895, Freud había mencionado no sólo la experiencia de satisfacción que marcaba el destino del deseo en el sujeto como deseo añorante de aquello que ha perdido –fundamento de la búsqueda fallida de la identidad de percepción– sino además que la experiencia de dolor había dejado un resto –el afecto– distinto del deseo. Lo había formulado en los primeros trabajos, en la formulación de la *hipótesis auxiliar* como fundamento del conjunto de las neuropsicosis.

También se había encontrado inicialmente con que, en la emergencia de la defensa respecto a la representación inconciliable, se abrían dos vías. En una había éxito de la defensa: un representante psíquico se producía como grupo psíquico escindido que después regresaba como retorno de lo reprimido. Si bien toda represión implicaba retorno de lo reprimido, había un punto en donde la defensa fracasaba: ya no porque lo reprimido retornara desfiguradamente, sino que la defensa no tenía con qué frenar la dimensión compulsiva que se expresaba en los ceremoniales, en los rituales obsesivos, en esa compulsión del síntoma –dimensión económica– donde siempre había un exceso en los pensamientos cargados (por ejemplo, en la neurosis obsesiva), en la imposibilidad de tramitar el exceso.

Freud plantea una modificación de la teoría pulsional: ubica lo que llamaba libido del yo y libido de objeto del mismo lado, y los llama pulsión de vida.

Pero hay una pulsión –según Freud– más originaria: la tendencia del ser vivo a la vuelta a lo inorgánico. Todo ser vivo busca volver a lo inorgánico, a la muerte; la pulsión de vida lo único que hace es retrasar y marcar las vías por donde el organismo va a morir. Las referencias biológicas que da Freud son una metáfora y va a hablar de la dimensión de ese eterno retorno. La pulsión de muerte es el soporte de esa satisfacción en el dolor, propio y ajeno, la existencia de una pulsión más originaria que la pulsión de vida. Freud va a fundamentar que el aparato psíquico no está gobernado por el principio del placer, sino que hay algo que lo trasciende. Postula que el aparato psíquico está gobernado por el más allá del principio de placer; por eso es que finalmente el síntoma neurótico puede llamarse satisfacción de la necesidad de castigo.

2. Lectura orientada del texto “Inhibición, síntoma y angustia”

Freud toma referencias del campo de la biología y de la filosofía para tratar de explicar lo que él entiende por pulsión de muerte: se refiere a que el organismo vivo tiende, al nacer, a volver al estado inorgánico; el valor que tiene esta argumentación es metafórica y apunta, como hemos dicho, a dar cuenta de una producción conceptual.

Freud necesita del concepto pulsión de muerte para explicar que los sujetos se satisfagan en el dolor, frente al hecho clínico de que los sujetos quieren conservar el padecimiento y lo defienden, protegiéndolo como su bien máspreciado. Incluso, como él vislumbra, llegan a querer hacer del análisis una tarea interminable, y hacer un análisis infinito bajo el modo de la reacción terapéutica negativa, o sea, bajo el modo del incremento del padecimiento neurótico para conservar el padecimiento y el lazo analítico.

Freud expone sobre una primera ligadura entre un resto de pulsión de muerte que no fue expulsado y la pulsión de vida. Así como el organismo tiende a volver lo antes posible al estado inorgánico en un eterno retorno de lo igual, la pulsión de vida lo que hace es detener ese proceso, prolongarlo.

En “Inhibición, síntoma y angustia” (1925-1926), Freud va a plantear las consecuencias clínicas fundamentales de lo que trabajó a partir de “Más allá del principio del placer” (1920), “El yo y el ello” (1923) y “El problema económico del masoquismo” (1924). Este texto constituye su gran obra psicopatológica:

allí va a estar fundamentado por qué el síntoma no es solamente la expresión desfigurada de un deseo inconsciente, sino que en esa expresión desfigurada de una verdad inconsciente hay una satisfacción. No sólo es cierto que el inconsciente insiste en ser escuchado, en expresarse —mediante los *lapsus*, los fallidos, los chistes, etcétera— sino que en esa misma insistencia hay satisfacción. La verdad inconsciente es un velo, hay algo por detrás que insiste con un modo de eterno retorno. ¿Qué hacer con la pulsión más allá de la verdad inconsciente? ¿Cómo abordar el hecho de que el inconsciente en su insistencia no sólo busca expresar una verdad, sino que además en esa insistencia hay una satisfacción?

Estas dos cuestiones están en el fundamento mismo del texto “Inhibición, síntoma y angustia”. En el capítulo 8 Freud realiza una recapitulación de lo que trabajó en los primeros siete capítulos:

“Desde luego, buscamos una intelección que nos revele la esencia de la angustia, un ‘o bien-o bien’ que separe, en lo que sobre ella se dice, la verdad del error. Pero es difícil lograrlo; la angustia no es cosa simple de aprehender. Hasta aquí no hemos obtenido nada más que unas contradicciones entre las cuales no se podría elegir sin responder a un prejuicio. Ahora propongo otro procedimiento; reunamos, sin tomar partido, todo cuanto podemos enunciar acerca de la angustia, renunciando a la expectativa de alcanzar una nueva síntesis.

”La angustia es, pues, en primer término, algo sentido” (Freud, 1975: 125).

Lacan afirma mucho tiempo después que la angustia no engaña, es una certeza. Freud dice: “[...] algo sentido. La llamamos estado afectivo, si bien no sabemos qué es un afecto. Como sensación, tiene un carácter displacentero evidentísimo” (Freud, 1975: 125).

Al mismo tiempo hallamos que la angustia de castración del otro materno es el motor de la defensa y el referente del síntoma. El síntoma es, en esta perspectiva, el efecto en el campo de la neurosis del “no quiero saber de la castración en el otro materno”.

Debemos destacar la diferencia entre inhibición y síntoma. La inhibición pertenece a una dimensión funcional del yo; a diferencia del síntoma, carece de una articulación, de un mecanismo psíquico, en el sentido de que el síntoma es una expresión desfigurada de un representante psíquico.

Respecto a la cuestión del síntoma y la satisfacción sustitutiva, al comienzo del capítulo 2 de “Inhibición, síntoma y angustia” Freud dice:

“Los rasgos básicos de la formación de síntoma están estudiados desde hace mucho tiempo, y –lo esperamos– expresados de una manera inatacable. Según eso, el síntoma es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, es un resultado del proceso represivo” (Freud, 1975: 87).

Un poco más adelante se refiere a las cuestiones que le preocupan diciendo:

“Sólo nos enseñan algo los casos que pueden caracterizarse como represiones fracasadas en mayor o menor medida.

”De estos últimos obtenemos una exposición general: a pesar de la represión, la moción pulsional ha encontrado, por cierto, un sustituto, pero uno harto mutilado, desplazado [descentrado], inhibido. Ya no es reconocible como satisfacción. Y si ese sustituto llega a consumarse, no se produce ninguna sensación de placer; en cambio de ello, tal consumación ha cobrado el carácter de la compulsión” (Freud, 1975: 90).

Se trata de una satisfacción que se presenta como displacer, una degradación a síntoma de un modo de satisfacción.

En el capítulo 3, Freud trabaja la relación entre la teoría del conflicto y la cuestión de la segunda tópica, y entonces describe la doble tarea de la defensa: una contra la pulsión y otra respecto a la ajenidad del síntoma en relación con el yo. Escribe Freud:

“Las formaciones de sistemas de los neuróticos obsesivos halagan su amor propio con el espejismo de que ellos, como unos hombres particularmente puros o escrupulosos, serían mejores que otros; las formaciones delirantes de la paranoia abren al ingenio y a la fantasía de estos enfermos un campo de acción que no es fácil sustituirles.

”De todos los nexos mencionados resulta lo que nos es familiar como *ganancia* (secundaria) *de la enfermedad* en el caso de la neurosis. Viene en auxilio del afán del yo por incorporarse el síntoma,

y refuerza la fijación de este último. Y cuando después intentamos prestar asistencia analítica al yo en su lucha contra el síntoma, nos encontramos con que estas ligazones de reconciliación entre el yo y el síntoma actúan en el bando de las resistencias” (Freud, 1975: 95).

Aquí tenemos una cuestión clínica fundamental: entre una de las particularidades de la neurosis obsesiva observamos —como ganancia secundaria de la enfermedad, como beneficio secundario de la enfermedad— una identificación del sujeto a un síntoma. Es una identificación ante la incorporación al yo del síntoma, y esto presta sus servicios. Freud lo va a llamar egosintónico: implica que el síntoma entra en sintonía con el yo.

En el capítulo 4, hallamos la angustia y la represión: “Creemos conocer el motor de la represión...” (Freud, 1975: 103). (Recordemos que está tomando como referencia dos historiales clínicos: *Juanito* y el *Hombre de los Lobos*.) Y continúa poco más adelante:

“Y ahora, la inesperada conclusión: En ambos casos, el motor de la represión es la angustia frente a la castración; los contenidos angustiantes —ser mordido por el caballo y ser devorado por el lobo— son sustitutos desfigurados [dislocados] del contenido ‘ser castrado por el padre’. Fue en verdad este último contenido el que experimentó la represión” (Freud, 1975: 103-104).

Entonces Freud explicita la última modificación a su teoría de la angustia, la tercera teoría de la angustia en Freud. Aquí plantea:

“Pero el afecto-angustia de la fobia, que constituye la esencia de esta última, no proviene del proceso represivo, de las investiduras libidinosas de las mociones reprimidas, sino de lo represor mismo; la angustia de la zoofobia [el lobo, el caballo]³ es la angustia de castración inmutada, vale decir, una angustia realista, angustia frente a un peligro que amenaza efectivamente o es considerado real. Aquí la angustia crea a la represión y no —como yo opinaba antes— la represión a la angustia” (Freud, 1975: 104).

Tenemos entonces tres teorías de la angustia. La primera teoría en Freud: la libido se transmuta directamente en angustia. Segunda teoría de la angustia en Freud: la represión de una moción pulsional produce angustia. Tercera teoría de la angustia en Freud: la angustia de castración produce la represión. Causa: la angustia; efecto la represión.

Luego, en el capítulo 5, se va referir a una cuestión central para pensar la neurosis obsesiva, la resistencia, el superyó, la reacción terapéutica negativa, etcétera. En palabras de Freud: “Nos volvemos hacia la neurosis obsesiva en la expectativa de averiguar en ella algo más acerca de la formación de síntoma” (Freud, 1975: 107).

Si al principio de su obra a Freud la histeria le permitió dar cuenta de la apertura del inconsciente, para revelar las resistencias estructurales debe avanzar sobre la neurosis obsesiva. Leemos:

“Los síntomas de la neurosis obsesiva son en general de dos clases, y de contrapuesta tendencia. O bien son prohibiciones, medidas precautorias, penitencias, vale decir de naturaleza negativa, o por el contrario son satisfacciones sustitutivas, tantas veces con disfraz simbólico. De estos dos grupos, el más antiguo es el negativo, rechazador, punitivo; pero cuando la enfermedad se prolonga, prevalecen las satisfacciones, que burlan toda defensa. Constituye un triunfo de la formación de síntoma que se logre enlazar la prohibición con la satisfacción, de suerte que el mandato o la prohibición originariamente rechazantes cobren también el significado de una satisfacción; es harto frecuente que para ello se recurra a vías de conexión muy artificiosas. [...] El enfermo consigue que la mayoría de sus síntomas añadan a su significado originario el de su opuesto directo, testimonio éste del poder de la ambivalencia, que, sin que sepamos nosotros la razón, desempeña un importantísimo papel en la neurosis obsesiva” (Freud, 1975:107-108).

Y luego hallamos el paradigma de la neurosis obsesiva:

“En el caso más grosero, el síntoma es de dos tiempos, vale decir que a la acción que ejecuta cierto precepto sigue inmediatamente una segunda, que lo cancela o lo deshace, si bien todavía no osa ejecutar su contrario” (Freud, 1975: 108).

Postulo que, en la dimensión de dos tiempos que encontramos en la neurosis obsesiva, lo fundante es la satisfacción en la prohibición misma; a la vez esto tiene dos caras: por un lado, el sujeto sólo va a desear lo que está prohibido y la satisfacción sólo se va a vincular con lo prohibido, y por el otro, además, se satisface en la prohibición misma. Los dos tiempos ponen en juego un modo de satisfacción y un tratamiento del deseo, que siempre va a quedar como imposible. A modo de ejemplo señalo que la postergación como un síntoma obsesivo implica tanto un modo de producir el deseo como imposible, como una satisfacción en el postergar mismo.

Un poco más adelante se lee:

“Quizás en la neurosis obsesiva se discierna con más claridad [...]”
[Pero no es que esté todo del todo claro pues la frase continúa] “[...] se discierna con más claridad que en los casos normales y en los histéricos que el complejo de castración es el motor de la defensa, y que la defensa recae sobre las aspiraciones del complejo de Edipo”
(Freud, 1975: 109).

Por otra parte, Freud expresa la paradoja de la satisfacción pulsional diciendo:

“El superyó hipersevero se afirma con energía tanto mayor en la sofocación de la sexualidad cuanto que ella ha adoptado unas formas tan repelentes. Así, en la neurosis obsesiva el conflicto se refuerza en dos direcciones: lo que defiende ha devenido más intolerante, y aquello de lo cual se defiende, más insoportable; y ambas cosas por influjo de un factor: la regresión libidinal” (Freud, 1975: 111).

En el capítulo 6 es donde Freud va a diferenciar lo que sería el mecanismo típico de defensa en la histeria (la represión) y los mecanismos típicos de defensa en la neurosis obsesiva (aislamiento y anulación). Aun cuando la represión funciona también en la neurosis obsesiva, el aislamiento y la anulación como métodos de defensa tienen la capacidad de cortar los nexos asociativos entre los representantes psíquicos. Al estar cortados los nexos lógicos entre un representante psíquico y otro, se anula la conexión asociativa, y anulando aísla.

En el capítulo 7 va a presentarse tanto la cuestión de la mezcla y la desmezcla de pulsiones, como la cuestión del padre:

“La angustia de castración recibe otro objeto y una expresión desfigurada [dislocada]: ser mordido por el caballo (ser devorado por el lobo), en vez de ser castrado por el padre. La formación sustitutiva tiene dos manifiestas ventajas” (Freud, 1975:119).

El síntoma es una formación sustitutiva. La desfiguración se puede ubicar en los dos casos: en vez de ser castrado por el padre, ser mordido por el caballo en el caso de *Juanito*, ser devorado por los lobos en el caso del *Hombre de los Lobos*.

Retomando lo anterior:

“La formación sustitutiva tiene dos manifiestas ventajas; la primera, que esquivar un conflicto de ambivalencia, pues el padre es simultáneamente un objeto amado; [amado y temido]⁴ y la segunda, que permite al yo suspender el desarrollo de angustia. En efecto, la angustia de la fobia es facultativa, sólo emerge cuando su objeto es asunto [Gegenstand] de la percepción. Esto es enteramente correcto; en efecto, sólo entonces está presente la situación de peligro. Tampoco de un padre ausente se temería la castración. Sólo que no se puede remover al padre: aparece siempre, toda vez que quiere” (Freud, 1975: 119).

Es una cuestión de estructura: la amenaza de castración, la referencia de la amenaza de castración, es el padre.

Freud escribe en el último párrafo de este capítulo 7:

“Mediante esta última puntualización, a saber, que el yo se pondría sobre aviso de la castración a través de pérdidas de objeto repetidas con regularidad, hemos obtenido una nueva concepción de la angustia. Sí hasta ahora la considerábamos una señal-afecto del peligro, nos parece que se trata tan a menudo del peligro de la castración como de la reacción frente a una pérdida, una separación. A pesar de lo mucho que enseguida puede aducirse contra esta conclusión, tiene que saltarnos a la vista una notabilísima concordancia. La primera vivencia de angustia, al menos del ser humano, es la del

4. Aclaración del autor.

nacimiento, y éste objetivamente significa la separación de la madre, podría compararse a una castración de la madre (de acuerdo con la ecuación $\text{hijo} = \text{pene}$). Sería muy satisfactorio que la angustia se repitiera como símbolo de una separación a raíz de cada separación posterior..." (Freud, 1975: 123-124).

El hueso del texto lo encontramos en las páginas siguientes donde trabaja la castración en la madre con la amenaza de castración sobre el instrumento fálico. Allí puede diferenciarse la castración como hecho de estructura, de la amenaza como complejo de castración. El complejo de castración propio de la trama edípica vela la castración estructural.

"La alta estima narcisista por el pene puede basarse en que la posesión de ese órgano contiene la garantía para una reunión con la madre (con el sustituto de la madre) en el acto del coito. La privación de ese miembro equivale a una nueva separación de la madre [...]. En este punto señalo que la fantasía de regreso al seno materno es el sustituto del coito en el impotente (inhibido por la amenaza de castración)" (Freud, 1975: 131).

Vemos cómo se articulan la amenaza de castración sobre el instrumento fálico y la separación con el otro materno –que implica en esa separación un encuentro con la castración– en tanto el sujeto ha devenido falo de ese otro para obturar la castración.

Un poco más adelante se refiere a la cuestión de la condición de la angustia válida para la mujer revelando que "castración" no es un término descriptivo de algo fenoménico, sino un concepto fundamental en la constitución del sujeto y de las posiciones sexuadas.

"Ahora vemos que no corremos el peligro de declarar a la angustia de castración como el único motor de los procesos defensivos que llevan a la neurosis. En otro lugar he puntualizado cómo el desarrollo de la niña pequeña es guiado a través del complejo de castración hasta la investidura tierna de objeto. Y precisamente, en el caso de la mujer parece que la situación de peligro de la pérdida de objeto siguiera siendo la más eficaz" (Freud, 1975: 135).

El equivalente de la amenaza de castración en la mujer es la pérdida del amor, dejar de ser amada:

“Respecto de la condición de angustia válida para ella, tenemos derecho a introducir esta pequeña modificación: más que de la ausencia o de la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida de amor de parte del objeto. Puesto que sabemos con certeza que la histeria tiene mayor afinidad con la feminidad, así como la neurosis obsesiva con la masculinidad, ello nos sugiere la conjetura de que la pérdida de amor como condición de angustia desempeña en la histeria un papel semejante a la amenaza de castración en las fobias, y a la angustia frente al superyó en la neurosis obsesiva” (Freud, 1975: 135).

Entonces, si la pérdida de amor en las mujeres es un equivalente de castración –la amenaza sobre el instrumento fálico en el varón–, la amenaza de castración no está basada en la naturaleza biológica y el órgano material, sino que está remitiendo a una cuestión estructural que va más allá de las figuras.

3. Lo extraño interno

Hay dos cuestiones en “Más allá del principio de placer” (1920) que pueden señalarse como antecedentes del planteo freudiano de “Inhibición, síntoma y angustia” (1925-1926).

Primero tomaremos la introducción del dualismo pulsional, entendido en términos del par pulsión de vida-pulsión de muerte.

Freud introduce esa oposición en 1920, luego de una extensa obra que tenía más de 25 años de desarrollo. Inicialmente, como dijimos, Freud planteaba una oposición pulsional en el aparato que distinguía pulsiones de objeto (pulsiones sexuales) y pulsiones del yo (pulsiones de autoconservación). La división entre los dos órdenes pulsionales en el aparato, que conforman lo que puede denominarse el núcleo freudiano de las patologías psíquicas –el conflicto–, está marcado a partir de 1914. En el aparato los síntomas se explican por un conflicto pulsional, es decir, por un conflicto entre las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación o yoicas.

En 1914, en su texto “Introducción del narcisismo” –se trata de una introducción no “al” narcisismo, sino “del” narcisismo a la teoría psicoanalítica, tal como lo especifica el título del texto–, Freud encuentra pulsiones sexuales del lado del yo. Al localizar allí libido, el dualismo pulsional freudiano se conmueve.

Frente a su concepción de las producciones sintomáticas, Freud se topa con un conflicto entre estos dos órdenes pulsionales: pulsiones sexuales-pulsiones de autoconservación o del yo, cuestionando el dualismo pulsional que tenía hasta entonces.

También dijimos que Freud lo resuelve transitoriamente hablando de libido del yo-libido objetal, hasta que en 1920 ambas caras de la libido quedan subsumidas del lado de lo que él llama *Eros*, es decir, la pulsión de vida. Y el dualismo va a volver a recomponerse, en este caso, oponiendo *Eros* (la pulsión de vida) a la pulsión de muerte o *Thánatos*, tal como lo anticipamos en el capítulo anterior.

Para introducir este dualismo (*Eros-Thánatos*) –que reconstruye el dualismo pulsional en “Más allá del principio de placer”–, Freud hace comparecer a un filósofo presocrático llamado Empédocles de Agrigento. Este filósofo tenía una cosmogonía muy particular: proponía que el universo como tal se había formado a partir del trabajo conjunto de dos fuerzas, el amor (*philia*) y la discordia (*neikos*, la fuerza destructora).

Freud lo introduce extensamente en “Análisis terminable e interminable” (1937): donde Empédocles plantea un trabajo simétrico de esas dos fuerzas –lo que en Freud sería la pulsión de vida y la pulsión de muerte– en el filósofo presocrático es la *philia* (el amor) y *neikos* (la discordia, la destrucción).

En “Inhibición, síntoma y angustia”, esas dos pulsiones freudianas no son simétricas. Cuando Freud introduce la díada pulsional –pulsión de vida-pulsión de muerte–, se basa en Empédocles. Pero en el trabajo del filósofo griego presocrático encontramos una perspectiva simétrica del trabajo de ambas fuerzas. Esta cuestión es un dato central. En Freud, esas fuerzas no son simétricas: algunas consideraciones clínicas, algunas inhibiciones, síntomas, angustias, dan cuenta de la prevalencia de la pulsión de muerte. Freud no plantea un equilibrio entre fuerzas como Empédocles, sino un aparato orientado por el más allá del principio de placer.

La segunda cuestión que está presente en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926-1925), pero que tiene una relación casi necesaria con lo planteado unos años antes por Freud en “Más allá del principio de placer” (1920), es

que Freud señala que el inconsciente no ofrece ninguna resistencia a la curación. “Lo inconsciente, vale decir, ‘lo reprimido’, no ofrece resistencia alguna a los esfuerzos de la cura; y aún no aspira a otra cosa que a irrumpir hasta la conciencia” (Freud, 1989).

Tope de la construcción: inconsciente igual a reprimido; más allá del inconsciente dinámico se presenta un inconsciente libidinal cuya sede es el ello.

Habiendo planteado, cinco años antes, que lo inconsciente “no ofrece resistencia alguna a los esfuerzos de la cura”, Freud sin embargo señala en “Inhibición, síntoma y angustia” –y en otros textos– que hay una resistencia de lo inconsciente. ¿Pero de qué inconsciente?

En “Inhibición, síntoma y angustia”, Freud postula:

“Tras cancelar la resistencia yoica, es preciso superar todavía el poder de la compulsión de repetición, la atracción de los arquetipos inconscientes sobre el proceso pulsional reprimido; y nada habría que objetar si se quisiese designar ese factor como *resistencia de lo inconsciente*” (Freud, 1975: 149).

Cuestión que está en el núcleo del conjunto central de esta tesis, ya que esa resistencia inconsciente, en tanto inconsciente libidinal, se va a expresar en la compulsión repetitiva de los mecanismos de defensa.

Hay una *determinación inconsciente* que comanda la palabra del ser humano. Esa determinación inconsciente se manifiesta en el retorno de lo reprimido, lo cual no es lo mismo que la compulsión de repetición de 1920.

La compulsión de repetición es un orden de repetición, pero que no está regido por las leyes del retorno de lo reprimido. Se trata aquí de “recuperar” el valor de los fragmentos de vida que siempre fueron penosos, como fue señalado en el capítulo anterior.

El retorno de lo reprimido, en el nivel de la insistencia de lo inconsciente, opera en la vía del principio de placer. En el capítulo VII de “La interpretación de los sueños” (1899-1900), Freud lo postula así pues el sueño es, para él, guardián del dormir, y el trabajo del inconsciente –por la vía del retorno de lo reprimido– lo que hace es librarnos del *quantum* afectivo que se tramita entre representaciones. El sueño liga la energía libre y por eso mantiene adormecido al sujeto. El trabajo del inconsciente en el retorno de lo reprimido conduce al principio de placer, a mantener la homeostasis en el aparato. Homeostasis paradójica, ya que no es sin la tensión del deseo. La compulsión de repetición –tal

como Freud la introduce en 1920— va a contramano del principio de placer, quiebra la homeostasis, no es una repetición que adormece, es una repetición que despierta, eventualmente, angustia.

A partir de esta diferencia entre la insistencia del inconsciente y la resistencia del ello, se formula que el ello es reservorio de lo pulsional.

Freud trabaja la noción de síntoma en el capítulo III de “Inhibición, síntoma y angustia”. Allí, entre otras cuestiones —algunas de las cuales ya hemos mencionado—, plantea el problema del yo:

“Si el acto de la represión nos ha mostrado la fortaleza del yo, al mismo tiempo atestigua su impotencia y el carácter no influible de la moción pulsional singular del ello. [...] el proceso que por obra de la represión ha devenido síntoma afirma ahora su existencia fuera de la organización yoica y con independencia de ella. Y no sólo él: también todos sus retoños gozan del mismo privilegio, se diría que de ‘extraterritorialidad’” (Freud, 1975: 93).

La idea de Freud es que un síntoma es algo extraterritorial; un síntoma es tierra extraña interna. Algo extraño se ha introducido allí, en medio del yo: es como un cuerpo patógeno, extranjero. Recordemos que ya en los inicios Freud formula que el yo está infiltrado por el trauma —como fracaso de la defensa— y anticipa a la resistencia como un modo paradójico de la satisfacción.

El síntoma, para el yo, es algo absolutamente ajeno; sin embargo, está allí. La idea de Freud es que el yo intenta volver familiar esa extranjería del síntoma, eso extranjero que tiene que ver con la satisfacción pulsional. De algún modo, la satisfacción pulsional del ello es lo que está en el fondo del síntoma y es con lo que el yo se las tiene que ver: “Una comparación que nos es familiar desde hace mucho tiempo considera al síntoma como un cuerpo extraño que alimenta sin cesar fenómenos de estímulo y de reacción dentro del tejido en que está inserto” (Freud, 1975: 95).

El yo responde a ese nódulo patógeno que es el síntoma, y lo que intenta es familiarizar, cancelar ese parásito, o esa cara parásita del síntoma que se le vuelve insoportable. Hacerlo sintótico.

A esa lucha del yo contra esa cara extranjera pero interna del síntoma, Freud la llama *lucha defensiva secundaria*: en la represión ya operó una defensa, a nivel del síntoma tenemos una satisfacción pulsional que resiste, ésta es la perspectiva que Freud va a anticipar a través la resistencia del ello, porque

la pulsión resiste, no insiste; lo que insiste es el trabajo del inconsciente. La pulsión insiste en satisfacerse. Hay una satisfacción que resiste en el núcleo del síntoma, y a esa resistencia de la satisfacción se le opone la lucha defensiva secundaria del yo, para tratar de cancelar lo ajeno de la satisfacción. Por eso la satisfacción del síntoma que Freud va a llamar, en ese nivel (el nivel de la pulsión misma), ganancia primaria de la enfermedad, es paradójica en el nivel de esa satisfacción pulsional. El ello se satisface, se favorece como beneficio primario del síntoma: es el beneficio mismo.

En el núcleo del síntoma hay una satisfacción pulsional —que es anómala, parásita, patógena, discordante— en la que se juega lo que también es compulsión de repetición y resistencia del ello, y que el yo en su defensa secundaria intenta tramitar, cancelar, presentándose como disfuncionamiento. Debemos destacar: presentándose como disfuncionamiento.

En el capítulo III de “Inhibición...” Freud también afirma:

“Sin duda la lucha defensiva contra la moción pulsional desagradable se termina a veces mediante la formación de síntoma; hasta donde podemos verlo, es lo que ocurre sobre todo en la conversión histérica. Pero por regla general la trayectoria es otra: al primer acto de la represión sigue un epílogo escénico [*Nachspiel*] prolongado, o que no se termina nunca; la lucha contra la moción pulsional encuentra su continuación en la lucha contra el síntoma” (Freud, 1975: 94).

Freud se refiere a la lucha del yo contra la moción pulsional que devino síntoma como tal. Esto es lo que Freud llama lucha defensiva secundaria, que consiste en el intento del yo de cancelar la ajenidad y el aislamiento del síntoma, aprovechando toda oportunidad para ligarlo de algún modo a sí. Hay que ligar lo ajeno al yo, hay que volverlo parte del yo: egosintónico.

Hay un núcleo del síntoma que no está causado por la determinación del inconsciente y el retorno de lo reprimido, y tiene que ver con una satisfacción pulsional, con la resistencia del ello. Satisfacción que da cuenta de una “insondable decisión del ser” (Lacan, 1978: 168). Anticipa además la necesidad de castigo.

Formula: “el síntoma ya está ahí y no puede ser eliminado; ahora se le impone avenirse a esta situación y sacarle la máxima ventaja posible. Sobreviene una adaptación al fragmento del mundo interior que es ajeno al yo” (Freud, 1975: 95). Se trata de algo interior, ajeno. El yo intenta cancelar esa ajenidad del síntoma, y entonces se fusiona cada vez más el síntoma con el yo, se vuelve

cada vez más indispensable para el yo. “Sólo en casos muy raros el proceso [físico] de enquistamiento de un cuerpo extraño, puede repetir algo semejante. Podría exagerarse también el valor de esta adaptación secundaria” (Freud, 1975: 95).

Una vez más, Freud señala que es un movimiento secundario; lo primario es la satisfacción pulsional en el núcleo del síntoma, y la adaptación secundaria, la lucha defensiva secundaria, es intentar cancelar esa ajenidad, volverlo útil: beneficio secundario del síntoma.

Es interesante que Freud proponga que, en general, en la lucha defensiva la histeria logra un triunfo, mientras que la neurosis obsesiva fracasa. Para Freud el síntoma conversivo histérico logra una tramitación más acabada de aquella excitación pulsional, tramita mejor la satisfacción que está en juego y que proviene del ello, en comparación con la representación obsesiva, la ideación obsesiva. Podríamos decir que el síntoma histérico *es* en el cuerpo (Freud, 1989): una vez que se produce el divorcio del afecto de la representación intolerable, ese afecto se desplaza a una representación que tiene que ver con el cuerpo, es una conversión histérica. O bien, ese afecto puede quedar en el campo del pensamiento, y eso lleva a la representación obsesiva como compulsión referida a la “fuente independiente de displacer”.

La tramitación del *quantum* pulsional en la vía del pensamiento es mucho menos feliz y comporta entonces una defensa secundaria y un trabajo, un intento de tramitar, mucho más prolongado que en la histeria.

La síntesis yoica se logra mucho mejor en la histeria que en la neurosis obsesiva. Freud plantea que los síntomas conversivos histéricos logran armar una formación de compromiso en un solo acto, mientras que los síntomas obsesivos en muchos casos son síntomas de dos tiempos, como hemos mencionado.

Lo que Freud propone entonces es que los síntomas obsesivos, por lo general, en el nivel de los síntomas en dos tiempos, suponen un primer tiempo donde se presenta la *satisfacción pulsional*, y un segundo tiempo, en el que van a recibir el *castigo* por haberse satisfecho en ese nivel. La neurosis obsesiva no logra, como la histeria, consolidar eso en un mismo síntoma. A su vez, el castigo es una satisfacción. Freud brinda una singular conceptualización para dar cuenta de la neurosis obsesiva: la regresión a la fase sádico-anal.

Fundamenta una explicación metapsicológica sobre esta regresión: “Busco la explicación metapsicológica de la regresión en una ‘desmezcla de pulsiones’, en la segregación de los componentes eróticos que al comienzo de la fase genital se habían sumado a las investiduras destructivas de la fase sádica” (Freud, 1975: 109).

Freud da cuenta de que en la neurosis obsesiva se vuelve hipersevero el superyó, exponiendo quizás en las neurosis algo que sólo es análogo a lo que pasa en la melancolía. La melancolía y la neurosis obsesiva dan el paradigma de la insistencia del superyó en el aparato. El superyó no es ninguna instancia reguladora, ni civilizadora. Operación freudiana que deconstruye al superyó.

En algunos síntomas de la neurosis obsesiva se revela el sadismo del superyó, ligazón que Freud trabaja en este texto mencionando la regresión a la fase sádico-anal explicada como una desmezcla pulsional.

La desmezcla pulsional da por resultado la prevalencia de la pulsión de muerte, hay una disimetría entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte. En la desmezcla pulsional entonces caen los componentes fálicos, y el sujeto queda a merced del empuje de la pulsión de muerte –que es capitalizado por el superyó– produciéndose la desexualización o deslibidinización. La regresión como desmezcla implica la cuestión de la conmoción de la ligadura deseo-pulsión.

En la página 110 del texto que venimos trabajando puede leerse:

“Puede aceptarse simplemente como un hecho que en la neurosis obsesiva se forme un superyó severísimo, o puede pensarse que el rasgo fundamental de esta afección es la regresión libidinal e intentarse enlazar con ella también el carácter del superyó. De hecho, el superyó, que proviene del ello...” (Freud, 1975: 110).

Tenemos la idea del superyó, heredero del complejo de Edipo; y otro estadio que es este superyó que proviene del ello, de la satisfacción pulsional misma: “De hecho, el superyó, que proviene del ello, no puede sustraerse de la regresión y la desmezcla de pulsiones allí sobrevenida” (Freud, 1975: 110).

No se trata de una contradicción, sino de dar cuenta del fundamento pulsional de lo que se presenta como ley.

4. El desamparo y el trauma

¿Qué es trauma a la altura de 1920?

Veamos primeramente las anticipaciones:

- 1) “El sistema nervioso se afana por mantener constante dentro de sus constelaciones funcionales algo que se podría denominar la *suma de excitación*, y

realiza esta condición de la salud en la medida en que se tramita por vía asociativa todo sensible aumento de excitación o lo descarga mediante una reacción motriz correspondiente.”

2) “Deviene trauma psíquico cualquier impresión cuyo trámite por trabajo del pensar asociativo o por reacción motriz depara dificultades al sistema nervioso.”

Estas dos citas pertenecen a “Sobre la teoría del ataque histérico”, punto C de “Bosquejos de la ‘Comunicación Preliminar’” (1893) (Freud, 1989). ¿Qué nos permiten despejar?

- a) Un principio del aparato (constancia).
- b) Una tendencia (la anulación de la tensión).
- c) Una cantidad perturbante (suma de excitación).
- d) Un trabajo (la tramitación).
- e) Un resultado que vale como resto de la operación (trauma psíquico).

Si hacemos una descripción física del fenómeno, podemos decir: tomamos como punto de partida la existencia de una cierta cantidad de tensión igual a A ; esta cantidad de tensión entra en un circuito que debe, mediante un trabajo, permitir a la salida la reducción a cero de esa cantidad de tensión.

Freud descubre en la experiencia que la reducción a cero no se produce, de tal manera que queda siempre una cierta cantidad mayor que cero; esto se articula de entrada con lo que denomina trauma psíquico. A su vez, esta cantidad es la causa de un trabajo para este aparato. Formulando la existencia de esa cantidad, el sistema es un aparato que trabaja. ¿Qué implicaría el éxito absoluto, la reducción absoluta, sin resto? ¿Cero tensión?

En un texto posterior, “El problema económico del masoquismo” (1924), responde que la reducción a cero implica conducir la vida inestable a la estabilidad del estado inorgánico. Por lo tanto sería identificable en el límite de la muerte misma. La ley de la constancia implica, entonces, descargar los excesos de energía, y es el principio que regula por excelencia el aparato psíquico. Por lo tanto, un sujeto experimenta una impresión psíquica en su sistema nervioso y aumenta algo que se denomina suma de excitación. En todo sujeto, para conservar la salud, existe el afán de empujarse esa suma de excitación.

La disminución de esa suma de excitación depende de cuánto restará de esa impresión psíquica inicial. Si disminuye esa suma de excitación, también será distinto el efecto de la impresión psíquica inicial que acrecentó la suma de excitación.

De este modo Freud se refiere a la ley de la constancia en “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos” (1893). Pero, en ese texto, además de deslindar el trauma mecánico y ubicar el factor eficaz del trauma psíquico (se trata de traumas psíquicos que comandan –por efecto de terror– de manera unívoca la naturaleza de los síntomas), hace dos afirmaciones capitales para el desarrollo de la doctrina psicoanalítica.

- a) La referencia simbólica.
- b) La tramitación mediante la palabra.

De la referencia simbólica da el siguiente ejemplo: una enferma padecía de penetrantes dolores en el entrecejo. Se averiguó que de niña su abuelo la escudriñó “penetrándola” con la mirada. La misma paciente sufrió posteriormente de dolores en el talón derecho; esto había surgido en un momento de angustia: en una presentación en sociedad le había sobrevenido el temor de “no entrar con el pie derecho o de no andar derecha”.

¿Qué concluye Freud a partir de esto? Que existe el propósito de expresar el estado psíquico mediante uno corporal, para lo cual el uso lingüístico ofrece los puentes.

La segunda afirmación se refiere al valor de la palabra en sustitución de la acción como medio de tramitar la impresión psíquica. “[...] El primero que en vez de arrojar una flecha al enemigo le lanzó un insulto fue el fundador de la civilización” (Freud, 1989: 37-38).

El trabajo de tramitación de la impresión traumática realizado por las palabras: “Una afrenta devuelta, aunque sólo sea de palabra, se recuerda de otro modo que una que se debió tolerar, y es característico que la lengua llame ‘mortificación’ a este padecer tolerado calladamente” (Freud, 1989: 38). *Krankung*, que significa mortificación, tiene la misma raíz que *Krankheit*: enfermedad. Por esto se sostiene que el histérico padece de unos traumas psíquicos incompletamente abreaccionados. La abreacción es la finalidad del trabajo de tramitación psíquica regulado por la Ley de Constancia.

“[...] si la reacción frente al trauma psíquico tuvo que ser interrumpida por alguna razón, aquél conserva su afecto originario; y toda vez que el ser humano no puede aligerarse del aumento de estímulo mediante ‘abreacción’ está dada la posibilidad de que el suceso en cuestión se convierta en un trauma psíquico” (Freud, 1989: 38).

Tanto la teoría de la abreacción –que se ubica en el mismo sentido en que el físico emplea el supuesto fluido electrónico que corre– como la teoría de la investidura –que formula al final del texto “Las neuropsicosis de defensa” (1894)– se basan en la producción científica de la época en que Freud escribió sus obras.

Teoría de la investidura

Investidura (*Besetzung*) significa “ocupar” o “llenar un lugar”.

“En las funciones psíquicas cabe distinguir algo (monto de afecto, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad –aunque no poseamos medio alguno para medirla–; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos” (Freud, 1989: 61).

Entonces, en la base del principio de constancia, de la teoría de la abreacción, tenemos la noción de una cantidad desplazable que Freud denomina tanto suma de excitación como monto de afecto.

Es claro que en este contexto “monto de afecto” es una denominación económica homóloga a “suma de excitación”; por lo tanto, no se refiere en absoluto a “los afectos” a los que nos referimos vulgarmente, según lo planteado por Strachey en el apéndice a “Las neuropsicosis de defensa” (1894). El principio de constancia tiene, en su origen, una hipótesis fisiológica en el “Proyecto de psicología para neurólogos” (1950 [1895]), en el denominado “principio de inercia neuronal”:

“[...] las neuronas procuran aliviarse de la cantidad [...] se vislumbra además una tendencia que acaso gobierne la arquitectura del sistema de neuronas, edificado con varios sistemas: un cada vez mayor apartamiento de Qh de las neuronas. Entonces, la arquitectura del

sistema nervioso serviría al *apartamiento*, y su función a la *descarga*, de Qh de las neuronas” (Freud, 1989: 340-350).

Strachey, apoyándose en el “Proyecto de psicología para neurólogos” [1895], hace coincidir principio de constancia y principio de placer: “[...] siendo consabida para nosotros una tendencia de la vida psíquica, la de *evitar displacer*, estamos tentados a identificarla con la tendencia primaria de inercia” (Freud, 1989: 356).

Displacer se coordinaría con una elevación de la cantidad, y placer estaría asociado a la sensación de descarga. Pero, en verdad, hay una ruptura entre principio de constancia y principio de placer. Esa ruptura se denomina experiencia de satisfacción. Es el arranque desgraciado para el individuo humano, y supone una ruptura radical sujeto-objeto: el objeto perdido como resto de la experiencia de satisfacción produce una tensión en el aparato que es ineliminable. Con el reafloramiento del estado de esfuerzo o de tensión, la investidura traspasa sobre los recuerdos y los anima.

Tal vez sea la imagen-recuerdo del objeto la alcanzada primero por la reanimación del deseo. En el “Proyecto de psicología para neurólogos” está la idea de que en la base de todas las conexiones entre neuronas está el recordar reproductor como la ley fundamental de la asociación por la simultaneidad. Este recordar reproductor sostiene la capacidad alucinatoria, como tensión deseante irreductible a cero.

En la sección o apartado E del capítulo VII de “La interpretación de los sueños” (1900), hallamos por primera vez la separación entre principio de constancia y principio de placer, punto central de inflexión y ruptura con las teorías físicas, neurofisiológicas y energetistas de la época.

El recordar reproductor es una memoria no orgánica: “Habíamos profundizado en la ficción de un aparato psíquico primitivo, cuyo trabajo era regulado por el afán de evitar la acumulación de excitación y de mantenerse en lo posible carente de excitación” (Freud, 1989: 587).

Hasta aquí principio de constancia.

“Elucidamos después las consecuencias psíquicas de una vivencia de satisfacción, y entonces ya pudimos introducir un segundo supuesto, a saber, que la acumulación de la excitación [...] es percibida como displacer, y pone en actividad al aparato a fin de producir de nuevo el resultado de la satisfacción; en ésta, el aminoramiento de la excitación

es sentido como placer. A una corriente [...] de esa índole producida dentro del aparato [...] la llamamos *deseo*; hemos dicho que sólo un deseo, y ninguna otra cosa, es capaz de poner en movimiento al aparato, y que el decurso de la excitación dentro de este es regulado automáticamente por las percepciones de placer y de displacer. El primer deseo pudo haber consistido en investir alucinatoriamente el recuerdo de la satisfacción” (Freud, 1989: 588).

Para Paul Bercherie en su texto *Génesis de los conceptos freudianos*, la separación de la representación sexual respecto de su afecto y la conexión de éste con otra representación que le conviene, pero que no es inconciliable, indica el lugar propio del psicoanálisis más allá de los modelos psicofisiológicos. Bercherie, en su excelente trabajo, ubica estas teorizaciones a la altura de 1894-95 y considera como aspectos esenciales de la teoría psicoanalítica en sus inicios:

- a) La concepción asociacionista del pensamiento y del psiquismo con toda su ambivalencia psiconeurológica (como sustitución de terminología).
- b) La hipótesis auxiliar que sería el aspecto alemán del fisiologismo freudiano.

Según Paul-Laurent Assoun, en su *Introducción a la epistemología freudiana*, el origen del principio de constancia se halla en Gustav Theodor Fechner, fundador de la psicofísica, fallecido en 1887; su texto fundamental es *Elementos de psicofísica* (1860).

Fechner es citado por Freud en “La interpretación de los sueños” (1900) como el único que dijo algo sensato sobre los sueños, separando el escenario de los sueños y la vigilia. Vuelve a citarlo precisamente en “Más allá del principio de placer” (1920), en relación con esa tendencia del aparato psíquico a mantener lo más baja posible la cantidad de excitación presente en él, o por lo menos a mantenerla constante.

Fechner logra deducir la ley que expresa la relación general de la excitación y de la sensación, estableciendo que la sensación aumenta como el logaritmo de la excitación. El principio de inercia neuronal del “Proyecto de psicología para neurólogos” (1950 [1895]), según el cual las neuronas tienden a deshacerse de las cantidades, presenta el organismo como sistema físico de inercia libre. Según Assoun, Freud adopta la idea central de la energética, según la cual toda la energía es libre. Dice Freud en 1920, a la altura de “Más allá del principio de placer”:

“[...] este afán, por nosotros supuesto, del aparato anímico se subordina como caso especial bajo el principio de Fechner de la *tendencia a la estabilidad*, a la que él refirió las sensaciones de placer y displacer” (Freud, 1989: 9).

Pero el “ídolo” de Freud era Hermann von Helmholtz, médico berlinés, profesor de fisiología y patología, que publica en 1847 su trabajo más importante: *Acerca de la conservación de la energía*. En ese texto Helmholtz sitúa el principio de conservación:

“Ya que no hay más que fuerzas, sea en estado latente, que tienden a poner en movimiento un punto material sin por ello producir movimiento, sea en estado vivo, cuando la fuerza produce actualmente movimiento” (Helmholtz, 1985: 78).

Efectivamente, podemos encontrar las marcas de sus maestros en Freud, en su formación médica y en los apoyos del desarrollo científico de su época. Pero el punto de ruptura entre principio de constancia y principio de placer —aunque hallemos en este último términos propios de la psicofisiología y el energetismo— sitúa la experiencia de satisfacción como el lugar propio del psicoanálisis, que sostiene una tensión en el aparato y concibe el deseo como lo indestructible. Así se sostiene la concepción del proceso primario.

Sabemos que Freud concibe el proceso primario como la búsqueda de una identidad de percepción, de lo idénticamente idéntico: el mismo objeto, en el mismo momento, de la misma experiencia de satisfacción. Esto en sí mismo define lo imposible del encuentro y la consecuente pérdida del objeto, que es igual a sí mismo en el instante del posible encuentro fallido.

La realización del deseo aparta al sujeto de la vía de la satisfacción, llevándolo hacia una búsqueda que fracasa en el sentido adaptativo. Sabemos que volver a evocar esa percepción es el fin propio de la realización del deseo (como identidad de percepción). La realización del deseo se cumple cuando reaparece la percepción. ¿Y cuál es el instrumento específico? La alucinación. Se trata de una ruptura con la concepción del arco reflejo, dado que este último tiende a la satisfacción de la necesidad.

¿De qué modo es formulada la realización del deseo en el “Proyecto de psicología para neurólogos” (1850-[1895])? Freud introduce el concepto de acción específica definiéndola como aquella cuya ejecución trae aparejada

la satisfacción de la necesidad y, por consiguiente, el cese del aumento de la carga: tendencia homeostática del aparato con la raíz en la psicofisiología. Pero señala que dicha acción exige en el ser humano, por ser prematuro, una ayuda externa, ajena a él, ayuda de otro al cual atrae mediante una descarga interna (el grito, el llanto, alguna forma que es leída como llamado). Se trata del inicial desamparo y desvalimiento. Dice Freud:

“Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, éste es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. El todo constituye entonces *una vivencia de satisfacción*, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo” (Freud, 1989: 363).

La inclusión del desamparo y del Otro como conceptos operatorios sostienen la inscripción de la huella mnémica como imagen mnemónica desiderativa.

Esta imagen es la clave del señuelo logrado, de la alucinación propia del cumplimiento del deseo, señuelo que desplaza la acción específica e introduce la rememoración alucinatoria. Según Freud la memoria cambia de signo, tiene una función desadaptativa en relación con la memoria del organismo y produce la instalación de una nueva dimensión del placer que quiebra el marco de la homeostasis.

El recordar reproductor orientado a la representación de los signos de la presencia del Otro, como hambre de signos, impone el placer de desear como meta que, desde el registro biológico, es impensable.

Inicialmente, el trauma aparece en la obra de Freud definido por dos caracteres:

- a) Accidental: porque da cuenta de la experiencia sexual prematura traumática.
- b) Inasimilable: porque la articulación misma que pone en juego la defensa deja la escena como irrecuperable.

Estos dos caracteres nombran un límite, ya que, formulado como acontecimiento, el retorno se presenta como ajeno. La posibilidad de desciframiento opera con las representaciones que se mueven en la cadena asociativa hasta cierto límite, ya que la representación inconciliable para el yo está en conexión con esa escena, pero esa escena vale como recuerdo.

Si el primer tiempo del trauma es silencioso y tiene un valor potencial, es necesaria una represión posterior por recuerdo para que adquiera el valor traumático, esto es, *a posteriori*, lo que implica que el recuerdo produzca un displacer mayor que el que tuvo la vivencia.

En este punto es lícito conectar el exceso de placer de la escena traumática, que retorna en la neurosis obsesiva, con la fuente independiente de desprendimiento de displacer (*hipótesis auxiliar*, 1894). A esta altura, la defensa opera separando la representación del monto de afecto y es el testigo, en la producción de lo reprimido inconsciente, del encuentro inconciliable con la sexualidad traumática.

El *Zwang* de la representación reprimida sostiene una nueva satisfacción, irreconocible y que se manifiesta como sufrimiento. Mientras que la representación, vía sustitución, ubica el síntoma en el registro de las formaciones del inconsciente, la suma de excitación, en tanto exceso, habla de la ganancia primaria de la enfermedad. Si la suma de excitación como exceso habla de la ganancia primaria de la enfermedad, sostiene en su desplazamiento el falso enlace; al mismo tiempo vale como resto, porque la fuente de la que proviene no se agota en la representación. El éxito de la defensa se corresponde con la constitución misma del inconsciente, y su fracaso –en conexión con lo inasimilable– sostiene lo compulsivo del síntoma.

Existe, entonces, una correspondencia puntual entre “Las neuropsicosis de defensa” de 1894 y 1896 con lo formulado por Freud en el “Proyecto de psicología para neurólogos” (1950 [1895]), en relación con las dos partes en que se divide el objeto, particularmente en la experiencia hostil (*complejo del semejante*). Sabemos que una parte forma el conjunto de caracteres perceptuales constantes que aparecen unidos como cosa (lo inasimilable), mientras que la segunda implica el juicio de atribución (los atributos: bueno o malo).

Lo que va a orientar al sujeto en la vía de sus deseos es la Cosa, posible de conocer a través de sus atributos, sin poder jamás alcanzar el núcleo constante. Este núcleo es la posición fija de la Cosa, que se caracteriza como lo que vuelve siempre al mismo lugar, sosteniendo en lo fallido del encuentro la imposibilidad de cualquier complementariedad. Los atributos marcan lo que es cualidad y puede ser entendido por la memoria, por una remisión al cuerpo propio del sujeto, a la propia experiencia subjetiva. Dichos atributos van a constituir las representaciones, incluidas las primitivas, alrededor de las cuales se va a articular lo que va a ser regulado por el principio de placer-displacer. Por lo tanto, se trata de los signos que la alucinación recupera.

Por su parte, la experiencia de satisfacción produce el objeto como perdido, con los referentes conceptuales del desamparo y el Otro prehistórico. El recordar-reproductor indica una memoria no orgánica constituyendo el placer de desear. A su vez, a la altura de “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), Freud indica claramente que no hay adecuación sujeto-objeto, en la medida que existe la sexualidad a partir de la pérdida del sexo.

Si la pulsión aparece conectada a bordes (agujeros) del cuerpo nombrado como libidinal, la madre marcada por la prohibición con el referente del complejo de castración sitúa la no complementariedad.

Ahora bien, a partir de 1920 tenemos que la primera pregunta que nos formulamos es ¿cuál es la relación entre la angustia y el más allá del principio de placer? La segunda pregunta es respecto de la diferencia entre angustia traumática y angustia señal. En “Más allá del principio de placer” (1920), la angustia surge como reacción ante un peligro, determinado por la ruptura de la barrera protectora. El peligro, en el nivel de la angustia traumática, es la perturbación económica producida por un incremento de las magnitudes de estímulo (núcleo genuino del peligro).

El núcleo genuino del peligro nos lleva al “Proyecto de psicología para neurólogos” (1950 [1895]), donde discernimos que el estado de desamparo no implica, como angustia real, una fantasía de amenaza sino claramente una amenaza real.

En “Más allá del principio de placer” (1920), la inundación económica de magnitudes se articula con el automatismo económico. La angustia se generó como reacción ante un estado de peligro. Pero, ¿cuál es ese peligro? Freud lo dice claramente en el capítulo VIII de “Inhibición, síntoma y angustia”: el aumento de tensión de la necesidad, frente al cual el niño es impotente.

El incremento de las magnitudes de estímulo en espera de tramitación implica el peligro del desvalimiento psíquico, en relación con el período de inmadurez del yo. En la situación traumática, frente a la cual se está desvalido, coinciden el peligro externo y el interno, lo que Freud llama peligro realista y exigencia pulsional.

La situación económica es en ambos casos la misma y el desvalimiento motor encuentra su expresión en el desvalimiento psíquico.

Pero, ¿cuál sería esa experiencia pulsional respecto de la cual la angustia sería una respuesta? La pulsión de destrucción vuelta hacia la propia persona. Entonces, ¿dónde realiza Freud la articulación que consideramos fundamental en este desarrollo? En la 32ª Conferencia, titulada “Angustia y vida pulsional”.

Allí Freud afirma que lo esencial, respecto de esa gran excitación que es sentida como displacer y que el sujeto no puede dominar con su descarga, estado en que fracasan los esfuerzos del principio de placer, es el instante traumático. El instante traumático paraliza la función del principio de placer y da a la situación de peligro su significación. La represión primaria nace directamente de instantes traumáticos. Entonces hay una línea que ubica:

- a) Desvalimiento.
- b) Inundación de magnitudes de estímulo-ruptura de la barrera protectora.
- c) Respuesta ante un peligro.
- d) Exigencia pulsional, como pulsión de destrucción contra la propia persona.
- e) Instante traumático, como fracaso del principio de placer y base de la represión primaria.
- f) El principio de placer nos asegura contra un daño determinado de nuestra economía psíquica.

Lo que inferimos de esto es que la angustia traumática es respuesta a la ruptura del principio de placer, a partir de una exigencia pulsional que se sostiene en ese instante traumático, base de la represión primaria.

Y, desde la misma conferencia, hacemos la segunda inferencia. Freud afirma que hay un doble origen de la angustia:

- a) Del instante traumático.
- b) Como señal de que amenaza la repetición de tal instante.

Por lo tanto, la fuente económica de la angustia debe ser netamente diferenciada de la pérdida de objeto; más aún, es la perturbación económica la que da su lugar a la importancia de la madre como objeto y a su pérdida como tal.

La angustia frente a la separación se funda en un desplazamiento de la perturbación económica hacia el otro que logra impedirla: si el objeto está ausente, se produce el desencadenamiento del automatismo económico.

Citemos a Freud en el capítulo VIII de “Inhibición, síntoma y angustia”:

“Con la experiencia de que un objeto exterior, aprehensible por vía de la percepción, puede poner término a la situación peligrosa que recuerda al nacimiento, el contenido del peligro se desplaza de la situación económica a su condición, la pérdida del objeto. La ausencia de la madre deviene ahora el peligro; el lactante da la señal

de angustia tan pronto como se produce, aun antes que sobrevenga la situación económica temida” (Freud, 1975: 130).

En esta línea, la angustia vale como una función: ser una señal para la evitación de la situación de peligro. Lo fundamental de la dimensión de señal es el desplazamiento que se opera de la reacción de angustia en su origen, en la situación de desvalimiento, hasta su expectativa. Por lo tanto, la situación de peligro como señal implica dos dimensiones:

- a) Expectativa del trauma (anticipación).
- b) Repetición amenguada de él.

Respecto de la primera dimensión decimos: la situación de peligro es la situación de desvalimiento discernida, recordada, esperada. Respecto a la segunda: el yo que ha vivenciado pasivamente el trauma “repite” (*wiederholen*) ahora de manera activa una reproducción (*Reproduktion*) morigerada de éste, con la esperanza de poder guiar de manera autónoma su decurso. Por lo tanto, la angustia en cuanto a su función como señal implica tanto la expectativa como la reproducción morigerada, y se articula con la repetición y el recuerdo.

Entonces, esta reacción es una forma de recuerdo y se sitúa en el marco de la historia del sujeto: “El peligro del desvalimiento psíquico se adecua al período de la inmadurez del yo, así como el peligro de la pérdida de objeto a la falta de autonomía de los primeros años de la niñez [...]” (Freud, 1975: 134).

Precisamente, en relación con la angustia señal se destaca el lugar central del yo: el yo es la sede misma de la angustia, y la precocidad del yo no es madurativa, sino, por lo contrario, estructural. En la medida en que la existencia de la señal en el niño responde a la anticipación que se esboza en la tríada: desamparo, Otro y llamado, es aquello que permite que la estructura del lenguaje se poseione del organismo haciendo que devenga el sujeto.

La angustia, en tanto estado afectivo, sólo puede ser registrada por el yo.

En *El Seminario, Libro 10, La angustia*, Lacan dice que la angustia es la señal en el yo, pero señal del peligro para todo sujeto: peligro de que el sujeto sea tomado como objeto por el Otro, no como objeto de deseo, sino como el objeto que causó al Otro como deseante, en una especie de salto temporal. Es para el sujeto el peligro de su desaparición misma como tal, por lo tanto, aquí deseo del Otro vale como goce (objeto del goce del Otro).

Volviendo a Freud diremos que la angustia traumática vale como inundación económica en ruptura con el principio de placer, que fija ese instante traumático, y en donde se sostiene la necesidad de la represión primaria misma.

Este instante traumático tiene valor de goce en la estructura psíquica misma y no es asimilable por el principio de placer, por lo tanto, es el lugar propio del más allá del principio de placer. A partir de aquí, en tanto angustia señal, “¿qué es en verdad lo peligroso, lo temido en una de tales situaciones de peligro? Evidentemente no es el daño de la persona que podría juzgarse objetivo [...] sino lo que él ocasione en la vida anímica” (Freud, 1989: 86).

A esta irrupción de goce del denominado instante traumático, la angustia señal le da un marco con la repetición-reproducción que, como dice Freud, morigera lo vivenciado pasivamente. La angustia señal se articula con la represión secundaria y con la formación de síntomas. Pero los instantes traumáticos surgen de la vida anímica, sin relación con las situaciones traumáticas supuestas, en las cuales la angustia no es despertada, por tanto, como señal, sino que nace basada en un fundamento inmediato (irrupción).

La angustia traumática, por lo tanto, vale como irrupción de goce, es decir, paralización de la función del principio de placer en su capacidad de ligar las magnitudes de estímulo, e implica un daño en la economía psíquica y un fracaso de las formaciones del inconsciente.

Si la represión primaria se sostiene en instantes traumáticos, para que puedan retornar instantes traumáticos es necesario que haya una vacilación en la estructura misma de aquello que articula la represión primaria y el masoquismo (pérdida del marco de la pulsión de destrucción vuelta contra la persona).

Si la pérdida del objeto se articula como condición, en tanto señal de angustia —en verdad pérdida, ausencia de la madre—, vale como deseo de la madre, como ausencia en relación con una presencia, como deseo de la madre más allá del sujeto. Deseo que hace aparecer un enigma, ausencia que sostiene el Fort-Da. Juego del pequeño con el Otro del significante, a partir de la emergencia del deseo del Otro.

¿Qué provoca angustia según Lacan?

“No es, contrariamente a lo que se dice, el ritmo ni la alternancia de la presencia-ausencia de la madre. Lo demuestra el hecho de que el niño se complace en renovar este juego de presencia-ausencia. La posibilidad de la ausencia es eso, la seguridad de la presencia. Lo más angustiante para el niño se produce, precisamente, cuando la relación sobre la cual él se instituye, la de la falta que produce deseo, es perturbada, y ésta es perturbada al máximo cuando no hay

posibilidad de falta, cuando tiene a la madre siempre encima, en especial limpiándole el culo, modelo de la demanda, de la demanda que no puede desfallecer” (Lacan, 2006: 64).

Veremos cómo en Freud, precisamente, la angustia no es sin objeto, sino ante una “presencia”.

Maurice Blanchot en su excelente texto *Thomas el oscuro* ilustra de la mejor manera la dimensión de la angustia y la certeza del objeto. La conmoción de la realidad psíquica y la presencia de aquello que debería quedar velado, están descritas al modo en que Freud lo postula en su texto “Lo siniestro”. Recordemos que “Lo siniestro” es el texto tomado por Lacan como la referencia fundamental para pensar la cuestión de la angustia en *El Seminario, Libro 10*. Del mismo modo, lo que Blanchot nos ilustra nos hará percibir la dimensión de extrañeza en relación con el lugar del analista, tal como lo formulamos en las conclusiones finales de esta tesis. Dice:

“Me siento dirigido por la noche hacia la noche. Una especie de ser, hecho con los desechos del ser, se ofrece como blanco de mis demandas. Aquello que no se ve, no se comprende, no es, forma a mi lado el nivel de una noche distinta y sin embargo idéntica a la que inefablemente aspiro, a pesar de formar parte ya de ella. A mi alcance hay un mundo –lo llamo mundo como, muerto, llamaría a la tierra nada–. Lo llamo mundo porque no hay otro mundo posible para mí. Y creo, como cuando uno se acerca a un objeto, que lo hago más próximo, aunque es él el que me abarca. Él, invisible y fuera del ser, me percibe y me sostiene en el ser. El mismo, quimera injustificable si yo no estuviese allí, lo distingo, no en la visión que tengo de él, sino en la visión y el conocimiento que él tiene de mí. Yo soy visto. Estoy destinado, bajo esa mirada, a una pasividad que en lugar de disminuirme me hace real. No trato ni de distinguirlo, ni de alcanzarlo, ni de suponerlo. Perfecto negligente, le conservo, gracias a mi distracción, el carácter de inaccesible que le es propio. Mis sentidos, mi imaginación y mi espíritu están muertos del lado por el que él mira. Lo percibo como la única necesidad, él que no es ni siquiera una hipótesis; como mi única resistencia, yo que me aniquilo. Yo soy visto. Poroso, idéntico a la noche que no se ve, soy visto. Tan imperceptible como él, sé que me ve. Él es incluso

la última posibilidad que tengo de ser visto cuando ya no exista. Es esa mirada que continúa viéndome en mi ausencia. Es el ojo que mi desaparición, a medida que se hace más completa, exige cada vez más para perpetuarse como objeto de visión” (Blanchot, 2002: 86-87).

En el capítulo VIII de “Inhibición, síntoma y angustia”, la angustia surge como reacción ante el peligro determinado por la ruptura de la barrera protectora. La angustia traumática está causada por la perturbación económica, producida por el incremento de las magnitudes de estímulo. “En ambos aspectos, como fenómeno automático y como señal de socorro, la angustia demuestra ser producto del desvalimiento psíquico del lactante, que es el obvio correspondiente de su desvalimiento biológico” (Freud, 1975: 130). Como dice Freud, que ambas reconozcan por condición la separación de la madre no requiere de interpretación psicológica alguna. La fuente económica de la ausencia se diferencia de la pérdida de objeto, ya que es la perturbación en sí la que da importancia a la madre como objeto. Desplazamiento a la presencia-ausencia del Otro como condición. El límite, que separa angustia automática y angustia señal, se juega entre la inundación económica y la condición que de estar ausente (el objeto) determinaría el desencadenamiento del automatismo económico.

El concepto de desamparo del “Proyecto de psicología para neurólogos” (1950 [1895]) es retomado aquí en su articulación con la falta de significación: “no ha menester de interpretación psicológica alguna” (Freud, 1975: 131). La cadena de representantes psíquicos, verdadero lugar de la barrera protectora, revela su punto de falla indicando el goce irruptivo (no ligado, por lo tanto), que queda por fuera de la cadena.

La ausencia de significación en el nivel de la perturbación económica es central. Dicha ausencia de significación funda esa perturbación económica como fuera del lenguaje, fuera de la cadena asociativa, por lo tanto carece aún de todo contenido psíquico. El desamparo es situado como un “sin recursos” ante la presencia del deseo del Otro, a merced del Otro absoluto.

La perturbación económica, como invasión en el nivel del proceso primario, habla del factor traumático que no puede ser tramitado por el principio de placer. La dimensión económica funda el “Más allá del principio de placer” (1920) y sostiene tanto la temperancia o ligadura como su irrupción, lo no ligado.

Con el marco del desamparo (falla en la cadena, ausencia de significación), la violenta irrupción del trauma indica la imposibilidad de ligar los volúmenes de estímulos. A partir de esto, Freud dice que el incremento de las magnitudes de estímulo, o acumulación de investiduras, es el peligro real en juego en la angustia traumática. Este peligro es el que articula en “Más allá del principio de placer” al diferenciar, en el capítulo III, terror, miedo y angustia. Esta última implica un cierto estado expectante que sirve como última defensa; pero “la vida onírica de la neurosis traumática [...] reconduce al enfermo, una y otra vez, a la situación de su accidente, de la cual despierta con renovado terror” (Freud, 1989: 13).

La fijeza psíquica del enfermo a la situación traumática permite anticipar la compulsión de repetición. La excitación traumática es formulada tanto como algo exterior, como también interior, indicándose el carácter de la pulsión como algo íntimo, pero exterior (trauma interno a la estructura), que tiene la cualidad de perforar la protección antiestímulo y de abolir en un primer momento el principio de placer: “el apronte angustiado, con su sobreinvertidura de los sistemas recipientes, constituye la última trinchera de la protección antiestímulo” (Freud, 1989: 31).

Con la abolición inicial del principio de placer, la tarea que se le plantea al aparato psíquico es ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo. Por lo tanto, los sueños traumáticos tratan de dominar el estímulo, a través del desarrollo de angustia que faltó en la situación traumática.

Ese punto de exterioridad que puede ser representado dentro, tal como lo obtenemos en la experiencia de satisfacción, sostiene el intento de ligazón psíquica de impresiones traumáticas al servicio del imperio del principio de placer, principio que implica la ligadura de pulsión y deseo, y sostiene la cadena de representantes psíquicos, que nombran los rodeos que enmarcan la marcha, manteniendo la distancia necesaria (encuentro fallido) con el objeto perdido.

Si, por lo tanto, el trauma se define como inasimilable, lo no ligado es su permanente testimonio en la estructura, tal como se presenta en el sueño traumático, por detrás de la pantalla. En esta articulación de la pulsión con el más allá del principio de placer, que denuncia la compulsión de repetición, se sostiene la pregunta de qué es lo que resiste. ¿De dónde parte esa resistencia ya que el inconsciente igual a lo reprimido no resiste?

La resistencia parte del núcleo inconsciente del yo (el ello). Debemos tener en cuenta que, a partir de la inflexión que se produce en “Más allá del

principio de placer”, las resistencias mantienen el displacer del cual huía la defensa.

A su vez el yo anticipa la defensa y en esta línea da cuenta de la red de representantes psíquicos (sujeto del inconsciente). Pero por la vía de la división de la personalidad psíquica se sitúa el lugar del objeto.

PARTE III

EL YO Y LAS RESISTENCIAS ESTRUCTURALES

INTRODUCCIÓN

En esta tercera parte se abordará la cuestión de la alteración del yo en varios niveles de conceptualización y, siguiendo a Freud, la problemática específica de aquellas instancias de la que éste es vasallo.

Se presenta un recorrido en tanto “estado del arte”, respecto a la cuestión del yo, de la defensa y del triple estatuto de la alteración.

El abordaje del célebre texto *El yo y los mecanismos de defensa* de Anna Freud permitirá orientarnos respecto al trabajo de otros psicoanalistas con relación al concepto “mecanismo de defensa”.

A partir de aquí abordaré lo denominado “un defender compulsivo”, que marca la dimensión inédita de un mecanismo de defensa que se comporta como compulsivo.

La tarea respecto al abordaje de la segunda tópica permitirá realizar un rastreo del término “ello” y su relación con el “sí-mismo” nietzscheano, que abrirá la problemática del cuerpo.

La otra gran resistencia –la del superyó y su expresión clínica– será investigada en el desarrollo de Freud y otros autores, realizando un contrapunto y un centramiento puntual de un debate respecto a la reacción terapéutica negativa.

Tanto la resistencia del ello como la del superyó se abordarán además en relación con la cuestión de lo ligado y lo no ligado.

Respecto específicamente a la cuestión de la moral, la abordaremos en su articulación y diferencia de Freud con Nietzsche, Kant, Bernstein, Michel Plon, Brigitte Lemeber, Henri Ey y Paul-Laurent Assoun.

El final de esta tercera parte estará dedicado a comenzar a ceñir y precisar los fundamentos de cómo se abordarán las hipótesis de esta tesis, y la conexión entre la resistencia del ello y la del superyó en la práctica clínica, situando varios puntos de articulación entre ambas.

CAPÍTULO 1

LA ALTERACIÓN DEL YO

1. El yo es un verdadero payaso

En el desarrollo que Freud hace a lo largo de su obra, el yo va a aparecer postulado no sólo en la constitución misma del aparato psíquico sino también como el resultado de un conflicto. La alteración del yo producida por la operación analítica marca las coordenadas de la problemática del final de análisis. El modo en que se piensa esa alteración dio lugar a un debate fundamental en el posfreudismo, y marcó diferentes orientaciones.

En *El siglo del psicoanálisis*, Emilio Rodríguez nos recuerda una carta de 1911 donde Freud le dice a Jones: “El yo es un verdadero payaso, que está siempre metiendo la nariz donde no es llamado, para probar a los espectadores que todo lo que sucede en el circo es obra de él” (Rodríguez, 1996: 262). Rodríguez ubica esta frase tanto en referencia a la concepción freudiana del yo como un yo corporal como a la formulación de Laplanche respecto a que el yo no sólo es metonímico, sino a demás metafórico, teniendo la propiedad de ser autorrepresentable, ya que se trataría de algo que funciona como la proyección de una superficie.

En el curso de este capítulo aclararemos este importante enunciado. Además, la cuestión de la alteración del yo nos anticipará las conclusiones de la presente tesis, ya que los mecanismos de defensa y la alteración yoica implican un mismo nudo de problemas.

2. La compulsión a la síntesis

Muy tempranamente en la obra de Freud se va a presentar a un yo, no unificado, sino por el contrario desgarrado por la lucha defensiva, proceso que es correlativo al estatuto de la resistencia como un modo de satisfacción paradójica en sí misma.

En “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896), la alteración del yo va a estar planteada tanto en la histeria como en la neurosis obsesiva, pero es especialmente destacado el estatuto que se le da al pensar la paranoia, ya que el retorno a través de las ideas delirantes –recordemos que en la paranoia la defensa no separa la representación del monto de afecto– le exigen al yo un plus de trabajo, para que pueda aceptarlas “exentas de contradicción” (Freud, 1989, 184).

“Como ellas mismas [las ideas delirantes] no son influibles, el yo se ve precisado a adecuárseles; así es como a los síntomas de la defensa secundaria, en el caso de la neurosis obsesiva, corresponde aquí la formación delirante combinatoria, el *delirio de interpretación*, que desemboca en la *alteración del yo*” (Freud, 1989, 184).

En el “Manuscrito K” (1896), la alteración del yo va a estar planteada –en correspondencia con el texto anteriormente citado– como una expresión, una consecuencia del avasallamiento producto de la lucha entre la representación obsesiva y la escrupulosidad de la conciencia moral. (Recordemos que ya muy tempranamente la moral se asienta en la fuente independiente de desprendimiento de displacer.)

Al referirse a la paranoia Freud va a decir:

“Aquí, con el retorno de lo reprimido en forma desfigurada, la defensa fracasa enseguida, y el delirio de asimilación no puede ser interpretado

como síntoma de la defensa secundaria, sino como comienzo de una alteración del yo, como expresión del avasallamiento” (Freud, 1989, 267).

Pero, en esta época inicial de la producción, el texto más relevante para nuestros fines es “Sobre la psicoterapia de la histeria” (1893-1895), específicamente el punto 3. Allí Freud postula que el grupo psíquico separado no se puede extirpar, y la frontera entre lo patógeno y el yo normal es meramente convencional. La organización patógena no se presenta como un cuerpo extraño sino como una infiltración, ya que “debe suponerse que la resistencia es lo que infiltra” (Freud, Breuer, 1975: 296). La operación terapéutica se dirige a disolver tal resistencia y facilitar la libre circulación del afecto estrangulado.

En “La interpretación de los sueños” (1900), especialmente en el capítulo VI, la alteración del yo va a estar planteada en relación con el trabajo del sueño, al servicio de la censura onírica. Un ejemplo de ello es lo que Freud formula con “la persona de acumulación”, resultado del trabajo de la condensación. También la desfiguración permite que el yo se presente multiplicado en varias personas o “escondido detrás de otra persona”.

Freud, anticipándose a desarrollos posteriores de su elaboración doctrinaria, va a sostener que lo que se presenta en el sueño también lo hallamos en el pensamiento consciente, por ejemplo, bajo la fórmula: “Si yo pienso en el niño sano que yo fui”. La explicación más desarrollada de esta fórmula va a tener que esperar a 1923: en el texto “Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños” va a referirse a una descomposición del yo en sujeto y objeto, en una instancia criticadora y otra criticada, o también cuando se “compara su ser presente con otro ser recordado, pasado, que otrora fue también yo” (Freud, 1975, 122). También se puede ubicar esta descomposición del yo en las frases: “cuando yo me pongo a pensar lo que yo le hice; o cuando yo pienso que también yo fui un niño una vez” (Freud, 1975, 122).

La referencia más importante a esta cuestión en la época de “La interpretación de los sueños” (1900) es, sin duda, “El sueño de la inyección de Irma”. El análisis que Freud realiza de dicho sueño implica la separación del mismo en dos partes. La primera parte culmina en una imagen angustiante y aterradorante, que según Lacan revela lo innombrable, y en esa garganta de Irma se presentifica un real sin mediación.

Según Diana Rabinovich en *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*:

“La segunda parte se produce precisamente en la medida en que el sueño llega lo más lejos posible en el orden de la angustia, en ella se produce la descomposición espectral del *moi* en sus identificaciones, haciéndose presente en el sueño ‘la multitud freudiana’, o sea la multitud de personajes en que se divide el yo del soñante. Surge así un sujeto que no es uno, sino una mixtión, mezcla que caracteriza la presencia del sujeto del inconsciente más allá de la descomposición imaginaria del yo, el sujeto del inconsciente es un sujeto policéfalo” (Rabinovich, 1983: 78).

Ante esta presencia angustiante, no sólo Freud no retrocede: no se produce ninguna regresión de ningún tipo, ni formal, ni temporal; se produce la fragmentación de las figuras de identificación.

En *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica de Jacques Lacan*, Víctor Iunger (1995) critica las concepciones evolutivas que formulan etapas del desarrollo del yo, especialmente cuestiona a Ericsson respecto a la sucesión necesaria de etapas yoicas, y postula que por lo tanto en el sueño de la “Inyección de Irma” no se produciría una regresión según etapas pautadas y de maduración yoica, sino un estallido de las identificaciones.

A su vez, Víctor Iunger plantea la diferencia al *moi* del *je* en los siguientes términos: “El *moi* implica al yo como instancia y al yo como entidad. El *je* es una función gramatical, es un *shifter*, que plantea la presencia del sujeto de la enunciación en el enunciado” (Iunger, 1995: 91). Esta cuestión será retomada en el último punto del presente capítulo.

En su lectura de *El Seminario, Libro 2* de J. Lacan, Hugo Levin afirma:

“El psicoanálisis llega para trascender esa ilusión, en cuyo centro ha estado, tanto en la filosofía como en la conciencia común, el yo. Lo que Freud aporta es un verdadero descentramiento” (Levin, 1995: 9).

Este descentramiento implica que el inconsciente “escapa” estructuralmente a lo que el *moi* podría suponer como certidumbre, en la medida que el *je* es absolutamente desconocido por el *moi*.

Es en “Introducción del narcisismo” (1914), donde Freud va a postular la necesidad de un nuevo acto psíquico para la institución del yo, ya que éste

no es un dato primario. Este nuevo acto va a requerir de los conceptos de *identificación primaria* e *Ideal del yo*. Dice Freud:

“Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (Freud, 1975: 74).

Este yo, soporte de los investimentos libidinales de los objetos, es una unidad no sin un resto, de aquello que no pasa a los objetos. A su vez, este yo soportado en el concepto de narcisismo va a revelar su conexión con la castración –recordemos que “Introducción del narcisismo” (1914) culmina en la equivalencia simbólica pene-niño (una de las tres salidas freudianas de la feminidad)–, revelándose el nudo de la cuestión narcisismo-castración.

3. El yo y la escisión

La relación entre la alteración del yo y el encuentro con la castración va a ir ordenando la problemática respecto al final del análisis en textos posteriores al gran giro de 1920 y a la articulación angustia de castración-defensa-síntoma. Esta cuestión se va a presentar en un concepto que tomará gran relevancia: “desmentida”.

Fetichismo es el nombre de un tipo clínico dentro de una estructura clínica y, también, designa el paradigma –en Freud– de esa estructura clínica: *la perversión*. Dentro de la estructura clínica existen varias formas además del fetichismo, como el exhibicionismo, voyeurismo, sadismo, masoquismo, etcétera.

El fetichismo es parte del conjunto, pero al mismo tiempo es el paradigma, es el que otorga el ordenamiento teórico para entender qué es la perversión, en la obra de Freud, como lo es el masoquismo en la obra de Lacan.

Freud diferencia ya en el texto “Tres ensayos de una teoría sexual” (1905), el concepto “fetichismo” de “fetichización”: el primero trata sobre la perversión mientras que el segundo se refiere a la neurosis y a las condiciones eróticas.

El fetiche consiste en elevar a un objeto, en principio cualquiera, al lugar del falo. Sobre el fetichismo, Freud plantea que en general son objetos fetiches aquellos objetos anteriores al encuentro con la castración de la mujer. Freud expone en el punto “Sustituto inapropiado del objeto sexual. Fetichismo”:

“Pero lo pospusimos hasta tomar conocimiento del factor de *sobrestimación sexual*, del cual dependen estos fenómenos, que conllevan un abandono de la meta sexual [...] Los casos en que se exige al objeto sexual una condición fetichista para que pueda alcanzarse la meta sexual (determinado color de cabellos, ciertas ropas, aun defectos físicos) constituyen la transición hacia los casos de fetichismo en que se renuncia a una meta sexual normal o perversa” (Freud, 1989: 139).

Freud distingue la fetichización (que vale como condición erótica) del fetiche. En “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) menciona:

“El caso patológico sobreviene sólo cuando la aspiración al fetiche se fija, excediéndose de la condición mencionada y reemplaza a la meta sexual normal. [...] Éstas son las condiciones generales para que meras variaciones de la pulsión sexual se conviertan en desviaciones patológicas” (Freud, 1989: 140).

En el fetiche, el objeto se separa, vale como condición absoluta, no es un rasgo del objeto, sino que pasa a ser en sí mismo el objeto y se fija como tal. En la fetichización, la condición neurótica también tiene que ver con la fijación, pero la diferencia es que es un elemento que permite el acceso amoroso, erótico, con respecto a un *partenaire*. Por ejemplo, Freud en una nota, en la página 141, escribe:

“En muchos casos de fetichismo del pie puede demostrarse que la pulsión de ver, originariamente dirigida a los genitales y que quería alcanzar su objeto desde abajo, quedó detenida en su camino por prohibición o represión y por eso retuvo como fetiches al pie o al zapato. Y en ese proceso los genitales femeninos se imaginaron, de acuerdo con la expectativa infantil, como masculinos” (Freud, 1989: 141).

Es decir que el objeto –el pie– condensa el querer ver los genitales femeninos comenzando desde abajo, como si el pie fuera –tomando ya el texto “Fetichismo”– aquello anterior que se vio antes de ver el genital femenino.

En el trabajo “Fetichismo”, un texto de 1927, Freud se refiere a un caso clínico:

“El caso más asombroso pareció el de un joven que había elevado a la condición fetichista cierto ‘brillo en la nariz’. Se obtuvo un esclarecimiento sorprendente al averiguar que el paciente había sido criado en Inglaterra pero luego se estableció en Alemania, donde olvidó casi por completo su lengua materna. Ese fetiche, que provenía de su primera infancia, no debía leerse en alemán, sino en inglés [...] era en verdad una ‘mirada en la nariz’ (*glance*)” (Freud, 1989: 147).

Glanz es alemán, y *glance*, inglés. O sea, que había ahí una transliteración y la formación de una problemática clínica que tomaba la cuestión del lenguaje –dos idiomas y el efecto de consonancia fónica de estas dos palabras– lo que se nombra *glanz*, “brillo en la nariz”, en verdad se refiere al *glance* de una “mirada en la nariz”.

Aquí existe una complejidad, porque un determinado brillo en la nariz vale como objeto fetiche e implica una transliteración, un efecto de traducción de una lengua a otra: la resonancia fónica de la lengua materna olvidada, reprimida, retorna bajo este modo.

Freud señala que:

“[...] el fetiche es un sustituto del pene [...] Por eso me apresuro a agregar que no es el sustituto de uno cualquiera, sino de un pene determinado, muy particular, que ha tenido gran significatividad en la primera infancia, pero se perdió más tarde. Esto es: normalmente debiera ser resignado, pero justamente el fetiche está destinado a preservarlo de su sepultamiento [*Untergang*]. Para decirlo con mayor claridad: el fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre) en el que el varoncito ha creído y al que no ha querido renunciar [...]” (Freud, 1989: 147-148).

Es el sustituto del pene, no de cualquiera sino del materno.

Freud luego apunta:

“No es correcto que tras su observación de la mujer [la madre] el niño haya salvado para sí, incólumne, su creencia en el falo de aquélla. La ha conservado, pero también la ha resignado; en el conflicto entre el peso de la percepción indeseada [la castración] y la intensidad del deseo contrario [que no esté castrada] se ha llegado a un compromiso como sólo es posible bajo el imperio de las leyes del pensamiento inconsciente –de los procesos primarios–.” [Éste es el compromiso, o sea, el fetiche como compromiso.] “Sí; en lo psíquico la mujer sigue teniendo un pene [la mujer (la madre)], pero este pene ya no es lo mismo que antes era. Algo otro lo ha reemplazado; fue designado su sustituto, por así decir, que entonces hereda el interés que se había dirigido al primero. Y aún más: ese interés experimenta un extraordinario aumento porque el horror a la castración se ha erigido un monumento recordatorio con la creación de este sustituto” (Freud, 1989: 149).⁵

O sea, si el fetiche viene al lugar del pene materno –aquel pene que la madre no tiene– al incluir el fetiche el sujeto desconoce que está castrada. Al mismo tiempo, la instalación del fetiche se erige en monumento a la castración, porque debe estar siempre presente y el sujeto no puede desprenderse de él: pasa a ser esclavo absoluto de ese fetiche.

Si bien el fetiche desmiente que la madre está castrada, la instalación del fetiche mismo es un monumento al encuentro con la castración. Freud postula que se trata de una solución de compromiso, fórmula que también utiliza para el síntoma; la diferencia con el síntoma es que interpretando se disuelve, mientras que el fetiche no, porque el fetiche no es un representante psíquico, es un objeto. No es metafórico, por lo tanto no es interpretable.

“Si vuelvo a la descripción de fetichismo, tengo que señalar que ciertamente hay numerosas e importantes pruebas de la bi-escindida actitud del fetichista frente al problema de la castración de la mujer. En casos muy refinados, es en la construcción del fetiche mismo donde han encontrado cabida tanto la desmentida como la aseveración de la castración. Así un hombre cuyo fetiche consistía en unas bragas íntimas, como las que pueden usarse a modo de malla de baño, esta

pieza de vestimenta ocultaba por completo los genitales y la diferencia de los genitales. Según lo demostró el análisis, significaba tanto que la mujer está castrada cuanto que no está castrada, y además permitía la hipótesis de la castración del varón, pues todas esas posibilidades podían esconderse tras las bragas, cuyo primer esbozo en la infancia había sido la hoja de higuera de una estatua. Un fetiche tal, doblemente anudado a partir de opuestos, se sostiene particularmente bien, desde luego. En otros casos la bi-escisión se demuestra en lo que el fetichista hace —en la realidad o en la fantasía— con su fetiche. No sería exhaustivo destacar que venera al fetiche: en muchos casos lo trata de una manera que evidentemente equivale a una figuración de la castración” (Freud, 1989: 151).

Debemos distinguir el fetiche del velo. Hay una relación especial de lo femenino con el velo: las mujeres velan para producir un efecto en el *partenaire*. Puede decirse que velan, encubren una nada, una falta. Tomando como referencia la castración, algo propiamente femenino es velar una falta, velar una nada. Esto permite hablar de un poder creativo en las mujeres, ya que las mujeres velan una nada. La función del velo sostiene la condición erótica y difiere del encubrimiento del genital en el travestido, que está dirigido a producir la división angustiante en el *partenaire*.

En “La organización genital infantil” de 1923, Freud va a utilizar el término *Leugnen* (desconocimiento) respecto a las impresiones causadas por la falta de pene. Este *Leugnen* implica la creencia de “ver un miembro a pesar de todo”. Pero en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” de 1911 —anterior al citado en primer lugar—, para conservar el estado de dormir el soñante tiene como premisa la deliberada *Verleugnen* de la realidad objetiva (*Realität*). Freud continuará utilizando *Verleugnen* cada vez que deba dar cuenta de esa creencia.

El ordenamiento conceptual: castración-escisión-desmentida se va a desplegar en la primera parte de “Esquema del psicoanálisis” (1938) y en “La escisión del yo en el proceso defensivo” (1940).

En el primero de ellos, Freud va a formular que la desmentida no la llamamos sólo en los sujetos fetichistas, sino que está presente en el campo de las neurosis, es más, va a fundamentar un rasgo universal de las neurosis en la subsistencia de dos posturas distintas ante lo que Freud denomina “realidad objetiva” (la inexistencia del pene): una postura la toma en cuenta, y la

otra –bajo el “influjo de lo pulsional”– desase al yo finalmente de la realidad. Por este motivo también los fetichistas van a responder con las dos premisas contrapuestas. La diferencia es la institución o no de un fetiche.

“No interesa qué emprenda el yo en su afán defensivo, sea que quiera desmentir un fragmento del mundo exterior real y efectivo o rechazar una exigencia pulsional del mundo interior, el resultado nunca es perfecto, sin residuo, sino que siempre se siguen de allí dos posturas opuestas, de las cuales también la subyacente, la más débil, conduce a ulterioridades psíquicas” (Freud, 1989: 206).

Es en el texto “La escisión del yo en el proceso defensivo” (1940) donde Freud formula que el “núcleo de una escisión del yo” no se repara nunca, sino por el contrario, “se agranda con el tiempo”. La referencia fundamental es el encuentro con la castración, bajo la modalidad de la amenaza por la práctica onanista y el encuentro con los genitales femeninos. La escisión del yo es el precio que se paga por la desmentida: se rechaza la verdad de la castración y no se sucumbe a la represión, se reconoce el peligro con manifestación de angustia, y finalmente se defiende del peligro.

En relación con el fetiche, bajo ningún punto de vista éste implica la alucinación de un pene, sino que se transfiere el significado del pene a otra parte del cuerpo por desplazamiento, y a través del mecanismo de la regresión. Freud aclara: “Por cierto que ese desplazamiento sólo afectó al cuerpo de la mujer; respecto de su pene propio nada se modificó” (Freud, 1989: 277).

Freud introduce la segunda tópica como eje ordenador entre las neurosis y psicosis en los textos “Neurosis y psicosis” de 1923 y “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis” de 1924. Allí postula que lo que está en juego en la neurosis es un conflicto entre el yo y el ello, y en la psicosis entre el yo y el mundo exterior; lo que tienen en común es que ambas son un efecto de lo que denomina “frustración externa”. Pero, además, Freud va a plantear una diferencia sustancial entre una y otra. La neurosis no implicaría sólo no querer saber nada de la “realidad perturbante”, sino que también busca sustituirla de un modo acorde con el deseo:

“[...] la posibilidad de ello la da la existencia de un *mundo de la fantasía* [...] gusta de apuntalarse, como el juego de los niños, en un fragmento de la realidad –diverso de aquel contra el cual fue preciso

defenderse—, le presta un significado particular y un sentido secreto, que, de manera no siempre del todo acertada, llamamos *simbólico*” (Freud, 1989: 196-197).

Pero Freud realiza una pregunta crucial:

¿De qué manera el yo puede evitar la ruptura hacia cualquiera de los lados? (los vasallajes del yo). De este modo: segmentándose, partiéndose, deformándose, consintiendo menoscabo a su unicidad.

“Las inconsecuencias, extravagancias y locuras de los hombres aparecerían así bajo una luz semejante a la de sus perversiones sexuales; en efecto: aceptándolas, ellos se ahorran represiones” (Freud, 1989: 158).

Por lo tanto, la lucha defensiva produce una alteración del yo. Pero, al mismo tiempo, ahorrándose represiones se consiente un menoscabo de la unicidad. Este menoscabo implica no tomar las “extravagancias” como un disfuncionamiento a corregir, sino como un funcionamiento en sí mismo.

En “Lo verdadero, lo falso y el resto”, J. A. Miller plantea que la “alteración del yo” es efecto de una elección forzada (Miller, 1994). Afirma que en los textos freudianos en principio se sacrifica la verdad (castración) al servicio del placer (onanismo). Miller lo extrema al decir que, según Freud, muchas veces los analistas realizan la misma operación, y es por eso que recomienda un re-análisis cada cinco años. Sacrificar la verdad al servicio de un placer implica una caída de la regla de abstinencia.

Pero, además, señala que lo paradójico es que al elegir la verdad (*Wahrheit*) también elegimos el placer (*Lust*), más precisamente el goce: un goce de la verdad.

Tal como lo hemos situado en los textos freudianos, lo que Miller señala como verdad es la percepción de la castración en la mujer: “De tal manera que la cuestión de la verdad en psicoanálisis se ubica entre goce y castración, y se plantea, se elabora, como relación del sujeto a la pulsión” (Miller, 1994: 130).

Miller llama a la castración lo verdadero, el resto es el plus de goce, y lo falso, el sujeto (la mentira estructural). El curso de un análisis sería, en esta perspectiva, partir del goce de la verdad y arribar a la verdad del goce. Si se trata de gozar del inconsciente, el fantasma “Pegan a un niño” revela que se goza del lenguaje. Recordemos que la segunda fase del fantasma es una construcción y es el lugar mismo del goce.

Por eso la operación analítica, al causar el deseo de decir, puede lograr cambiar el “modo de gozar de la lengua que habla” (Miller, 1994: 136),

cambio que implica una desarticulación del significante y que hace caer la consistencia que se observa clínicamente en el yo del sujeto.

4. La ilusión de la síntesis

Con la introducción del concepto de pulsión de muerte y la última teoría de la angustia, la alteración del yo se enmarca en las problemáticas del final de la cura.

Freud había anticipado en “Recordar, repetir, reelaborar” (1914) respecto a los fragmentos de la vida real, que éstos siempre fueron penosos y no retornan vía asociativa, ya que dan cuenta de un aparato psíquico que no se subsume en la articulación represión-retorno de lo reprimido; luego en “Más allá del principio de placer” (1920) retoma lo anterior bajo el modo de formular las enigmáticas tendencias masoquistas del yo (cuestión sólo posible a partir de ubicar el masoquismo como primario) y “sin duda también en el interior del yo es mucho lo inconsciente: justamente lo que puede llamarse el ‘núcleo del yo’” (Freud, 1989: 19). El inconsciente igual a lo reprimido insiste, no resiste. Se trata –en el núcleo del yo– de un inconsciente no reprimido.

La Conferencia 31, “La descomposición de la personalidad psíquica” (1933-[1932]), es de sumo interés para la presente investigación: en ella se formula una doble escisión del yo (el ello y el superyó). A su vez, se diferencia de un modo preciso el superyó de Ideal del yo: el primero remite a la conciencia moral, el segundo da cuenta de la “observación de sí”. El ello es introducido a partir del concepto de resistencia y de ubicar lo reprimido como sólo una parte del inconsciente. Es en esta conferencia donde se presenta la referencia a George Groddek. Especialmente nos interesa destacar dos cuestiones de gran relevancia:

1. “Toda vez que nos muestra una ruptura o desgarradura, es posible que normalmente preexistiera una articulación” (Freud, 1989: 54). Esta desgarradura (del yo) implica que “se fragmenta siguiendo líneas de escisión cuyo deslinde, aunque invisible, estaba comandado ya por la estructura del cristal” (Freud, 1989: 54).
2. “No deben concebir esta separación de la personalidad en un yo, un superyó y un ello deslindada por fronteras tajantes [...] más bien, mediante

campos coloreados que se pierden unos en otros, según hacen los pintores modernos. Tras haber separado, tenemos que hacer converger de nuevo lo separado.”

De esto se desprende que la desgarradura del yo efecto del conflicto neurótico da cuenta de las líneas de escisión de una estructura de cristal-duplicación de la escisión. A su vez, las instancias no son unidimensionales, de fronteras tajantes, sino que se continúan unas en otras. Aquí hallamos una conceptualización que, según Masotta, llama a la lectura topológica de Lacan.

Al mismo tiempo, ¿de qué se trata que el yo advenga donde ello era, ya que el psicoanálisis, no sólo no se orienta por forzar una síntesis yoica imposible, sino que provoca una alteración del yo que le es propia?

Si en el “Esquema del psicoanálisis” (1940 [1938]) Freud va a sostener que el yo al estar sometido a las invasiones del ello queda inmediatamente dañado en su organización –escindido, desgarrado por conflictos no tramitados–, al mismo tiempo va a expresar que la operación psicoanalítica va a implicar una alteración del yo. Por lo tanto taxativamente Freud diferencia una alteración del yo producto de la neurosis y otra como resultado del trabajo analítico:

“Vencer las resistencias es la parte de nuestro trabajo que demanda el mayor tiempo y la máxima pena. Pero también es recompensada, pues produce una ventajosa alteración del yo, que se conserva independientemente del resultado de la transferencia y se afirma en la vida” (Freud, 1989: 179).

Esta alteración del yo, efecto del análisis, es de una índole diversa a aquella producto del conflicto entre instancias y del rechazo a la castración, como lo demostraré en el último capítulo.

5. El problema de cancelar la ajenidad

¿Qué nos enseña “Inhibición, síntoma y angustia” (1925) respecto a la alteración del yo?

El yo es meramente un sector del ello diferenciado. El ello auxilia al yo para incorporar el síntoma (egosintónico) como ganancia secundaria de la

enfermedad y refuerza la fijación. Es en este texto donde Freud postula con más claridad qué quiere decir la denominada síntesis yoica. Se trata de una compulsión a la síntesis, al servicio de “cancelar la ajenidad y el aislamiento del síntoma, aprovechando toda oportunidad para ligarlo de algún modo a sí e incorporarlo a su organización mediante tales lazos” (Freud, 1975: 94). Esta compulsión a la síntesis implica un modo de satisfacción cerrada en sí misma.

La modalidad que adquieren los intentos defensivos del yo conllevan en primera instancia el rechazo de la organización genital –como resguardo respecto a la castración, propia de la fase fálica–, bajo la modalidad de la regresión a la fase sádico-anal (un modo de satisfacción acorde con una teoría sexual infantil que revela, en términos freudianos, el fracaso de la pulsión de saber).

A su vez,

“Estos mismos síntomas [de la neurosis obsesiva] que originalmente significaban limitaciones del yo, cobran más tarde, merced a la inclinación del yo por la síntesis, el carácter de unas satisfacciones, y es innegable que esta última significación deviene poco a poco la más eficaz” (Freud, 1975: 112).

¿De qué modo se manifiesta la alteración del yo? Mediante las formaciones reactivas (compasión, escrupulosidad de la conciencia moral, limpieza, etcétera).

La *Einbeziehung* (integración del síntoma al yo) no es posible sin tales formaciones reactivas.

En el texto citado, Freud da cuenta de una articulación precisa que anuda conceptos fundamentales: la exigencia pulsional ante cuya satisfacción el yo retrocede aterrado sería entonces la masoquista, la pulsión de destrucción vuelta hacia la persona propia.

Queda señalada esta dimensión de la que nos vamos a servir posteriormente.

Debemos recordar aquí las cinco clases de resistencia que Freud formula: las tres yoicas (de represión, de transferencia, beneficio secundario), más la del ello y la del superyó. Se trata del yo y sus vasallajes como lo formula Freud en el último capítulo del “El yo y el ello” (1923). Es taxativo cuando afirma: “Un individuo es ahora para nosotros un ello psíquico, no conocido [no discernido] e inconsciente, sobre el cual, como una superficie, se asienta el yo, desarrollado desde el sistema preconsciente...” (Freud, 1989: 25-26).

Entonces, la génesis del yo queda referida a tres cuestiones:

1. “El yo es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior, con mediación de preconsciente...” (Freud, 1989: 27).
2. El cuerpo propio, y sobre todo la superficie:

“También el dolor parece desempeñar un papel en esto, y el modo en que a raíz de enfermedades dolorosas uno adquiere nueva noticia de sus órganos es quizás arquetípico del modo en que uno llega en general a la representación de su cuerpo propio.

”El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie” (Freud, 1989: 27).

La representación del cuerpo se hace posible por una experiencia dolorosa: se trata del más allá del principio de placer como operador que permite esa representación. De este modo captamos que la proyección de una superficie en tanto “yo” no está enmarcada en el principio de placer.

3. Participan, además, en la conformación del yo, las investiduras de objeto relevadas por una identificación.

Se trata para Freud del mismo proceso que hallamos en la melancolía. Este mecanismo nombra una precisa alteración del yo.

“La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado” (Freud, 1989: 246).

Si las identificaciones son hiperpotentes e inconciliables entre sí, puede producirse una fragmentación yoica. Se trata de un proceso donde unas identificaciones segregan a otra mediante resistencias. Se trata por lo tanto, en estas identificaciones que conforman al yo, de “investiduras del ello resignadas” (Freud, 1989: 49).

Por otra parte, el yo es el genuino “almácigo de la angustia”; precisemos: de la angustia de castración. Esta angustia de castración —que es donde se deposita

la angustia de la conciencia moral– se continúa entonces como angustia de la conciencia moral. Vemos aquí articulada la castración y la conciencia moral, que también se va a presentar del mismo modo en “El malestar en la cultura” (1929-1930).

Por otra parte, “Moisés y la religión monoteísta” es un texto orientador en cuanto al desarrollo sobre la cuestión del yo y su alteración.

Freud formula en este texto dos puntos de vista respecto a cómo concebir “la alteración del yo”.

En la primera de ellas se destaca que la defensa deja como resto de su operación una alteración del yo, comparable a cicatrices.

Pero la segunda postura abre un panorama diverso:

“También es lícito considerar la contracción de esta enfermedad [la neurosis] como intento de curación, como empeño por volver a reconciliar con las demás las partes del yo escindidas por el influjo del trauma y reunir las en un todo poderoso dirigido contra el mundo exterior [...] Asaz a menudo termina en una total devastación del yo y en su despedazamiento, o en su avasallamiento por el sector tempranamente escindido, gobernado por el trauma” (Freud, 1989: 74-75).

Se trata aquí efectivamente del precio a pagar por esa compulsión a la síntesis que abordamos en la lectura de “Inhibición, síntoma y angustia”, como también se ve su íntima relación con lo formulado en “Neurosis y psicosis” donde Freud plantea que aceptando los hombres sus “perversiones sexuales” se ahorrarían represiones, aceptando esa pérdida de imagen unificada narcisista que implica tomar las inconsecuencias, extravagancias y locuras no como un disfuncionamiento a corregir, sino como un funcionamiento en sí mismo. Se trata de una posición diversa respecto al “sector tempranamente escindido gobernado por el trauma” (Freud, 1989: 75).

En el intento de suturar lo tempranamente escindido y la causa de la alteración del yo, los mecanismos de defensa se vuelven, ellos mismos, un peligro.

Desde esta perspectiva, nos adentramos en el desmontaje de la cuestión de la alteración del yo en “Análisis terminable e interminable” (1937). Al igual que en el “Esquema del psicoanálisis” (1940 [1938]), Freud plantea aquí que el proceso analítico altera al yo de tal manera que esta alteración perdura más allá del análisis.

Considero que es esa alteración a la que se refiere Freud cuando habla del período posterior al análisis como “procesos de recomposición del yo”. No es una síntesis –ya hemos mostrado la compulsión de síntesis y sus efectos– sino una alteración de otro tipo.

El yo trata de domeñar la pulsión, pero domeñamiento (*Bändigend*) implica la mezcla pulsional para volver inocua la pulsión de muerte.

Esa alteración del yo efecto del proceso analítico, esa neocreación es “[...] producir un estado que nunca preexistió de manera espontánea en el interior del yo [...]” (Freud, 1989: 229). Por lo tanto la rectificación del “proceso represivo originario” (Freud, 1989: 230) no quiere decir suturar la escisión constituyente.

En el capítulo 5 de “Análisis terminable e interminable” (1937), Freud formula taxativamente que hablar de un yo normal (unificado) es una ficción ideal. Señala que el yo “se ve esforzado a rebuscar aquellas situaciones de la realidad que puedan servir como sustitutos aproximados del peligro originario, a fin de justificar su aferramiento a los modos habituales de reacción” (Freud, 1989: 240).

La compulsión a la síntesis aquí se presenta bajo el modo de otorgar un sentido a los modos estereotipados de reacción, al servicio de una unidad yoica que se define como imposible, y como argumento ante la paradójica satisfacción que obtiene mediante las resistencias. Resistencias que se presentaron en otros momentos de la obra freudiana con los nombres de viscosidad de la libido, inercia psíquica: “[...] la hemos designado, de manera quizá no del todo correcta ‘resistencia del ello’” (Freud, 1989: 243). Resistencia que implica la formulación del masoquismo femenino y la segunda fase del fantasma “Pegan a un niño”, como lo veremos en los próximos puntos de este capítulo.

Freud, tomando como argumento lo que sería una psicoprofilaxis, formula la cuestión de si sería pensable una anticipación de los conflictos posteriores a un análisis y se pregunta si esto es posible.

Nos brinda tres respuestas:

1. Acrecentar el saber sobre los conflictos aún latentes es infructuoso y está condenado al fracaso.
2. Intervenir sobre la vida misma del paciente viola la regla de abstinencia.
3. “La producción artificial de conflictos nuevos dentro de la transferencia.” Esta tercera alternativa tiene dos respuestas. La primera es que el analista no puede “despertar todos los conflictos pulsionales posibles del

paciente” (Freud, 1989: 235). La segunda respuesta es que el dispositivo analítico mismo y la regla de abstinencia implican un modo de despertar esos conflictos pulsionales latentes.

En cuanto a esta segunda respuesta podemos pensar con Freud que la transferencia como resistencia –efecto del dispositivo analítico– y la no respuesta a los subrogados demandados por el paciente, afectan la economía libidinal y hacen emerger los conflictos pulsionales latentes. La no respuesta que implica la regla de abstinencia opera sobre la modalidad de satisfacción pulsional, más allá de las interpretaciones.

Pero algo resiste más allá de las resistencias estructurales del ello y del superyó (ambas nombran una modalidad de ligadura pulsional). Más allá de ellas, se sostiene la inclinación al conflicto “[...] que aparece de manera independiente, difícilmente se la pueda reducir a otra cosa que a la injerencia de un fragmento de agresión libre” (Freud, 1989: 246).

Querer forzar la ligadura de ese “fragmento de agresión libre” al servicio de un ideal terapéutico tiene serias consecuencias, como veremos en el capítulo 3 “El superyó y la reacción terapéutica negativa”, de la Parte III de la tesis. Respecto a esta cuestión, Freud dice en “El malestar en la cultura” (1929-1930):

“Normalmente no tenemos más certeza que el sentimiento de nuestro sí-mismo, de nuestro yo propio. Este yo nos aparece autónomo, unitario, bien deslindado de todo lo otro. Que esta apariencia es un engaño, que el yo más bien se continúa hacia adentro, sin frontera tajante, en un ser anímico inconsciente que designamos ‘ello’ y al que sirve, por así decir, como fachada” (Freud, 1989: 66-67).

6. Un acercamiento a la psicología del yo

Hugo Levin, en su escrito “El concepto, entre la teoría y la clínica” (2007), texto ya citado, formula que el “yo” que había estado en el centro de la ciencia común y la filosofía es absolutamente descentrado por Freud. Toma en esta

perspectiva un párrafo de *El Seminario, Libro 2* de Jacques Lacan, que dice lo siguiente:

“Las nuevas perspectivas abiertas por Freud estaban destinadas a abolir las precedentes. Sin embargo, por mil flancos algo se produjo en el manejo de los términos teóricos, y reapareció una noción del yo absolutamente distinta de la que implica el equilibrio del conjunto de la teoría de Freud, y que, por el contrario, tiende a la reabsorción, como se dice además con toda claridad, del saber analítico en la psicología general, que en este caso significa psicología preanalítica. Y, al mismo tiempo, puesto que teoría y práctica no son separables, la relación analítica, la dirección de la práctica, vieron cambiar su orientación. La historia actual de la técnica psicoanalítica lo demuestra” (Lacan, 2007: 12).

Heinz Hartmann, en *Ensayos sobre la psicología del yo*, dice que Freud realiza a lo largo de su obra un estudio sistemático del “yo” con el objeto de convertir el psicoanálisis en una psicología general, y que los postulados freudianos anticipan y asientan las bases de los “nuevos desarrollos de la psicología del yo”. Considera que el gran giro de 1920 trata decididamente de la fundación de una psicología del yo: la teoría, la técnica y la clínica que de ellas se desprende implica colocar en el lugar dominante al yo y situar al psicoanálisis como una psicología general de nuevo cuño.

“Pero la psicología del yo, al investigar más estrechamente, no sólo las capacidades adaptativas del yo, sino también sus funciones sintéticas, integradoras, organizadoras, ha extendido la esfera en que puede algún día resultar posible reunir conceptualmente lo analítico con lo fisiológico, especialmente fisiológico cerebral” (Hartmann, 1978: 256).

Postula una esfera libre de conflictos del yo, como factor autónomo del desarrollo del yo. Este feliz desarrollo del yo va a implicar la fuerza del yo, fuerza que a partir de sus defensas y de su jerarquía estructural puede resistir los daños que lo amenazan.

En esta perspectiva Hartmann formula que en el último Freud podemos hallar las claves para sostener que tanto el yo como los impulsos instintivos

pueden poseer un núcleo hereditario. Se trata de una suerte de autonomía primaria, que a partir de la maduración del yo da cuenta del fundamento de sus relaciones con la realidad. Para Hartmann “el yo organiza y controla la movilidad y la percepción, la percepción del mundo exterior, pero probablemente también el sí mismo” (Hartmann, 1978: 246). Esto implica una lectura de los “vasallajes del yo” absolutamente invertida, y la alteración del yo, clausurada.

En Paul Federn con una perspectiva semejante (aunque no idéntica) (Federn, 1984), se profundiza esta orientación. El yo es una *Erlebens*, una vivencia subjetiva que él denomina *ego feeling* (sentimiento del yo). Se trata del sentimiento de que hay una unidad (en continuidad y causalidad). Implica una sensación omnipresente del yo, una cohesionada unidad del yo diferenciada y opuesta a la realidad externa.

E. Weiss, en el prólogo al libro de Paul Federn, *La psicología del yo y las psicosis* (Weiss, 1984), considera que Federn indica que el yo es sujeto y objeto a la vez, que se lo conoce con el pronombre “yo” en tanto sujeto y se lo llama “sí mismo” en tanto objeto. También afirma que si bien el yo es portador de la conciencia, el individuo es consciente de su propio yo, y que Federn caracteriza a esta circunstancia como una “paradoja única” que hace diferir al yo de todas las otras entidades existentes. La investidura yoica vivenciada como sentimiento del yo es lo que permite a los individuos funcionar en la vida de una manera integrada y coherente. El yo, así como constituye una unidad, se ocupa de preservar siempre su cohesión e integración. Para Federn, el ello freudiano es un territorio interior extraño respecto al yo. Según su punto de vista, si hay un debilitamiento de las fronteras del yo se pueden generar alucinaciones e ideas delirantes. Este debilitamiento de las fronteras implicaría una alteración del yo, aunque esto no sea formulado por Federn, ya que como dijimos el yo siempre se afana por preservar su unidad.

Hartmann y Federn, con sus diferencias, recogen la perspectiva del abordaje del yo que realiza Anna Freud en su célebre *El yo y los mecanismos de defensa*.

Recordemos que para Anna Freud el objeto del psicoanálisis siempre ha sido el “yo”, y así considera que el estudio mismo del ello estuvo al servicio de ese mismo objetivo. El análisis implica, según su punto de vista, eliminar todos los trastornos al servicio de reestablecer la integridad yoica: se reestablece la integridad-unidad haciendo consciente los contenidos inconscientes del yo.

¿Cuál es –según Anna Freud– la posición del yo frente a la labor analítica?

Da cuenta de tres posiciones:

1. El yo funciona como aliado del analista, en tanto ejerce la autoobservación.
2. El yo puede funcionar como adversario del analista, en tanto que la autoobservación puede falsificar y rechazar los derivados inconscientes.
3. El yo mismo se constituye en objeto del análisis, ya que los mecanismos de defensa son inconscientes, y se requiere un gran esfuerzo para hacerlos conscientes.

Debemos aclarar aquí que, para Anna Freud, el ello inconsciente puede ser interpretado y hacerse consciente. De este modo se reestablece la unidad yoica.

“Mas la represión no sólo es el mecanismo de mayor eficacia, sino también el más peligroso. *La disociación del yo*, producida por la sustracción a la conciencia de porciones totales de la vida afectiva e instintiva, es susceptible de destruir en forma definitiva la integridad personal” (Freud, A., 1979: 59).

7. Perspectiva lacaniana del yo

Como lo anticipamos en el inicio del punto anterior, J. Lacan toma una perspectiva absolutamente contraria a la formulada por la “Psicología del yo”.

En “La instancia de la letra en el inconsciente”, el yo implica las inercias imaginarias contra el mensaje del inconsciente, opera al servicio de cubrir el desplazamiento que es el suceso mismo, y como resistencia al discurso.

Ésta es la perspectiva de lo que en *El Seminario, Libro I, Los escritos técnicos de Freud* se despliega en la sección “La tópica de lo imaginario”: la resistencia imaginaria en el eje a - a’ da cuenta del yo como lugar de desconocimiento. Dice: “El ego es una función imaginaria que no se confunde con el sujeto. ¿A qué llamamos un sujeto? Precisamente a lo que, en el desarrollo de la objetivación, está fuera del objeto” (Lacan, 1975: 287).

La construcción del esquema simplificado de los dos espejos (esquema del florero) ubica la perspectiva de la institución del yo en correspondencia con la articulación freudiana de “Introducción del narcisismo” (1914) y el capítulo VII de “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921).

En *El Seminario, Libro 1*, Lacan dice explícitamente:

“Por el contrario, desde otro ángulo, todo el progreso de esta psicología del yo puede resumirse en los siguientes términos: el yo está estructurado exactamente como un síntoma. No es más que un síntoma privilegiado en el interior del sujeto. Es el síntoma humano por excelencia. La enfermedad mental del hombre” (Lacan, 1975: 31-32).

El yo no está centrado en el sistema percepción-conciencia, ni organizado por el llamado “principio de realidad”.

“[...] el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación, y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán de una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad [...]” (Lacan, 1971: 15).

Lacan va a llegar a decir en “La cosa freudiana...” que en la “Psicología del yo” se ha hecho del yo un fetiche (es nombrado como autónomo, como una síntesis, etc.), y a partir de esto se quiere hacer regresar el psicoanálisis a la psicología general. En “Subversión del sujeto...” va a nombrar la orientación de la “Psicología del yo” como un éxito adaptativo, índice de abdicación mental y signo de envejecimiento, y finalmente concepción del yo autónomo al servicio del *American way of life*. Retomaremos en el próximo punto el estatuto del yo en el grafo del deseo.

Podemos ver una representación metafórica de la inversión estructural —demostrada en el yo como la realidad psíquica del individuo—, si observamos en el espejo que la imagen está invertida.

Ya tempranamente la perspectiva de Lacan es revelar cómo la imagen despedazada, invertida, cortada, armada del modo más excéntrico, como se revela en los sueños, habla del estatuto profundamente alterado del yo.

Los mecanismos de defensa que desplegó Anna Freud, como funciones del yo que se forman en la psique, son los mismos que hallamos en la economía de todos los síntomas obsesivos. Por otra parte se revela la resistencia esencial del yo para acomodarse a todas las variaciones del deseo, sin lograrlo.

A la altura del texto recién mencionado, Lacan llega a formular que la esencia misma de la angustia está vinculada a los efectos del anhelo de autodomínio soportado en la ilusión de unidad.

En esta misma línea, Hugo Levin en el *Seminario de lectura de "El yo en la teoría de Freud..."* (Levin, 2007), tomando como referencia el texto de Freud "La escisión del yo en el proceso defensivo" (1940 [1938]), va a afirmar que la tendencia a la idea de un yo unificado, más allá de implicar un retorno a la equivalencia yo = conciencia, es una operación que desmiente (*Verleugung*) la castración.

Esta perspectiva que Levin denuncia asemeja el sujeto al individuo y es el soporte donde se asienta la concepción del psicoanálisis como una relación de individuo a individuo. De este modo, están al alcance de la persona del analista todos los fenómenos de la transferencia.

8. El triple estatuto de la alteración

Podemos, en principio, ubicar en la obra de Freud tres grandes concepciones del yo:

1. Masa de representaciones.
2. Narcisismo.
3. El yo de la segunda tópica, cuyo núcleo es el ello.

En *Construcción de los conceptos freudianos*, Juan Carlos Cosentino plantea que en la Conferencia "La terapia analítica" ("Conferencias de introducción al psicoanálisis"):

"El cambio decisivo en un análisis consiste en la eliminación del circuito de la represión (que la libido no se sustraiga al yo y no retorne al inconsciente) y lleva a una modificación del yo" (Cosentino, 1994: 266).

En el capítulo 20 del texto citado, Cosentino dice que Freud da cuenta de que es imposible eliminar el inconsciente, pero revisar el circuito de la

represión en un análisis introduce un cambio fundamental si, a la par en que se hace evidente el fracaso de la síntesis, se infunde la firme convicción en la existencia del inconsciente. Marca entonces el pasaje del efecto terapéutico en la "Conferencia 28" a la dimensión analítica en "Análisis terminable e interminable" (1937).

A la altura de la segunda tópica, no se trata de rellenar las lagunas del recuerdo, sino de ubicar el orden de razones de las lagunas. Esta concepción implica el abordaje de la resistencia al levantamiento de las resistencias. Al dar cuenta de las resistencias, y recuperando la conexión transferencia-resistencia de los trabajos de técnica psicoanalítica, Cosentino afirma:

"En dicho momento en que se interrumpen las asociaciones [resistencia] despuntará un material silencioso, pues allí no hay representación alguna: el de la fijación –la creación de un lazo particularmente íntimo entre la pulsión y su objeto– testimonio de la irreversible pérdida de objeto, del que dicha fijación constituye el borde, el del fantasma que viene a nombrar, allí donde se oponen palabra y sexualidad, el 'objeto' del trauma" (Cosentino, 1994: 270-271).

Precisamente en el texto "Pegan a un niño" (Freud 1919), la frase gramatical es testimonio de un sujeto ausente "que padece la acción del verbo". Vale decir, la frase, como el objeto borde de la pulsión, va al lugar del objeto perdido y anula al sujeto. Este ordenamiento da cuenta de un resto a la cadena inconsciente, que Freud llama "obstáculo externo" en "Psicoterapia de la histeria".

Por otra parte, respecto a la cuestión de la convicción en la existencia del inconsciente, Jacques Alain Miller afirma: "Lo que Freud llama la convicción en la existencia del inconsciente es haber constatado de forma repetitiva la división subjetiva" (Miller, 1995: 156-157). No es un acto de fe. "Sería, antes bien una convicción en sí misma inconsciente" (Miller, 1995: 157).

A su vez, la *Ichveränderung* (alteración del yo) puede ser abordada desde el grafo de "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", tal como lo realiza Diana Rabinovich en *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*. El desmontaje que esta autora produce permite anticipar los desarrollos de las conclusiones del presente trabajo. Se trata tanto del yo como respuesta al interrogante del deseo del Otro, como del lugar del fantasma en la estructura misma del yo. Es la relación del objeto

petit a con el yo lo que va a dar cuenta de un lugar de resistencia más allá de la dimensión imaginaria. El objeto *a* como plus de goce, por su dimensión fantasmática en el núcleo mismo del yo, implica de un modo particular el abordaje analítico mismo, ya que afecta un punto de real más allá de constituir un atentado al narcisismo.

Dice Rabinovich:

“[...] es indispensable introducir en la reflexión psicoanalítica sobre el yo el problema de lo real y su articulación con el fantasma, y plantearnos el problema de cómo se vinculan fantasma y yo, cómo el axioma fantasmático puede también regular las posiciones del yo [...] de este modo el *i* (*a*), el *I* (*A*), el (*a*) son distintas formas en que la teoría del yo se va construyendo en Lacan” (Rabinovich, 1983: 88-89).

Debemos destacar aquí el aporte de María Inés Rosales Manfredi, en su escrito “Transferencia de goce del objeto *a* al yo”, donde va a revelar que así sea en la vertiente imaginaria, en la simbólica identificado a un rasgo unario del Ideal del yo, y desde la dimensión real que le aporta el fantasma, se crea una ilusión de síntesis: “En cada uno de estos tres registros el yo aparece gozando de su síntesis, de su unidad, de su consistencia” (Rosales Manfredi, 1995: 31).

En esta perspectiva la conexión freudiana resistencia-transferencia implica una transferencia de goce desde la consistencia del *a* en el fantasma al yo, para producirse como amable, deseable, gozable para el analista.

Si el lugar del Otro está marcado por la inconsistencia lógica, y el *petit a* tiene consistencia lógica, la erección del gran Otro tiene que ver con una transferencia de consistencia del *petit a* al Otro.

Es en esta línea por donde podemos tomar la referencia que Gilles Chatenay en su escrito “Topología” apelando a la elaboración de Lacan en *El Seminario, Libro 16, De un Otro al otro*, va a decir: “El objeto *a* [...] se enforma del Otro, da su forma al Otro. El Otro tiene la estructura topológica que le confieren los bordes del objeto *a* –el Otro como lugar, como espacio, diríamos aquí, y el Otro como campo, campo del significante” (Chatenay, 2008: 278). Esto es posible justamente porque definimos al *petit a* como “éxtimo” al Otro.

Éste es el soporte conceptual que le permite a Rosales Manfredi plantear que tanto en Freud como en Lacan y en los posfreudianos el yo se presente como una supuesta unidad y garantía de consistencia.

En esta perspectiva se puede situar que allí donde el sujeto está desamparado ante el Otro, se defiende del enigma del deseo del Otro con su yo. En el grafo,

“[...] el yo está del lado de las respuestas, del lado de los significados producidos, justo debajo del $s(A)$, significado del Otro, y está en la misma línea que la fórmula del fantasma, que se ubica homológicamente debajo del significante del Otro tachado” (Rabinovich, 1983: 82).

Fantasma y yo tienen equivalencias (no identidad) de posiciones, y debemos dejar anotado como dato fundamental que entre uno y otro se ubica la angustia.

Por este motivo en la afectación narcisista hay algo que va más allá de lo imaginario, en tanto que lo que queda afectado más allá de esa dimensión es la pérdida de goce por descolocación del a .

En el trabajo mencionado, Diana Rabinovich se pregunta si es admisible plantearse modificar ese núcleo: pregunta ética, en la medida que en el yo hallamos ese núcleo real, que resiste a la interpretación.

Por lo tanto, podemos afirmar que si la alteración es un efecto en el interior del yo que tiene el defender, ese defender no puede ser otra cosa que la manifestación fantasmática en el núcleo del yo.

En 1967, en la Conferencia llamada "Discurso a la Escuela Freudiana de París", Lacan dice:

“Así funciona el $i(a)$ con el que se imaginan el yo y su narcisismo al hacer de hábito a ese objeto a que hace la miseria del sujeto. Esto porque el a causa del deseo, por estar a la merced del Otro, angustia pues en ocasiones se disfraza contrafóticamente con la autonomía del yo, como lo hace el cangrejo con cualquier caparazón” (Lacan, inédito).

En esta perspectiva, en “Sobre una inconsistencia”, Oscar Masotta se pregunta justamente cómo es posible hablar de un “yo hegemónico” a partir del texto “El yo y el ello”. Incluso llega a afirmar que ese texto sugiere “la necesidad de la topología lacaniana” (Masotta, 1984: 267).

Una de las cuestiones que Masotta deconstruye es lo visto y lo oído en la construcción tópica que Freud construye.

“La idea del resto verbal —y este punto merece destacarse— supone una escisión entre lo visto y lo oído: no cuentan en la determinación del resto los componentes visuales de la representación visual. La palabra es, pues —afirma Freud—, el resto mnémico de la palabra oída” (Masotta, 1984: 269).

Pero Freud, luego de despejar el oído de la vista (los restos visuales y auditivos) vía la mirada, va a introducir el cuerpo, en tanto que el yo es cuerpo —en términos freudianos— la proyección de una superficie.

Pero hemos mencionado al inicio de este capítulo que si es la experiencia de dolor lo que marca las vías para la aprehensión del cuerpo, la dimensión imaginaria está soportada en un más allá del principio de placer como acontecimiento del cuerpo.

Por lo tanto, la alteración del yo nombra tres cuestiones: el sujeto, el estatuto del objeto *a* en la estructura del yo (en la elaboración de Lacan) y un efecto del análisis.

CAPÍTULO 2

EL ELLO Y LOS MECANISMOS DE DEFENSA

1. Sobre un encuentro

Este capítulo nos ubica en el eje central de lo que aquí desarrollamos.

La referencia al ello da cuenta del marco conceptual en donde se ubica la investigación: la segunda tópica.

La resistencia del ello es una de las llamadas resistencias estructurales. La otra es la del superyó. Éstas son resistencias a la finalización de los análisis.

Por su parte los mecanismos de defensa nombran, a la altura de “Análisis terminable e interminable” (1937), algo inédito. Hasta ese momento “defensa” y “resistencia” corrían por carriles separados.

Ya muy tempranamente la defensa servía para huir del displacer, y por su parte la resistencia era un modo de perpetuar ese displacer.

En “Análisis terminable e interminable” se produce un “encuentro”: los mecanismos de defensa sirven para huir del displacer y al mismo tiempo esta huida constituye una paradójica satisfacción.

Recordemos que para Freud los “saldos lamentables” de ciertos análisis implican precisamente los mecanismos mencionados. Son mecanismos que se presentan como una respuesta estereotipada del núcleo inconsciente del yo, el ello.

Por este motivo abordaremos esta cuestión articuladamente.

Previamente, se dará cuenta, no de un modo exhaustivo (ya que no es el eje de esta elaboración), del desarrollo de los mecanismos de defensa en el posfreudismo y de la construcción conceptual del ello freudiano.

2. La saga de Anna Freud

Anna Freud, en su célebre texto *El yo y los mecanismos de defensa*, los presenta con relación a las neuropsicosis de defensa, y el sesgo que va a tomar su elaboración es ubicando este concepto del modo en que lo va a situar Sigmund Freud en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926).

Recordemos aquí que el fundador del psicoanálisis había sustituido tempranamente el concepto de defensa por el de represión, luego en el texto de 1926 mencionado la represión pasa a constituirse como uno de los mecanismos de defensa, y el concepto de defensa pasa a nombrar y abarcar el conjunto.

La “represión” pasa a ser el mecanismo privilegiado del tipo clínico histeria, y aislamiento y anulación para la neurosis obsesiva.

Anna Freud reúne el conjunto de los llamados “métodos de defensa” a lo largo de la elaboración de Sigmund Freud del siguiente modo:

“A los nueve métodos de defensa, bien conocidos y extensamente descritos en la teoría y en la práctica: represión, regresión, formación reactiva, aislamiento, anulación, proyección, vuelta contra sí mismo, transformación en lo contrario; podemos agregar un décimo, más propio del estado normal que de las neurosis: la sublimación o desplazamiento instintivo” (Freud, A., 1979: 53).

Podemos observar que los métodos enumerados son de diverso nivel conceptual, y a su vez no se destaca el carácter compulsivo de los mecanismos de defensa como manifestación de la resistencia del ello.

Pero, sin embargo, y con total justicia, debemos dejar despejado que no desconocía la relación de la fijación de un método de defensa con la pervivencia de un síntoma.

“El ininterrumpido flujo de las asociaciones libres esclarece los contenidos del ello, el suceder de una resistencia dilucida los mecanismos de defensa del yo” (Freud, A., 1979: 31).

Ciertamente debemos decir que las asociaciones libres “esclarecen” el inconsciente dinámico, el inconsciente igual a lo reprimido, porque respecto al inconsciente libidinal, el ello, le será necesario a Sigmund Freud dar cuenta de los conceptos de elaboración y luego de construcción.

Por otra parte, como se puede observar, se utilizan los términos defensa y mecanismo de defensa de forma indistinta.

Propongo, a fin de mayor claridad, llamar “defensa” a la utilizada en las neuropsicosis de defensa de 1894-1896 y a la que formula en el Apéndice del texto “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), como aquella defensa anterior a todo aparato psíquico; llamar “método de defensa” al que da cuenta del tipo clínico; y llamar “mecanismo de defensa” al formulado en “Análisis terminable e interminable” (1937).

La primera acepción revela la constitución del aparato psíquico, la segunda de lo propio del campo de las neurosis y la tercera de la conjunción inédita de defensa y resistencia.

Como mencionamos anteriormente, para Anna Freud:

“Los síntomas neuróticos aparecen como modos de fijación de mecanismos defensivos [...] El papel del yo en la formación de aquellos compromisos denominados síntomas, consiste en el uso invariable o fijación de un especial método de defensa, erigido contra una particular exigencia instintiva, que se repite exactamente con el retorno estereotipado de la misma exigencia” (Freud, A., 1979: 43).

Una elaboración precisa de los conceptos de represión y defensa la realiza Meter Madison en su texto *La represión de Freud. Su lenguaje teórico y observacional*.

El objetivo explícito de este autor es “probar que Freud nunca pudo mantener la distinción que propuso en 1926, según la cual la ‘represión’ está subordinada a la ‘defensa’, ni siquiera en la misma obra que lo anunció” (Madison, 2001: 28).

“Represión” primeramente se presenta como olvido, refiriéndose a la amnesia histérica. Luego como símbolo de defensa, en la llamada “histeria de defensa”. Ya en 1894, junto con la defensa igual a represión, se van a presentar: la conversión, la proyección y la sustitución.

“Freud no explica por qué abandonó el concepto de defensa, de su terminología, como tampoco antes había dicho nada sobre el uso de ‘represión’ y ‘defensa’ como sinónimos” (Madison, 2001: 33).

Para Madison, Freud da cuenta en “Inhibición, síntoma y angustia” de que al inicio el estudio sobre la histeria hizo que el concepto de represión fuera prevalente, y que luego el análisis de las neurosis obsesivas permitió despejar los mecanismos de aislamiento y anulación.

La “formación reactiva” da cuenta de una “solución” de la denominada ambivalencia hacia el objeto.

La “transformación” tiene como referentes clínicos al “Hombre de los lobos” y el caso “Juanito”.

Pero el modo en que este psicoanalista los aborda, da cuenta de la “vuelta contra sí mismo”, más que de la transformación en lo contrario.

La “anulación retroactiva” nombra los mecanismos de “borrar lo sucedido” y el “aislamiento”.

“Freud no sólo llama específicamente a cada una de estas defensas una forma de ‘represión’, sino que en la misma obra ‘Inhibición, síntoma y angustia’, continúa usando ‘represión’ y ‘defensa’ como sinónimos generales de dichas defensas” (Madison, 2001: 41).

Madison al abordar esta problemática ya en 1937 nos va a recordar que Freud en “Análisis terminable e interminable” dice: “Todas las represiones acontecen en la primera infancia; son unas medidas de defensa primitivas del yo inmaduro, endebles” (Freud, 1989: 230).

En el “Compendio de psicoanálisis” (1938-1940), se equiparan nuevamente los dos términos.

La respuesta que finalmente nos brinda Madison es la siguiente:

“Ambos términos se orientan a la protección del yo, por medio de alteraciones de lo consciente, como su principal referencia. Probablemente

fue este significado completamente coincidente lo que llevó a Freud a abandonar el término de ‘defensa’ durante varias décadas. ”En conclusión: represión y defensa constituyen un único concepto, en los escritos de Freud, excepto en breves períodos, un concepto de represión que sea distinto del concepto de defensa” (Madison, 2001: 49).

Pero en verdad arroja más luz sobre la cuestión el hecho de que “represión” es solidario del inconsciente dinámico y “defensa” atañe a la dimensión pulsional.

Posee un relieve especial el modo de abordaje de esta problemática realizado por Betty Joseph, en la perspectiva de la escuela inglesa. Sus referencias son Melanie Klein y especialmente Susan Isaacs.

Joseph conecta mecanismo de defensa con fantasía: “Además la mecánica de los mecanismos de defensa y su contenido emocional son parte y parcela de la fantasía” (Joseph, 1993: 163).

La articulación fantasía-mecanismos de defensa nombra a estos últimos como el soporte del equilibrio psíquico de un sujeto.

Esta autora plantea que los sujetos que buscan un análisis lo hacen guiados por reestablecer un equilibrio defensivo que “se está resquebrajando” (Joseph, 1993: 162).

En la misma orientación de la escuela inglesa, Juan Coderech se va a referir a que el estudio de los mecanismos de defensa da cuenta de que curiosamente lo que se expresa en las compulsiones y obsesiones no son los impulsos sádico-anales sino la defensa frente a éstos. En su texto *Psiquiatría dinámica* afirma:

“Aquellos síntomas obsesivos que en un principio expresaban la defensa contra el impulso, van siendo infiltrados progresivamente por éste, de manera que al cabo de cierto tiempo se ha producido lo que desde Freud se conoce con la denominación de ‘retorno de lo reprimido’, proceso a través del cual el síntoma obsesivo se transforma en la expresión y descarga de la misma tendencia primeramente rechazada” (Coderech, 1991: 179).

Debemos despejar aquí dos cuestiones. La primera es que, si bien coincidimos con Joseph respecto a la conexión fantasía-mecanismos de defensa y la cuestión del equilibrio, nos interesa señalar que la labor del analista

desde nuestro punto de vista no implica restablecer un equilibrio sino, por el contrario, la “desregulación de la satisfacción pulsional” implica que ese desequilibrio es el motor mismo del análisis. Más aún, el sostenimiento de ese equilibrio se opone a la conclusión del análisis y a que sobrevenga la *aptitud de analista*.

Por otra parte, coincidimos con Coderech respecto a la expresión de los mecanismos de defensa en lo compulsivo del síntoma, y en la “infiltración” que se produce (siguiendo el modelo de la infiltración del yo por el trauma, en la primera época de la elaboración freudiana). Pero marcamos nuestra diferencia respecto a que esa “infiltración” no implica el “retorno de lo reprimido”, sino del retorno de esos “fragmentos penosos” por fuera del circuito represión-retorno de lo reprimido del texto “Recordar, repetir, reelaborar” (1914).

Tomando como referencia la primera época de Freud, ésta no implica la línea del éxito de la defensa sino su fracaso; Freud da cuenta de la resistencia y de lo compulsivo en ésta.

Nombrar a estos autores, situando nuestros acuerdos y diferencias, nos permite dar una idea de la importancia epistémica y clínica de la cuestión de los mecanismos de defensa. Dejamos sentado también que escasean en los autores psicoanalíticos las referencias del abordaje de este concepto y a la culminación del análisis, y mucho menos referencias aún hay para la problemática del advenimiento de un nuevo analista y estos mecanismos.

3. Un defender compulsivo

En el capítulo V de “Análisis terminable e interminable” de 1937, Sigmund Freud introduce la cuestión de los mecanismos de defensa que funcionaban paradójicamente como resistencia. El defender se torna una modalidad de satisfacción difícil de remover.

Lo presenta en relación con las tareas del yo respecto a la realidad, el ello y el superyó, tal como lo había descrito en el capítulo “Los vasallajes del yo” del texto “El yo y el ello” (1923). Allí plantea que la tarea defensiva respecto a la trilogía de peligros sumerge al yo en una posición de triple sumisión, como ya lo desarrollaremos.

Dice Freud:

“El yo se vale de diversos procedimientos para cumplir su tarea, que, dicho en términos generales, consiste en evitar el peligro, la angustia, el displacer. Llamamos ‘mecanismos de defensa’ a estos procedimientos” (Freud, 1989: 238).

Este defender tiene un carácter compulsivo, al punto que si la percepción de la realidad objetiva trae displacer, ella, o sea, la percepción tiene que ser sacrificada.

La resonancia de esta argumentación se dirige claramente respecto a lo abordado en el capítulo “La alteración del yo” de esta investigación.

“Los mecanismos de defensa sirven al propósito de apartar peligros. Es incuestionable que lo consiguen; es dudoso que el yo, durante su desarrollo, pueda renunciar por completo a ellos, pero es también seguro que ellos mismos pueden convertirse en peligros” (Freud, 1989: 239).

En *La clínica y el lenguaje de las pasiones*, Germán García se va a referir a esta cuestión, señalando que aquí Freud introduce el tema de las pasiones. Según su perspectiva, “carácter” equivaldrá a defensa. Los modos regulares de los mecanismos de defensa y las reacciones de carácter son articuladas. Además agrega:

“Jacques Lacan transforma los mecanismos de defensa en figuras retóricas y por ahí nos acercamos a la idea de que a las pasiones hay que situarlas entre la pulsión, la defensa, etc. Freud dice: ... *pero habremos interpretado sólo para nosotros, no para el analizado, mientras el yo se aferre al defender anterior, mientras no resigne las resistencias*” (García, 1999: 29).

El párrafo que García recorta de Freud es fundamental, ya que en el mismo se da cuenta de la articulación defensa-resistencia. Respecto a la cuestión del carácter, en el mismo texto llega a formular que el final de análisis pensado como identificación al síntoma implica cierta rectificación del carácter.

Pero ya podemos consignar que Freud dice:

“[...] pero éstos [los mecanismos de defensa] se fijan en el interior del yo, devienen unos modos regulares de reacción del carácter, que

durante toda la vida se repiten tan pronto como retorna una situación parecida a la originaria” (Freud, 1989: 239-240).

Diana Rabinovich en “El carácter en la obra freudiana. Algunas conclusiones clínicas” afirma que:

“Se esboza pues una relación peculiar entre la estructura del yo como carácter, la formación reactiva como reemplazo (los diques de la moralidad) de la pulsión y el fantasma inconsciente, que sitúa al carácter en una fijación diferente a la del síntoma o la sublimación. Formación sustitutiva que afecta al yo, satisfacción autoerótica alejada del cuerpo que empero remite a él, el reemplazo parece alojarse en el paso de la dimensión del fuera del cuerpo de las zonas erógenas autoeróticas a la intimidad del fantasma, a esa dimensión en la que el sujeto es objeto de [...]

“¿Puede acaso el dique caracterológico que es la moralidad no ser más que el reemplazo de una pulsión cautiva del fantasma, y el yo (diferenciación del ello a partir de 1923) ser entendido como otra cosa que una diferenciación perceptual? Las formulaciones posteriores de Freud, como se verá, parecen avalar precisamente estas hipótesis, al insistir en la heterogeneidad radical entre las estructuras neuróticas y toda construcción de tipos libidinales o caracterológicos. La tipificación se bifurca en una disyunción excluyente” (Rabinovich, inédito).

Rabinovich toma un artículo de 1931 dedicado a los tipos libidinales definidos como constelaciones de la libido y realiza la siguiente aclaración: “Para todos ellos [los tipos libidinales] tiene que ser válida la exigencia de que no coincidan con cuadros clínicos...” (Rabinovich, inédito). Finalizando el artículo de este modo: “Su génesis no arroja ninguna nueva luz acerca de la génesis de las neurosis” (Rabinovich, inédito). Por lo tanto, lo que aquí se hace evidente es que la disyunción entre neurosis y carácter es señalada por el mismo Freud. Incluso, como lo demuestra el último artículo citado, es necesario pensar una tipificación de las constelaciones libidinales cuyas coordenadas sean ajenas a las de la tipificación del síntoma y de las estructuras clínicas.

Siguiendo a Rabinovich esto nos lleva a formular una nueva pregunta: ¿es posible formular una tipificación del carácter?, y en caso de que la respuesta

sea afirmativa, ¿cuáles serían las coordenadas de dicha tipificación, su matriz estructural? (Rabinovich, inédito).

El punto central que nos ocupa respecto a los mecanismos de defensa es su accionar dentro del análisis mismo, por lo tanto, el valor que tienen como resistencias a la curación. Dejamos aquí señalada una continuidad del trabajo en la perspectiva de los mecanismos de defensa - carácter - *aptitud de analista*.

“Lo esencial respecto de esto es que el analizado repite tales modos de reacción aun durante el trabajo analítico, los muestra a nuestros ojos, por así decir; en verdad, sólo por esa vía tomamos noticia de ellos [...] Y el hecho decisivo es que los mecanismos de defensa frente a antiguos peligros retornan en la cura como resistencias al restablecimiento. Se desemboca en esto: que la curación misma es tratada por el yo como un peligro nuevo” (Freud, 1989: 240).

¿Por qué razón la cura es tratada como un peligro? ¿Cuál es el peligro? Además, estos mecanismos implican una satisfacción dentro de la cura misma.

Freud venía desarrollando como peligro la cuestión de una percepción. Como sabemos, la percepción peligrosa que daba como resultado la escisión del yo era la percepción de la castración. Pero además el sacrificio de la verdad; implicaba conservar un modo de satisfacción.

Los mecanismos de defensa se sostienen en una fijación en el núcleo del yo, en el ello.

Se presentó como resistencia y viscosidad de la libido en los “Escritos técnicos”; como sede de la compulsión del inconsciente en el núcleo del yo, en “Más allá del principio de placer” (1920). Aclaramos, como inconsciente no reprimido.

Se trata de la manifestación de “[...] la resistencia del ello: una cierta inercia psíquica, una suerte de entropía psíquica, una cierta pesantez en el movimiento de la libido, que no quiere abandonar sus fijaciones” (Cosentino, 1993: 284).

Se trata, en la pluma de Freud, de la manifestación de una resistencia a la puesta en descubrimiento de las resistencias.

En el mismo desarrollo, Freud va a dar cuenta de la otra gran manifestación de la resistencia a la puesta en descubierto de las resistencias bajo la

fórmula: “El analista es ahora sólo un hombre extraño que le dirige al paciente desagradables propuestas” (Freud, 1989: 241).

Se trata aquí del analista como superyó, como manifestación de la “reacción terapéutica negativa”.

A su vez, el efecto en el yo que va a producir esta modalidad defensiva es la alteración del yo. Freud circunscribe perfectamente esta problemática: un “yo normal”, no “alterado”, es algo absolutamente ficticio.

Por lo tanto, ¿cuál es la relación entre este yo alterado, producto de los mecanismos de defensa, y la alteración del yo efecto del análisis?

Los mecanismos de defensa sirven al propósito de apartar peligros. El peligro, a partir del texto “Inhibición, síntoma y angustia”, es la castración en el otro materno. La angustia de castración es el motor de la defensa y el referente del síntoma.

“Los mecanismos de defensa que sirven al propósito de apartar los peligros, también pueden, ellos mismos, convertirse en peligros. Hay una paradoja: el precio que el yo ha pagado es demasiado alto por los servicios que estos mecanismos de defensa le prestan, puesto que estos mecanismos de defensa se *fijan* en el interior del yo –el de la segunda tópica– y alteran la estructura del yo. Se escinde dicho yo, y ese núcleo exterior-interior, lógicamente anterior al espacio del narcisismo, vale como fijación de la pulsión a su objeto de borde, vale decir, como fantasma, que resiste –como señalamos– por ser un resto que no retorna” (Cosentino, 1993: 284).

Estas fijaciones son aquellas ya formalizadas por Freud en el texto “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), respecto al impedimento para sostener el acto analítico. Las fijaciones de los complejos neuróticos del analista implicaban una caída de la regla de abstinencia.

Este “objeto de borde, vale decir como fantasma” formulado en la cita anterior da cuenta –tal como lo desarrollamos en el capítulo 1, “La tarea del analista y la fijación” de la Parte II de la tesis, a partir de lo elaborado por Rabinovich– de que:

“Es indispensable introducir en la reflexión psicoanalítica sobre el yo el problema de lo real y su articulación con el fantasma, plantearnos el problema de cómo se vinculan fantasma y yo, cómo el

axioma fantasmático puede también regular las posiciones del yo” (Rabinovich, 1983: 89).

Efectivamente los mecanismos de defensa, como respuesta estereotipada por fijación en el núcleo del yo (el ello), dan cuenta de la relación de la gramática del ello, con el masoquismo femenino y lo monocorde del axioma fantasmático.

Debemos recordar aquí la solidaridad conceptual del masoquismo femenino y la segunda fase del fantasma “pegan a un niño”.

Esta segunda fase, construida por el análisis, implica tanto la culpabilidad como, por regresión a la fase sádico-anal, el ser amado por el padre, bajo la fórmula del hacerse golpear.

Freud en el capítulo VI de “Análisis terminable e interminable” se va a referir a:

“[...] un agotamiento de la plasticidad, de la capacidad para variar y para seguir desarrollándose, que de ordinario se espera. Sin duda que en el análisis estamos preparados para hallar cierto grado de inercia psíquica; cuando el trabajo analítico ha abierto caminos nuevos a la moción pulsional, se observa casi siempre que no se los emprende sin una nítida vacilación. A esta conducta la hemos designado, de manera quizá no del todo correcta, ‘resistencia del ello’” (Freud, 1983: 243).

Freud produce aquí un movimiento sorpresivo, audaz y riguroso. Mientras va precisando las coordenadas de la cuestión del final de análisis, y el valor del obstáculo que representan los mecanismos de defensa, produce una interrogación central respecto a la formación de los analistas.

Lo primero que va a formular es lo que llama “la peculiaridad del analista”, que puede dificultar el análisis tanto como las resistencias del paciente.

Seguidamente, va a colocar la cuestión de estos mecanismos en el centro de la problemática de la formación del analista.

Los mecanismos de defensa “les permiten [a los analistas] desviar de la persona propia ciertas consecuencias y exigencias del análisis, probablemente dirigiéndolas a otros” (Freud, 1983: 250).

Esto es, “la peculiaridad del analista” puede entorpecer el análisis tanto como las resistencias del analizado.

Este salto de la problemática de las resistencias estructurales (en este caso, la del ello) para la conclusión de la cura, hacia la cuestión de la formación del analista, es en verdad un nudo conceptual pocas veces avizorado. Y ese nudo está armado por la cuestión de los mecanismos de defensa.

Lo que Freud va a llamar *aptitud de analista* se juega en ese nudo conceptual.

4. Con Nietzsche

Tal como lo venimos formulando, los mecanismos de defensa, que articulan defensa y resistencia, implican una respuesta como un *no querer saber* respecto a la castración y además expresan un modo de satisfacción.

Si la resistencia del superyó se va a expresar en el proceso de la cura como reacción terapéutica negativa, la resistencia del ello lo hará vía los mecanismos de defensa.

Ya en 1920, en el texto del gran giro freudiano “Más allá del principio de placer”, Freud va a postular una enigmática tendencia masoquista del yo y un inconsciente no reprimido en el núcleo del yo, sede de la resistencia.

En “El yo y el ello” (1923), precisamente, antes de postular en su segunda tópica al ello como instancia, Freud se va a referir a restos anímicos acústicos y ópticos, en principio vinculados al sistema percepción-conciencia. Pero los restos visuales y auditivos dan cuenta de restos en la estructura psíquica, del encuentro con la escena primaria.

El encuentro con la llamada escena primaria tiene una dimensión traumática, ya que no es sin restos. Debemos recordar que con la introducción de la pulsión de muerte, y la concepción de que el aparato psíquico no está gobernado por el principio de placer sino por un “más allá”, se reordenan muchos conceptos anteriores. Uno de los fundamentales para nuestro trabajo es la reformulación que va a ubicar el masoquismo como primario. A su vez, lo que causa la repetición, la dimensión del eterno retorno ya anticipado en “Recordar, repetir, reelaborar”, hallará ahora su más acabada plasmación teórica.

Dice Freud:

“Me refiero a Georg Groddeck, quien insiste, una y otra vez, en que lo que llamamos nuestro ‘yo’ se comporta en la vida de manera

esencialmente pasiva, y –según su expresión– somos ‘vividros’ por poderes ignotos [*unbekannt*], ingobernables. Todos hemos recibido [engendrado] esas mismas impresiones, aunque no nos hayan avasallado hasta el punto de excluir todas las otras, y no nos arredrará indicarle a la intelección de Groddeck su lugar en la ensambladura de la ciencia. Propongo dar razón de ella llamando ‘yo’ a la esencia que parte del sistema P y que es primero preconsciente, y ‘ello’, en cambio, según el uso de Groddeck, a lo otro psíquico en que aquél se continúa y que se comporta como inconsciente” (Freud, 1983: 25).

En este punto es donde, en nota a pie de página, Freud hace honor a la relación de Groddeck con Nietzsche.

En el texto *Así habló Zaratustra*, en el punto de “Los despreciadores del cuerpo”, hallamos tanto una formulación de Nietzsche respecto al “sí-mismo”, como una nota al pie de página, donde los responsables de la edición ponen en relación la formulación del “sí-mismo” con la “voluntad” o “cosa en sí” de Schopenhauer y la anticipación del “es” o “ello freudiano”.

“Los sentidos y el espíritu, son instrumentos o juguetes. Tras ellos se oculta el sí-mismo. Ese sí-mismo mira también con los ojos de los sentidos, y oye con los oídos del espíritu.

”El sí-mismo siempre inquiere y escucha: coteja, reprime, conquista y destruye. Él domina y también sobre el yo.

”Hermano mío, detrás de tus ideas y sentimientos se oculta un poderoso señor, un sabio desconocido. Se llama sí-mismo. Reside en tu cuerpo, es tu cuerpo” (Nietzsche, 1984: 20).

Mónica Cragolini plantea en su trabajo “Ello piensa: la ‘otra’ razón, la del cuerpo” (Cragolini, 2005), citando a Nietzsche, que el ello también será un resto, como ya lo es el yo.

La autora plantea con precisión que la formulación del “es” (ello) nietzscheano, presentado en “Más allá del bien y del mal”, es una rigurosa crítica del “yo pienso cartesiano” y del “yo quiero de Schopenhauer”, ya que éstas implican un sujeto puro frente a un objeto puro.

Si en “Más allá del bien y del mal” se va a presentar como “ello”, en *Así habló Zaratustra* será el *selbst* (sí-mismo); y esto es lo que recogerá Freud ya en sus nuevas “Lecciones de Introducción al Psicoanálisis”.

Pero no sólo el “ello” descentra absolutamente el supuesto reinado del yo y lo llama error útil, sino que este “ello” *es cuerpo*.

“El ‘sí mismo’ de Nietzsche es precisamente aquello que más molesta al *Selbst* de la modernidad: el cuerpo” (Cragolini, 2005: 151).

Considero que en el segundo capítulo de “El yo y el ello”, Freud toma esa fundamental referencia que hace entrar el cuerpo como cuerpo gozante a partir del giro de 1920.

Recordemos que Freud produce dos grandes heridas al ideal moderno: el postulado del inconsciente y la pulsión de muerte, y en consecuencia el descentramiento del yo, y la satisfacción en el dolor propio y ajeno.

“También el dolor parece desempeñar un papel en esto, y el modo en que a raíz de enfermedades dolorosas uno adquiere nueva noticia de sus órganos es quizás arquetípico del modo en que uno llega en general a la representación de su cuerpo propio” (Freud, 1989: 27).

El descentramiento del yo permite la apertura de la falta de sentido ante el cual podemos enfrentarnos con lo que Nietzsche denomina “errores útiles” y que, con Lacan, llamamos “semblante”.

Nietzsche en la Tercera parte de *Así habló Zaratustra* va a conectar el “sí- mismo” con el “eterno retorno” del siguiente modo:

“Pasó ya el tiempo en que podía ir al encuentro de hechos casuales ¿Y qué podría sucederme todavía que no fuera ya algo mío? Lo único que hace es retornar, volver a casa, mi propio 'sí-mismo', y cuanto de él estuvo largo tiempo en tierra extraña, disperso entre cosas y acontecimientos casuales” (Nietzsche, 1984: 174).

En la nota 71, de la página 180, los responsables del establecimiento del texto afirman que la doctrina del “eterno retorno” tomada de la antigua Grecia es reformulada por Nietzsche con relación a la afirmación de la vida, y de cada uno de sus instantes, pero de un modo peculiar ya que se trata de una “afirmación a la vez dolorosa y gozosa [...] salva el dolor mismo con su quererlo así y para siempre” (Nietzsche, 1984: 180).

Mircea Eliade, en su texto *El mito del eterno retorno*, va a formular que distintas orientaciones revalorizan el “eterno retorno” rechazando el historicismo y la historia misma.

“Ante el peligro de que la historia podría destruir al género humano, se podrían prohibir los llamados acontecimientos históricos, y operar una reintegración de las sociedades humanas, en los arquetipos y su repetición. La humanidad podría, ante el peligro de ‘seguir haciendo la historia’, producir el que ‘se conforme con repetir los hechos arquetípicos’ prescritos y se fuerce por olvidar, como insignificante y peligroso, todo hecho espontáneo, que amenazara con tener consecuencias históricas” (Eliade, 1968: 147).

Para el psicoanálisis la repetición es el nombre de aquello que se fijó contingentemente y se tornó necesario, como una respuesta al encuentro con lo imposible.

El acto analítico implica poner en juego la dimensión de lo posible, que haga caer lo necesario, para que se pueda producir una nueva respuesta a lo imposible. Esto implica justamente abrir la dimensión de la contingencia.

Lo necesario aspira a la serie, rechaza la secuencia, adora el determinismo, reprime el consentimiento. Debemos destacar aquí que en su trabajo Mónica Cragnolini va a definir al “ultrahombre” de Nietzsche en relación con el “desasimiento”. “El “desasimiento” es la voluntad de no querer imponer la propia voluntad a lo que acontece, el amor al azar; la aceptación de la vida, en todos sus aspectos” (Cragnolini, 2005: 156).

Esta posición es más cercana al psicoanálisis. Pero debemos destacar que la formulación del “eterno retorno” en Nietzsche no es concordante con lo que plantea Eliade.

La compulsión de repetición es la resistencia, que se expresa también en la respuesta estereotipada de los mecanismos de defensa. “Es “cuerpo gozante” dando cuenta del lugar de la resistencia del ello.

Freud concluye el texto “El yo y el ello” con el siguiente párrafo:

“Podríamos figurarlo como si el ello estuviera bajo el imperio de las mudas pero poderosas pulsiones de muerte, que tienen reposo y querrían llamar a reposo a Eros, el perturbador de la paz, siguiendo las señas del principio de placer; no obstante nos preocupa que así subestimemos al papel de Eros” (Freud, 1989: 59).

Efectivamente, las resistencias del ello y del superyó implican ligadura pulsional. Dejaremos para el último capítulo la cuestión de lo no ligado.

5. El cuerpo

“Freud cree poder encontrar la pista de una tendencia altamente paradjica, que es la de repetir la experiencia del displacer: acaba de tropezar con lo real mismo de la *Todestrieb*” (Assoun, 2002: 86). Con la introducción de la pulsión de muerte, Freud va a reordenar la metapsicología. Lo que desde los primeros textos se presentaba como resistencia adquiere su nombre definitivo: “la compulsión de repetición”.

El masoquismo originario da cuenta de esa primer ligadura pulsional en la constitución del sujeto, y la regresión es leída como desvínculo pulsional. La distinción entre neurosis y psicosis se juega en una diferencia tópica. Para la primera, el conflicto se produce entre el yo y ello; para la segunda, entre el yo y la realidad.

La compulsión de repetición es ciega y se presenta en la transferencia como un querer actuar (*agieren wollen*) más allá del principio de placer. “Más aún: lo que se repite son ‘vivencias’ y ‘actitudes psíquicas’ (*seelische Erlebnisse, seelische Einstellungen*) así como las ‘reacciones de defensa’ (*Abwehrreaktionen*), lo que se refiere a los ‘destinos de su período de vida olvidada” (Assoun, 2007: 63).

A diferencia del *agieren*, el recordar supone no repetir en bloque: “Lo precioso es esa infidelidad” (Assoun, 2007: 65).

En términos del “debate-intersección” entre Freud y Nietzsche, es interesante en este punto poner en correlación lo que plantea Cragolini en su texto *Espectralidades del retorno. El giro de 1920* (Cragolini, 2004) con lo que aporta Laurent Assoun en *Freud y Nietzsche* (Assoun, 1984).

Para la primera, la repetición en Nietzsche no es en absoluto reproducción de la mismidad, sino diferencia; y el “eterno retorno” la concepción fundamental de *Así habló Zarathustra*” (Cragolini, 2004: 125). Además éste es algo que al filósofo alemán se le presentó como un verdadero acontecimiento. No se trata de la “eterna circularidad de lo mismo” (Cragolini, 2004: 130). La “mismidad” es propia de los animales y marca la decadencia misma, ya que no hay decisión ni corte: “La de-cisión corta con la cadena de la repetición, paradójicamente, repitiéndola: la repetición de lo mismo (el instante vivido) da lugar a lo diferente (el instante como querido). Paradoja de las paradojas: se afirma cuando se niega” (Cragolini, 2004: 132).

Podemos decir que la repetición como diferencia introduce un corte a partir de un consentimiento del sujeto. El “instante vivido”, diríamos contingente, cae como tal a partir de la elección hecha por el sujeto.

En Nietzsche, amando el acontecimiento cae la mismidad, ya que ese amor es una de-cisión.

Debemos recordar aquí que para Freud la repetición de lo semejante va a dar lugar a lo siniestro (*Unheimlich*).

Laurent-Assoun nos recuerda que la repetición pertenece a la categoría fundamental del retorno de lo mismo.

“La tragedia y la grandeza de este reto estriba en que implica solidariamente el amor a la vida y el *amor fati*” (Assoun, 1984: 245).

Si el inconsciente dinámico formulado por Freud se sostiene en la repetición como insistencia a hacerse escuchar, la introducción de la pulsión de muerte se articula como resistencia bajo la modalidad de la compulsión de repetición.

Por otra parte, el sí-mismo nietzscheano implica al cuerpo, más precisamente es el cuerpo, y tal como es posible leerlo en Nietzsche, es un cuerpo gozante.

Para Laurent-Assoun, el cuerpo es “una entidad que carece de estatuto en Freud” (Assoun, 1984: 165), afirmación con la que divergimos totalmente, ya que en Freud encontramos permanentemente, y mucho más claro aún a partir de 1920, el estatuto del cuerpo: como pulsión, como borde, como zona erógena, como conversión, como masoquismo, como objeto parcial, etcétera.

Este “sí-mismo”, como hemos dicho, es el antecedente del ello freudiano, mediado por Groddeck.

“Ese sí-mismo, aparece como el ello freudiano, vinculado con el cuerpo, con lo pulsional [...] de esa manera tanto el ‘ello’ de Groddeck, como el ‘sí-mismo’ de Nietzsche, como el ello de Freud, constituyen instancias no sólo necesarias sino merecedoras del más alto aprecio de los seres humanos” (Suppe, 2005: 74).

En la correspondencia de Freud y Groddeck, este último le escribe a Freud el 5 de junio de 1917 que considera que la distinción alma-cuerpo no tiene sustento más que nominal y que “el cuerpo y el alma constituyen una cosa común, que en ellos se encierra un ello, una fuerza por la que somos vividos mientras creemos que somos nosotros quienes vivimos” (Freud, Groddeck, 1977: 33).

En una carta de Freud a Groddeck, escrita en las navidades de 1922, el creador del psicoanálisis dice:

“¿Recuerda, por otra parte, cuán pronto adopté de Ud. el ello? Hace tiempo de esto, antes de haberlo conocido, en una de mis primeras cartas. En ella había incluido un esquema que ulteriormente se publicó con ligeras modificaciones.

”Pienso que Ud. ha adoptado el ello (en sentido literario no asociativo) de Nietzsche. ¿Puedo formularlo así en mi escrito?” (Freud, Groddeck, 1977: 89).

Groddeck escribe su famoso texto *El libro del ello*. El formato del texto es “como una serie de cartas informales dirigidas a una paciente” (Groddeck, 1968: 7).

En la misma perspectiva que Nietzsche, Groddeck descentra el “yo de la Modernidad” y su fastuosidad del ideal de la razón, ya que el ello es postulado como un lugar desconocido que orienta al sujeto en todo lo que dice y hace, “el ser humano es vivido por el ello” (Groddeck, 1968: 22).

Georg Groddeck se dedicaba a la psicósomática.

CAPÍTULO 3

EL SUPERYÓ Y LA REACCIÓN TERAPÉUTICA NEGATIVA

1. La necesidad de castigo

Ante la caída del analista ocupando el lugar del semblante, emerge en ocasiones la presencia del analista articulado al lugar del superyó. El síntoma se defiende —una resistencia a la curación— y el sujeto considera la cura como un nuevo peligro. En ese momento, el analista se presenta como un extraño. La resistencia al levantamiento de las resistencias se presenta en “Análisis terminable e interminable” (1937) como mecanismos de defensa y como reacción terapéutica negativa, con el lugar lógico de las resistencias estructurales (las del ello y el superyó).

Freud, en lo que podríamos llamar su última concepción psicopatológica “Moisés y la religión monoteísta” (1934-1938), “La analogía”, va a afirmar que “Los traumas son vivencias en el cuerpo propio o bien percepciones sensoriales de lo visto y oído, vale decir, vivencias o impresiones” (Freud, 1989: 72).

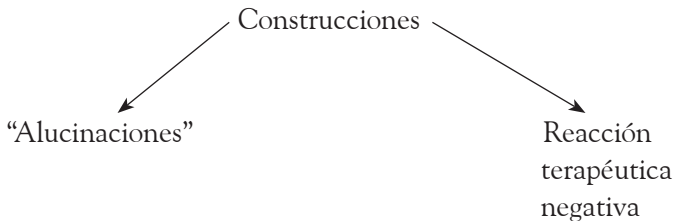
Esos traumas, restos visuales y auditivos de las escenas de goce articulan la meta interna de la pulsión de la “32ª Conferencia: Angustia y vida pulsional”

(1933-1932) en tanto sostienen la alteración del cuerpo sentida como satisfacción. Si utilizamos estas coordenadas para operar respecto del movimiento que se realiza en “Construcciones en psicoanálisis” (1937), podemos intentar acercarnos a ese “modo” de presencia que se incluye en “Análisis terminable e interminable” (1937).

Freud ubica claramente en “Construcciones en psicoanálisis” (1937) un doble efecto en la cura de la comunicación de una construcción que se aproxime a la verdad.

a) “Cuando el análisis está bajo la presión de factores intensos que arrancan una reacción terapéutica negativa, como conciencia de culpa, necesidad masoquista de padecimiento...” (Freud, 1989: 266). “Si la construcción se aproxima a la verdad el sujeto reacciona frente a ella con un empeoramiento de sus síntomas.

”b) y pueden surgir en ese momento ‘alucinaciones’, [...] que dentro de ella retorne algo vivenciado en la edad temprana y olvidado luego, algo que el niño vio u oyó en la época en que apenas era capaz de lenguaje...” (Freud, 1989: 268).



Este punto se ubica en el núcleo mismo de esta tesis.

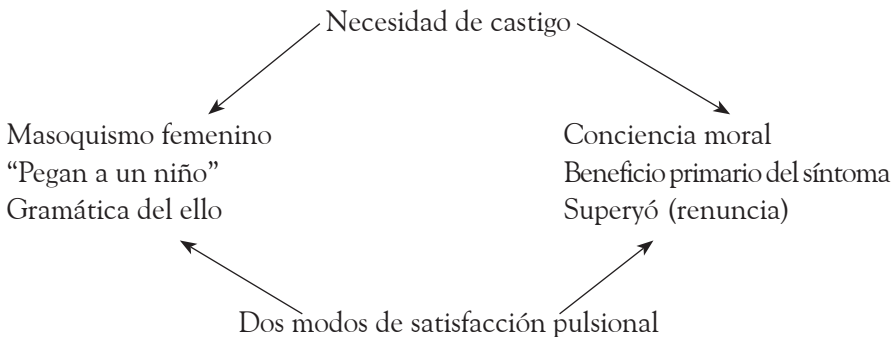
Surge en ese momento algo que Freud escribe entre comillas, indicando ciertos restos perceptivos que se correlacionan con la represión primaria en su movimiento complejo: conmoción de los lugares de fijación libidinal en donde se sostiene la meta interna de la pulsión; punto en donde la cura, convirtiéndose ella misma en un nuevo peligro, se puede articular con un empeoramiento de los síntomas, reacción terapéutica negativa.

En “El problema económico del masoquismo” (1924), por otra parte, se realiza un movimiento interesante ya que se opera un cambio de nombre, con

un clivaje: de sentimiento inconsciente de culpa, a necesidad de ser castigado por un poder parental. Lo va a referir al deseo de entrar en vinculación sexual (femenina) con el padre. Por lo tanto, esa necesidad es una desfiguración regresiva de ese anhelo. En este punto, la necesidad de ser castigado se vincula con el masoquismo femenino.

Al mismo tiempo, si de una desexualización del Edipo nació la conciencia moral, mediante el masoquismo moral ésta es resexualizada, e implica una reanimación del Edipo. O sea que la necesidad de castigo, en tanto fantasías de flagelación, se coordinan con el masoquismo femenino y con el segundo tiempo de “Pegan a un niño”, por un lado. Por otro, con la conciencia moral como compulsión, con el beneficio primario del síntoma. Freud afirma en “El malestar en la cultura” (1929-1930) que la necesidad de castigo es “un fragmento de la pulsión de destrucción interior, preexistente en él [en el yo] en una ligazón erótica con el superyó” (Freud, 1989: 132).

Tenemos por lo tanto:



Dice Freud:

“Si uno se representa en su totalidad el cuadro que componen los fenómenos del masoquismo inmanente de tantas personas, la reacción terapéutica negativa y la conciencia de culpa de los neuróticos, no podrá ya sustentar la creencia de que el acontecer anímico es gobernado exclusivamente por el afán de placer” (Freud, 1989: 244).

Freud ubica dos lugares de obstáculo para la finalización de un análisis, a partir de su nueva concepción del síntoma con la introducción de la pulsión

de muerte. Los mecanismos de defensa como respuesta estereotipada implican un modo de satisfacción particular y evitan la percepción del peligro que desde “Inhibición, síntoma y angustia” (1925-1926) es la castración del Otro primordial.

Freud dice en 1937:

“Durante el trabajo analítico no hay impresión más fuerte de las resistencias que la de una fuerza que se defiende por todos los medios contra la curación y a toda costa quiere aferrarse a la enfermedad y el padecimiento.” [Se trata de la] “[...] conciencia de culpa y la necesidad de castigo y la hemos localizado en la relación del yo con el superyó” (Freud, 1989: 244).

Por lo tanto, lo que se opone a la cura es solidario de la segunda tópica y de la formulación del masoquismo primordial. Los andamiajes de emergencia de “El malestar en la cultura” (1929-1930) citados anteriormente encuentran su lugar definitivo en el síntoma a partir de la introducción de estos conceptos. La presencia del analista articulada al lugar del superyó será solidaria de esta nueva concepción del síntoma, y señalará otro momento en el movimiento de la transferencia.

Serge Cottet recuerda el trabajo de duelo en Freud planteado como aquel que se origina en un imperativo a cuenta de la realidad (Cottet, 1984). Después de haber sobreinvertido en serie los rasgos de la persona por la que se hace el duelo de modo que el objeto quede reducido sólo a los significantes que lo representaban, cae al rango de objeto imposible de digerir, sin ningún otro soporte narcisista. El achatamiento de los significantes del Ideal del yo desemboca necesariamente en una pérdida subjetiva: el objeto va perdiendo brillo fálico en una operación: castración. Esto se acompaña de una pérdida, la del goce fálico. La desidealización del objeto, junto con la pérdida de certeza yoica, conduce a un Goce ordenado en suma como compensación de esa pérdida de goce fálico que se produce en esa pérdida narcisista.

Siempre hay satisfacción pulsional. A cada renuncia de satisfacción le corresponde mayor incremento en la severidad superyoica. Por lo tanto, si la pregunta de cómo se produce una cura es solidaria del síntoma histérico como interpretable, lo que se opone a la cura (reacción terapéutica negativa,

masoquismo primordial, pulsión de muerte) remite a aquello que se satisface de una manera cerrada en el síntoma. Se trata de la diferencia de la envoltura formal del síntoma y su núcleo de goce.

Es decir, goce superyoico como respuesta al desinvertimiento del objeto. Encontramos al sujeto dividido no por la sorpresa de la irrupción inconsciente (donde lo que irrumpe lo descentra), sino por una división del sujeto en contra de sí mismo.

El superyó no prohíbe la satisfacción: exige la satisfacción de la renuncia, exige imperativamente ese bien moral de la renuncia. Va contra el principio de placer y es lo que se opone al deseo. Es el lugar de una ley pero no pacificante, ordenadora, sino de una ley insensata sin justificación, sin razones.

Siguiendo entonces a Cottet, si el fantasma hace al placer propio del deseo, cualquier vacilación del fantasma acarrea una irrupción de goce correlativa a cierta extinción del deseo; esta travesía del fantasma implica una pérdida de goce fálico, que refuerza la exhortación superyoica.

La vacilación fantasmática que tiene por efecto una pérdida de goce fálico –irrumpiendo entonces el goce superyoico– es lo que Cottet articula con un momento depresivo en un análisis. Observamos que dicho momento es solidario de la emergencia del analista (su presencia) en el lugar del superyó y correlativo de la caída del semblante.

El superyó llama al goce, a la no castración, su presentificación en la cura es correspondiente a una conmoción del falo como medida, como semblante.

En este sentido, el analista irrumpe como lo que quedó vivo del padre en la horda fraterna, según “Tótem y tabú”. Como padre que goza, podríamos decir, la cadaverización del analista irrumpe como ese espíritu maligno cuyo retorno despertaba terror en las tribus primitivas.

La coordinación del goce y la voz que implica el superyó es en rechazo de la medida fálica. De este modo se puede abrir una diferencia entre la voz del objeto en el fantasma y la voz superyoica. En el punto del superyó no hay aparición de un sujeto, se trata aquí de un Otro no deseante.

Si la ley insensata del superyó no da lugar al sujeto, el objeto voz en el fantasma relaciona al sujeto con el deseo del Otro, por estar el fantasma tanto en relación con el deseo del Otro como con la pulsión. A su vez, el Sujeto supuesto Saber –los pensamientos más íntimos del sujeto– es el superyó. Por eso, la identificación del analista con el Sujeto supuesto Saber, lo sitúa de acuerdo con la demanda del neurótico, o sea, ser el Amo del deseo; de este modo se sostiene el sufrimiento como angustia de no desear conforme a su

superyó. Caída de la regla de abstinencia por desfallecimiento del deseo del analista y de la ética en que éste se sostiene.

2. La satisfacción paradójica

Si la agresión no halla satisfacción en el mundo exterior, Freud dice:

“Si tal sucede, acaso vuelva atrás y multiplique la escala de la autodestrucción que reina en lo interior. [...] Una agresión impedida parece implicar grave daño; las cosas se presentan de hecho como si debiéramos destruir a otras personas o cosas para no destruirnos a nosotros mismos, para ponernos a salvo de las tendencias a la autodestrucción” (Freud, 1975: 98).

O sea, siempre hay satisfacción pulsional. Si el niño no pudo descargar su agresión por su fijación de amor a los padres –verdadera causa de la severidad del superyó como continuación de la conciencia moral en el inconsciente– en tanto toda la agresión que regresa desde el exterior es mayormente ligada por el superyó y vuelve así contra el yo, esta renuncia a la satisfacción pulsional por temor a la pérdida del amor de los padres, tiene una doble consecuencia:

- a) El deseo como insatisfactorio.
- b) La exigencia de renuncia como una satisfacción en sí misma.

Si la fijeza de la dependencia de amor del sujeto respecto de los padres le hace renunciar a la satisfacción pulsional, la introyección de la figura parental como conciencia moral en el inconsciente –y en tanto el superyó conoce hasta los pensamientos del sujeto y éstos siempre tienden hacia lo interdicto–, siempre es culpable: sentimiento inconsciente de culpa. Pero lo paradójico es que si las pulsiones de agresión dificultan la convivencia humana y amenazan su perduración, que el sujeto limite su agresión es el primer sacrificio y acaso el más duro que la sociedad tiene que pedir al individuo; pero, en esta exigencia cultural al sacrificio, encontramos la misma pulsión de muerte exigiendo más y más sacrificio y renuncia.

El superyó va a tomar a su cargo la autoridad parental. Pero si el temor real del niño a la autoridad parental es antecedente de la conciencia moral, nos encontramos con que el superyó parece haber llevado a cabo una selección unilateral arrojándose sólo la dureza y el rigor de los padres, su función prohibitiva y punitiva.

“Hay satisfacciones que se burlan de todo tipo de defensa. La formación del síntoma triunfa cuando el mandato originario toma también el sentido de una satisfacción. La interdicción logra ser amalgamada a la satisfacción de tal manera que, además de la significación original, los síntomas tienen el sentido, la significación, del opuesto directo. Así, constituyendo un logro de los síntomas, se logra enlazar la prohibición con la satisfacción” (Freud, 1989).

El enlace de la prohibición con la satisfacción nos permite a esta altura dar lugar a la diferencia entre formación de compromiso y síntoma defensivo primario, ya que ubicamos en el retorno de lo reprimido la repetición en la cadena asociativa de las representaciones reprimidas, y en el fracaso de la defensa la compulsión del síntoma. Como otra cara del beneficio primario del síntoma, la inmensa necesidad de castigo —que sólo podíamos clasificar entre los deseos masoquistas— se comporta como un fragmento de la conciencia moral.

El sujeto es acusado, se siente culpable —“sentimiento inconsciente de culpa”— con la paradoja de que a mayor renuncia, mayor culpa. La tensión de la fuerza constante de la pulsión se revela indócil a su tramitación.

La satisfacción, en tanto necesidad de castigo, se presenta indomeñable como existencia torturada, al punto de que Freud llega a afirmar que aquellas personas en quienes es hiperpotente ese sentimiento inconsciente de culpa se delatan en el tratamiento analítico, por la reacción terapéutica negativa, de tan mal pronóstico.

Masotta, en *El modelo pulsional* (1980) comenta que cuando Freud en 1920 introduce la pulsión de muerte apunta a otorgar estatuto teórico a la agresión, las tendencias agresivas, el odio, el sadismo. Agrega que no se debe resumir la cuestión pensando que con la pulsión de muerte se puede nombrar el conjunto de las tendencias destructivas, ya que éstas no contradicen necesariamente la idea del placer, y aquí es donde Freud llama la atención sobre el sadismo, que lleva a buscar el dolor del otro aun cuando

ese dolor no tiene ningún significado para el sujeto que lo produce. Así, lo que está en juego es la tendencia del sujeto al sufrimiento, al dolor, el autocastigo, el sadismo vuelto hacia la propia persona, el autodesprecio, la persistencia en el fracaso, dicho de otro modo, la insistencia de la repetición de lo displacentero.

“Quedará siempre un resto que justifica nuestra hipótesis de la compulsión a la repetición, la cual parece ser más primitiva, elemental e instintiva que el principio de placer al que sustituye” (Freud, 1989).

Ahora bien, si la necesidad de castigo habla de una división del sujeto contra sí mismo, y la pregunta que se hace Freud da cuenta de la meta interna de la pulsión como satisfacción sentida en la alteración del cuerpo y del lugar paradójico de la renuncia pulsional, la clínica analítica es una clínica que opera en relación con la pulsión de muerte.

“En todas estas constelaciones, el superyó da pruebas de su independencia del yo consciente y de sus íntimos vínculos con el ello inconsciente [...] no puede desmentir que proviene también de lo oído [...] pero la *energía de investidura* no les es aportada a estos contenidos del superyó por la percepción auditiva, la instrucción, [...], sino que la aportan las fuentes del ello” (Freud, 1989: 53).

El superyó se exterioriza como crítica, la percepción en el yo de esa crítica es sentida como sentimiento de culpa. “El individuo no debe sanar, sino permanecer enfermo, pues no merece nada mejor” (Freud, 1989: 180).

Este sentimiento de culpa es mudo para el sujeto. No se siente culpable sino enfermo. La exigencia de renuncia indica un modo particular de satisfacción, en contra del bienestar del sujeto.

Si la energía de investidura del superyó le es aportada por las fuentes del ello, el superyó habla a través de las frases inequívocas de esa energía de investidura del ello en el síntoma, lugar donde ubicamos el beneficio primario. Este beneficio primario difiere de las satisfacciones sustitutivas como satisfacciones que tienen la estructura de una sintaxis. Se trata de un beneficio ligado a algo que, en tanto frase, no entra sin embargo en el circuito de las coordenadas dialécticas del ciframiento.

A partir de 1920, la pulsión es la ficción que, en el núcleo de la experiencia analítica, trata sobre la paradoja de la satisfacción en el sujeto.

Cómo se produce una cura es solidario del síntoma histérico como interpretable, qué es lo que se opone a ella (reacción terapéutica negativa, masoquismo primordial, pulsión de muerte) lo es de aquello que se satisface de una manera cerrada en el síntoma. Forma de decir que en el síntoma no todo son representaciones, cuestión de ciframiento y descifrado, sino que hay una satisfacción que –teniendo una articulación en el lenguaje– dice de lo no escuchable.

“Pero mientras que la renuncia de lo pulsional debida a razones externas es sólo displacentera, lo que ocurre por razones interiores, por obediencia al superyó, tiene otro efecto económico. Además de la inevitable consecuencia de displacer, le trae al yo también una ganancia de placer, por así decir una satisfacción sustitutiva. [...] Cuando el yo le ha ofrendado al superyó el sacrificio de una renuncia pulsional, espera a cambio, como recompensa, ser amado más por él” (Freud, 1989: 113).

Pero entonces, ¿cuál es el origen paradójico de la eticidad? Freud responde: la primera renuncia de lo pulsional es arrancada por poderes exteriores y es ella la que crea la eticidad, que se expresa en la conciencia moral y reclama nuevas renunciaciones de lo pulsional. Su peligrosidad es que descende de la pulsión de muerte (autodestrucción), pero, ¿cómo se sostiene la fusión pulsional?

“[...] ni aún la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa” (Freud, 1989: 176).

En el segundo tratado, “Culpa, mala conciencia y otras cosas afines” de *La genealogía de la moral*, Nietzsche aborda, entre otras cuestiones, siete temáticas que nos resultan valiosas para este capítulo de nuestro trabajo.

1. La relación de la razón con la satisfacción cruel.
2. La crueldad y la fiesta.
3. El animal estimativo en sí.
4. El castigo y el sentido.
5. El remordimiento de conciencia y los criminales.
6. El castigo contra sí mismo.
7. Deuda y culpa (*Schuld*).

“La razón y la reflexión, son productos, y a su vez modos de satisfacción cruel; cuánta sangre y horror hay en el fondo de todas las cosas buenas” (Nietzsche, 2004: 102).

El “imperativo categórico” de Kant se entrama en el “derecho de obligaciones”, el surgimiento y la relación de la culpa se entretajan con la conciencia y el deber.

En la pluma del filósofo, estos tres conceptos morales: culpa, conciencia y deber, a su vez implican la dimensión del sufrimiento. Dice Nietzsche: “El imperativo categórico huele a crueldad” (Nietzsche, 2004: 107). Ver sufrir y hacer sufrir conllevan tan alta satisfacción que tienen un valor festivo en la historia de la humanidad, señala. Además, formula que en la actualidad generalmente el placer en la crueldad se manifiesta sublimado y subutilizado bajo los nombres de “compasión trágica” y “las nostalgias de la cruz”. La *Schuld* (deuda y culpa) nombra la articulación de estas figuras del superyó freudiano, destacándose no sólo la comunión en una sola palabra, sino además en su significación. Aunque el filósofo lo nombra para el conjunto de los hombres, la resonancia de las palabras: *Mensch* (hombre) y *messen* (medir - medida), nos da una precisa definición del “hombre contable” (lo llamaría yo) tan lúcidamente descrito por Freud: el obsesivo: “el hombre se designó a sí mismo como el ser que mide valores, que valora y mide, como el ‘animal estimativo en sí’” (Nietzsche, 2004: 114). En la misma perspectiva articula la relación intrínseca entre el castigo y el sentido, formulando que en la Modernidad el castigo es una verdadera síntesis de sentido. En los hombres que padecen el sentimiento de culpa, justamente aquellos que no son criminales, hallamos que el castigo (jurídico-policial) detiene el desarrollo del sentimiento de culpa. En estos que padecen el remordimiento, la mala conciencia, hallamos que “todos los instintos que no se descargan hacia fuera, se vuelven hacia adentro: a esto es lo que llamo la interiorización del hombre” (Nietzsche, 2004: 135).

Todas estas formulaciones del filósofo —que no son las únicas que realizó, por cierto— y que citamos muy brevemente, las hallamos a lo largo de la obra de Freud, pero con total precisión a partir del gran giro de 1920.

La introducción de la pulsión de muerte, interrogarse rigurosamente respecto a la neurosis obsesiva como al inicio lo había hecho con la histeria, tienen como consecuencia la creación de nuevos conceptos: masoquismo primario, necesidad de castigo, sentimiento inconsciente de culpa, reacción terapéutica negativa, etcétera.

“Si el psicoanálisis es, tal como Freud lo deseaba, una ‘ciencia de lo inconsciente’ y no una práctica inefable, se confronta con este real tanto en su práctica como en sus elaboraciones teóricas. La solución freudiana para dicho real consiste en agregar a la traducción teórica del material clínico cierto número de hipótesis especulativas, ficciones, propuestas como tales, para poder representarse lo que se mantiene irrepresentable, lo que subsiste más allá del principio del placer [...]” (Lemeber, 2006: 31).

Para Richard J. Bernstein, el mal –tal como lo concibe Nietzsche– es claramente la manifestación violenta de lo que denomina el resentimiento. Este resentimiento es en nuestra moral moderna su rasgo más penetrante. Pero este autor, interrogando las diferencias entre el filósofo y Freud, llega a decir que “Freud hasta acusaría a Nietzsche, el gran crítico de la moral, de estar contagiado del moralismo que tanto deplora” (Bernstein, 2005: 220), ya que este último concebiría que sería posible una “ética superior”, cuestión que para Freud sería una peligrosa ilusión.

Al mismo tiempo, Bernstein formula que para Nietzsche la ambivalencia sería sólo una “etapa dialéctica del desarrollo de la humanidad” (Bernstein, 2005: 219). A partir de su concepción genealógica, aunque lo ilustre con el mito de “Tótem y Tabú”, para Freud la ambivalencia es algo no histórico sino estructurante del psiquismo humano. Efectivamente, Nietzsche no fue el creador del psicoanálisis, pero habría que dar cuenta de que genealogía e historia son sinónimos, en la pluma del filósofo que estamos considerando.

Nos resultan más ciertas en este punto las elaboraciones de Paul-Laurent Assoun, ya que ubica lo que Nietzsche llama resentimiento en la misma línea que las conceptualizaciones de las neurosis de Freud.

La crueldad expresada en la venganza, en el resentimiento, se convierte entonces en “voluntad de torturarse a sí mismo” (Assoun, 1984: 194).

El resentimiento nietzscheano es efecto directo de lo que Freud llamó “orientación hacia la propia persona” y “transformación en lo contrario”.

En la conciencia moral dolorosa, es el propio sujeto el que produce el sufrimiento, comportándose a sí mismo como otro sujeto represivo. Assoun sostiene que el sentimiento de culpa se introduce para Freud a partir de la sexualidad ya desde 1890. Siendo esto cierto, no debemos olvidar el lugar central que Freud le otorga a la que llama hipótesis auxiliar –fuente independiente de displacer–, y a la consideración muy temprana en su

elaboración de que la moralidad tiene su raíz en esa fuente e implica un modo de satisfacción.

Por otra parte, “Dostoievski y el parricidio” nos revela que el sujeto, a partir del padecimiento del sentimiento de culpa, puede transformarse en criminal para aliviar ese sentimiento de culpabilidad. Se trata, tal como lo afirma Freud, de enlazar con algo real y actual, ese enigmático “sentimiento inconsciente de culpa” (Freud, 1989: 131).

Para Marta Gerez Ambertín se trata de la cuestión del mal, en la medida que en el superyó reina la pulsión de muerte, y citando a Lacan en *El Seminario, Libro 7*, del proyecto del mal como tal.

De un modo interesante Gerez Ambertín diferencia la presencia del superyó en “los que fracasan al triunfar”, de la reacción terapéutica negativa como avatar de la transferencia.

“En la reacción terapéutica negativa no se trataría primordialmente de la culpa sino del ejercicio mudo y ominoso de la pulsión de destrucción; no es falta de voluntad de curarse, sino el oscuro ejercicio de una voluntad masoquista que prima en esta faz díscola del analizante dispuesta a no condescender al deseo del Otro” (Gerez Ambertín, 2007: 230).

En el último capítulo, precisamente, abordaremos con un sesgo distinto esta relación del “mal” con el deseo del Otro.

3. Contrapunto sobre la reacción terapéutica negativa

Hay un texto de Freud que, en general, no es mencionado cuando se aborda la cuestión de la reacción terapéutica negativa. Tampoco figura como referencia en el volumen XXIV de la colección editada por Amorrortu. Se trata de “Construcciones en psicoanálisis” (Freud, 1989). Hallamos en éste dos afirmaciones, como ya hemos dicho:

- a) Si la construcción es correcta, o aporta una aproximación a la verdad, el paciente reacciona frente a ella con un inequívoco empeoramiento de sus síntomas y de su estado general. Reacción terapéutica negativa.

- b) Lo certero de la construcción produce como efecto el retorno, por la pulsión emergente, de restos visuales y auditivos del núcleo *de verdad*. Las fantasías son construcciones defensivas respecto a las cosas vistas y oídas, e implican en Freud una combinación de lo vivenciado con lo visto y oído, en relación con la escena primaria.

Los recuerdos hipernítidos de aquellas sustantivas huellas mnémicas, sostenidos en la pulsión emergente, al comunicarse la construcción, hablan de la conmoción de los antepórticos psíquicos. El retorno de algo vivenciado en la edad temprana y olvidado luego, algo que el niño vio u oyó en la época en que apenas era capaz de lenguaje.

Por otra parte, sabemos que la reacción terapéutica negativa da cuenta de la pulsión de muerte ligada al superyó, pero Freud aclara que hay otros montos que operan no sabemos dónde, restos oscuros “no ligados” (Freud, 1989: 61) al superyó. Tomando las coordenadas de “Construcciones en psicoanálisis”, podemos decir que el incremento del sufrimiento neurótico en transferencia es *no terapéutico*, y está articulado con una intervención del analista. El efecto terapéutico está sostenido en la sugestión, implicando el restablecimiento homeostático, como signifiante que responde a otro signifiante.

El 1° de octubre de 1935, en la filial inglesa de la IPA, Joan Rivière presenta su “Contribución al análisis de la reacción terapéutica negativa” (Rivière, 1935). Respecto a “El yo y el ello” se refiere a que hay pacientes que no pueden soportar apreciación alguna de progreso en el tratamiento.

La línea argumental de este trabajo, del cual es necesario decir que es uno de los aportes fundamentales a la cuestión de la reacción terapéutica negativa en la denominada escuela inglesa, es el siguiente: la reacción terapéutica negativa es un intento de controlar el análisis, como un modo de defensa maníaca. No se trata de que el paciente no desee curarse, sino que desea que las cosas sigan tal cual, ya que todo cambio sería para peor.

Los sujetos se defienden de la posición depresiva –posición en la cual todos los objetos que ha amado están muertos o destruidos– mediante el control maníaco. Si el propósito consciente es curarse, el inconsciente es reparar y proporcionar felicidad a los objetos amados y odiados. La actitud inconsciente de amor y ansiedad por los otros sostiene la creencia de que no merece ayuda, hasta que las personas amadas la hayan recibido. El amor por sus objetos internos es la causa del sentimiento de culpa, como necesidad de sacrificar su vida por los otros. En tanto el analista representa también un

objeto internalizado, desenterrar este amor, y con ello la culpa, puede llevar a que la tarea terapéutica se dé por concluida.

En nuestro medio, Fidas Cesio –tomando como referencia a Joan Rivière–, publica tres trabajos sobre el tema. El último de ellos, y que resume los anteriores es de 1960 y se llama “El letargo, una contribución al estudio de la reacción terapéutica negativa” (Cesio: 10-23). En él, considera que en los pacientes que padecen la reacción terapéutica negativa se detecta la presencia de lo que denomina “objetos aletargados”. Esta afirmación está sostenida en su tesis sobre la evolución del yo. Ésta refiere, entre otras cosas, a que si en el curso de su evolución el yo debe recurrir a una escisión y a la proyección de los instintos de muerte, probablemente no lo logre –por la excesiva intensidad de éstos– quedando entonces lo malo y lo bueno sin poder ser separados, constituyendo intrapsíquicamente el objeto aletargado, bueno-malo, derivando esto en un estado confusional.

Podemos decir que convertir la muerte en letargo, o muerte sólo aparente como vertiente psicoterapéutica, implica reducir la necesidad de castigo a una fantástica psicogénesis.

En Freud, la angustia traumática *precede* a la constitución del superyó. Esta angustia está causada por la perturbación económica, a partir del incremento de las magnitudes de estímulo, superando la barrera protectora. El peligro del desvalimiento psíquico pertenece al período de la inmadurez del yo; así como la angustia frente al superyó, al período de latencia. La culpa que presupone la diferencia entre el bien y el mal se relaciona con la influencia ajena, y el peligro de la pérdida de amor. La angustia traumática responde a la inundación económica, mientras que la angustia señal se articula con la dependencia respecto al objeto; su ausencia determina el desencadenamiento del automatismo económico. Es la perturbación económica como núcleo genuino del peligro lo que da valor al objeto y a su pérdida. Freud desautoriza la existencia de cualquier capacidad, originaria o natural, de diferenciar el bien y el mal. Esto es resorte de la influencia ajena.

A su vez, si la angustia es una reacción ante el peligro que la pérdida de objeto entraña, y sólo por reacción ante la pérdida del objeto mismo, el duelo implica la reacción de dolor. El dolor de la pérdida no es todavía el duelo.

“El duelo se genera bajo el influjo del examen de realidad [...] la elevada e incumplible investidura de añoranza del objeto, en el

curso de la reproducción de las situaciones en que debe ser desasida la ligazón con el objeto” (Freud, 1975: 160-161).

Por otra parte, el objeto perdido estructural del deseo no se confunde con los objetos como reencuentro. Joan Rivière retoma la famosa nota de “El yo y el ello”, haciendo una lectura que tergiversa el espíritu freudiano. En ningún momento Freud afirma que la identificación del analista con el Ideal del yo para resolver la reacción terapéutica negativa sea una “treta” que no se puede utilizar. Rebajar la advertencia que ahí se realiza a la categoría de “treta”, es no considerar de qué modo los mecanismos de defensa, como restos no analizados, dan cuenta de un ejercicio del poder por parte del analista en “Análisis terminable e interminable”; y cómo su no resolución le retorna al mismo Freud en el “Esquema del psicoanálisis”, bajo la forma del analista como un nuevo superyó, el gran pedagogo. Lo que se desprende de “Construcciones en psicoanálisis” no es el humano anhelo terapéutico vinculado al superyó, sino como afirma Lacan:

“[...] no sólo dije que no había deseo de saber sino que incluso hablé de algo que articulé, efectivamente con el HORROR de saber” (Lacan, inédito).

En los “Nuevos caminos de la terapia analítica”, se diferencian claramente dos tipos de peligro a la labor analítica. Sólo el primero de ellos es un antecedente de la reacción terapéutica negativa: cuando es conmovida la condición de enfermo, el paciente busca reemplazar la satisfacción sintomática perdida a través de alguna situación penosa (necesidad de castigo). El segundo de los peligros trata de la búsqueda de la satisfacción sustitutiva, dentro de la cura misma. La compensación total vale como proceso curativo asintótico a través de una duración indefinida del tratamiento. Considero que es a este segundo peligro al que se refiere Serge Cottet como *amor al vínculo*, en su trabajo sobre la reacción terapéutica negativa (Cottet, 1984), a partir de la “Teoría de la tontería” de Jean Claude Milner (1984):

“Así, la apariencia propia del discurso es hacer como si nada le existiese. Ésta es su pretensión constitutiva: como si entonces de nada pudiera decirse que no cesa de inscribirse en él”.

Esta afirmación está en consonancia con lo dicho por Freud: “[...] el peligro de sacar a la luz demasiado y no cambiar nada” (Freud, 1989: 161).

El primero de los peligros no implica una caída de la regla de abstinencia, como sí el segundo. La reacción terapéutica negativa, como síntoma que vuelve a brotar como mala hierba, está sostenida en la compulsión de repetición, y así es como Lacan la ubica en la “Dirección de la cura”. “Recordar, repetir y reelaborar” es otro antecedente: “El hacer repetir en el curso del tratamiento analítico [...], equivale a convocar un fragmento de vida real, y por eso no en todos los casos puede ser inofensivo y carente de peligro” (Freud, 1989: 153-154).

Se trata del descubrimiento de un goce que no responde a los reproches de la cadena significante. Del síntoma como intrusivo –de un momento de urgencia para el sujeto–, la aparición de *la falla de un saber* (Lacan, 1978: 224) marca un taponamiento como demanda de ser curado de la verdad. Por lo tanto, goce del síntoma, que toma la forma de sufrimiento.

J. A. Miller, en su curso “Síntoma y fantasma”, plantea que la reacción terapéutica negativa se articula con el masoquismo moral –recordemos que éste se funda sobre la incidencia de la voz del Otro, en la oreja del sujeto– pero al nivel del Otro que él instaura, un Otro completado por la voz. Siendo el masoquismo moral la resistencia misma a la operación analítica, se refiere a ella como “engullimiento del sujeto en su goce” (Miller, inédito).

El aferramiento al padecimiento –ligado al factor moral– que halla su satisfacción en el sufrimiento no quiere renunciar al castigo de padecer como la posición más fuerte de la ventaja de la enfermedad.

La reacción terapéutica negativa es respuesta –como sufrimiento neurótico– a la puesta en movimiento de la pulsión emergente de la fijación traumática: los recuerdos hipernítidos de aquellas sustantivas huellas mnémicas sostenidas en la pulsión emergente que es puesta en movimiento al comunicarse la construcción, hablan de la conmoción de los antepórticos psíquicos. Es respuesta –en transferencia– ante el encuentro de esa falla en el saber, restablecimiento como ligadura del sufriente en relación con otro, exaltación de la existencia del Otro como consistencia superyoica sostenida en la demanda de ser curado de la verdad, pérdida de satisfacción –la que está sostenida en el fantasma– haciendo el placer propio al deseo, y compensación en tanto ligadura vía la exhortación superyoica.

Cuando el sujeto supera una forma de sufrimiento neurótico, se dispone inmediatamente a sustituirla por otra. Es en “El malestar en la cultura”

donde encontramos el sentimiento inconsciente de culpa como una variante topográfica de la angustia: la culpabilidad va a cubrir la angustia haciendo consistir al Otro en tanto voz del superyó.

¿Por qué, tal como afirma Freud, tenemos *chance* de curación cuando el sentimiento inconsciente de culpa es un resto de ligadura erótica? Porque la necesidad de castigo es una parte del impulso a la destrucción interna que posee el yo y que utiliza para establecer un vínculo erótico con el superyó. El nombre de este vínculo: sentimiento inconsciente de culpa.

“[...] la identificación - padre, se conquista a la postre un lugar duradero dentro del yo. Es acogida en el yo, pero allí se contrapone al otro contenido del yo como una instancia particular” (Freud, 1989: 182).

Por lo tanto, si el sentimiento de culpa aparece como único resto de un vínculo amoroso, encontramos tras él una antigua investidura de objeto. El fantasma en Freud, como “rasgo primario de perversión” (Freud, 1989: 179), en tanto fustigación, deriva de la fijación incestuosa al padre: nudo de erotismo y culpabilidad.

El fantasma, como goce ordenado fálicamente, tiene un rol indicador del deseo y el goce. Como demanda incondicional del Otro, la pulsión produce los objetos por extracción y efecto de pérdida, objetos a los que el fantasma intenta ligar al sujeto, para que éste pueda sostenerse en su deseo. La construcción certera toca el fundamento mismo de la capacidad de desear del sujeto del inconsciente, operando respecto al trabajo de duelo, como “desprendimiento del aspecto único que tiene el objeto” (Miller, inédito). Conmoción del fantasma en su función de articulador de la represión originaria y el masoquismo primordial, en su valor de transformar el “Más allá del principio de placer” en ganancia de placer.

Pero ocurre aquí, tal como lo formula Freud, algo análogo a lo que sucede en la melancolía. Cesio confunde la conmoción de la reserva sustraída al principio de realidad (donde encuentra su lugar la fijación traumática) con el punto débil de la demencia precoz. La fijación decisiva es la que permite la irrupción hasta la formación de síntomas en las neurosis, mientras que en las neurosis narcisísticas, los lugares de fijación se remontan al estadio del narcisismo primitivo. Por eso Freud dice algo *análogo* a la melancolía; no dice, *igual*.

La consideración que hace Cesio de la "Conferencia 26, La teoría de la libido y el narcisismo", donde homologa reacción terapéutica negativa

y neurosis narcisísticas, implica confundir la insuficiente movilidad de la libido que no se deja fácilmente desligar de los objetos y tiene su punto débil en la fijación, cuando en verdad en esa Conferencia se revela el lugar decisivo en que se diferencian neurosis y psicosis.

Lo que no cesa de inscribirse como respuesta en transferencia indica en Freud la imposibilidad de revelar una identificación inconsciente. Por consiguiente, la reacción terapéutica negativa habla de un momento de *impasse*, ante el encuentro con la imposibilidad del Otro, *impasse* que se manifiesta como incremento del padecimiento de la impotencia neurótica en transferencia.

4. Lo ligado y lo no ligado

Construcción y reacción terapéutica negativa son dos términos freudianos: el primero refiere a un modo de intervención por parte del analista; el segundo, a una de las resistencias mayores respecto del fin de la cura. Ambos tienen antecedentes en el desarrollo de la doctrina. Construcción tiene su antecedente en el término re-elaboración, que se emplea con el sentido que tiene en el último párrafo de “Recordar, repetir y reelaborar” (1914).

La reacción terapéutica negativa aparece en “Nuevos caminos de la terapia analítica” (1919 [1918]) (Freud, 1989): el paciente busca una nueva situación penosa cuando su condición de enfermo es conmovida; ésta es la forma que encuentra de reemplazar la satisfacción sintomática perdida.

A su vez, los dos términos hallan su lugar preciso en la teoría a partir del giro de 1920, es decir, la introducción de la pulsión de muerte y la formalización de la segunda tópica. La construcción marca, en palabras de Serge Cottet, la declinación de la interpretación. La reacción terapéutica negativa indica la presencia de un goce no elaborable ni reducible por la interpretación.

La construcción tuvo un doble destino:

1. Según la referencia freudiana, estos delirios construccionistas quedaron referidos a hallar y comunicar la fantasía latente de cada síntoma: un sentido a develar.
2. En Lacan corresponde a un que-hacer por parte del analizante en relación con el fantasma.

Como ya dijimos, la reacción terapéutica negativa también tuvo un doble destino:

1. Desde Joan Rivière, Fidias Cesio la llamó objeto aletargado, a partir del fracaso yoico para proyectar los instintos de muerte.

Sin poder separar lo malo de lo bueno, el yo paralizó y proyectó intrapsíquicamente a ese objeto bueno-malo, para defenderse de su carga destructiva, constituyendo así el objeto aletargado.

2. Miller, siguiendo la conceptualización de Lacan respecto del superyó, la articula con el masoquismo moral, como presencia de la voz del Otro (un Otro completado por la voz) que indica la resistencia misma de la operación analítica, como “engullimiento del sujeto en su goce”.

En Freud, la construcción equivale a lo que no se puede recordar, y es más, ocupa el lugar de esa falta: se trata de llenar la laguna del recuerdo, como recubrimiento de la represión primaria. Es un equivalente de lo que nunca podría retornar como recuerdo.

Para Freud, la reacción terapéutica negativa indica aferrarse al padecimiento, ligado al factor moral, que halla su satisfacción en el sufrimiento: no se quiere renunciar al castigo de padecer, como la posición más ligada a la ventaja de la enfermedad. El beneficio primario del síntoma, por lo tanto, se presenta en la transferencia como reacción terapéutica negativa y resulta el límite de la interpretación.

Hay un sólo lugar en la obra de Freud donde ambos términos aparecen articulados, precisamente en “Construcciones en psicoanálisis” (1937), de este modo: uno de los efectos de la comunicación de la construcción es el empeoramiento de los síntomas, precisamente cuando el sujeto está atravesando un momento de “reacción terapéutica negativa” (Freud, 1989: 266).

Cuando la reacción terapéutica negativa ya está instalada, la comunicación de la construcción la refuerza. ¿Cuál es la relación de un término y del otro? ¿Por qué una refuerza a la otra? El *partenaire* de la reacción terapéutica negativa es el analista como personaje extraño que dirige duras y crueles palabras. La construcción intenta llenar con saber de amo una falta primaria en el recuerdo.

Recordemos oportunamente que Freud llama al analista “sustituto paterno”, en “Análisis terminable e interminable” (1937), precisamente al referirse al tope de la roca de la castración en la protesta masculina: no deberle al padre la curación, y el padre como predicador en el vacío respecto de la feminidad. Y en el “Esquema del psicoanálisis” (1940 [1938]), el nombre del analista es *pedagogo y nuevo superyó*.

En “El yo y el ello” (1923), Freud articula los siguientes conceptos: reacción terapéutica negativa-necesidad de castigo-superyó. Finalmente, el sentimiento inconsciente de culpa está articulado con un resto de ligadura erótica en la misma línea que “Tótem y tabú” (1912-1913).

Pero este obstáculo habla de lo ligado.

Finalmente, el nombre del obstáculo en “Análisis terminable e interminable” (1937) va a ser el “fragmento de agresión libre”.

¿Qué hacer con esa cantidad irreductible?

Sabemos que la resonancia interpretativa, la construcción que realiza el analizante, el encuentro con la castración estructural y el saber sobre el modo singular de satisfacción alrededor de un objeto de la pulsión parcial, dejan un resto, resto que es siempre desviado de todo ideal, resto que, presentándose como disfuncionamiento, nombra lo irrepetible, lo original de cada sujeto. En verdad este disfuncionamiento es un funcionamiento al que llamamos sujeto.

La reacción terapéutica negativa marcaría lo real del síntoma para Freud, quedando en confluencia el goce martirizante y el masoquismo, como límite de la estructura.

Podemos entonces decir que la reacción terapéutica negativa puede denunciar el modo del sufrimiento neurótico como empeoramiento sintomático, del valor del goce superyoico que conlleva el “empeño terapéutico”. En la medida que el “empeño terapéutico” sostenido en el Ideal implica una caída de la regla de abstinencia.

En esta perspectiva podría existir correspondencia entre el saldo lamentable del análisis del analista llamado mecanismo de defensa y la reacción terapéutica negativa, como respuesta de sufrimiento en la transferencia.

Freud nombra tres efectos de la comunicación de la construcción. Cada uno de ellos posee un estatuto particular. Uno es el ya situado como empeoramiento. El segundo se refiere al relanzamiento de la cadena significante: emergencia de las formaciones del inconsciente que confirman la justeza de la intervención analítica. El tercer efecto implica la emergencia de lo hipernítido, de algo que el niño vio y oyó en la época en que apenas era capaz de lenguaje: restos visuales y auditivos que retornan “alucinatoriamente”, suspensión del ciframiento inconsciente del principio de placer, de la autointerpretación.

Dijimos que las fantasías son construcciones defensivas respecto de las cosas vistas y oídas e implican, en Freud, una combinación de lo vivenciado con lo visto y oído en relación con la escena primaria. Los recuerdos hipernítidos de

aquellas huellas mnémicas, sostenidos en la pulsión emergente al comunicarse la construcción, hablan de la conmoción de los antepórticos psíquicos. Esta pulsión emergente nombra los restos pulsionales oscuros “no ligados” (Freud, 1989: 61) al superyó. Es lo irreductible llamado “[...] injerencia de un fragmento de agresión libre” (Freud, 1989: 246). Este “fragmento” da cuenta de la separación conceptual del goce mortificante y lo real pulsional como verdadero límite.

Por otra parte, si el analista forma parte del concepto de inconsciente y la transferencia es una modalidad de la interpretación por parte del sujeto, la reacción terapéutica negativa podría quedar articulada en Freud a la resistencia del ello en el sustituto paterno-predicador; y por esto, en su escritura, puede presentarse como límite, como incurable.

Por lo tanto, la interpretación que opera por el sentido conduce a la religión (que siempre es del padre) y alimenta el síntoma neurótico. El sentido hace existir al Otro, como Otro de lo real, Otro completado por la voz, tal como se manifiesta en la reacción terapéutica negativa.

Es importante tener en cuenta que Miller recuerda que Lacan dijo claramente que el analista no debe comunicar las construcciones. Consideramos que esto implica abstenerse de la sugestión que porta la construcción.

Pero quizá no sea sólo la construcción el nombre de una operación que intenta llenar la laguna del recuerdo como modalidad de “terapeutizar” lo imposible, cuestión que recogeré en el último capítulo.

PARTE IV

LA APTITUD EN FREUD

INTRODUCCIÓN

Esta cuarta parte, recogiendo el conjunto de las elaboraciones anteriores, especialmente las de la Parte III, va a intentar dar cuenta tanto de un rastreo de la utilización de este término por parte de Freud, como de los dos tiempos (lógicos) necesarios para adquirir la *aptitud de analista*.

Se va a realizar un seguimiento de búsqueda de ese término y se destacará la importancia de esos dos tiempos.

Avanzar en la interrogación sobre ese término en el original alemán puede permitir una perspectiva diferente, que arroje una luz novedosa sobre la cuestión crucial de la problemática: final de análisis - formación del analista.

Con el conjunto del trabajo realizado, se trabajará el famoso escrito de Freud denominado: “Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis” (1936), leyendo su análisis y además avanzando en lo que considero nos transmite en estado práctico: la *aptitud de analista* implica una mutación subjetiva.

CAPÍTULO 1

APTITUD Y PULSIÓN

1. ¿Dos tiempos?

La investigación que realizo, enmarcada en la elaboración freudiana, aborda la expresión “adquisición” de la *aptitud de analista* (Freud, 1989: 250), tal como es formulada por el mismo Freud en su texto “Análisis terminable e interminable” (1937). Esta investigación implica el recorte de una problemática específica que, aun presentándose a lo largo de toda la producción de Freud, halla su pertinencia específica a partir del giro conceptual de 1920.

Por lo tanto, la denominada segunda tópica es la que permite centrar el fundamento metapsicológico de este trabajo.

Los mecanismos de defensa, como manifestación de la resistencia estructural del ello, dan cuenta de una de las dificultades mayores para la conclusión de la cura:

“Y el hecho decisivo es que los mecanismos de defensa frente a anti-
guos peligros retornan en la cura como resistencias al restablecimiento.

Se desemboca en esto: que la curación misma es tratada por el yo como un peligro nuevo” (Freud, 1989: 240).

Siguiendo esta perspectiva, este obstáculo tiene consecuencias directas en “la adquisición de la *aptitud de analista*”. Se trata, por lo tanto, de la relación entre la conclusión de la cura y el advenimiento de un nuevo analista. Freud va a considerar este obstáculo de un modo específico en lo que se refiere al analítico mismo: “Parece, pues, que numerosos analistas han aprendido a aplicar unos mecanismos de defensa, que les permiten desviar de la persona propia ciertas consecuencias y exigencias del análisis” (Freud, 1989: 250).

Entonces, ¿cómo se adquiere la *aptitud de analista*?

Freud ubica dos condiciones: el análisis propio y un tiempo posterior a éste, referido a una continuación de los procesos de recomposición del yo. La conclusión del análisis es condición necesaria, pero no suficiente. Por lo tanto se designa como de pertinencia conceptual a esos procesos de recomposición del yo, en relación con los mecanismos de defensa.

Pero Freud no sólo se refiere a dos tiempos en “Análisis terminable e interminable”, sino que, además, el término español *aptitud* tiene en el original alemán dos palabras distintas que lo expresan y no son sinónimos.

Freud se pregunta: “¿Dónde y cómo adquiriría el pobre diablo aquella aptitud ideal que le hace falta en su profesión?” (Freud, 1989: 250). En alemán: “Wo und wie soll aber der Ärmste sich jene ideale *Eignung*⁶ erwerben, die er in seinem Berufe brauchen wird?” (Freud, 1993: 94).

Eignung es un sustantivo, que se traduce como aptitud, idoneidad, disposición, dotes. Este párrafo se refiere, en el marco del capítulo 7 de “Análisis terminable e interminable”, a lo que se adquiere en el análisis propio.

Cuando considera el tiempo posterior, al que me referí anteriormente, dice: “Ello en efecto acontece y en la medida en que acontece [la recomposición del yo] otorga al analizado aptitud de analista” (Freud, 1989: 250). El párrafo en alemán dice: “Das geschieht auch wirklich, und soweit es geschieht, macht es den Analysierten *tauglich*⁷ zum Analytiker” (Freud, 1993: 95).

Tauglich es un adjetivo, que quiere decir “capaz o hábil para realizar algo, saber hacer algo”.

6. Destacado del autor.

7. Destacado del autor.

Destaco en este punto que más tempranamente en su obra –en “De guerra y muerte”– Freud sitúa el término *aptitud* en estrecha relación conceptual con la exigencia pulsional y su alteración. *Aptitud es el nombre de una transmutación pulsional*. Y también allí utiliza en alemán dos términos distintos.

La “aptitud para la cultura” es *Fähigkeit zur umbildung*.

Fähigkeit, que significa estar en condiciones para realizar una tarea es sinónimo de *tauglich*, de acuerdo con el diccionario *Langenscheidt*.

Por su parte, la “aptitud total para la cultura” –en comparación con la vida pulsional que ha conservado su estado primitivo– refiere a *Kultureignung*.

Es sólo *Fähigkeit* la que implica “la capacidad de un ser humano para reformar las pulsiones egoístas bajo la influencia del erotismo” (Freud, 1989: 284).

El término *aptitud*, en la construcción teórica que realiza Freud en el texto “De guerra y muerte”, posee un fundamento pulsional.

En los textos donde se utiliza *aptitud* se puede observar que el traductor utiliza el término reiteradas veces, incluso en donde de la lectura del texto en alemán se desprende que tal uso no es del todo adecuado. La cuestión no es si se trata de una traducción correcta o no, sino que a veces para un término y su contexto en un idioma hay una “equivalencia cero” en el otro, o a un término en un idioma le corresponden varios en el otro. Tampoco estaría descartado que Freud sólo haya pretendido usar sinónimos para expresar un mismo concepto, que dicho sea de paso, fueron creados o dichos por primera vez por él.

Hay una dificultad mayor en interpretar términos con los cuales Freud crea un concepto, por ejemplo *Kultureignung*. Esta palabra compuesta por *die Kultur* y *die Eignung* no existe, él la usa por primera vez. El idioma alemán no sólo permite este juego en la composición de las palabras, sino que precisamente es una de sus características más importantes, la combinación de verbos, adjetivos y sustantivos entre sí para denominaciones nuevas.

2. Sobre el término *aptitud*

En los ocho textos investigados que detallo luego, aparece ocho veces la palabra castellana “aptitud” y una vez “apronte”, mientras que en los textos

originales en alemán Freud va a usar *Eignung*, *Fähigkeit*, *Tauglichkeit* y *tauglich*.

En el desarrollo idiomático de la palabra *Eignung* fue dándose un cambio en el significado. La forma histórica es *eigan* y proviene del alto alemán antiguo, también de ahí el *own* del inglés. La forma también histórica *aiganaz* del germánico, *aig* y *aik* del pregermánico significan “poseer, estar en posesión de, tener”. Aquí se trata de formas deducidas por la comparación idiomática y no tanto por la comprobación mediante el análisis de textos escritos. Esas formas originales no aparecen más en el alemán actual, sólo sus derivaciones.

Las raíces anteriormente mencionadas derivaron en *eigen* y hace referencia en el alemán actual a “posesión o propiedad”.

Por ejemplo: *das Eigen* / *das Eigentum*: propiedad, bienes raíces
Der Eigentümer / *in*: propietario / a
Eigen: propio, de perteneciente a

El término sustantivo *Eignung* proviene del adjetivo *eigen* que significa unido estrechamente a una persona o cosa, perteneciente a ella o ello, también “inherente” a ella o ello, o que le es propio o singular.

Eignung trae consigo también una suerte de “algo o alguien tiene una condición previa”, para lo cual califica o pretende calificar.

En la última parte de “Análisis terminable e interminable” Freud dice: “Ello en efecto acontece, y en la medida en que acontece otorga al analizado *aptitud* de analista” (Freud, 1989: 250).

En alemán va a decir: “Das geschieht auch wirklich, und soweit es geschieht, macht es den Analysierten *tauglich* zum Analytiker” (Freud, 1993: 95).

El verbo *taugen* se remonta al *tougen* de los siglos XII y XIII, de viejas formas del presente y pretérito. Entre otras formas está emparentada con la forma griega *tychein*: alcanzar un objetivo y otras formas antiguas que significan “eficaz” y “virtud”.

Consideramos que realizando un recorte (no excluyente) de los textos en los que Freud utiliza este término, se percibe su dimensión pulsional.

Desde esta perspectiva, se pondrá de relieve la hipótesis de trabajo que nos guía: *la aptitud como tauglich en el advenimiento de un nuevo analista implica una transmutación pulsional*.

Además del texto mencionado en primer término —“Análisis terminable e interminable”—, tomaremos una selección de otros siete textos para esta tarea.

Comenzamos por un texto de 1915 recientemente mencionado “De guerra y muerte. Temas de actualidad”. Allí, como dijimos, Freud va a hablar de la “aptitud para la cultura” con el término *Fähigkeit*, sinónimo de *tauglich* para referirse a “la capacidad de un ser humano para reformar las pulsiones egoístas bajo la influencia del erotismo”.

Aquí, como en otros de los textos que mencionaremos, la referencia conceptual es el primer ordenamiento pulsional: pulsiones del yo o de auto-conservación versus pulsiones sexuales.

En el mismo texto se nos advierte que no debemos sobrestimar “la aptitud total para la cultura” ya que, de hacerlo, “erramos juzgando a los hombres ‘mejores’ de lo que en realidad son” (Freud, 1989: 284).

Aquí la llamada “aptitud total” va a ser dicha con el término alemán de *Eignung*.

¿Qué es esta necesaria reforma de las pulsiones egoístas para alcanzar dicha aptitud en el marco teórico de 1915? Esta pregunta será recogida al final del presente capítulo.

En el texto “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (1914) –cercano teóricamente y por la época en que fue escrito a “De guerra y de muerte”–, Freud hace referencia a la denominada “aptitud para la neurosis”. Para poder ser neurótico se requiere de una aptitud determinada. No todas las personas poseen tal aptitud. Freud, aquí, no se está refiriendo ni a las psicosis ni a las perversiones como no aptas para las neurosis, sino a las mujeres llamadas “de un apasionamiento elemental...” (Freud, 1989: 170).

La pregunta que aquí se realiza es la siguiente: ¿cómo se puede compensar la “aptitud para la neurosis” con una necesidad de amor tan inexorable? Recordemos que este texto revela la conexión entre amor y pulsión en la transferencia y el fundamento ético de la regla de abstinencia.

¿Por qué la “aptitud para la neurosis” se vería cuestionada en estas mujeres? Nuevamente esta pregunta se recogerá, junto con las otras, al final, en el argumento conclusivo.

En un texto anterior, pero perteneciente a la misma época doctrinaria denominado “La moral sexual y la nerviosidad moderna” (1908) –a la luz de lo planteado por O. Masotta respecto de lo que él llamó “modelo pulsional”–, Freud diferencia perversión de homosexualidad y va a referir cómo en aquellos “aquejados de inversión” hallamos una “particular aptitud de la pulsión sexual para la sublimación cultural” (Freud, 1989: 170). “Aptitud de pulsión” para alcanzar un destino que implica una operación respecto a la meta.

¿Qué sería esta *aptitud* en el campo propio de la homosexualidad, en el desarrollo freudiano, que implica por lo tanto un destino pulsional?

Hasta aquí hemos ubicado: “aptitud de analista”, “aptitud para la cultura”, “aptitud para la neurosis”, “aptitud de la pulsión”.

¿Se trata de una decisión de escritura sin valor conceptual? ¿O, por el contrario, podemos orientarnos por ella, como tantas veces ocurre con formulaciones en estado práctico?

¿Podemos elevar el término castellano *aptitud* y sus originales alemanes al estatuto de un concepto?

Pasemos ahora a los textos posteriores al gran giro de 1920.

En el “Esquema del psicoanálisis” (1938-1940), en su tercera parte, se aborda la problemática respecto a la necesaria prohibición de la sexualidad infantil que ejerce efecto sobre la “aptitud o apronte del individuo para la cultura”. Este “apronte” o “aptitud”, según una nota a pie de página (Freud, 1989: 202), es una satisfacción sustitutiva de las metas sexuales primitivas. Podemos decir aquí que “la aptitud para la cultura” da cuenta de la paradójica satisfacción del superyó. Por lo tanto, nombra esa *aptitud* en relación con esa transmutación pulsional, ya que incluso esa operación implica una desexualización.

En “El porvenir de una ilusión” (1927), en el capítulo VII, se abordará la “aptitud para la cultura” en relación con el valor que la religión toma para ella. Si tanto la moralidad como la inmoralidad encontraron apoyo en la religión, ¿cuál sería su supuesto carácter necesario para la humanidad?, se pregunta Freud.

En el capítulo X de “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) se va a presentar el término *aptitud* en relación con aquello que ha conservado el individuo respecto a revivir su lazo libidinal con el proto-padre, mediante la experiencia hipnótica.

Se trata de la *aptitud* para revivir la actitud pasiva-masquista y para la resignación de la propia voluntad, por lo tanto, *aptitud* para alcanzar una modalidad de satisfacción pulsional fantasmática mediante la hipnosis.

Por último, y reservando para el final de las referencias trabajadas al texto “El malestar en la cultura” (1929-1930), nos interesa destacar lo que allí hallamos: es en este último texto donde vamos a encontrar conectado el término *aptitud* con “fuente de goce” en la pluma de Freud.

En el capítulo III se aborda la cuestión respecto a la transformación —y sus consecuencias— de los modos de satisfacción como “tarea económica de

nuestra vida” respecto al desarrollo cultural. Freud se refiere en este punto a una particular fijación: la anal. La satisfacción anal se logra mediante una propiedad de carácter: carácter anal. Esta formación se expresa desfiguradamente en los rasgos de orden y limpieza que poseen “aptitud para ser fuentes de goce”. Orden y limpieza no son síntomas, sino rasgos de carácter; entonces, ¿cuál es su diferencia? ¿Por qué en tanto tales poseen *aptitud* para ser fuentes de goce?

Esta articulación sigue las coordenadas de “Carácter y erotismo anal” (1908), texto que investiga el nexo entre el carácter y la conducta de órgano. La “desfiguración” se produce por la operación de las llamadas formaciones reactivas como la vergüenza, el asco y la moral. (Decidimos escribir aquí *desfiguración* entre comillas, ya que sería necesario establecer la diferencia entre síntoma, carácter y formación reactiva.) Esta “desfiguración” está sostenida en el texto en el doble sentido propio del lenguaje —en la dimensión metafórica del mismo—, pero el carácter pertinaz se sostiene decididamente en la experiencia de paliza como “estimulación dolorosa sobre la piel de las nalgas...” (Freud, 1989: 156). En este punto no hace serie con “ordenado y ahorrativo”.

Freud concluye el texto diciendo: “los rasgos de carácter que permanecen son continuaciones inalteradas de las pulsiones originarias, sublimaciones de ellas, o bien formaciones reactivas contra ellas” (Freud, 1989: 158).

A su vez, en “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico” (1916) el carácter va a quedar presentado como una modalidad de satisfacción no referida al ciframiento inconsciente.

La sublimación indica una modificación del objeto; la formación reactiva una operación del síntoma, pero la pregunta que queda abierta se ubica respecto a aquellas “continuaciones inalteradas de las pulsiones originarias” (Freud, 1989: 158) como rasgos de carácter.

CAPÍTULO 2

UN TESTIMONIO DE FREUD

1. En la Acrópolis

Freud, que jamás habló ni escribió desde el lugar de esa enfermedad profesional que es la infatuación, elaboró su teoría a partir de la práctica del obstáculo, que incluía también su implicación subjetiva. A los ochenta años no había perdido su capacidad de sorpresa ni su deseo de saber; por eso podría haber sido recomendado por Sócrates como un conjurador del temor a la muerte, tal como lo hace con Cebes y Simmias en su diálogo titulado *Fedón*.

En 1936, Freud escribe un breve trabajo como regalo de cumpleaños número setenta de su admirado Romain Rolland. Este texto tiene el valor de un testimonio. En la carta que le envía (“Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis”) escrita en 1936, relata un episodio que vivió en 1904 cuando estuvo con su hermano diez años menor que él (tenía la misma edad que Romain Rolland) en Atenas. Freud recuerda insistentemente ese episodio en los últimos tiempos, desde que se ha vuelto un anciano menesteroso de la indulgencia ajena y cuando ya no puede viajar.

El relato es el siguiente: iban de vacaciones, vía Trieste, hacia la isla de Corfú. Un amigo y cliente del hermano lo desaconseja debido al intenso calor que hacía en la zona y recomienda Atenas. Antes de abrirse la ventanilla de la venta de pasajes asedió a ambos hermanos un gran malhumor y sólo podían imaginar impedimentos y dificultades en relación con la excursión propuesta. Es más, pensaban que no los iban a dejar entrar en Grecia, ya que no disponían de pasaportes, pero ya ante la Acrópolis tuvo un asombroso pensamiento: “¡Entonces, todo esto existe efectivamente tal como lo aprendimos en la escuela!”. Ante este pensamiento se produjo lo que denomina “escisión de la personalidad”: una parte de su personalidad tuvo ese pensamiento sorprendente y la otra parte percibió sorprendida ese pensamiento sorprendente.

La primera se comportó como si una observación incontestable la obligara a creer en algo cuya realidad le había resultado hasta entonces incierta. La segunda, asombrada, ya que nunca había sabido que se dudara de la “existencia real de Atenas” (Freud, 1989: 215).

Lo primero que Freud hace con esto es indicar que el malhumor y la desazón en Trieste y el episodio de la Acrópolis están en íntima relación.

Lo segundo es la pregunta: ¿Por qué tal incredulidad respecto de algo que promete un gran placer? La respuesta está en la línea argumental de los que fracasan al triunfar, aquellos que enferman y hasta llegan a perecer porque se les ha cumplido un deseo de intensidad avasalladora, es decir, la irrupción de la conciencia moral, de la severidad superyoica.

Lo tercero es situar lo que denomina “sentimiento de enajenación”: un fragmento de la realidad es vivido como ajeno, y cuando lo ajeno es un fragmento del yo, se presenta como despersonalización; ambos modos de defensa se manifiestan como desmentida de lo perturbante.

Lo cuarto es el despejamiento sobre el trastorno del recuerdo.

“No es cierto que en mis años de estudiante secundario dudara yo alguna vez de la existencia real de Atenas. Sólo dudé de que pudiera llegar a ver a Atenas [...] de que pudiera llegar tan lejos” (Freud, 1989: 220).

Esto le da la clave del episodio, no sin antes haber pasado por los momentos de incertidumbre.

Recordemos que el padre de Freud, pequeño comerciante, no había cursado la escuela secundaria y, por lo tanto, ni había conocido a Atenas, ni

ésta podía significar gran cosa para él. Lo que empañaba el goce del viaje era una moción de piedad hacia el padre.

La afirmación más intensa y compleja del texto es: “Parece como si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre, y como si continuara prohibido querer sobrepasar al padre” (Freud, 1989: 221). En esta frase hay cuestiones de dos niveles diferentes entre sí, a partir de la elaboración misma del escrito por parte de Freud. Un nivel es de la función y otro, el de las figuras del padre. Uno se refiere al operador estructural, y otro, a la construcción neurótica.

Freud llega más lejos que el padre, pero ¿“superando” al padre, a partir de la “ambición de triunfar sobre él”? Entendemos que el padre muerto no es padre “matado” o “superado”, sino el padre como un nudo de la determinación de las asociaciones, un lugar desde el que es posible construir una diferencia y no una referencia atormentadora de rivalidad y culpa. Esta referencia es una manifestación de los mecanismos de defensa.

Freud viaja a la Acrópolis, descompletamiento del Otro, territorio nuevo, inédito. Se trata de la autonomía de su descubrimiento, de la fundación de un nuevo campo, como él dice su “osada intromisión”.

Pero, si triunfa donde la paranoia fracasa, es a partir de lo que llama Edipo. Esto es, el padre como prohibidor del goce. El padre muerto. En este sentido, los dos hechos que Freud articula en relación con el trastorno del recuerdo –la severidad superyoica y el sentimiento de enajenación y despersonalización– ordenan una lógica. El primero es adscripto a la severidad superyoica en la línea de los que fracasan al triunfar; el segundo, a la conmoción de la realidad psíquica. Pero en uno y otro hay un momento de concluir atinente al acto que, sabemos, es sin Otro.

Estaban los hermanos descontentos e irresolutos,

“[...] pero cuando llegó la hora fuimos a la ventanilla y compramos pasajes en el vapor para Atenas, como si fuera lo más natural, sin hacer caso de las presuntas dificultades y aún sin comunicamos entre nosotros las razones de nuestra decisión” (Freud, 1989: 214).

O sea, uno por uno. Esta decisión lo arranca de la coartada neurótica de superar al padre, y lo precipita al punto de conmoción de lo que, en Freud, sostiene la realidad psíquica y se llama Edipo. Función paterna como tapón del significante del otro barrado. Precisamente, en el primer momento –como

coartada neurótica—, quedan atrapados los hijos de Willy Loman, personaje central de *Muerte de un viajante* de Arthur Miller.

El hijo mayor carga sobre sus espaldas —al precio de su aplastamiento subjetivo— el encuentro con la impostura paterna. Lo castiga con su fracaso, y a un mismo tiempo desespera, por no estar a la altura de lo que se espera desde el Ideal. El menor de los hijos, tomando la vertiente reivindicativa, orienta su vida para que la de su padre no haya sido en vano - para ambos: el infierno.

Freud, sin embargo, se refiere a esa experiencia en Atenas como de carácter alucinatorio. Hay una conmoción de la realidad que se expresa tanto en la división subjetiva, como en la manifestación de la mirada paterna. El padre se presenta como figura de censura sobre el goce de la imagen acompañando el sentimiento de irrealidad.

Como afirmaba J. A. Miller en el V Encuentro Brasileño, en la Acrópolis hay revelación de la esquicia entre mirada y visión. Si en el campo escópico “no se percibe, no se siente, no se ve, no se experimenta la pérdida del objeto pequeño *a*. [...] Es el campo que podría permitir olvidar la castración, y es también un campo desangustiante, pacificador” (Miller, 1994). La extracción del *a* sirve de marco al fantasma y, por lo tanto, a la representación de la realidad a partir de lo que no tiene representación: lo real pulsional.

En esta experiencia de Freud, el *a* se presenta como plus de goce, produciendo el efecto de irrealidad, conmoviendo lo imaginario como captura de goce, y el apaciguamiento de la angustia de la castración.

El psicoanálisis tiene su fecha de nacimiento con “La interpretación de los sueños” (1899-1900), y ahí el famoso capítulo VII con su “Introducción”: El sueño: “Padre, ¿acaso, no ves que me abraso?”, tomado por Lacan en *El Seminario, Libro 11* como articulador entre *Tyche* y *automatón* y “de la mirada como objeto *a* minúscula”.

PARTE V

CONCLUSIONES FINALES

CAPÍTULO 1

LA ADQUISICIÓN DE LA APTITUD DE ANALISTA

1. Formación del analista

Si el objeto de este trabajo es dar cuenta del obstáculo que representan los mecanismos de defensa para adquirir la *aptitud de analista*, y si hemos destacado los nudos conceptuales que se hacen presentes en el desarrollo de Freud, el horizonte perseguido es alcanzar a despejar lo vivo, lo actual de esta problemática.

Es en el marco de “Análisis terminable e interminable” (1937) en donde explícitamente se plantea esta cuestión, pero es algo que Freud abordó a lo largo de toda su elaboración.

En este texto, tal como su nombre lo indica –ya en los últimos momentos de la vida del creador del psicoanálisis–, el objetivo es dar cuenta de la conclusión del análisis, sus obstáculos, límites e *impasses*. Cuestión que desplegaremos en el próximo punto.

Pero, en medio de este desarrollo, surge la cuestión del advenimiento de nuevos analistas. Por lo tanto, si los capítulos de “Análisis terminable e interminable” tuvieran título, el número siete merecería llamarse “Fin de análisis

y formación del analista”. Formación como efecto del mismo análisis. “El pasaje de analizante a analista” podría ser el subtítulo. Este pasaje no implica solamente la dimensión del inconsciente, de la verdad, de la realidad psíquica, del deseo, sino la cuestión de la pulsión y la satisfacción.

Al mismo tiempo, la construcción conceptual que realiza Freud da cuenta de las razones metapsicológicas de lo que en los “Escritos técnicos” llamó “regla de abstinencia”. No responder a los subrogados, y dejar subsistir las fuerzas pulsionantes para el trabajo y la alteración, son posibles a partir del análisis de los mecanismos de defensa en el análisis del analista.

Dirigir las curas desde los propios mecanismos de defensa es un ejercicio de poder, una práctica sugestionadora que satisface necesariamente los subrogados que demandan los neuróticos.

En este punto, se abren las cuestiones respecto a las consecuencias clínicas de los *impasses* del análisis de los analistas.

“Mecanismos de defensa” es un concepto que tuvo su esplendor en el llamado “annafreudismo”, pero en la actualidad ha perdido su vigencia. “Adquirir la aptitud de analista” no es una fórmula que se haya extendido, mucho menos en nuestra contemporaneidad.

Pero ambas cuestiones y su relación intrínseca poseen razones para la continuación de un trabajo permanente, no agotado.

El “hiperpoder del factor cuantitativo”, “la roca de base”, “la desautorización de la feminidad” son nombres de los límites para el final de análisis que regularmente se consideran.

Pero destaco otro que normalmente no es tomado en cuenta:

“Y semejante inclinación al conflicto, que aparece de manera independiente, difícilmente se pueda reducir a otra cosa que a la injerencia de un fragmento de agresión libre” (Freud, 1989: 246).

2. Interrogación del texto “Análisis terminable e interminable”

Podemos ubicar el inicio de “Análisis terminable e interminable” en la introducción que James Strachey realiza al citar a Freud, refiriéndose a la conclusión

del análisis del paciente “E”. Conclusión con un resto: “Espero que este resto no menoscabe el éxito práctico” (Freud, 1989: 217). A lo largo de todo el escrito se va a presentar la dimensión del resto con diferentes nombres.

Como arquitectura del texto, Freud va a formular una tripartición: pulsión - trauma - yo.

“La tripartición de Freud, es sin duda, una tripartición que concierne a la causalidad de la neurosis, y que dice: o bien esta causa es exterior y contingente, y es el trauma; o bien es interna y constitucional, y es la pulsión; o bien la causa está entre lo que es interior y exterior, y que Freud llamó el yo” (Miller, 1994: 21).

Sin embargo, en el curso del texto, Freud va a dar cuenta de lo que llama “fórmula mixta”, ya que en la neurosis hay tanto una dimensión traumática como una pulsión hiperintensa (indomeñable). Esta dimensión es la que se encuentra presente en la formulación de Freud cuando expresa:

“¿Acaso nuestra teoría no reclama para sí el título de producir un estado que nunca preexistió de manera espontánea en el interior del yo, y cuya neo-creación constituye la diferencia esencial entre el hombre analizado y el no analizado?” (Freud, 1989: 229-230).

Formulación que implica un cambio en la economía libidinal, más allá de los efectos terapéuticos.

En esta perspectiva, la radicalidad de la operación analítica va a implicar la pregunta por los conflictos latentes, a partir de la pregunta que presenta la cuestión referida a lo preventivo.

Las explicaciones, la comunicación de un saber, revelan su impotencia. La intervención en la realidad es un atentado a la autonomía del sujeto y sus elecciones (esto sería un ejercicio de poder y una dirección de la cura desde los “saldos lamentables”). Finalmente, afectar el conflicto latente para que se haga manifiesto mediante maniobras en la transferencia, podría conllevar ciertos riesgos. Pero se puede concluir que la posición de abstinencia del analista en sí misma implica una operación sobre los conflictos latentes.

Pasemos ahora a ubicar someramente los ejes centrales de cada capítulo del texto freudiano que estamos considerando, para situar las líneas de fuerza de la interrogación que nos guía.

El primer capítulo, que Miller en el texto recientemente citado llamará “La duración y el resto”, trata no sólo de la cuestión de la duración sino de la cuestión de dónde asir clínica y teóricamente el final de análisis.

La guía central del segundo capítulo es la pregunta respecto a qué quiere decir “final o término de un análisis”. La etiología “mixta” de la neurosis lo llevará a ubicar la cura en términos de “decisión”. Se va a tratar de “sustituir la decisión deficiente que viene de la edad temprana por una tramitación correcta” (Freud, 1989: 223), fórmula de una gran importancia a lo largo de la obra freudiana, en donde la responsabilidad del sujeto se presenta en las fijaciones tempranas mismas, de ahí el concepto de “elección de neurosis”. Recordemos el ordenamiento: fijación - defensa - síntoma. La “alteración del yo” tiene etiología propia y, por lo tanto, el intento de dominio yoico se define por su fracaso, por su resto.

El núcleo del tercer capítulo se centra en el llamado “domeñamiento” de la pulsión. Domeñamiento es en alemán *Bandigung*, y quiere decir mezcla o ligadura de la pulsión, específicamente de la pulsión de muerte. Recordemos que la pulsión de muerte no ligada es el fundamento de la angustia traumática, como lo hemos desarrollado en capítulos anteriores.

Freud ubica dos cuestiones que pueden acrecentar la intensidad pulsional, ambas implican una irrupción del cuerpo: la pubertad y la menopausia; se trata de la presencia del cuerpo no como unidad narcisista. El estado “neo-creado” que abordamos al inicio de este capítulo entra en relación con la cuestión de si es posible rectificar el proceso represivo primario.

En el número 36 de la *Revista Uno por uno* ya citada, Miller dice respecto a este punto:

“Todo el texto de Freud está para decir lo contrario: la represión originaria no tiene contenido, esto es, propiamente hablando, el principio del sin fin. La represión originaria, según Rank, es la palabra final. No hay palabra final, lo que no impide que eso no sea sin conclusión [...]”
 “De hecho, la represión originaria es sin contenido; solamente significa que siempre hay represiones que aparecen. La represión originaria quiere decir que siempre habrá que encontrar la verdad en el infinito” (Miller, 1994: 48).

El cuarto capítulo aborda la cuestión ya referida en el primer punto de este capítulo, respecto a la cuestión de volver actuales los “conflictos latentes”.

Debemos agregar que esta “actualidad” se produce “espontáneamente” por la técnica analítica misma, en “el sentido del precepto según el cual el análisis tiene que ejecutarse en la frustración (*Versagung*)” (Freud, 1989: 234). Por lo tanto, como dijimos, la regla de abstinencia es un operador de este *volver actual* el conflicto. Está formulado aquí un debate sobre la importancia de la emergencia de la transferencia negativa para una cura analítica. ¿Cuál es el problema latente en esta cuestión? Que la neurosis vuelva a aparecer, que luego de la curación no se presente nuevamente por esos restos fecundos, llamados aquí “conflictos latentes”. Estos restos dan cuenta de lo llamado por Freud “viscosidad de la libido”, de aquello que no es del orden de lo descifrable.

En el capítulo quinto, capítulo central para nuestro trabajo, Freud se va a ocupar de la alteración del yo. El gran problema que aborda, en esta perspectiva, es que los mecanismos de defensa toman la cura misma como un peligro y se presentan como una resistencia al restablecimiento, como resistencia al descubrimiento de las resistencias. La alteración del yo es efecto de esa operación. Freud deja claramente establecido que un yo normal (no alterado, no desgarrado, no escindido) es una ficción ideal.

“Los mecanismos de defensa sirven al propósito de apartar peligros. Es incuestionable que lo consiguen; es dudoso que el yo, durante su desarrollo, pueda renunciar por completo a ellos, pero es también seguro que ellos mismos pueden convertirse en peligros. [...] pero éstos [los mecanismos de defensa] se fijan en el interior del yo, devienen unos modos regulares de reacción del carácter, que durante toda la vida se repiten tan pronto como retorna una situación parecida a la originaria” (Freud, 1989: 239).

Estas líneas centrales para este trabajo están sostenidas en una lógica rigurosa que revela anticipaciones fundamentales de los inicios de la obra de Freud (la viscosidad de la libido, las fijaciones, los restos del fracaso de la defensa, la hipótesis auxiliar respecto a la fuente independiente de desprendimiento de displacer, etcétera).

A su vez, este capítulo quinto está fuertemente basado en lo que se desprende de “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]), “Más allá del principio de placer” (1920), “El yo y el ello” (1923), “El problema económico del masoquismo” (1924) y “Pegan a un niño” (1919). Por otra parte, en él se abren preguntas, entre ellas: ¿qué relación hay entre “el carácter” y “los mecanismos de

defensa”? La referencia fundamental que considero en relación con este quinto capítulo del texto de Freud es que esa respuesta estereotipada fijada en el ello implica un modo regular de la fórmula: “[...] si la percepción de la realidad objetiva trae displacer, ella –o sea, la percepción– tiene que ser sacrificada” (Freud, 1989: 239). Se sacrifica la verdad y se conserva la satisfacción.

Miller va a hacer corresponder el fantasma fundamental –tal como es formulado por Lacan– con el mecanismo de defensa respecto a la pulsión (Miller, 1994: 78-79): el mecanismo y su articulación.

En el sexto capítulo se formalizan las dos grandes resistencias estructurales: la resistencia del ello y la del superyó, con sus modalidades de expresión clínica; los mecanismos de defensa corresponden a la primera, la reacción terapéutica negativa, a la segunda.

Respecto a la resistencia del ello, claramente Freud dejará sentado la particularidad de este yo de la segunda tópica. Antes de que exista como instancia, ya tiene establecidas todas sus orientaciones, tendencias y reacciones e implican las más tempranas fijaciones, soporte de la viscosidad de la libido. Antes del yo está el ello.

Recordemos que en la pluma de Freud nadie enferma por una fijación pulsional, sino por el contrario, cuando se ve constreñido a abandonarla.

La resistencia del superyó, como la abordamos en el capítulo correspondiente, se va a articular con el sentimiento inconsciente de culpa –argumento neurótico explicitado en el texto “El yo y el ello”–, al servicio de la necesidad de castigo en el núcleo del síntoma.

Además de la referencia a Empédocles y sus dos principios, el del amor y el de la discordia, este capítulo nos deja también un resto fecundo, el ya mencionado “fragmento de agresión libre”, verdadero responsable de la inclinación al conflicto. Su relación de ligadura con el representante psíquico es de imposibilidad.

El capítulo siete da cuenta del anudamiento de todo lo hasta aquí desarrollado, y lo articula con el advenimiento de nuevos analistas. Freud inicia el capítulo con la cita de un trabajo de Ferenczi, de 1927, llamado “El problema de la terminación de los análisis”. Quizá, no sin cierta ironía, Freud dice que el trabajo de Ferenczi: “Concluye con esta colaboradora seguridad: el análisis no es un proceso sin término, sino que puede ser llevado a un cierre natural si el analista tiene la pericia y paciencia debidas” (Freud, 1989: 248).

Pero Freud agrega que: “Ferenczi añade todavía la valiosa puntualización de que es igualmente decisivo para el éxito que el analista haya aprendido

bastante de sus propios ‘yerros y errores’, y cobrado imperio sobre los ‘puntos débiles de su propia personalidad’” (Freud, 1989: 248).

Freud entonces comienza a realizar la articulación entre fin de análisis y formación del analista a partir del texto de Ferenczi. Como dice Jorge Jinkis:

“El analista debía ser analizante y esta posición, que con cierta irreverencia podría indicarse como *teoría del análisis permanente*, no es ajena a que Ferenczi se convirtiera, como afirma Lacan, en ‘el más auténtico interrogador de su responsabilidad de terapeuta’” (Jinkis, 1988: 17).

Y continúa:

“Todavía no escuché a ningún analista hablar de estos obstáculos en el análisis, excepto a mis propios alumnos que han heredado de mí la manía de buscar la falta en ellos mismos” (Jinkis, 1988: 19).

Para Ferenczi —en *Teoría y técnica del psicoanálisis*— la influencia directa de los estímulos y la anestesia como operación superyoica son semejantes a la sugestión y la intimidación de una voluntad extraña: “La sugestión es, por lo tanto, un tratamiento paliativo; el psicoanálisis anhela ser llamado un ‘proceso causal de curación’” (Ferenczi, 2001: 47).

Ferenczi señala algo que nos parece pertinente:

“Con lo dicho sólo he querido mostrar que no solamente el análisis no es ninguna clase de sugestión sino una batalla constante contra las influencias de dicha sugestión, y que la técnica del psicoanálisis hace uso de más medidas de protección contra la creencia ciega y la sumisión sin resistencia que cualquier otro método de enseñanza y esclarecimiento que haya sido usado en la crianza de los niños, en la universidad o en el consultorio” (Ferenczi, 2001: 50).

Ciertamente Freud ubica el psicoanálisis como una de las tres profesiones imposibles, junto con el gobernar y el educar, respecto a las cuales “se puede dar anticipadamente por cierta la insuficiencia del resultado” (Freud, 1989: 249).

Es en este capítulo de “Análisis terminable e interminable” donde se va a presentar la problemática crucial de la adquisición de la *aptitud de analista* y su relación con los mecanismos de defensa.

Allí Freud plantea la pregunta respecto a dónde adquiere al que llama “el pobre diablo” la “aptitud ideal” que le hace falta en su profesión. En principio, es interesante notar que cada vez que Freud nombra “ideal” luego de un término, su referencia es un imposible. Diría que no hay tal aptitud “ideal”, tal como el mismo Freud lo formula cuando se refiere al análisis, cada cinco años, para los analistas.

La primera respuesta es: en el análisis mismo. “Cumple su cometido si instila en el aprendiz la firme convicción en la existencia de lo inconsciente...” (Freud, 1989: 250). Se trata de una operación respecto al *no querer saber* constitutivo de la neurosis. Podríamos decir que es atinente a la relación de la responsabilidad respecto al deseo inconsciente.

“No resulta, pues, excesivo definir el final de análisis, o al menos aquello hacia lo que tiende, como un levantamiento de la represión y un acceso a un saber que era rechazado, inaccesible para el sujeto. E incluso se puede discutir en este orden si este acceso es completo, si es parcial, y si sigue siendo interminable, o si, por el contrario, puede cumplirse de una vez por todas. Entonces podemos sostener que la definición del análisis como experiencia de saber resulta de la definición freudiana de represión” (Miller, 2003: 14).

Por lo tanto, una experiencia respecto a la verdad, a la realidad psíquica, a la escisión consciente-inconsciente, implicaría un triunfo respecto a lo que tempranamente se definió como “fracaso” de la pulsión de saber.

Pero esta convicción de la existencia del inconsciente no basta. Es necesario algo más, que puede acontecer o no. Es algo que se puede producir en el tiempo posterior al análisis, pero como efecto de éste. Freud lo llama “procesos de recomposición del yo”.

¿De qué se trata? ¿Cómo podemos definirlo sin forzar la lógica del texto, sino por el contrario manteniéndonos en absoluta fidelidad con él?

Dirigir las curas desde los propios mecanismos de defensa da cuenta de que esa recomposición del yo no se produjo: “Tratándose del desenlace de una cura analítica, éste depende en lo esencial de la intensidad y la profundidad de arraigo de estas resistencias de la alteración del yo” (Freud, 1989: 241).

Por lo tanto, esta segunda condición no refiere al inconsciente, al deseo, sino a la pulsión, a la satisfacción, a un estado inédito de la economía libidinal. Dirigir las curas desde los propios mecanismos de defensa implica

la caída de las reglas de asociación libre y de abstinencia, en sus dimensiones éticas y técnicas.

El sostenimiento de ambas reglas implica las condiciones de posibilidad de que el analista pueda quedar instituido como el objeto de la neurosis artificial, y que escuche la producción inconsciente del paciente sin selección desde los propios complejos. Por lo tanto, un cierre de su propio inconsciente. Como veremos, este cierre del inconsciente por parte del analista es condición de posibilidad de los análisis, pero a su vez, como dice Freud, también éstos son “peligros del análisis” (Freud, 1989: 250-251).

“Todo analista debería hacerse de nuevo objeto de análisis periódicamente, quizá cada cinco años, sin avergonzarse por dar ese paso” (Freud, 1989: 251).

Objeto de análisis: reapertura del inconsciente.

No avergonzarse: renunciar a la posición de poder (proceso de recomposición del yo).

“Si a un hombre se le confiere poder, difícil le resultará no abusar de ese poder” (Freud, 1989: 250).

Finalmente, en este capítulo siete, Freud considera el final de análisis un asunto práctico que no preserva ni pretende sin insuficiencia, sin resto.

Antes de pasar al último capítulo, dejaremos asentada una cita que recogeremos en los próximos puntos.

“Las consideraciones sobre el factor cuantitativo, sobre las manifestaciones residuales, se aclaran para nosotros a partir del concepto *petit a*. Este trabajo puede ser, pues, la ocasión de fundar la traducción - formalización por Lacan del texto de Freud, y de justificar para nosotros mismos la lengua que hablamos” (Miller: 44).

En el capítulo ocho se van a presentar los límites, los *impasses*, las insuficiencias, los restos. Es importante abordarlo en relación con otros dos textos: “La escisión del yo en el proceso defensivo” (1938-1940) y “Esquema del psicoanálisis” (1938-1940). Los dos temas que sobresalen en este capítulo son los aunados en la llamada “roca de base”: la envidia del pene, la protesta masculina.

“Predicar en el vacío” es la fórmula de la impotencia para remover la envidia del pene, y la sobrecompensación desafiante remite al “sustituto paterno” en la figura del analista.

Finalmente, más allá de la “roca de base”, la desautorización de la feminidad.

Comenzaremos con la cuestión del llamado “sustituto paterno” como un nombre del analista: “El hombre no quiere someterse a un sustituto del padre, no quiere estar obligado a agradecerle, y por eso no quiere aceptar del médico la curación” (Freud, 1989: 258).

Kardiner en su texto *Mi análisis con Freud* dice:

“En cuanto a la evaluación de Freud como analista en esa época estaba muy cercana la experiencia para valorar lo que había ocurrido. En una ocasión le pregunté a Freud qué pensaba de él mismo como analista: ‘Me da gusto que me lo pregunte, porque francamente no tengo gran interés en problemas terapéuticos. En la actualidad soy muy impaciente. Tengo muchas cosas que me descalifican como gran analista. Una de ellas es que soy mucho el «padre»’” (Kardiner, 1979: 70-71).

Vía la “roca de base”, se hace presente en este capítulo lo que se ha llamado el límite fálico en la elaboración freudiana. Pero ese límite no es sin una apertura que permitió elaboraciones posteriores. Si las clásicas tres salidas respecto de la feminidad, por ejemplo, lo dijera todo al respecto, no se seguiría presentando como enigma al final de la obra.

La articulación de los Complejos de Edipo y Castración, cuyo articulador es el falo, marca para la niña dos efectos: la desvalorización y la reivindicación. En el niño, la “actitud edípica”, perteneciente a la fase fálica, se va al fundamento por el interés narcisista hacia los genitales. La privación del miembro fálico es equivalente a una separación de la madre. Tengamos en cuenta, a su vez, que la castración en la madre es la que origina la ecuación niño = pene (falo). Para Freud, lo que se ha llamado la alta estima narcisista respecto al pene se basa en que la posesión del órgano contiene la garantía para lo que sería una reunión con la madre en el acto del coito. En la aspiración del regreso al seno materno, el individuo se subroga por su órgano genital. Sustituye regresivamente el órgano peneano por la persona toda.

Estas elaboraciones de “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]) arrojan una valiosa luz al tratamiento de la castración tal como ya lo hemos desarrollado.

Por otra parte, el complejo de Edipo es un operador de interdicción, sustitución y reforzamiento. Prohíbe, abre el camino de las sustituciones, y “refuerza” la identificación primaria, tal como claramente se desarrolla en “El

yo y el ello" (1923). El complejo de Edipo, a su vez, es un argumento necesario. Es una atribución de significación que vela, que encubre la no satisfacción plena de la pulsión por obstáculo interno.

En "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" (1925), Freud se va a preguntar si la excitación sexual está causada por el complejo de Edipo, y se va a responder que no, que es un placer de órgano. En un segundo momento, se anuda al complejo de Edipo y queda formando parte de su trama.

Finalmente, podemos decir que el complejo de Edipo es una ley de intercambio. Para que la ley de la prohibición funcione, el padre representante de esa ley debe estar también él sometido a esa ley. Al mismo tiempo que prohíbe y dona las sustituciones, debe prohibirse él ciertas satisfacciones.

Recordemos solamente a modo de ejemplo el Punto "F" del "Historial del Hombre de las ratas" (1909), donde Freud ubica la relación causal entre el retroceso en el campo del deseo, a favor de un cálculo de goce en el padre y los síntomas del sujeto.

Respecto a otras consideraciones en la obra de Freud, más allá de las "tres salidas fálicas", podemos dejar sucintamente situado el abordaje de lo femenino en el cuarto capítulo de "El malestar en la cultura" (1929-1930), en relación con la oposición de las mujeres al imperativo superyoico cultural.

En el último capítulo de "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921), la teoría del amor hacia una mujer difiere absolutamente de la desplegada en el mismo texto en el capítulo "Enamoramiento e hipnosis". En este último, el ordenamiento refiere a la dimensión del Ideal, pero en el primeramente mencionado, la mujer es ubicada en lugar mismo del síntoma, teniendo además función de causa.

En los textos sobre la vida amorosa hallamos el lugar de lo femenino como tal, como lo inquietante, fundamental en la separación madre-prostituta.

En esta misma perspectiva, en el excelente texto "El tabú de la virginidad" (1918 [1917]), Freud da cuenta de cuatro niveles de lo hostil, y no uno, como clásicamente se lo ha tomado.

El primer nivel da cuenta de la reivindicación fálica (como se lo ha considerado). El segundo, la necesaria castración del *partenaire* para la posibilidad del amor. El tercer nivel, que es fundamental al igual que el cuarto, nombra la hostilidad como una atribución de los hombres a lo radicalmente otro, ajeno, enigmático en la mujer.

Finalmente, lo hostil como *Umheimlich*, como emergencia pulsional no ligada.

“Una segunda explicación prescinde igualmente de lo sexual, pero tiene una proyección mucho más universal. Indica que el primitivo es presa de un apronte angustiado que lo acecha de continuo, tal y como lo aseveramos nosotros, en nuestra doctrina psicoanalítica de las neurosis, respecto de los aquejados de neurosis de angustia. Ese apronte angustiado se mostrará con la mayor intensidad en todas las situaciones que se desvíen de algún modo de lo habitual, que conlleven algo nuevo, inesperado, no comprendido, ominoso” (Kardiner, 1979: 70-71).

En el capítulo VII de “Esquema del psicoanálisis” (1938-1940), Freud afirma que: “El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro” (Freud, 1989: 188).

En este punto es fundamental tener en cuenta que Freud recupera esta cuestión en el capítulo VIII del texto mencionado, para abordar la temática central de la escisión del yo como “rasgo universal de las neurosis” (Freud, 1989: 205).

Sabemos que el padre de la articulación Edipo-Castración es presentado en dos vertientes, siendo una el envés de la otra. El tótem, ordenador edípico de los modos de satisfacción; el superyó como imperativo que se satisface en la renuncia misma.

El complejo de castración es la traducción neurótica de la castración como hecho de estructura (no hay satisfacción plena de la pulsión por obstáculo interno, no por prohibición). Traducción neurótica que implica la versión fantasmática del padre como el que nos separa de la satisfacción. Por lo tanto, se traduce en términos de impotencia (“impotencia psíquica” lo llama Freud en los textos sobre la vida amorosa) lo que es del orden de la imposibilidad.

El lugar prevalente del padre en la estructura psíquica puede situar una concepción del final de análisis –como también de la posición del analista– que pudiera con la significación fálica decirlo todo.

Ciertamente Freud se refiere al analista como sustituto paterno, y el querer remover el *penisneid* como predicar en el vacío, pero lo que en el “Esquema del psicoanálisis” llama “ultimidad” va a nombrar una imposibilidad y el más contundente testimonio, de que el falo no lo dice todo.

3. La curación como peligro

La pregunta que organiza este punto es ¿por qué la cura misma es vivida como un peligro?

“Y el hecho decisivo es que los mecanismos de defensa frente a antiguos peligros retornan en la cura como resistencias al restablecimiento. Se desemboca en esto: que la curación misma es tratada por el yo como un peligro nuevo” (Freud, 1989: 240).

Ante el horror del encuentro con la castración, el aparato va a responder con lo que podríamos denominar “el complejo fantasmático”. ¿Cuál es la matriz de este complejo? La construcción “pegan a un niño”, expresión del masoquismo femenino. Recordemos que Freud nos dice en “Análisis terminable e interminable” que es la posibilidad de influir sobre el masoquismo lo que pone a prueba el poder analítico.

Podemos anticipar que, según cómo se atraviesa ese peligro, puede o no producirse la “adquisición de la aptitud de analista”.

Las referencias a tomar en cuenta para este abordaje parten, en principio, de lo desplegado en los capítulos precedentes de esta tesis: “Pulsión de muerte, angustia y síntoma” y en “El ello y los mecanismos de defensa”.

El peligro a partir de “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]) es el encuentro con la castración del otro materno, cuestión que articula la angustia traumática y la pulsión de muerte. El estado de desamparo, del “Proyecto de psicología para neurólogos” (1950 [1895]), que Freud vuelve a tomar en “Inhibición, síntoma y angustia” articulado a la angustia traumática, va a ser nombrado como: “no ha menester de interpretación psicológica alguna” (Freud, 1975: 131) y va a referir a una carencia de significación ante esa presencia, a merced del Otro. El ejemplo freudiano por excelencia está desarrollado en el artículo “Lo siniestro” (1919).

Diana Rabinovich en su texto *La angustia y el deseo del Otro* va a decir:

“En la estructura del doble real, en cambio [a diferencia del doble especular], lo que se juega es el propio cuerpo del sujeto como pasible de quedar a merced del Otro, en tanto que objeto causa del deseo del Otro” (Rabinovich, 1993: 99).

Se trata del lugar del “doble como real, que se esboza muy claramente en los ojos arrancados de *El hombre de arena*” (Rabinovich, 1993: 99). Consideremos que, como dice Rabinovich, “Freud subraya en su texto que el héroe, desde lo alto de la torre, ve avanzar a lo lejos a Coppélius y la sola señal de que ese Otro se acerca lo coloca en una posición que calificamos, entre comillas, de enloquecida” (Rabinovich, 1993: 99).

“Restablecido de su larga y grave enfermedad, Nataniel parece estar por fin curado. Anhela casarse con su novia, a quien ha vuelto a encontrar. Cierta día recorren juntos la ciudad, en cuya plaza principal la alta torre del ayuntamiento proyecta su sombra gigantesca. La joven propone a su novio subir a la torre, mientras el hermano de ella, que los acompaña, los aguardará en la plaza. Desde la altura, la atención de Clara es atraída por un personaje singular que avanza por la calle. Nataniel lo examina a través del antejo de Coppola, que acaba de hallar en su bolsillo, y al punto es poseído nuevamente por la demencia, tratando de precipitar a la joven al abismo y gritando: ‘¡Baila, baila, muñequita de madera!’”. El hermano, atraído por los gritos de la joven, la salva y la hace descender a toda prisa. Arriba, el poseído corre de un lado para el otro, exclamando: ‘¡Gira, rueda de fuego, gira!’”, palabras cuyo origen conocemos perfectamente. Entre la gente aglomerada en la plaza se destaca el abogado Coppélius, que acaba de aparecer nuevamente. Hemos de suponer que su visión es lo que ha desencadenado la locura de Nataniel. Quieren subir para dominar al demente, pero Coppélius dice, riendo: ‘Esperad, pues ya bajará solo’. Nataniel se detiene de pronto, advierte a Coppélius, y se precipita por sobre la balaustrada con un grito agudo: ‘¡Sí! ¡Bello oco, bello oco!’ Helo allí, tendido sobre el pavimento, su cabeza destrozada... pero el hombre de la arena ha desaparecido en la multitud” (Freud, 2004: 62-63).

El texto “Lo siniestro” (1919) es el ejemplo paradigmático de la *Hilflosigkeit* (el desamparo). Por este motivo es tomado por Lacan en el seminario sobre la angustia para postular que sólo se puede satisfacer ese deseo del Otro siendo su objeto. Responder siendo su objeto es la irrupción económica de la angustia traumática freudiana.

Tengamos presente que Freud en el texto “Lo siniestro” (1919), va a ubicar esta cuestión citando a Schelling, dando cuenta de que algo que

debía “permanecer en secreto, en lo oculto, ha salido a la luz” (Freud, 1989: 225).

En esta misma línea se va a presentar esta experiencia “[...] cuando se borran los límites entre fantasía y realidad, cuando aparece frente a nosotros como real algo que habíamos tenido por fantástico [...]” (Freud, 1989: 244). Es la presencia de un más allá de la realidad psíquica, y que atenta contra ella. En términos freudianos, se trata del más allá del velo de la fantasía, más allá de la realidad psíquica.

Recordemos aquí que Freud, al dar cuenta de las resistencias estructurales, se va a referir a que el analista puede devenir (fantasmáticamente) para el paciente un personaje extraño que le dirige duras y crueles palabras. Por lo tanto, que goza martirizándolo. Se trata de la expresión en transferencia del fantasma “soy golpeado por el padre”.

Esta significación ya es una defensa frente al enigma del deseo del Otro que desencadenó la perturbación económica. Esta significación es la expresión de los mecanismos de defensa.

“En la medida en que no me soporto en el lugar de objeto deseado, en esa medida, el fantasma articulado al objeto del deseo acude a mi rescate, y este fantasma como tal, lo que hace es taponar al Otro como deseante, es decir, hace que el Otro no desee, lo transforma en otro sin barrar” (Rabinovich, 1992: 155).

Es en la clase 19 de *El Seminario 9, La identificación*, en donde Lacan va a ubicar claramente al lugar del analista en esta coordenada: “Es en tanto el analista es la presencia soporte de un deseo enteramente velado que es ese *Che vuoi?* encarnado” (Lacan, inédito).

Ante ese encuentro surge lo *heim* (extraño): cae la “significación psicológica”, punto de suspensión de la realidad psíquica, perturbación de la barrera de protección antiestímulos. Pulsión no ligada.

El analista como martirizador es ya una ligadura. En *El Seminario 14, La lógica del fantasma*, Lacan va a decir:

“El fantasma no es más que un arreglo signifiante, del que di su fórmula acoplando el *a* al S (barrado): lo que quiere decir que hay dos características: la presencia de un objeto *a*, y por otra parte ninguna otra cosa más que lo que engendra al sujeto como sujeto (barrado),

a saber, una frase. Es porque *un niño es pegado*, es típico, que *un niño es pegado*, no es otra cosa que la articulación significativa *un niño es pegado*” (Lacan, inédito: 142).

“¿No es acaso lo que Freud denomina ‘primer síntoma pasajero’ del ‘Hombre de los lobos’ una manifestación contundente de lo que aquí venimos planteando? En el punto 4 del historial, una llamativa conducta del paciente, durante las sesiones, Freud la descifra del siguiente modo: ‘Sé bueno conmigo. ¿Debo tenerte miedo? ¿Quieres comerme?’”

Se trata de la dimensión de la defensa que implica esa soldadura de la que habla Freud entre una satisfacción pulsional y una fantasía. Ligadura pulsión-deseo.

Si tomamos como referencia el gráfico de “La subversión del sujeto...” (Lacan, 1971: 328) vemos que el fantasma en una vía remite al deseo del Otro y, por la otra, tanto al síntoma como al yo (*moi*). “Según funcione en un sentido o en el otro, el resultado no es el mismo. En el análisis desde ya, debe funcionar hacia arriba, en dirección al deseo del Otro” (Rabinovich, 1993: 110).

Sabemos que esto no acontece naturalmente, sino que el analista como garante del acto analítico es el que permite llevar el análisis hasta este punto.

Dirigir las curas desde los propios mecanismos de defensa implica retroceder ante la dimensión de encarnar el *Che vuoi*? Sabemos que la caída del objeto *a* es correlativa de la caída del Sujeto supuesto Saber, donde se revela la barra del Otro, la castración estructural. Pero, para acompañar al paciente hasta ese punto:

“[...] el analista sólo opera con la condición de responder él mismo a la estructura de lo extraño. Es preciso que él dé la sensación de la extrañeza, sin lo cual todo probaría que, por no acostumbrarse él mismo a lo extraño, no sería capaz de alterar la defensa” (Miller, 2007: 31).

Para Javier Aramburu en *El deseo del analista* la preocupación de ciertos analistas por lo que sería una “demanda adecuada del análisis”, no sería otra cosa que la demanda de ellos mismos de ser tomados como “el analista”. Por lo tanto hay dos caminos posibles: “El obturar esa demanda [de análisis] con

una demanda de ser tomado por ‘el analista’, o la neurosis de transferencia como sostén de esa demanda renovada” (Aramburu, 2000: 64).

La dimensión de sugestión se juega en el hecho de que el paciente va a hacer de esa demanda del analista, objeto de su fantasma.

4. *Eignung* y *tauglich*

Freud va a denominar, como hemos dicho, “alteración del yo” al efecto del defender en “Esquema del psicoanálisis” (1940 [1938]). Pero también en “Análisis terminable e interminable” (1937) habla de una “alteración” producto del análisis mismo. Estas dos alteraciones ciertamente no son equivalentes.

La segunda es la que considero se corresponde con el estado inédito de la economía libidinal, producto del análisis. A su vez, es un nombre, esta última, de lo que llama en el capítulo siete del texto citado “los procesos de recomposición del yo”.

Si la operación analítica implica finalmente el *wo es war, soll Ich werden*, ¿qué querrá esto decir en la elaboración que realizamos?

Sabemos que esta fórmula freudiana ha sido tomada en la línea del dominio del yo sobre el ello (ciertamente apoyada en algunas referencias del mismo Freud) y, por otro lado, en la perspectiva lacaniana, ubicada en lo que Freud nombra yo, el sujeto.

Si tomamos la perspectiva de que la satisfacción pulsional no es un disfuncionamiento, sino un funcionamiento en sí mismo, de que un psicoanalista no debe operar en la línea de forzar “funcionamientos ideales” (como si fuera posible, y como si los hubiera), la respuesta a esta cuestión no puede ser otra que la que Freud nos ofrece en “Neurosis y psicosis” (1924 [1923]). Tal como lo hemos ya mencionado, se trata de que aceptando sus perversiones sexuales, los hombres se ahorrarían represiones: aceptando esa pérdida de imagen unificada narcisista; implica tomar las inconsecuencias, extravagancias y locuras no como un disfuncionamiento a corregir, sino como un funcionamiento en sí mismo. Freud señala:

“Las inconsecuencias, extravagancias y locuras de los hombres aparecerían así bajo una luz semejante a la de sus perversiones

sexuales; en efecto: aceptándolas, ellos se ahorran represiones” (Freud, 1989: 158).

“Aceptándolas”, en la pluma de Freud, sólo puede querer decir una operación respecto a la relación Ideal del yo - Yo ideal, por una parte, y por la otra, y concomitante con ella, un trabajo analítico respecto a la renuncia a la satisfacción pulsional como exigencia superyoica.

Destaquemos que Freud dice “semejante a la de sus perversiones sexuales”, no idéntico. Además refiere a la pulsión parcial y no a la estructura perversa. Esta operación da cuenta tanto de una nueva relación con el saber inconsciente, como un cambio en la economía libidinal. Se trata indudablemente de la ventajosa alteración del Yo de la que habla en la cuarta parte de “Esquema del psicoanálisis”.

Al mismo tiempo, como ya ha sido señalado, Freud va hablar de un resto del proceso analítico que llama “fragmento de agresión libre”.

En “El malestar en la cultura” (1929-1930) Freud alude a una frase que le es atribuida a Federico el Grande: “En mi dominio cada hombre puede alcanzar la bienaventuranza a su manera”, y dice:

“Discernir la dicha posible en ese sentido moderado es un problema de la economía libidinal del individuo. Sobre este punto no existe consejo válido para todos; cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza” (Freud, 1989: 83).

Esta formulación respecto al uno por uno implica una operación de castración en relación con el “para todos”, la caída del imperativo superyoico, que siempre formula que el modo propio de gozar es incorrecto y que se debería gozar de otro modo, cuestión que implica que una manera de satisfacción se presenta como displacer.

La referencia que ofrece Freud en este punto es lo que él había llamado “tipos libidinales”, determinados por lo que denomina la “constitución psíquica del individuo”. Esto, que siempre fue referido a una suerte de tipología psicologista, en verdad al establecer tipos o clasificaciones, trata de ilustrar la cuestión que implica tomar el modo singular de satisfacción como un funcionamiento:

“Si es predominantemente erótico, antepondrá los vínculos de sentimiento con otras personas; si tiende a la autosuficiencia narcisista,

buscará las satisfacciones sustanciales en sus procesos anímicos internos; el hombre de acción no se apartará del mundo exterior, que le ofrece la posibilidad de probar su fuerza” (Freud, 1989: 83).

Retomando aquí la cuestión central de la llamada “inclinación al conflicto”: “Y semejante inclinación al conflicto, que aparece de manera independiente, difícilmente se pueda reducir a otra cosa que a la injerencia de un fragmento de agresión libre” (Freud, 1989: 246). Ese fragmento no es “ligable”, ni descifrable, ni interpretable, ni simbolizable. Es por lo tanto una “resistencia” aún más estructural que las del ello y del superyó, ya que estas últimas son expresión de ligadura.

¿La *neo-creación* como diferencia del analizado del no analizado implica un cambio de posición respecto al aparecer de “manera independiente”, contingente, de esa “inclinación al conflicto”?

¿Cuáles son las consecuencias de un forzamiento simbólico de ese fragmento de agresión libre? Se trata de una respuesta distinta frente a esa “extrañeza” que ya mencionamos. Este “forzamiento terapéutico” que rechaza esa dimensión de lo imposible, es manifestación del “saldo lamentable” del análisis del analista. “Salos lamentables” sostenidos en los propios mecanismos de defensa.

La mutación libidinal que implica la aptitud de analista debe dar cuenta de un cambio de posición respecto al modo de manifestación en cada uno, de la injerencia contingente del “fragmento de agresión libre”.

Como lo formulamos en el capítulo “El superyó y la reacción terapéutica negativa”, ésta podría implicar –al modo del sufrimiento neurótico, como empeoramiento sintomático– el valor de goce que conlleva el “empeño terapéutico”, en tanto que éste al estar sostenido en el Ideal implica una caída de la regla de abstinencia.

Por lo tanto, podría existir correspondencia entre el saldo lamentable del análisis del analista y la reacción terapéutica negativa, como respuesta de sufrimiento en transferencia. Una resistencia estructural, la del ello, expresada en los mecanismos de defensa “no resueltos” en el análisis del analista, tendría así consecuencias en la manifestación de la resistencia del superyó en el analizante, respecto al cual se dirige la cura. Dejando a su vez en claro, como lo hice en el capítulo correspondiente, que posee una lógica más abarcativa que efecto del “empeño terapéutico”.

J. A. Miller destaca este problema en su curso “Piezas sueltas”, del siguiente modo:

“Es porque hacemos pasar el goce por la contabilidad que aparece entonces un elemento real, pero ese elemento depende de la operación que introdujimos.

”Es una operación de lo simbólico y es Freud quien lo ubica en la experiencia clínica bajo los perfiles de lo que él llama reacción terapéutica negativa, algo en el sujeto que no se deja curar. Si hay reacción terapéutica negativa, es precisamente porque hubo, en un principio, la iniciativa terapéutica. [...] Pero esto significa también que ese real es el contragolpe del dominio de lo simbólico sobre el goce [...]

“La perspectiva del *sinthome* es, ante todo, la de positivizar la reacción terapéutica negativa. Aquello que aparece en Freud como un obstáculo y lo que siempre aparece en esa calidad cuando nos dedicamos a amasar nuestra pasta en el psicoanálisis, el poder de la cura, pues bien, eso se paga con la emergencia de ese registro negativo” (Miller, inédito: 9).

En esta perspectiva, por lo tanto, contragolpe a la iniciativa terapéutica y respuesta de lo real ante el empuje del intento del “dominio de lo simbólico sobre el goce” (Miller, inédito).

Considero que la conceptualización del eje mecanismo de defensa - aptitud de analista, abre una respuesta a esta cuestión central. Ya que las consecuencias coactivas y sugestivas de búsqueda de la eliminación de ese resto implican una caída de la regla de abstinencia.

Pero, entonces, ¿cómo se adquiere esa *aptitud de analista*? Como hemos dicho, Freud ubica dos condiciones: el análisis propio (“instilar la firme convicción de la existencia del inconsciente”), y un tiempo posterior a éste y como su consecuencia una continuación de los “procesos de recomposición del yo”. La terminación del análisis es condición necesaria, pero no suficiente.

Propongo a partir de lo desarrollado designar de pertinencia conceptual a esos “procesos de recomposición del yo” en relación con los mecanismos de defensa.

Pero Freud no sólo se refiere a dos tiempos (lógicos), sino que el término castellano “aptitud” tiene en el original alemán dos palabras distintas y no son sinónimos, como lo hemos formulado.

Freud se pregunta: “¿Dónde y cómo adquiriría el pobre diablo aquella aptitud ideal que le hace falta en su profesión?” (Freud, 1989: 250). En alemán:

“Wo und wie soll aber der Ärmste sich jene ideale *Eignung*⁸ erwerben, die er in seineren berufe brauchen wird?”

Eignung se traduce como idoneidad, disposición, dotes (*Langenscheidt*, 1982: 161). Este párrafo va a ser respondido a partir de la convicción en la existencia del inconsciente dentro del propio análisis.

Cuando, en la misma página y a continuación, considera lo que acontece en el tiempo posterior (tiempo posterior llamado la “recomposición del yo”) y a partir de esto qué tiene que suceder, afirma: “Ello en efecto acontece [‘la recomposición del yo’], y en la medida en que acontece otorga al analizado aptitud de analista” (Freud, 1989: 250). El párrafo en alemán dice: “Das geschieht auch wirklich, und soviel es geschieht, macht es den Analysierten *tauglich* zum Analytiker”.

Tauglich quiere decir capaz o hábil para realizar algo, saber hacer algo (*Langenscheidt*, 1982: 602). No se trata de una idoneidad profesional, abstracta o legal.

Por lo tanto, respecto a la *aptitud de analista*, hallamos dos tiempos (el propio análisis y el tiempo posterior) y dos palabras con significados distintos que definen el resultado de esos dos tiempos.

El primero tiene como referencia la experiencia del inconsciente, mientras que el segundo a la pulsión. Como ya ha sido señalado, la convicción implica una afectación de la pulsión, y la recomposición del yo, una experiencia del inconsciente.

A su vez, el denominado tiempo posterior al análisis da cuenta de las consecuencias de la evacuación del analista como el objeto de la neurosis de transferencia.

En este punto debemos tener muy en cuenta lo que implica la instalación de la neurosis de transferencia, para medir los alcances de tal evacuación.

Si tomamos las referencias a la cuestión de la interpretación de los sueños, por ejemplo, no debemos olvidar lo que Freud manifiesta claramente tanto en la Conferencia 15, como en el texto sobre los límites a la interpretación de los sueños, y en la nota de 1909 a la interpretación de los sueños.

El juego de palabras del sueño es *spielereil*, un jugueteo sin valor útil y al servicio exclusivamente de la satisfacción, por este motivo el sueño no quiere decirle nada a nadie y es una actividad originaria en la constitución del sujeto. El pasaje al trabajo de desciframiento implica una creencia que llamamos

8. Destacado del autor.

síntoma analítico y que da cuenta del analista en calidad de objeto. Por ello es que “la lengua” es lo que permite que un análisis no sea un autismo de a dos, como lo afirma Lacan en su *Seminario 24*.

Se trata de dos momentos lógicos: el analista como objeto de la neurosis neoproducida es la condición de posibilidad para “instilar la firme convicción en la existencia del inconsciente”. La evacuación del objeto analista implica una conmoción pulsional, en la medida que los procesos de recomposición del yo nombran al analista como resto fecundo.

Instilar la “firme convicción en la existencia” es condición necesaria pero no suficiente. El desciframiento del inconsciente tiene un tope. La presencia de esa satisfacción, que a su vez opera como tapón ante el encuentro con la castración, se denomina “mecanismos de defensa”, y se sostiene no en el inconsciente como saber no sabido, sino en el inconsciente libidinal, el ello. Respuesta al peligro del encuentro con el “sin significación” más allá de la dimensión fálica.

Sabemos que Freud formuló que hay pulsiones que quedan por fuera de la síntesis fálica, que, a su vez, se expresan como viscosidad de la libido o resto indócil resistiéndose al desciframiento inconsciente.

Por otra parte, el investimento libidinal de los objetos y su regresión como fantasía en las neurosis, sostienen la posibilidad de la transferencia, siendo el analista el objeto de la neurosis artificial.

Pero ya desde “Introducción del narcisismo” (1914) hay un resto libidinal que no pasa a los objetos, por lo tanto, que no se articula con la fantasía. Hay un resto económico, más allá del falo y de la fantasía, una satisfacción autoerótica muda.

La “hipótesis auxiliar” de los primeros textos, aquella “fuente independiente de displacer”, se va a presentar en “Análisis terminable e interminable” (1937) como la irreductible “injerencia del fragmento de agresión libre” más allá de las resistencias del ello y del superyó, ya que ellas dan cuenta de la ligadura.

Como hemos dicho, muy tempranamente en Freud, la defensa y el anticipo del concepto de inconsciente (“grupo psíquico separado”) dan cuenta de ser respuesta a la cantidad irreductible.

Esa cantidad, ese fragmento no ligado, que es lo más singular, es lo “incurable” mismo.

En la *Carta 101* del 3 y 4 de enero de 1899, Freud dice:

“Primero: he conquistado un pequeño fragmento de autoanálisis, y me corrobora que las fantasías son productos de épocas posteriores, proyectadas hacia atrás, desde el presente respectivo hasta la primera infancia; y el camino por el cual ello acontece ha resultado ser, de nuevo, una conexión-palabra.

“A la pregunta por lo que ocurrió en la primera infancia, la respuesta reza: Nada, pero había ahí un germen de moción pulsional” (Freud, 1989: 318).

El analista debe hacer posible esa nada para que se presentifique ese “germen de moción pulsional”.

Por lo tanto, en “Análisis terminable e interminable” (1937) ubicamos tres niveles respecto a la conclusión del análisis.

El primero, el falo y la problemática de la “roca de base”, el complejo paternal y las posiciones sexuadas.

El segundo, el de las pulsiones no sintetizadas en el falo. Es el nivel de las resistencias estructurales del ello y del superyó. De la “soldadura” pulsión-fantasia, piso de los mecanismos de defensa.

El tercero es el nivel de la pulsión no ligada, por fuera de toda significación. Nivel al que “se arriba” atravesando los mecanismos de defensa. Aquí no se trata del analista como objeto parcial en tanto realidad psíquica, sino del extraño, del que “aparece frente a nosotros como real algo que habíamos tenido por fantástico” (Freud, 1989: 244).

Ante este tercer nivel es que los mecanismos de defensa valen como obstáculo. Obstáculo como resistencia ante el encuentro con ese *heimlich*.

Adquirir la *aptitud de analista* es poder tomar posición, poder advenir para otro como ese “fantástico” para poder hacer la experiencia de ese real.

El psicoanálisis produce un estado inédito que diferencia el analizado del no analizado. El psicoanalista, orientando la firme convicción de la existencia del inconsciente, opera sobre el no querer saber. Por lo tanto, produce ese forzamiento que Lacan llamó deseo de saber.

Pero ¿qué implica ese estado inédito que se logra por la firme convicción en la existencia de lo inconsciente y por las reelaboraciones?

Considero que mi respuesta se halla en la orientación que brinda Freud en “Neurosis y psicosis” (1923), tal como lo he manifestado.

Ésta es, considero, la genuina alteración del yo que produciría el análisis mismo.

J. A Miller en su curso inédito “Cosas de finura en psicoanálisis” (2008-2009), nos va a decir que Lacan en su última enseñanza “no anula lo que concierne a la fractura del fantasma, sino que aísla lo que resta y que es el síntoma como aparato de goce” (Miller, inédito: 7) y agrega: “Más allá de la fractura de un fantasma que daba sentido, queda el fuera de sentido” (Miller, inédito: 8).

El conflicto va a estar dado a esta altura no por aquello que refiere al conflicto de instancias, ni a un sentido inconsciente a descifrar, tampoco a una significación fantasmática, sino a un fuera de sentido: “fragmento de agresión libre”.

Lacan en *El Seminario 23: El sinthome* formula que: “El equívoco de la palabra permite pasar de un sentido al Otro [y]... es sobre esto que se establece en parte la noción de inconsciente” (Lacan, 2006: 95).

Pero en el mismo tiempo va a decir que “el estigma de este real como tal es no enlazarse con nada” (Lacan, 2006: 121), más bien “enlazarse con nada” (Lacan, 2006: 122).

Pero ¿cuál es el estatuto de ese real al que refiere ya en su última enseñanza?: “La pulsión de muerte es lo real en la medida en que sólo se lo puede pensar como imposible” (Lacan, 2006: 123).

Entiendo esta precisión en la misma vertiente del “fragmento de agresión libre” formulado por Freud, y el encuentro con esa nada donde sólo se presenta ese “germen de moción pulsional”, de la *Carta 101* ya mencionada.

¿Pero de qué modo puede intervenir el analista, produciendo ese efecto de resonancia que agregue un vacío? ¿Cómo se puede hacer resonar un vacío, más allá del equívoco entre un sentido y otro?

Respecto a la interpretación analítica, Lacan en su *Seminario 24* va a decir que el analista no tiene nada bello que decir. “Es otra resonancia de la que se trata, a fundar sobre el chiste” (Lacan, inédito: 68). ¿Pero de qué categoría de chiste? En el texto de Freud “El chiste y su relación con el inconsciente” (1905) hay dos grandes conjuntos sobre el chiste, el conjunto de los chistes de doble sentido, de equivocidad, por condensación, etcétera. Todos remiten a vencer la censura, revelando un sentido inconsciente. Pero los chistes de disparate difieren de aquéllos absolutamente: los chistes de disparate “despiertan la expectativa del chiste, de suerte que uno se empeña en hallar el sentido escondido tras el disparate. Pero no se lo encuentra, son efectivamente un disparate” (Freud, 1988: 132), no hay otro sentido, sólo un vacío.

Pero esto es, dijimos, condición necesaria pero no suficiente para que advenga un analista, para la adquisición de la "aptitud - *tauglich*".

Para poder funcionar para otros como el que causa el decir, el que se ofrece para encarnar el objeto (parcial en términos freudianos) permitiendo la institución de la neurosis artificial (neurosis de transferencia) y finalmente para presentificar "la injerencia del fragmento de agresión libre" –Eric Laurent dice que "habría que tener testimonios no sólo de la inmovilidad del analista, sino también de cómo consigue dar esa señal, esa sensación de extrañeza en la transferencia, pero también en la interpretación" (Laurent, 2008: 10)–, se trata del manejo del "sin sentido" desde luego, pero no el "sin sentido" como un arte gratuito, sino para obtener el efecto de extrañeza, condición para que resuene el vacío.

Por lo tanto, los objetivos planteados en la "Introducción" han sido desarrollados en esta elaboración, y respecto a la hipótesis general hemos dado cuenta de ella. El estado original o inédito nombra al analizado, advenga o no como analista. Por ese motivo, la diferencia fundamental se decide en ese segundo momento lógico, que Freud nombra como efecto posterior a la terminación de un análisis, no sin un resto.

Pero para un analista, para poder sostener esa *aptitud*, se requiere dar ese paso "cada cinco años". Esto es, un analista debe ser un analizante permanente.

Se trata de un análisis terminable e interminable. Términos no equivalentes, ni de mutua exclusión. No es uno o lo otro. Refieren a dos cuestiones distintas. El análisis es terminable, hasta puede ser un asunto práctico, que Lacan llamó satisfacción. Pero para una analista debe *además* ser interminable, analizante permanente por los efectos de la desmentida del acto que lo produjo como tal. Esto, que Freud llamó "saldos lamentables", siempre retornan.

Por lo tanto, la lógica que se desprende del texto es la siguiente:

La "aptitud - *Eignung*", que se adquiere a partir de instilar la firme convicción en la existencia del inconsciente, es condición necesaria pero no suficiente.

El segundo momento que implica la adquisición de la "aptitud - *tauglich*", sólo puede sostenerse a partir de un trabajo interminable del análisis propio. Por lo tanto, se trata de la interminabilidad como analizante respecto a aquel que se oferta como psicoanalista. Esto implica que debemos diferenciar claramente tres cuestiones:

Primero, los ya nombrados "restos sintomáticos", como un nombre de lo imposible.

Segundo, los saldos lamentables de ciertos análisis. Saldos, por insuficiencia de ciertos análisis, por lo tanto, un análisis no concluido.

En tercer lugar, y Freud lo destaca especialmente, la interminabilidad del análisis para los psicoanalistas, por efecto del ejercicio mismo de la práctica analítica.

Se sale al paso a esta cuestión dando el paso cada cinco años interminablemente.

Por lo tanto, la "aptitud (*tauglich*) de analista" no se adquiere de una vez para siempre.

La formulación de Eric Laurent respecto a que no se puede definir un ser analista, sino un proceso, siempre un porvenir: "poder dar cuenta en el *après-coup* de su posición de analista", me permite leer de este modo lo que considero un aporte freudiano fundamental.

Freud nos dio su testimonio innumerables veces. Fue elegida para esta tesis la carta a Romain Rolland. En ella Freud nos revela cómo él constantemente se responsabilizaba como analizante permanente. Por eso es que su deseo se ubica como causa, para las generaciones que le sucedieron y le sucederán.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Alemán, Jorge y Sergio Larriera: *El inconsciente: existencia y diferencia sexual*, Madrid, Ed. Síntesis, 2001.
- Aramburu, Javier: *El deseo del analista*, Buenos Aires, Ed. Tres Haches, 2000.
- Aristóteles: *Retórica*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- : "Categorías; Tópicos; Sobre las refutaciones sofísticas", en *Tratados de Lógica, Organon*, tomo 1, Madrid, Gredos, 1996.
- Assoun, Paul-Laurent: *Introducción a la epistemología freudiana*, México, Siglo XXI, 1985.
- : *Freud y Nietzsche*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- : *Freud y Wittgenstein*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.
- : *La metapsicología*, México, Siglo XXI, 2002.
- : *La transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- Austin, J. L.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Bachelard, Gaston: *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1948.
- Badiou, Alain: *El ser y el acontecimiento*, Buenos Aires, Ed. Bordes Manantial, 1999.

- Barsotti, Bernard: "El 'no-kantismo' de Bachelard: hacia el sentido trascendental de la ruptura epistemológica", en *Bachelard y la epistemología francesa*, Buenos Aires, Claves, 2006.
- Bercherie, Paul: *Génesis de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- Bernstein, Richard J.: *El mal radical*, Buenos Aires, Lilmod, 2005.
- Blanchot, Maurice: *Thomas el oscuro*, Valencia, España, Editorial Pre-Textos Contemporánea, 2002.
- Cesio, Fidas: "El letargo, una contribución al estudio de la reacción terapéutica negativa" (1960), en *Revista de Psicoanálisis*, Asociación Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, tomo XVII, N° 1.
- Chatenay, Gilles: "Topología", en *Los objetos a en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Grama ediciones, 2008.
- Coderech, Juan: *Psiquiatría dinámica*, Barcelona, Herder, 1991.
- Cosentino, Juan Carlos: *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial, 1994.
- Cottet, Serge: *Freud y el deseo del psicoanalista*, Buenos Aires, Manantial, 1991.
- : "Sobre la reacción terapéutica negativa", en *Escansión 1*, Buenos Aires, Paidós, 1984.
- Craglini, Mónica: *Espectralidades del retorno. El giro de 1920*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.
- : "Ello piensa: la 'otra' razón, la del cuerpo", en *El problema económico*, Juan Carlos Cosentino - Carlos Escars, Buenos Aires, Imago Mundi, 2005.
- Critchley, Simon: "Desconstrucción y pragmatismo. ¿Es Derrida un ironista privado o un liberal público?", en *Deconstrucción y pragmatismo*, autores varios, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Dagognet, François: "Sobre una segunda ruptura", en *Bachelard y la epistemología francesa*, Buenos Aires, Claves, 2006.
- Derrida, Jacques: *Notas sobre deconstrucción y pragmatismo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Eco, Umberto: *Cómo se hace una tesis - Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona, Gedisa, 1999.

- Eliade, Mircea: *El mito del eterno retorno*, Buenos Aires, Alianza/Emecé, 1968.
- Etchegoyen, Horacio: *Los fundamentos de la técnica analítica*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998.
- Fann, K. T.: *El concepto de filosofía en Wittgenstein*, Madrid, Tecnos, 1992.
- Federn, Paul: *La psicología del yo y las psicosis*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1984.
- Ferenczi, Sándor: *Diario Clínico*, Buenos Aires, Ed. Conjetural, 1988.
- : *Teoría y técnica del psicoanálisis*, Buenos Aires, Luren-Horme, 2001.
- Foucault, Michel: *El orden del discurso*, Buenos Aires, Tusquets, 2005.
- : *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires, Ed. El Cielo por Asalto, 2006.
- Freud Anna: *El yo y los mecanismos de defensa*, Buenos Aires, Paidós, 1979.
- Freud, Sigmund (1950 [1892-99]): “Fragmentos de correspondencia con Fliess. Manuscrito K: Las neurosis de defensa”, en *Obras Completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1950 [1892-99]): “Fragmentos de correspondencia con Fliess”, en *Obras Completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1950 [1892-99]): “Fragmentos de correspondencia con Fliess. Carta 101”, en *Obras Completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1940-41 [1892]): “Bosquejos de la ‘Comunicación Preliminar’ de 1893”, Punto C: “Sobre la teoría del ataque histérico”, en *Obras Completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1893): “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos”, en *Obras Completas*, vol. III, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- Freud, S.; Breuer, J. (1893 -1895): “Estudios sobre la histeria. Sobre la psicoterapia de la histeria”, en *Obras Completas*, vol. II, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.
- (1894): “Las neuropsicosis de defensa”, en *Obras Completas*, vol. III, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1893-1895): “Estudios sobre la histeria”, en *Obras Completas*, vol. II, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.

- (1950 [1895]): “Proyecto de una psicología para neurólogos”, en *Obras Completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1896): “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, en *Obras Completas*, vol. III, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1896): “La etiología de la histeria”, en *Obras Completas*, vol. III, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1897): “Carta 69”, en *Obras Completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1899-1900): “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, vols. IV-V, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1901): “Psicopatología de la vida cotidiana”, en *Obras Completas*, vol. VI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1905-[1901]): “Fragmentos de análisis de un caso de histeria”, en *Obras Completas*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1905): “El chiste y su relación con lo inconsciente”, en *Obras Completas*, vol. VIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1905): “Tres ensayos de una teoría sexual”, en *Obras Completas*, vol. IV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1906-1908): “El creador literario y el fantaseo”, en *Obras Completas*, vol. IX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1908): “La moral sexual y la nerviosidad moderna”, en *Obras Completas*, vol. IX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1908): “Carácter y erotismo anal”, en *Obras Completas*, vol. IX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1909): “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, en *Obras Completas*, vol. X, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1909): “Análisis de la fobia de un niño de 5 años”, en *Obras Completas*, vol. X, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1910): “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”, en *Obras Completas*, vol. IX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.

- (1911 [1910]): “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente”, en *Obras Completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1990.
- (1911): “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, en *Obras Completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1912): “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, en *Obras Completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- “Sobre la dinámica de la transferencia”, en *Obras Completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1912-1913): “Tótem y tabú”, en *Obras Completas*, vol. XIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1911-1915 [1914]): “Trabajos sobre técnica psicoanalítica”, en *Obras Completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1914): “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, en *Obras Completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1914): “Recordar, repetir, reelaborar”, en *Obras Completas*, vol. XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1914): “Introducción del narcisismo”, en *Obras Completas*, vol. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1989.
- (1918 [1914]): “De la historia de una neurosis infantil”, en *Obras Completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1915): “De guerra y muerte. Temas de actualidad, Punto II: Nuestra actitud hacia la muerte”, en *Obras Completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1915): “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, en *Obras Completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1915): “Pulsiones y destinos de pulsión”, en *Obras Completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1915-1916): “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, 2ª Conferencia “Los actos fallidos”, en *Obras Completas*, vol. XV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.

- (1915-1916): “Conferencias de introducción al psicoanálisis: 6ª Conferencia: Premisas y técnica de la interpretación”, en *Obras Completas*, vol. XV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1916): “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”, en *Obras Completas*, vol. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- (1917 [1915]): “Duelo y melancolía”, en *Obras Completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1917 [1915-1916]): “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, 16ª Conferencia “Psicoanálisis y psiquiatría”, en *Obras Completas*, vol. XVI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1917 [1916-1917]): “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, 17ª Conferencia “El sentido de los síntomas”, en *Obras Completas*, vol. XVI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.
- (1917 [1916-1917]): “Conferencias de introducción al psicoanálisis, Parte III, Doctrina general de las neurosis, 18ª Conferencia La fijación al trauma, lo inconsciente”, en *Obras Completas*, vol. XVI, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- (1917 [1916-1917]): “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, 23ª Conferencia “Los caminos de la formación de síntoma”.
- (1917 [1916-1917]): “Conferencias de introducción al psicoanálisis, Parte III, Doctrina general de las neurosis, 26ª Conferencia “La teoría de la libido y el narcisismo”, en *Obras Completas*, vol. XVI, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- (1917 [1916-1917]): “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, 28ª Conferencia “La terapia analítica”, en *Obras Completas*, vol. XVI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.
- (1918 [1917]): “El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III)”, en *Obras Completas*, vol. XI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1919 [1918]): “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”, en *Obras Completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.

- (1919): “Pegan a un niño”. Contribución al conocimiento de las perversiones sexuales, en *Obras Completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1919): “Lo ominoso”, en *Obras Completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1920): “Más allá del principio de placer”, en *Obras Completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1921): “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras Completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1923 [1922]): “Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.
- (1923): “El yo y el ello”, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1923): “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, 35ª Conferencia “En torno de una cosmovisión”, en *Obras Completas*, vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1923): “La organización genital infantil”, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1924 [1923]): “Neurosis y psicosis”, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1924): “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis”, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1924): “El problema económico del masoquismo”, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1925): “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.
- (1925): “Presentación autobiográfica”, en *Obras Completas*, vol. XX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1925-1926): “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras Completas*, vol. XX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.

- (1926): “¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?”, en *Obras Completas*, vol. XX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1927): “El fetichismo”, en *Obras Completas*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1988.
- (1927): “El porvenir de una ilusión”, en *Obras Completas*, vol. XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1989.
- (1929 [1930]): “El malestar en la cultura”, en *Obras Completas*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1931): “Tipos libidinales”, en *Obras Completas*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1933 [1932]): “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, 29^a Conferencia “Revisión de la doctrina de los sueños”, en *Obras Completas*, vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1933 [1932]): “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, 31^a Conferencia “La descomposición de la personalidad psíquica”, en *Obras Completas*, vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1988.
- (1933 [1932]): “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, 32^a Conferencia “Angustia y vida pulsional”, en *Obras Completas*, vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.
- (1936): “Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)”, en *Obras Completas*, vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1937): “Construcciones en psicoanálisis”, en *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1937): “Análisis terminable e interminable”, en *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1939 [1934-1938]): “Moisés y la religión monoteísta”, en *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1940 [1938]): “Esquema del psicoanálisis”, en *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- (1940 [1938]): “La escisión del yo en el proceso defensivo”, en *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.

- (1938-1940): “Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis”, en *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.
- : *Lo siniestro*, Buenos Aires, JCE Ediciones, 2004.
- Freud, S. - Groddeck, G: *Correspondencia*, Barcelona, Anagrama, 1977.
- García, Germán: *La clínica y el lenguaje de las pasiones*, Buenos Aires, Ed. Impreso General Español, 1999.
- García Negroni, M. Marta (coord.): *El arte de escribir bien en español: Manual de corrección de estilo*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2006, p. 240.
- Gardies, Jean Louis: *Lógica del tiempo*, Madrid, Ed. Paraninfo, 1979.
- Gerez Ambertín, Marta: *Las voces del superyó*, Buenos Aires, Letra Viva, 2007.
- Goldenberg, Mario; Delgado, Osvaldo L. y colaboradores: *La transferencia en la clínica psicoanalítica*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1994.
- Groddeck, Georg: *El libro del ello*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1968.
- Hartmann, Heinz: *Ensayos sobre la psicología del yo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Hegel, Georg W. F.: “Ciencia de la lógica”, en *La doctrina del concepto*, Segunda Parte, Libro III, Buenos Aires, Argentina, Ediciones Solar, 1993.
- Heidegger, Martin: *Tiempo y ser*, Madrid, Ed. Tecnos, 2000.
- : *Ser y tiempo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1951.
- Helmholtz, Hermann L. F.: *Acerca de la conservación de la energía*, México, Siglo XXI, 1985.
- Iunger, Víctor: “El sueño de la inyección de Irma”, en Hugo Levin y otros: *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Letra Viva, 2007.
- Jinkis, Jorge: “Introducción”, en *Diario Clínico*, de Sandor Ferenczi, Buenos Aires, Ed. Conjetural, 1988.
- Jones, Ernest: *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Lumen-Horne, 1997.
- Joseph, Betty: *Equilibrio psíquico y cambio psíquico*, Madrid, Ed. Julián Yebenes, 1993.
- Kardiner: *Mi análisis con Freud*, México, Ed. Cuadernos de J. Moritz, 1979.

- Kierkegaard, Sören: *El concepto de la angustia*, Buenos Aires-México, Espasa-Calpe, 1946.
- Kuhn, Thomas: “Prefacio”, “Capítulo. 1: Introducción”, “Capítulo 3: La naturaleza de la ciencia normal”, en *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Lacan, Jacques *El Seminario, Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires-Barcelona, Paidós, 1975.
- : *El Seminario, Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Barcelona, España, Paidós, 1983.
- : *El Seminario, Libro 5, Las Formaciones del Inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- : *El Seminario 6: El deseo y su interpretación (1958-59)* (inédito).
- (1959-1960): *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
- : *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- (1962-1963): *El Seminario, Libro 10, La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- : *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1987.
- : *El Seminario, Libro 12, Problemas cruciales para el psicoanálisis (1964-65)* (inédito).
- : *El Seminario 14: La lógica del fantasma* (inédito).
- : *El Seminario, Libro 15, El acto analítico* (inédito).
- : *El Seminario, Libro 16, De un Otro al otro*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- : *El Seminario. Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1992.
- (1972 -1973): *El Seminario, Libro 20, Aún*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
- : *El Seminario 23: El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- : *Seminario 24: L'insu que sait de l'une-bevue s'aile à mourre* (inédito). (Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires en mayo de 1988.)

- : *El Seminario, Libro 25: El momento de concluir* (1977-1978) (inédito).
- : Clase XIX del 9/5/62, de *El Seminario, La identificación* (inédito).
- : Discurso del 6 de diciembre de 1967 en la EFP (Escuela Francesa de Psicoanálisis) (inédito).
- : “Proposición del 9 de octubre de 1967 acerca del psicoanalista de la Escuela”, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 1987.
- : *Radiofonía y televisión*, Buenos Aires, Anagrama, 1977.
- : “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1978.
- : “Del sujeto por fin cuestionado”, *escritos I*, México, Siglo XXI, 1978.
- : “La ciencia y la verdad”, *escritos I*, México, Siglo XXI, 1978.
- : “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1978.
- : “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1978.
- : “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1978.
- : “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1978.
- : “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, en *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1978.
- : “Posición del inconsciente”, en *Escritos II*, México, Ed. Siglo XXI, 1978.
- : El seminario sobre “La carta robada”, en *Escritos II*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1978.
- : *Reseñas de Enseñanza*, Buenos Aires, Manantial, 1988.
- : “La tercera”, en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 1993.
- : “Nota Italiana”, en *Uno por uno* N° 17, Barcelona, Eolia, 1991.
- : “Discurso a la Escuela Freudiana de París” (inédito).

- Lalande, André: *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*, Buenos Aires, El Ateneo, 1953.
- Langenschdeidt: *Diccionario Moderno Alemán*, español-alemán, alemán-español, Barcelona, Océano, 1999.
- Laurent, Eric: *Posiciones femeninas del ser*, Buenos Aires, Tres Haches, 1999.
- : *Revista Colofón* N° 28, Ed. Boletín de la Federación Internacional de Bibliotecas del Campo Freudiano, abril 2008.
- Lemeber, Brigitte: “La pulsión de muerte entre el psicoanálisis y la filosofía”, Michel Plon y Henri Rey - Flaud, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006.
- Levin, Hugo y otros: “El concepto, entre la teoría y la clínica”, en *Seminario de lectura de “El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica de Jacques Lacan”*, Buenos Aires, Letra Viva, 2007.
- Madison, M.: *La represión de Freud. Su lenguaje teórico y observacional*, Madrid, Ediciones del Libertino, 2001.
- Masotta, Oscar: *El modelo pulsional*, Buenos Aires, Altazor, 1980.
- : “Sobre una inconsistencia”, en *Revista Escansión*, N° 1, en español, Buenos Aires, Paidós, 1984.
- Miller, Arthur: *Muerte de un viajante*, España, Losada, 1998.
- Miller, J. A.: Curso “Del síntoma al fantasma (y retorno)”, París, 1982-1983 (inédito).
- : “Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma”, Buenos Aires, Manantial, 1984.
- : “Cinco variaciones sobre el tema de la elaboración provocada”, en *Archivos de Psicoanálisis*, N° 2, Buenos Aires, Eolia, 1991.
- : “Lo verdadero, lo falso y el resto”, en *Uno por uno. Revista Mundial de Psicoanálisis*, N° 39, Buenos Aires, Eolia-Paidós, 1994.
- : “Las cárceles del goce”, en *Imágenes y miradas*, Colección Orientación Lacaniana. Publicación de la Escuela de Orientación Lacaniana miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Buenos Aires, A.B.R.N. Producciones Gráficas, 1994.
- : “Marginalia de Milán sobre Análisis terminable e interminable”, en *Revista Uno por uno*, N° 36, España, Eolia, 1994.

- : “Marginalia de Milán sobre Análisis terminable e interminable”, en *Revista Uno por uno*, Nº 37, España, Eolia, 1994.
- : “Marginalia de Milán sobre Análisis terminable e interminable”, en *Revista Uno por uno*, Nº 38, España, Eolia, 1994.
- : “Marginalia de Milán: Construcciones en psicoanálisis”, en *Uno por uno*, Nº 41, Barcelona-Buenos Aires, Eolia-Paidós, 1995.
- : “Una nueva axiomática”, en *Los signos del goce*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- : “El aparato de psicoanalizar”, en *Estudios Psicoanalíticos 4. Trauma y discurso*, Málaga, Eolia, 1998.
- : *El hueso de un análisis*, Buenos Aires, Tres Haches, 1998.
- : Seminario de investigación “Introducción al post-analítico”, en *El peso de los ideales*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- : “Los seis paradigmas del goce”, en *Revista Freudiana*, Nº 29, España, Paidós, 2000.
- : “El lugar y el lazo” (2000-2001) (inédito).
- : “El desencanto del psicoanálisis” (2001-2002) (inédito).
- : *La erótica del tiempo*, Buenos Aires, Tres Haches, 2001.
- : *Lo real y el sentido*, Buenos Aires, Colección Diva, 2003.
- : “Las versiones del pase”, en *Pase y transmisión*, Buenos Aires, Eolia, 2003.
- : “Piezas sueltas”, 7ª sesión 19/1/2005 (inédito).
- : “Piezas de repuesto”, 7ª clase 19/1/05 (inédito).
- : *Introducción a la Clínica lacaniana. Conferencias en España*, Barcelona, capítulo VI, ELP-RBA, 2007.
- : “Cómo se inventan nuevos conceptos en psicoanálisis (1987)”, en *Introducción a la clínica lacaniana*, Barcelona, Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, 2007.
- : *La angustia lacaniana*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- : “Cosas de finura en psicoanálisis”, Curso inédito, 2008-2009.
- Milner, Jean-Claude: “Teoría de la tontería”, en *Escansión 1*, Buenos Aires, Paidós, 1984.

- : *La obra clara*, Buenos Aires, Bordes Manantial, 1996.
- Morao, Marisa: *La transferencia en la clínica psicoanalítica*, Buenos Aires, Ed. Lugar, 1994.
- Nancy, Jean-Luc y Lacoue-Labarthe, Philippe: *El título de la letra*, París, Galilée, 1973.
- Nietzsche F.: *Así habló Zarathustra (Also sprach Zarathustra)*. España, Ed. Sarpe, 1984, en “Los grandes pensadores”, traducción de Editorial Bruguera.
- : *La genealogía de la moral*, Buenos Aires, Biblioteca EDAF, 2004.
- : *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873), Madrid, Tecnos, 1990.
- Nubiola, Jaime: *Investigar la subjetividad*, Argentina, Letra Viva, 2007.
- Peirce, Charles Sanders: *El hombre, un signo*, Barcelona, Grijalbo, 1988.
- : *Lecciones sobre pragmatismo*, Buenos Aires, Aguilar, 1978.
- Popper, Karl R.: *Lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 2004.
- Rabinovich, Diana: *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Manantial, 1983.
- : “Topología de la Cosa y angustia”, en *Puntualizaciones freudianas de Lacan: acerca de Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Manantial, 1992.
- : *La angustia y el deseo del Otro*, Buenos Aires, Manantial, 1993.
- : “El carácter en la obra freudiana. Algunas conclusiones clínicas” (inédito).
- Rodrigué, E.: *Sigmund Freud, el siglo del psicoanálisis*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Rorty, Richard: “Notas sobre desconstrucción y pragmatismo”, en *Deconstrucción y pragmatismo*, autores varios, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Rosales Manfredi, María Inés: “Transferencia de goce del objeto *a* al yo”, en *Revista freudiana*, Nº 13, Catalunya, Ed. Escuela Europea de Psicoanálisis del Campo Freudiano, 1995.
- Rubinstein, Adriana: “Freud y la investigación”, en *El caldero de la Escuela*, Nº 50, Buenos Aires, EOL - Talleres Edigraf, 1997.
- Ruiz Werner: “Prólogo”, en C. S. Peirce, *Dedución, inducción e hipótesis*, Buenos Aires, Aguilar, 1970.

Samaja, Juan: “Semiótica de la Ciencia. Los Métodos; las inferencias y los datos a la luz de la semiótica como lógica ampliada”, Buenos Aires, 2003 (inédito).

—: *Investigar la subjetividad*, Buenos Aires, Argentina, Letra Viva, 2007.

Silvestre Michel: *Mañana el psicoanálisis*, Buenos Aires, Manantial, 1998.

Suppe, Isabel: “Acerca del ello”, en *El problema económico*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2005.



Se trata de un análisis terminable e interminable. Términos no equivalentes, ni de mutua exclusión. No es uno o lo otro. Refieren a dos cuestiones distintas. El análisis es terminable, hasta puede ser un asunto práctico, que Lacan llamó satisfacción. Pero para una analista debe además ser interminable, analizante permanente por los efectos de la desmentida del acto que lo produjo como tal. Esto que Freud llamó “saldos lamentables”, siempre retornan.

Por lo tanto, la lógica que se desprende del texto es la siguiente: La “aptitud–Eignung”, que se adquiere a partir de instalar la firme convicción en la existencia del inconsciente, es condición necesaria pero no suficiente. El segundo momento que implica la adquisición de la “aptitud–Tauglich”, sólo puede sostenerse a partir de un trabajo interminable del análisis propio. Por lo tanto, se trata de la interminabilidad como analizante respecto a aquel que se oferta como psicoanalista.

